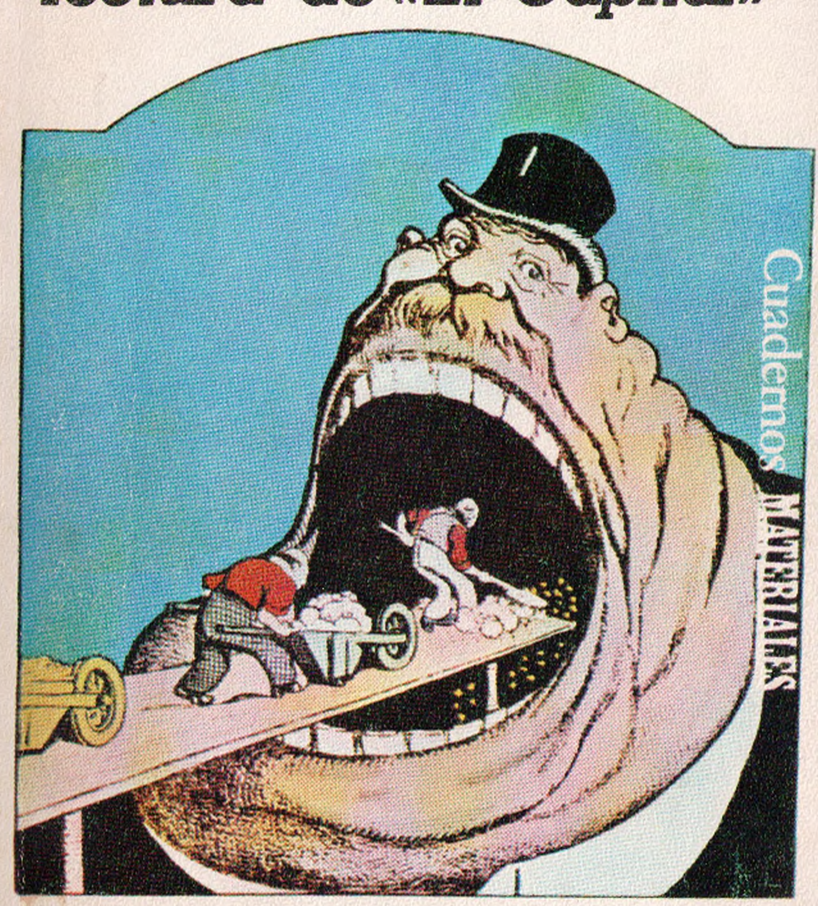
Wolfgang Fritz Haug

Introducción a la lectura de «El Capital»



Una Guía concisa y clara para el estudio de la Obra fundamental de Marx

Wolfgang Fritz Haug



Introducción a la lectura de «El Capital»

(Lecciones introductorias a un estudio colectivo de «El Capital»)

Editorial Materiales
Barcelona

La edición original alemana fue publicada por Pahl-Rugenstein Verlag, de Köln, con el título *Vorlesungen zur Einführung ins «Kapital»*.

Cubierta de Alberto Corazón
Traducción de Gustau Muñoz

Primera edición: mayo de 1978

Impreso en Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona-18

Depósito legal: B. 19681 - 1978
ISBN 84 - 85341 - 03 - 1

INDICE

En un principio lo importante es romper el hielo. El presente intento de introducir al estudio del *Capital,* de la *Crítica de la economía política* de Karl Marx, se distingue de intentos anteriores ante todo porque no busca sustituir su lectura, sino facilitarla. Como lema podríamos haber elegido muy bien: *¡De interés sólo para lectores del Capital!* Quien busque una versión abreviada de las más importantes teorías económicas de Marx haría bien en cerrar este libro. Porque lo que pretende es introducir a los principiantes, pero no en las teorías ya elaboradas, sino en su proceso de elaboración. Marx dedicó en su obra principal mucha atención a lograr una cuidadosa derivación y un escrupuloso desarrollo de los conceptos. Precisamente por ello previó que el lector encontraría dificultades y que, por tanto, el suyo sería un libro difícil. En el prólogo a la edición francesa escribió (OME 40, pág. 21):

> «El método de análisis que he utilizado, y que aún no se había aplicado a los temas económicos, hace bastante ardua la lectura de los primeros capítulos, y hay que temer que el público francés, siempre impaciente de conclusión, ávido de

conocer la relación entre los principios generales y las cuestiones inmediatas que le apasionan, se sienta rechazado por no poder saltarse eso desde el principio.»

El difícil capítulo primero contiene en su centro el análisis y el desarrollo de la forma de valor. Todo lo que sigue se apoya en los resultados de este análisis. Sin embargo, el mismo hecho de que las dificultades se concentren de esta manera al principio tiene también una ventaja. Permite agarrar el toro por los cuernos nada más empezar. Una vez vencidas las dificultades del comienzo, la lectura posterior se hace mucho más fácil, lo que permite al lector ver al *Capital* tal como lo que es: uno de los libros más interesantes que jamás se han escrito.

En lo que sigue, por tanto, se va a tratar de estudiar ejemplarmente las dificultades del *análisis de la forma de valor de la mercancía* haciéndolo accesible a cualquiera. Para ello examinaremos con lupa el procedimiento de Marx. Junto a la cosa misma y a su análisis van desarrollándose al mismo tiempo los instrumentos conceptuales y la metodología. De esta manera se obtiene desde el principio una visión del proceso de construcción científica de la crítica de la economía política y de la coherencia de sus conceptos. Y se verá cómo todos los conceptos lógico-científicos centrales aparecen en este comienzo.

Esta *Lecciones* fueron desarrolladas a partir de 1971 en la Universidad Libre de Berlín Occidental, donde fueron expuestas en el marco de un curso básico sobre *Filosofía y crítica de la economía política;* paralelamente, en su primera parte, al trabajo de grupos de

lectura. Han sido redactadas con la finalidad determinada de contribuir a la recepción masiva del *Capital* con una atención muy particular a la «economía del tiempo», es decir, con la voluntad de acelerar y hacer más efectivo el estudio. De aquí también el intento de abordar desde el primer momento el núcleo específico de lo que denominamos crítica de la economía política.[1]

Unas palabras acerca del lenguaje y el modo de argumentar de estas lecciones. Los esfuerzos del autor se han orientado a alcanzar al mismo tiempo dos objetivos que en principio no son coincidentes. Por una parte se trataba de agarrar el toro por los cuernos, es decir, de abordar precisamente las cuestiones más difíciles. De otra, había que efectuar su tratamiento de la forma más sencilla posible. Con todo, aquí y allá se le propone al lector una manera de hablar que no es la habitual. El motivo es completamente obvio: considerando los fines de una introducción de esta clase no es posible emplear una terminología científica acabada y ya existente. Por eso se intenta en todo momento

1. Quien esté interesado, tras la lectura de estas lecciones, en un tratamiento ulterior de cuestiones aquí sólo esbozadas en relación con la constitución de la crítica de la economía política y en general con la epistemología materialista puede acudir a tres trabajos estrechamente relacionados del autor: 1.° «Die Bedeutung von Standpunkt und sozalistischer Perspektive für die Kritik der politischen Ökonomie», en: *Argument* n.° 74, año XIV, 1972; recogido con ligeras correcciones en: W. F. Haug, *Bestimte Negation,* edition suhrkamp, Frankfurt/M. 1973. 2.° «Was soll materialistische Erkenntnistheorie? en: *Das Argument* 81, año XV, 1973. 3.° «Wider den missverstandenen Materialismus», en *Argument* n.° 92, año XVII, 1975. — Ver en general toda la serie dedicada por *Das Argument* a «Strietfragen materialisticher Dialektik», hasta ahora aparecida en los núms. 81, 84, 85, 90 y 92.

desarrollar los conceptos a partir de las expresiones corrientes, del lenguaje cotidiano, es decir, intentar en el terreno de lo conceptual lo mismo que Marx hizo en el terreno de las formas económicas: «recoger toda forma construida en el flujo de su movimiento».

Habría que hacer muchas matizaciones. En el sentido, verbigracia, de que aquí evidentemente sólo se aborda un fragmento de una problemática muy compleja —si bien es cierto que se trata del núcleo más compacto y fecundo—; por otra parte, que sólo han podido ser derivados unos cuantos instrumentos conceptuales —si bien los más importantes, como por ejemplo: determinación, forma, determinación formal, entre otros—, que en cualquier caso las derivaciones no se han podido efectuar nunca en su totalidad, sino tan solo indicadas en esbozo y otras tantas justificaciones de este mismo tenor. El autor renuncia a enumerarlas todas porque está convencido de que su intento, caso de que demuestre ser útil, apenas va a salir más perjudicado en su utilidad por sus obvias limitaciones como beneficiado, en su caso, por las justificaciones.

Como con estas lecciones se trataba de pisar tierra virgen, habría sido sencillamente milagroso que todo, de golpe, hubiera sido perfecto. Se trata, con ellas, de un experimento, y de un experimento en un terreno en el que hasta ahora no hay apenas nada y del que, sin embargo, se precisan con urgencia resultados. El autor, por tanto, pide ser criticado, para poder así reelaborar el texto de cara a una posible segunda edición.

W. F. H.

Berlín, febrero 1974.

La petición de crítica fue escuchada. Toda una serie de objeciones y de propuestas de mejora me han convencido. La segunda edición aparece, por tanto, con importantes modificaciones, de entre las cuales vamos a comentar brevemente las más significativas.

En primer lugar había que redactar más claramente el objetivo pedagógico de la primera lección para evitar el malentendido de que su finalidad era demostrar la justeza del comienzo marxiano. Sería una auténtica estafa pretender obtener ya aquí lo que sólo puede ser un resultado a tomar en consideración como conclusión de las investigaciones en torno al método marxiano. En verdad, en la primera edición se entendía así. Léase lo que digo al principio de la 3.ª lección: «No se ha demostrado que la teoría de Marx sea correcta». En lugar de esto había un primer consejo al principiante, un consejo introductorio (y claramente especificado) al edificio del *Capital* para que el presunto lector pudiera orientarse en él de la manera más rápida y comprensiva posible.

Surgieron malentendidos asimismo a causa de una insuficiente distinción entre investigación y exposición.

Los comentarios de mi introducción al *Capital* se refieren naturalmente a su *exposición.* Un tema muy diferente habría sido describir la génesis de esta exposición e investigar sus condiciones. Esto, sin embargo, habría sido impropio de la finalidad de estas lecciones, a saber, *apoyar la apropiación masiva del* Capital. Pero como puede ser que determinadas apreciaciones acerca de la exposición sean falsas si se las generaliza en términos de apreciaciones acerca del proceso de logro de los conocimientos, en la segunda edición he intentado precisar el punto de referencia.

Había que evitar una tendencia exagerada a escindir por completo la investigación de la exposición. La exposición no es algo externo a la cosa y está estrechamente relacionada con la investigación, que puede ser entendida como búsqueda de la forma adecuada de exposición de una cosa. La exposición del *Capital* se basa además en su específico carácter de crítica. De lo que se trata, según la acertada autoevaluación de Marx, es de un tipo de exposición de la sociedad burguesa que como tal y sin ningún ingrediente adicional es ya al mismo tiempo crítica de la misma.

Yo no había elegido como objeto de la lección introductoria en último término el análisis de la forma de valor de la mercancía y la teoría genética del dinero desarrollada a partir de ella, ese duro bloque situado al principio del *Capital,* porque en él la peculiaridad decisiva de la crítica marxiana de la economía en comparación con la economía burguesa clásica está metódicamente concretizada. En el ardor del empeño de mostrar cómo es posible derivar de la dialéctica inscrita en la cosa y en su exposición por Marx simultáneamente una didáctica para la mediación del *Capi-*

tal, no logré en algún que otro pasaje el objetivo propuesto. Algunos pasos de la primera edición privilegiaban una concepción deshistorizadora de la forma de valor y consiguientemente una inadecuada absolutización de su análisis. Me he esforzado por destacar con mayor intensidad la relación con formaciones sociales concretas y por relativizar el papel de las formas de valor en la dinámica del desarrollo en relación con el trabajo y con el desarrollo de las fuerzas productivas. Relacionado con esto hay otro círculo de problemas. Es una idea central de esta introducción mostrar la unidad de lo lógico y de lo histórico como elemento básico del método de la crítica de la economía política. Y se ha intentado mostrar este extremo no en base a citas de los clásicos que afirmen tal unidad, sino mediante la investigación del método real de Marx, porque sólo así puede evitarse que la discusión acerca de esta unidad tan famosa sea entendida como mera fraseología en vez de expresar un conocimiento aprovechable por cualquiera. En este contexto se me deslizó el error consistente en no distinguir lo suficiente entre la ley inmanente del desarrollo de una forma económica y la legalidad de la historia real de la sociedad, condicionada por múltiples vicisitudes y factores heterogéneos. En este error se contenía la punta de verdad de que el desarrollo de las formas de valor, susceptible de producirse sin trabas y de ser socialmente determinante en un *continuum* histórico, se convierte en desarrollo de la sociedad burguesa. Sin embargo, la insuficiencia en la delimitación entre los planos genético-lógico e histórico-real puede arruinar el valor de conocimiento general propuesto. En este sentido admito la recomendación de completar el estudio de la forma de valor con un tratamiento amplio del análisis

de la historia del capitalismo y, en definitiva, del movimiento obrero.

Lo que yo he intentado en las *Lecciones,* con un algo —en parte— de ingenuidad, representa también, aún, una excepción en la literatura marxista: no tratar adialécticamente *sobre* la dialéctica sino, antes bien, considerar dialécticamente la cosa en cuestión. Científicamente esto sólo puede significar exponerla en su dialéctica objetiva. Marx y Engels critican como actitud «metafísica» la consideración de las cosas como «fijas», cristalizadas, en vez de verlas en su devenir y en su decurso, así como la adscripción a los conceptos del lenguaje, igualmente, de un significado igualmente fijo y substancial. Quien sea portador de una actitud «metafísica» en este sentido —como inconscientemente es el caso aún en algunos marxistas— no dejará de tener sus dificultades. También es algo inherente a la dialéctica albergar una cierta paciencia ante el fluir de momentos contrapuestos. La verdad parece que se esfuma en un momento singular. Pero se encuentra subsumida en el movimiento. Cuando, por ejemplo, se lea literalmente en las *Lecciones* que la búsqueda de lo específicamente social del trabajo productor de mercancías se apoya en un proceso fisiológico, es decir, aparentemente en una especie de base natural, se tendrá idea de lo que significa esta dramaturgia dialéctica. Precisamente cuando se aísla la base natural se choca con la determinación de la forma social-económica que es lo constitutivo de lo específicamente social. Sin embargo, la disolución de todo y de todos en la naturaleza no es la teoría positiva del autor, como tampoco lo es la anulación de la naturaleza, actitud esta tan característica de la tan difundida deformación sociologista del marxismo.

Quien hasta el momento no conozca sino exposiciones esquematizantes de la lógica del *Capital* se sentirá probablemente extrañado desde el momento en que se le propone un acceso y una construcción mucho menos tranquilos y regulares al conocimiento que la que da a entender, por ejemplo, toda la charla acerca de la «ascensión de lo abstracto a lo concreto». Máxime cuando hay algunos celosos administradores de citas que vigilan con atención para que nadie piense por su cuenta de qué manera expone Marx realmente el capital y cuál es la justificación de este procedimiento. ¡Cuánto más seguro parece, sin embargo, obtener aparte del *texto* del *Capital* también la *recepción* del mismo y todo ello de manos de Marx! Pero en realidad este camino, que aparentemente lleva con seguridad al lugar de destino, con toda certeza pasa de largo ante la meta. Pues sólo de la riqueza del verdadero procedimiento de Marx obtienen sus observaciones autovalorativas su sentido concreto. Querer sustituir el esfuerzo que implica el rastreo concreto por la repetición mecánica de las formulaciones generales de resultados sería lo mismo que educar monos en vez de compañeros marxistas.

Sobre la base del método de las *Lecciones,* que propone «leer con lupa» el comienzo del *Capital,* sopesar con una balanza ultrasensible cada concepto, se desprende cierta tensión dramática e inquietud del texto. Se alza en medio de fenómenos acabados de la sociedad capitalista, en su esfera de la circulación. Se afirma una significativa arquitectura doble: por una parte se investiga la descomposición en elementos del fenómeno acabado, luego de nuevo su inicio genético, que le procede en una arcaica lejanía. El análisis se agota en unilateralidades para verse relegado a la uni-

lateralidad contrapuesta. En medio del primer capítulo el análisis retorna aparentemente al principio. ¡Nada de un ascenso sosegado, escalón a escalón, de lo abstracto a lo concreto! Y sin embargo, esta conocida reflexión metodológica, tomada por lo demás literalmente de Hegel, no resulta debilitada sino, al revés, obtiene su única significación coherente cuando se recurre a la dinámica real de la exposición.

Ya en las primeras frases se refleja una operación teorética, concretada en una brevedad indicativa, y su justificación: la reducción de la «gigantesca acumulación de mercancías» a la mercancía singular. Ha sido considerada cuestionable mi indicación en la Lección 3.ª en el sentido de señalar como base de esta vía de reducción la homogénea posibilidad de adquisición de todos los ejemplares de la gigantesca acumulación de mercancías. ¿Cómo es posible, se objetó, presuponer sencillamente el dinero cuando éste aún debía ser desarrollado científicamente? ¡Como si el desarrollo teorético no presupusiera el desarrollo real! Marx arranca en medio de la sociedad acabada, en la que domina el modo de producción capitalista, y en principio ha de fundamentar y conducir al lugar que sabe, en base a sus investigaciones, único punto de partida apropiado para la exposición de la sociedad burguesa. Naturalmente que la gigantesca acumulación sólo es posible como acumulación de mercancías destinadas a compraventa y antes de disponer de una teoría científica de la génesis del dinero es, por tanto, posible instruir al principiante, que aún se halla fuera de la crítica de la economía política, en el ascenso inmediato y en el primer camino de reducción del *Capital* a partir de su marco evidente de experiencia.

La coherencia de las doce lecciones no es la de una

mera yuxtaposición, sino la de un proceso de construcción. No pueden, por tanto, ser juzgadas aisladamente unas de otras. Las primeras carecen de sentido sin las últimas y las últimas son incomprensibles sin las primeras. En la base de esto hay una determinación analítica del aprendizaje. Lo que sería demasiado difícil de una vez, ha sido subdividido. De aquí que otra peculiaridad de las *Lecciones* (que es fácil de explotar con demagogia) es que al principio el ritmo de avance parece casi insoportablemente lento. ¡Y, sin embargo, en el prólogo a la primera edición se menciona la cuestión de la economía de tiempo en el estudio del *Capital!* El motivo es sencillamente que se trata de desarrollar antes que nada y sobre la marcha los medios del avance progresivo. Pues nada sería más insípido —en realidad un mero espejismo de efectividad no susceptible de ofrecer ningún resultado— que tragarse sencillamente todo lo apuntado por Marx. Así sería imposible proceder a una apropiación adecuada de la realidad. En las *Lecciones* el principiante encuentra estímulos en lo relativo a cualquier cuestión que se pueda plantear desde el punto de vista del comienzo en relación con los conocimientos más avanzados y su conceptualización. ¿Dónde han dado comienzo tales conocimientos? ¿Cuál es el puente que une el conocimiento inicial con el más avanzado? Marxistas de renombre han observado en relación con las *Lecciones* que no sólo es el principiante su auténtico destinatario, sino además que pueden constituir una ficción útil para los más avanzados. Poseen, cierto, una imagen epistemológicamente interesante. Pues quien no se contente con imitar, sino que quiera apropiarse creadoramente de la cosa, precisa contar con la consciencia de la fundamentación de los conocimientos a apropiarse. El materia-

lismo dialéctico busca el principio allí donde conoce también el camino: en la praxis real de los hombres sociales. Así es como encuentra el acceso al descubrimiento de las leyes del movimiento de la sociedad y de la naturaleza.

Las *Lecciones* dejan muchas cuestiones abiertas. Más de una vez el autor ha tenido la sensación de moverse en un terreno movedizo. Sin embargo, lo que le diferencia de algunos otros autores no es, ciertamente, ese suelo ni esas oscilaciones sino, antes bien, la clara consciencia de la cantidad de cuestiones que aún esperan contar con una respuesta fundamentada. Mucho de lo que aquí sólo ha podido ser indicado vale la pena que sea pormenorizadamente expuesto en otro contexto. Es posible que un día los exponentes de la teoría crítica, los racionalistas críticos y los de otras corrientes que hasta el presente se han sustraído al desafío de la controversia rompan su silencio. Es posible entonces que sus ataques den lugar a intentar un tratamiento sistemático de algunas de las cuestiones lógicas y epistemológicas fundamentales que aquí sólo han sido apuntadas.

W. F. H.

Berlín, febrero 1976.

LECCION I

I. 1. *Objetivo: Superación de las dificultades del comienzo*

El problema que va a ser tratado en primer término es el problema del comienzo de la *crítica de la economía política.*

De acuerdo con la determinación de tareas de estas *Lecciones,* hay en principio dos visiones de la economía de trabajo que requiere la lectura del *Capital* que son de importancia decisiva.

La primera es ésta: el comienzo del *Capital* es difícil. Innumerables intentos de lectura han fracasado ante él. Ha habido y hay siempre, por tanto, repetidos consejos orientados a saltarse ese comienzo. El mismo Marx proponía en ocasiones a lectores que acudían a él en demanda de auxilio que empezasen la lectura en los capítulos posteriores, capítulos que entre otras cosas contienen una gran masa de información histórica. En lo sucesivo veremos que hay motivos decisivos que se oponen a la accesibilidad general de tal tipo de salidas. Ahora bien, si no existe ningún camino que pase de largo ante este comienzo, es

cierto también que se requiere una lectura metodológicamente consciente para que no se vaya todo al traste ante sus escollos. Estas lecciones consisten en el intento de superar con tenacidad las dificultades que depara el comienzo.

Por otra parte, el estudio del *Capital* es muy costoso. El esfuerzo es coherente e incluso necesario cuando sienta el fundamento para aplicaciones en forma de trabajo científico autónomo y teoría y praxis políticas concretas. No obstante, no es posible demorarse tanto en la base que no se llegue luego a la «construción»; la base tiene, pues, que sentarse en un tiempo prudencial. De aquí deducimos que a lo largo del primer semestre * tenemos que hacer accesible a la lectura el tomo I y en el segundo semestre, los apartados más importantes de los tomos II y III.

La tarea ante la que nos vemos confrontados es, por tanto, doble: hay que estudiar con detenimiento las dificultades del comienzo, haciéndolas superables, y hay que dar cuenta de un extenso trabajo de lectura. De esta doble tarea se deriva el procedimiento a dos vías que hay que seguir, investigando en concreto en esta lección con lupa las dificultades fundamentales del comienzo mientras paralelamente a esto se avanza a buen ritmo, siguiendo un plan de trabajo determinado,[2] en la lectura —bien que sin poder solucionar de momento todos y cada uno de los problemas— en grupos de trabajo.

2. La *Guía* (*Leitfaden*) del primer tomo del *Capital,* con la que trabajan los grupos de lectura, aparecerá de inmediato en la Pahl-Rugenstein Verlag.

* Unidad docente en las universidades alemanas. (T.)

Esta metodología hacía insoslayable otra máxima que se deduce de lo dicho hasta aquí: si la crítica de la economía política ha de poner el fundamento, y el fundamento para nada menos que la asociación de los miembros de la sociedad, entonces sólo puede ser estudiada con acierto bajo una forma que la haga accesible a *cualquiera,* independientemente de su orientación profesional. Hacer de ella un objeto exclusivo para especialistas o para herméticos seminarios de alto nivel sería algo que chocaría abiertamente con su intención. De esto deducimos que no podemos fijar como condición para la participación ningún conocimiento especial de la literatura existente. Los participantes en nuestros cursos han de poder acceder a la lectura sin que se presuponga que cuentan con conocimientos de la literatura secundaria o de la «prehistoria» teorética del *Capital.* La tarea se plantea, así, como sigue: ha de hallarse una vía de acceso y un método de trabajo que consientan, sin presuponer conocimientos especiales, hacer accesible e inteligible esta teoría a todo aquel que disponga al menos de las experiencias de mayor nivel de generalidad de nuestra sociedad y, en todo caso, sólo para aquel que, como escribe Marx en el Prólogo, quiera «estudiar algo nuevo, es decir, pensar también por su cuenta», y pueda también dedicar trabajo al estudio de ese algo nuevo.

En lo que sigue vamos a desentrañar las dificultades del comienzo de la crítica de la economía política, su fundamentación, a través de investigaciones situadas bajo rúbricas tan intimidatorias —para los no filósofos— como «lógica», «epistemología» o «teoría de la ciencia». Vale la pena, por tanto, detenerse al hilo

de la lectura progresiva del *Capital* en investigaciones de esta naturaleza en su comienzo porque los problemas y métodos que aquí surgen son *representativos* de su solución y pueden ser considerados también como sustitutivos de los problemas y métodos de solución que aparecerán en lo sucesivo. Un procedimiento a dos vías no significa, por tanto, que las dos líneas tengan que discurrir en paralelo y sin contactos. Todo avance en cuanto a conocimiento del texto viene a favorecer las investigaciones del comienzo, pero sobre todo las ideas metodológicas, etc., conseguidas al principio se convierten en instrumentos eficaces para acelerar el progreso en la lectura porque despiertan la atención hacia el proceso de apropiación de conocimientos y hacia la construcción interna del texto marxiano.

I. 3. *Investigación acerca de si son adecuados otros comienzos (de lectura)*

En lo que concierne a la parte «filosófica» de la investigación a realizar se da el caso favorable de que no representa algo especialmente delimitado: no es ni un lastre adicional de saber ni depende de una particular «necesidad superior de conocimientos»; no supone otra cosa que la cara de la consciencia referida a la constitución del texto y al significado de su naturaleza y concepción. Con el auxilio de esta especie de consciencia desaparece la extrañeza de la teoría a estudiar y aumenta el momento del control activo del proceso por parte del estudioso. «Saber lo que se juega teoréticamente» es algo inmediatamente remunerador en el

plano de una productividad multiplicada de la apropiación.

¡Intentémoslo, pues! La primera tarea reza: hacer más fácilmente superables las dificultades del comienzo a través del estudio de esas dificultades. Antes de investigar estas dificultades del comienzo vamos a hacer primero la prueba consistente en ver si es posible para el principiante saltarse el comienzo. Vamos a examinar en primer lugar, por tanto, si es posible en la lectura del *Capital* un comienzo distinto al elegido por Marx —y el comienzo que Marx eligió es el análisis de la mercancía y de su forma de valor. ¿Cómo se puede examinar esto? Cuando se quiere calibrar la idoneidad de un comienzo no es posible, obviamente, quedarse en él, sino que es preciso avanzar hasta el punto al que se trata de llegar desde el comienzo. Es decir, cuando se examinan determinados comienzos con el fin de juzgar su adecuación como tales comienzos, entònces hay que probar evidentemente si desde otros comienzos es también posible llegar al objetivo propuesto.

Una primera propuesta que aflora de una manera muy natural a los labios de muchos estudiantes de izquierda está implícita en la concepción espontánea de que elaborar desde el punto de vista materialista una ciencia y formular desde el punto de vista radical interrogantes supone empezar, naturalmente, no en la esfera de la circulación, sino en la producción. De esto se ha llegado incluso a hacer casi una norma de la teoría, diciendo que sólo las que empiezan en la producción son auténticamente materialistas.

¡Bien, probémoslo? *¿Cómo se llega de la producción al capital?*

Pero ¿cómo tenemos que abordar ya ahora esta cuestión de una manera que no desarticule nuestra discusión convirtiéndola en una sucesión de opiniones incoherentes, dispares, imposibles de tomar en consideración? ¿Cómo analizar si la «producción» es un punto de partida idóneo para la exposición de una teoría del capital si aún no tenemos semejante teoría? Pero ¡alto! Lo que queremos es bastante más modesto. Se trata de compulsar con otras propuestas alternativas y en una primera aproximación dónde puede empezarse de la manera más eficaz con la lectura del *Capital*. Esto quiere decir que en primer término no nos ha de ocupar aún la cuestión de la exactitud de la teoría de Marx. Se trata, por de pronto, sólo de la recepción de un texto. ¿Cómo podemos juzgar en una primera aproximación si es o no adecuado empezar la lectura en un lugar distinto al primer capítulo?

Como la pregunta por el comienzo sólo puede ser contestada en el avance hacia objetivos, lleva necesariamente a la pregunta por la *construcción* de la teoría en el interior de la cual se trata de avanzar hacia esos objetivos. Una primera visión de conjunto de la construcción, de la arquitectura, del primer tomo del *Capital* nos la da su índice. Abramos el libro por él e intentemos procurarnos una primera imagen de esa arquitectura sobre la base de las entradas que figuran en dicho índice. En el experimento ideal que sigue acerca de la idoneidad de posibles comienzos de la lectura del libro surge una ambigüedad metodológica que, aun cuando es

posible que choque como «procedimiento turbio», no se puede evitar. Es cierto que, por así decir, «oficialmente» se trata sólo de enjuiciar propuestas de técnica de lectura sin entrar en la cuestión de la justeza del texto que se ha de leer. Pero, en primer término, el material de entradas a extraer del índice con esta finalidad ha de ser comentado de una manera que amenaza con sobrepasar el horizonte del principiante. Y, en segundo lugar, ya no puede por menos que exponer la plausibilidad concreta de las ideas de Marx. Pero con eso nadie tiene por qué sentir sobresaturada su capacidad de entendimiento ni tampoco dejarse sugerir por mí resultados de contenido. Basta de momento con examinar las entradas propuestas para ver qué informaciones referidas a la construción del texto pueden extraerse de ellas.

No es posible utilizar un procedimiento que no sea «turbio» como éste en el comienzo y en una reflexión acerca del mismo. Y esto ya por el simple hecho de que yo no puedo enjuiciar el comienzo si no conozco la continuación, si no poseo una prueba del fin hacia donde se mueve; y este no es precisamente el caso al empezar. O sea, al principio lo único que puedo hacer son excursiones de prueba a determinados objetivos y desde allí mirar hacia el comienzo para enjuiciar el curso seguido. El objeto de tales movimientos circulares es desbordar el círculo en el que se ha ingresado al principio.

I. 5. *¿De la produción al proceso de valorización?*

¿Hay un camino que conduzca de la producción al capital? Para poder responder a la pregunta es pre-

ciso cierto conocimiento de lo que significa «capital». La consulta del índice muestra que el concepto se introduce por primera vez en la sección segunda (capítulo cuarto); Marx expone aquí la *Conversión de dinero en capital.* Los conceptos centrales en cuanto a contenido en relación con lo que el «capital» es sólo se desarrollan en las secciones siguientes, dedicadas a la *Producción de plusvalía.* El *proceso de valorización,* en tanto que proceso básico que hace capital al capital, es analizado en el capítulo 5.º Si tomamos este concepto sustancial de «proceso de valorización» como una concretización de lo que significa el «capital», entonces podemos darle a nuestra excursión de prueba también esta meta más concreta y preguntar:

¿Existe un camino de la producción al proceso de valorización?

Esta pregunta parece enfrentarse al capítulo 5.º, pero realmente viene sobreinscrita con *proceso de trabajo y proceso de valorización.* En cierto modo, este capítulo empieza justo igual que y conduce justo a la meta que sobrevuela nuestra primera excursión de prueba. (De hecho es cierto que también algunos han propuesto comenzar el estudio del *Capital* con la lectura de este capítulo 5.º) El capítulo empieza con la «naturaleza general» de la producción y analiza el trabajo «independientemente de cualquier forma social»; lo concibe como una relación activa del hombre y la naturaleza en la que el hombre que trabaja remodela la materia natural, le da una forma que hace de esa materia natural medio de vida suyo, del hombre. En este sentido puede denominarse al trabajo «condición natural eterna de la vida humana».

Hasta aquí, bien. Pero ¿cómo discurre el camino desde aquí al proceso de valorización? Si intentamos

proseguir por la vía ya iniciada chocamos a partir de aquí con obstáculos por todas partes, en cualquier dirección en que nos movamos. Pues Marx hace un alto tras el análisis de la «naturaleza general» de la producción y del proceso de trabajo y presta a los conceptos ya elaborados determinaciones de valor que nos resultan incomprensibles sin un análisis anterior. El producto, por ejemplo, interesa como «portador del valor de cambio»; lo que ha de ser producido, donde reina la producción capitalista, es «no sólo valor de uso, sino valor, y no sólo valor, sino también más valor, plusvalía» (pág. 202).* Por eso ahora se investiga el proceso de producción como «proceso de formación de valor» y se determina en base al «proceso de valorizazión» en tanto que «proceso de formación de valor prolongado más allá de cierto punto» (pág. 211). Ese cierto punto es el momento en el que «el valor de la fuerza de trabajo pagado por el capital se sustituye por un nuevo equivalente». Cualquiera que sea la dirección, chocamos con categorías de valor.

I. 6. *¿Hay un camino que lleve de la producción al valor?*

La cuestión se plantea, por consiguiente, nuevamente y de otro modo. Para llegar del proceso de trabajo al proceso de valorización —o bien sólo para «llegar también» en el cap. 5.º— debo saber ya, evidente-

* Las indicaciones de página a lo largo del texto corresponden en el original alemán a la edición de *El Capital,* vol. I, de las *Marx-Engels Werke* (MEW) Bd. 23. Nosotros damos las indicaciones de página referidas a la edición castellana de la misma obra en OME 40. (T.)

mente, lo que es el *valor*. Nuestra pregunta reza, por tanto, ahora como sigue: *¿Hay un camino que lleve de la producción al valor?* Una ojeada al índice muestra que Marx empieza de hecho con el análisis de la *mercancía y el dinero* y que los epígrafes intermedios significan que en el capítulo 1.º se investiga el *valor* de las mercancías en principio bajo el aspecto de su contenido y luego bajo el de su forma. Si buscamos el análisis de la sustancia del valor y seguimos así, nos encontramos con resultados que acaban haciendo, por fin, susceptible de respuesta nuestra pregunta de prueba modificada. En el curso de su análisis (véase pág. 47) Marx muestra que lo que inicialmente aparece bajo la forma del valor de cambio de las mercancías —esto es, su calidad material— no «es» sino una relación social de producción en la que se cambia producto de trabajo por producto de trabajo medidos ambos de acuerdo con la porción del trabajo socialmente necesario total que encierran, en cada caso, tales productos.

Así hemos llegado a la producción y parece posible e incluso particularmente adecuado recorrer desde el comienzo mismo el camino inverso. Si lo que se «produce» es valor, entonces tiene también que haber un camino que lleve de la producción al valor, ¿o no? El trabajo genera el valor... el valor es invertido en los elementos del proceso de valorización y así sucesivamente. ¿Acaso no es esta la única respuesta materialista a la pregunta acerca del comienzo y el desarrollo —es decir, acerca de la construcción— de una teoría crítica del *capital*? Una segunda ojeada señala que las cosas no son así. Es cierto que todo valor es, en su sustancia, trabajo objetivizado pero no todo trabajo produce mercancías y se presenta en forma objetivizada como valor de cambio. Sólo en determinadas

relaciones de producción es así. De esto hay que extraer, guste o no guste, la conclusión de que el análisis de la «naturaleza general» de la producción no puede constituirse en comienzo.

I. 7. *¿Se podía haber comenzado con las necesidades?*

Con esto, por otra parte, se ha refutado al mismo tiempo otra propuesta de comienzo, una propuesta que siempre se hace de manera espontánea «al principio» en los cursos de introducción: partir de las necesidades humanas. Las necesidades conducen evidentemente, para poder ser satisfechas, a la exigencia del trabajo. Una necesidad primaria son los alimentos; los alimentos no se encuentran tal cual, sino que han de ser producidos mediante el trabajo a partir de la materia prima. Así nos volvemos a encontrar de nuevo con la producción y todo lo que se oponía a comenzar con ella se sigue oponiendo, por consiguiente, a esta nueva propuesta. El camino al que conduciría es aún más tortuoso que el rodeo ya muy tortuoso que conduce de la producción al capital.

Si no hay ningún camino que conduzca de la «naturaleza general» de la producción o del trabajo al capital, tras lo dicho hasta aquí se plantea empezar con el análisis de las relaciones de producción. En el capitalismo se enfrentan el trabajo asalariado y el capital. Tomemos el trabajo, por tanto, no ya en la forma en que constituye una necesidad natural eterna, sino tomémoslo tal como está instalado en las relaciones de producción capitalistas, es decir, como *trabajo asalariado*. En el repaso de los posibles comienzos de la

teoría del *capital* habríamos tropezado, así, con esta pregunta: ¿es posible empezar con el análisis del trabajo asalariado? *¿Hay un camino que lleve del trabajo asalariado al capital?*

Esta forma de la pregunta parece aportar una posición más favorable para el comienzo. Pues aquí ya no se habla del proceso de trabajo como tal, sino de una forma económicamente determinada que permite al proceso de trabajo ser proceso de valorización. Pero si intentamos abordar el proceso de trabajo de una manera inmediata nos encontramos de nuevo en la situación sin salida que ya habíamos conocido. Solo un camino no ha sido probado aún: el camino que parte de la *forma salario* del trabajo asalariado.

I. 8. *¿Hay un camino que lleve de la forma salario al capital?*

Nuestra pregunta se modifica, por tanto, una vez más y ahora reza: *¿hay un camino de la forma salario al capital?* Para lograr al menos un esbozo de respuesta no tenemos otro remedio que examinar qué ocurriría si la lectura del *Capital* hubiera comenzado con la lectura del análisis del salario. De nuevo resulta imposible eludir el recurso a conocimientos que aún no están a disposición del principiante y que, por tanto, sólo llegan a él como principios difíciles de aquilatar. Marx examina el *salario,* como lo muestra la consulta al índice, en la sección VII. Tratar el salario significa tratar un hecho que entraña el dato significativo de llevar inscrito, por así decirlo, su matriz teórica en la frente. Este hecho hace que afirme por sí mismo lo que es su esencia económica: el «salario» da a entender un pago

por un trabajo realizado. Supongamos ahora el salario en forma monetaria (la única forma en que históricamente podía desarrollarse) y reformulemos la cosa en cuestión: si se da dinero por algo, entonces eso es el precio que se paga. O sea, el salario es el precio del trabajo. El trabajador asalariado —así lo da a entender el concepto de salario— vende trabajo y obtiene por él un precio determinado, justamente el salario.

Ahora bien, esta es exactamente la concepción que se puede encontrar en todos los diarios burgueses y exactamente también la concepción que determina, de manera inmediata, la consciencia del trabajador asalariado. Y siempre que los trabajadores han realizado luchas salariales, han empezado planteando la reivindicación de obtener el precio completo por la mercancía que es su trabajo, de obtener el «salario justo». Si el hecho que es el salario se afirma como tal con esta naturaleza, entonces esta afirmación es sociopolíticamente de una extraordinaria importancia. Pues si el salario equivale al precio por el trabajo y si se paga el «precio justo», entonces no habrá explotación, entonces reinará la justicia social. El hecho «salario» se da, así pues, a sí mismo un nombre que ofrece una explicación de las relaciones sociales entre el trabajo asalariado y el capital. De la explicación de este trabajo se sigue por tanto una respuesta a este interrogante: ¿son justas o injustas estas relaciones de clase? Por eso los intentos de explicación de este estado de cosas han sido siempre particularmente delicados.

La objección contra la afirmación que plantea el concepto de salario, el pago del «valor del trabajo», resulta clara: si eso fuera así ¿de dónde sacarían entonces los capitalistas la plusvalía, es decir, el incremento del valor por el cual, en definitiva, buscan «tra-

bajo asalariado» y hacen trabajar a obreros bajo su mando? Si fuese así, como el salario «dice por sí mismo», entonces no habría explicación respecto de dónde procede el beneficio; o, antes bien, nos veríamos remitidos a explicaciones misteriosas más o menos de la especie siguiente: el beneficio proviene de la agudeza intelectual del capitalista, o: el beneficio es una especie de fruto natural de las máquinas y técnicas que son propiedad del capitalista y que él aporta para su utilización. (De hecho, cosas como estas se encuentran aún hoy en los manuales.)

I. 9. *Construcción conceptual de la teoría marxiana del salario*

La explicación de Marx se sitúa en diagonal al hecho social que explica. El título del capítulo 17.º da ya una primera solución. Leyéndolo al revés, indica: el salario es el precio no del trabajo, sino de la fuerza de trabajo. ¿Qué cambia esto?

Para entender hasta qué punto cambia por completo la cosa hay que retroceder aún más. Pues Marx señala con antelación, en el capítulo 4.º, es decir, allí donde introduce el concepto de capital, que el capital como forma socialmente dominante (y no meramente como fenómeno marginal) sólo es posible cuando se encuentra una mercancía cuyo valor de uso consiste en producir más valor del que ella misma tiene. Y esa mercancía es la mercancía fuerza de trabajo. (Esto viene señalado en el tercer apartado del capítulo 4.º bajo la rúbrica *Compra y venta de la mercancía fuerza de trabajo.*)

Pero ¿cómo se puede explicar lo que ocurre cuando

se compra y se vende fuerza de trabajo? Y ¿cuál es en realidad la diferencia que existe entre fuerza de trabajo y trabajo?

Marx explica esto recurriendo a los conceptos desarrollados por él de la forma más exacta en el análisis no de la producción, ni del trabajo asalariado, ni del salario —ni, menos aún, de las necesidades—, sino en el análisis de la *mercancía*. De esta manera hemos llegado al primer capítulo.

I. 10. *El concepto de salario está construido como la teoría en su conjunto*

Para explicar el salario, Marx ha de recurrir a los conceptos de valor de uso y de valor, es decir, a los resultados de la investigación inicial de la mercancía. Ahora puede formular una frase que se sitúa prácticamente sobre los resultados del primer capítulo y que sintetiza en sí misma la construcción de una serie de secciones hasta la sección sobre la forma salario: lo que se paga como salario es el precio por la mercancía fuerza de trabajo, una mercancía que, como todas las demás mercancías, tiene valor de uso y valor. Su valor de uso para los compradores, es decir los capitalistas, consiste en que pueden utilizar esta mercancía para la producción de valor y más exactamente para la producción de más valor del que tiene y al que hay que pagar por ella en forma de salario, es decir, para la *valorización*. Ahí reside la diferencia entre la fuerza de trabajo y el trabajo, que es la misma que la existente entre el valor de uso y el uso efectivo. El valor, a su vez, está determinado también como el de cualquier otra mercancía, a saber: por la cantidad de tra-

bajo objetivizado que encierra, por el tiempo de trabajo social que es necesario para la «producción» del trabajador y de su capacidad de trabajo. El salario no es sino una forma irracional, trastocada por motivos muy determinados, bajo la que aparece esta relación.

Esta es, a grandes rasgos, la respuesta que da Marx. Incluso aunque no resulte posible seguirla en su totalidad ni examinarla como tal, se observará que una explicación teorética de esta naturaleza tiene una «construcción interna». Determinadas explicaciones parciales se conjuntan para explicar lo que es el salario. De la conexión de estas explicaciones parciales se deriva una primera visión —de una importancia decisiva para nuestra pregunta acerca de la importancia del comienzo— de la construcción de esta teoría. Para poder dar una respuesta adecuada a la pregunta de qué es el salario, tenía que estar enunciada la construcción de la teoría en su conjunto, *empezando por el principio,* al menos en sus puntos nodales fundamentales. La respuesta a la pregunta acerca de qué es el salario, por consiguiente, correspondía en su construcción interna a la construcción de la propia teoría, tal como viene señalada en *El Capital* como sucesión de capítulos y secciones. De aquí se sigue que empezar con el salario habría sido completamente erróneo; habría supuesto un gasto absurdo de trabajo y habría introducido una confusión escasamente clarificadora. La constatación sería, con mayor motivo, la misma, qué duda cabe, si se hubiera querido empezar con la «producción en general» o con las «necesidades».

I. 11. *La construcción de la teoría leída en la sucesión de capítulos*

Si se consulta una vez más el índice del *Capital* se comprueba cómo esta teora está «construida» en su conjunto de una manera tal que cada uno de sus conceptos parte, una vez y otra, del «principio», es decir, que presupone también su comprensión. La primera sección investiga la mercancía y el dinero. Y el concepto decisivo que queda elaborado aquí es el concepto de valor y de la forma de valor de la mercancía. El dinero se comprende como mercancía dinero, la forma dinero como forma de valor acabada general, como imagen autónoma de valor. La transformación del dinero en capital proporciona en la sección II el concepto de «valorización del valor». En el capítulo 4.º se utiliza la expresión «valor que se valoriza» como un elocuente apelativo para el capital. Ante estos conceptos salta inmediatamente a la vista que están construidos como utilizando los materiales de construcción elaborados en la sección primera. Es imposible conformar o entender el concepto de «valorización del valor» si no se sabe lo que es el «valor». Es evidente que primero hay que estudiar el análisis del valor para que sea posible estudiar el análisis del capital como análisis de la «valorización del valor».

Esto que es válido para la sección II, lo es exactamente igual para la III: no puedo comprender el concepto de «proceso de valorización» si no dispongo del concepto de valor. Todos los conceptos subordinados relativos al proceso de valorización, que se van elaborando ahora, se derrumban por completo si se elimina de entre ellos el concepto de valor, lo mismo que en

el caso del concepto fundamental de las secciones III a V, el concepto de «plusvalía».

Ya hemos visto que el concepto de salario tal como es desarrollado en la sección VI coincide y se corresponde con una determinada construcción interna. Queda la sección final del primer tomo, la VII, *El proceso de acumulación del capital.* ¿Qué se investiga aquí? Acumulación equivale a agregación. La sección no investiga otra cosa sino la agregación de «valor que se valoriza» en la medida en que es el resultado de la «valorización del valor».

Se ve cómo los conceptos fundamentales son expresiones compuestas y en parte casi «potenciales». Sería inútil querer empezar con alguna de estas expresiones e intentar comprenderlas directamente. Para comprender cualquiera de ellas hay que descomponerlas en sus elementos constitutivos y, no cabe duda, el elemento constitutivo más sencillo de estas expresiones es el «valor».

I. 12. *Necesidad del comienzo con la mercancía*

De todo esto se deriva que el preciso comienzo de la marxiana *crítica de la economía política* parece forzoso para la construcción de sus conceptos. Todos los intentos de empezar en algún otro lugar reconducen una y otra vez a ese mismo comienzo. No permite, por tanto, que se le salte. Marx, que tuvo que tratar durante bastante tiempo con problemas relacionados con la exposición, aborda de pasada la cuestión en los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* y, en concreto, al comienzo de una sección que lleva por título *La circulación y el valor de*

cambio surgido de la circulación, supuesto del capital: «Para desarrollar el concepto de capital, es necesario partir del valor y no del trabajo (...). Es tan imposible pasar directamente del trabajo al capital, como pasar directamente de las diversas razas humanas al banquero o de la naturaleza a la máquina de vapor». (Pág. 170.)

Aun cuando nuestros intentos de probar con otros comienzos «sólo» han dado como resultado lo que Marx expresa aquí, es decir, que el comienzo con el análisis de la mercancía y del valor parece ser de una necesidad absoluta para su teoría —y, por consiguiente, también para su estudio—, o sea, aunque sólo han dado como resultado una confirmación de lo ya dado, ahora resulta posible preguntar con un grado mayor de exactitud:

Si este comienzo es «necesario»... ¿para qué es necesario? En una palabra: del tránsito por callejones sin salida y por rodeos tortuosos puede, ahora, derivarse la posibilidad de plantear exigencias al comienzo. Pero sólo si se sabe lo que hay que esperar del comienzo resulta posible traducir al lenguaje de los problemas concretos —y hacerlas por tanto solubles— las dificultades captadas, por lo demás, de una forma sólo aproximativa.

LECCION II

II. 1. *Exigencias al comienzo*

Burlados por los callejones sin salida o los rodeos en que nos hemos metido probando otros comienzos en principio posibles, vamos a intentar en un segundo asalto desarrollar las exigencias que es posible plantear al comienzo de una *crítica* científica *de la economía política.* Nuestros primeros intentos de orientación «dando rodeos» al comienzo nos han proporcionado ya algunos puntos de vista referentes a la construcción necesaria. Pero antes de desarrollar criterios para el comienzo vamos a examinar las propias indicaciones formuladas por Marx. Este afirma haber encontrado el comienzo del que se deriva una especie de solución garantizada para todos los jeroglíficos hasta entonces no resueltos de la economía política. Pero ¿no es curioso que este camino no hubiese sido recorrido con anterioridad a Marx? En especial el principio, el análisis de la mercancía, que no parece una cosa tan especial. ¿Por qué, por tanto, no fueron descubiertas estas interrelaciones ya anteriormente? Marx aduce una comparación con la biología, esa famosa compa-

ración —que aún nos ocupa con frecuencia— con uno de los mayores descubrimientos científico-naturales del siglo XIX, a saber, el descubrimiento de la célula y su importancia para la explicación científica del organismo vivo. Por parte de la «teoría crítica» se ha considerado la consciencia metodológica de Marx como subdesarrollada; también se la ha caracterizado erróneamente. Para percatarnos de la claridad que Marx tenía acerca de la cuestión de método planteada por el comienzo, comprobemos lo dicho por él en las según A. Schmidt «ocasionales y —digámoslo abiertamente— engañosas e insuficientes introducciones y epílogos».[3] Veamos, en concreto, el prólogo a la primera edición del *Capital* (págs. 5-6): «Para toda ciencia vale que lo difícil es empezar. Por eso la dificultad mayor será la comprensión del primer capítulo, particularmente de la sección que contiene el análisis de la mercancía». (Aclaración: lo que a partir de la segunda edición figura como «sección» se llamaba aún en la primera edición capítulo; hay por tanto que entender por «capítulo» «sección» y viceversa.) La verdadera dificultad resida ahora, como Marx anuncia, no en el análisis de la sustancia del valor y de la magnitud del valor, sino en la investigación de la forma de valor. «La forma valor, cuya figura consumada es la forma dinero, tiene muy poco contenido y es sencilla. A pesar de ello, el espíritu humano ha intentado en vano desde hace más de 300 años escrutarla en su profundidad» —alusión al intento aristoteliano de elaborar una teoría del valor del que hablará en la sección 3.ª del capítulo 1.º (págs. 67-79)— «mientras

3. *Kritik der politischen Ökonomie heute, 100 Jahre «Kapital»*, edit. por W. Euchner y A. Schmidt, Frankfurt 1968, pág. 29.

que, en cambio, se lograba al menos aproximadamente el análisis de otras formas más llenas de contenido y más complicadas».

II. 2. *¿Qué es lo tan peculiar del análisis de las mercancías?*

¿Por qué depara el análisis de la forma valor tan grandes dificultades si la misma forma valor es «sencilla y de muy poco contenido»?

«Porque el cuerpo ya formado es más fácil de estudiar que las células del cuerpo.»

¿Y por qué es esto así?

Porque las células del cuerpo sólo pueden ser investigadas —completo yo— cuando las fuerzas productivas con las que trabaja el científico se han desarrollado lo suficiente como para que éste pueda utilizar microscopios capaces y técnicas de preparados así como reactivos, es decir, medios de análisis químico especial. «Además de lo cual, en el análisis de las formas económicas no pueden prestar ayuda ni el microscopio ni los reactivos químicos. La fuerza de abstracción tiene que sustituir a ambos.»

Pero ¿cuál es su objeto de investigación? Y ¿a qué corresponde en la ciencia social el descubrimiento, en biología, de las células del cuerpo?

La respuesta es: «Para la sociedad burguesa la forma económica celular es la forma mercancía del producto del trabajo, o forma valor de la mercancía».

Pero los resultados de la fuerza de abstracción se diferencian de los resultados del análisis químico y del análisis microscópico en que es imposible fotografiarlos o captarlos en cualquier otra forma sensible. Como

la fuerza de abstracción no es un instrumento material-sensible, tampoco sus resultados son susceptibles de recepción objetiva. Precisan siempre ser perseguidos mediante un esfuerzo de capacidad de abstracción, esfuerzo que cada lector ha de hacer por sí mismo nuevamente. Así se agrava la dificultad del comienzo como dificultad de quien comienza, cuando se trata del análisis de la forma valor, de esa forma celular económica de la sociedad burguesa:

«El análisis de ésta la parece a la persona no instruida un dar vueltas por meras sutilezas. Y sin duda se trata de sutilezas, pero sólo en el sentido en que también se trata de ellas en la anatomía microscópica.»

II. 3. *«Anatomía microscópica» de la «forma económica celular»*

Retengámoslo: en el comienzo de la *crítica de la economía política* se halla la «anatomía microscópica» de la «célula» del cuerpo de la sociedad burguesa, el *análisis de la forma valor*. ¿Dónde se sitúa, pues, su dificultad?

Un primer elemento de dificultad proviene, desde luego, de que no estamos lo suficientemente entrenados para el manejo de este microscopio intelectual y de los reactivos intelectuales, es decir, la fuerza de abstracción. Esto significa que para superar la dificultad tenemos que ensayar cómo se utiliza la fuerza de abstracción. Así pues, en esta lección vamos a ocuparnos de averiguar qué es la fuerza de abstracción. Y la mejor manera de hacerlo va a ser situarnos donde Marx utiliza este «microscopio», es decir, donde utiliza su fuerza de abstracción, mirar por encima de su hom-

bro y analizar por nuestra parte su procedimiento de análisis por abstracción. Esta investigación, que ha de atender a una pluralidad de estadios, persigue la finalidad de clarificar el procedimiento metodológico de Marx, para hacerlo susceptible de examen y, en la medida en que se considere idóneo, hacerlo susceptible de uso autónomo.

En la medida en que una primera dificultad puede ser adscrita a la capacidad no desarrollada en el uso de la fuerza de abstracción por parte del «principiante», esta lección parece tener que centrarse en la introducción de actividades mentales formales. Sin embargo, las dificultades del comienzo —y, por tanto, nuestra tarea— tienen una base más profunda. Para entenderla bien, tenemos que convenir —aun cuando se trata de algo que, implícitamente, ya hemos visto— en lo que constituye realmente la relevancia del comienzo. ¿Qué es lo que depende de él? En una palabra ¿qué hay que esperar de él?

II. 4. *Primera condición: el comienzo ha de ser conocido de todos*

La primera condición que hay que ponerle al comienzo coincide con nuestro programa y la hemos extraído del propio Marx: *el comienzo ha de ser conocido de todo el mundo*. Por ejemplo, no ha de ser imprescindible que para leer *El Capital* haya que estudiar primero la *Lógica* de *Hegel* —por nombrar de inmediato la más importante de las obras aquí implicadas—, pues eso reduciría la recepción del *Capital* a un círculo muy restringido de personas. Para no sacar la obra ya en sus comienzos del dominio público

hay que empezar en un punto que sea de convergencia para todos; hay que empezar en base a un saber que esté al alcance de todos.
Con otras palabras: hay que empezar con un *lugar común*. Ha de «carecer de presupuestos» en el sentido de que no presuponga nada sino *lo que cualquiera sabe aunque ignore todo lo demás*. Y aquí he tomado una formulación que figura al principio del análisis de la forma de valor en el sentido más estricto (pág. 56) donde dice: «Todo el mundo, incluso quien ignore todo lo demás, sabe que las mercancías tienen una forma de valor común, que contrasta muy llamativamente con las abigarradas formas naturales de sus valores de uso: esa forma de valor común es la forma de dinero». Al comenzar no se puede imponer ningún otro tipo de presupuesto que el referente a una clase de conocimiento que todo el mundo posee «aunque ignore todo lo demás». Esto no significa otra cosa sino que: hay que comenzar con algo que sea conocido por todo el mundo aun cuando no lo hayan analizado. De la generalidad del comienzo y de su grado de conocimiento por parte de todos depende si, y en qué medida, es analizable todo lo demás. En este lugar común, por tanto, todo el que vaya a participar en el viaje que comienza ha de tener presto todo su equipaje.

Pero lugares comunes hay muchos. Al que se busca aquí hay que imponerle la condición de que sea apropiado como *punto de partida* en el que no sólo puedan encontrarse todos, sino del que se pueda partir.

No puede ser un lugar cualquiera, pues podría desembocar en un callejón sin salida o podría encontrarse falto de toda relación y aislado; ha de tratarse de un lugar, antes bien, del que se pueda salir adelante y ello en una forma, de eso se trata ahora, que sea vinculan-

te, que no deje a mi libre arbitrio si avanzo también o no, sino que sea tan imperiosa como es imperioso reconocer que la suma angular de un triángulo equivale a la suma de dos ángulos rectos.

Entre los teóricos de la ciencia burguesa en ascenso, este ejemplo geométrico —como ejemplo de un conocimiento simbólico— señalizaba una consigna científica revolucionaria con la que tenía que chocar todo pensamiento prescrito por la Iglesia. Sus sucesores burgueses hace tiempo que han abandonado en gran medida la exigencia de razón que esto encierra, pero hace trescientos años el carácter democrático revolucionario de la teoría burguesa se manifestaba abiertamente en este principio: todos los hombres son, en cuanto a capacidades potenciales, iguales en el plano espiritual; y el conocimiento científico no hace diferencias atendiendo a nacimiento, tradición o herencia del tipo que sea. Cualquier individuo posee en sí mismo el conjunto completo de herramientas y lo único que tiene que aprender es a utilizar rectamente esas herramientas. Modelo del método de pensamiento ideal es la prueba geomtérica y Descartes o Spinoza aducen vicariamente para muchas pruebas de este género el axioma de la suma angular del triángulo. ¿Recuerdan cómo se estableec la demostración? Si se traza por el vértice del triángulo una paralela a su base, se sigue imperiosamente de la definición de línea paralela que los ángulos externos formados por los lados del triángulo con la paralela han de ser idénticos a los ángulos internos inferiores del triángulo en su base. Salta claramente a la vista que la suma de los tres ángulos es igual a la suma de dos ángulos rectos y que esto ha de ser necesariamente así en cualquier triángulo.

II. 5. «*Imperiosidad*» y «*examinabilidad*»

Al comienzo del *Capital* aparece algo que se corresponde con lo que los primeros teóricos burgueses vieron idealmente realizado en el ejemplo del saber geométrico. Es decir, encontramos en este comienzo necesariamente la exigencia democrática de que *cualquiera* pueda reconocerse en él y que la secuencia a partir de ese mismo comienzo es imperiosa. Al modo como se continúa, por tanto, hay que imponerle la exigencia de que sea «examinable». No puede permitirse ninguna sugerencia por la mera repetición de determinados resultados, se trata en cada caso de que cada paso de un punto al siguiente sea examinable, pues no otra cosa puede querer decir que sea esto «realizable». Lo esencial aquí no es precisamente el resultado, sino su desarrollo.

Así pues, nos proponemos esta segunda condición: *el comienzo ha de estar configurado de tal manera que a partir de él sea posible una secuencia imperiosa.* Esta imperiosidad, el carácter «forzoso» del conocimiento, tiene para las bases teoréticas del marxismo mucha más importancia política que en el caso de la temprana filosofía burguesa. Posee una importancia tan grande porque Marx no quiere ofrecer en *El Capital* la ciencia base para la «asociación de los productores»; lo que intenta es asentar el suelo sobre el cual reconozcamos e impulsemos como una tarea común la satisfacción de lo socialmente necesario. Y esto sólo es posible cuando los conocimientos de base son imperiosos.

La exigencia es democrática en la medida en que se apoya en la misma razón para todos sin operar con conocimientos especiales u oscuridades de ninguna clase. En la medida en que el objeto y la finalidad

son lo esencial, es socialista; en la medida en que el saber perseguido se refiere a la fundamentación de la tarea común *(gemeinsamen)*, hay que llamarlo comunista *(gemeinschaftlich)*. Esta fundamentación sólo puede ser vinculante —es decir vincular a muchos— cuando los conocimientos de base son imperiosos bajo todas sus formas.

II. 6. «*Imperiosidad*» y «*socialismo científico*»

Su forma de ser ciencia, por tanto, está estrechamente relacionada con su aspiración a constituir la base de la praxis histórica. El apelativo de *socialismo científico* adscrito al programa con el que Marx y Engels aparecieron en la historia diferenciándose de los programas rivales remite directamente a esa relación. La forma de ser ciencia es para esta teoría inapelablemente necesaria. Si la continuación a partir del lugar común —por emplear ahora este significativo lenguaje referido al comienzo— no es imperiosa y vinculante, entonces el todo no vale la pena. Las mismas condiciones ha de plantear el destinatario de esta teoría y examinar si corresponde. Esto lo haremos en las siguientes lecciones cuando pongamos bajo la lupa la prosecución e investigaremos también qué ocurre cuando algo resulte «evidente». Más adelante volveremos de nuevo al significado del conocimiento «imperioso» (en la lección V).

Primer requisito: ha de tratarse de un lugar común a partir del cual se comience, sin condiciones previas, sólo con lo que sabe cualquiera, aunque ignore todo lo demás.

Segundo requisito: del lugar común ha de tenerse

que continuar imperiosamente, ha de ser susceptible de desarrollo ulterior.

¿Cómo sucede esto? Esto sólo ocurre cuando en este lugar común se encuentra el camino correcto, cuando se encuentra de alguna manera esbozado.

¿Cómo puede ocurrir que estos dos requisitos del comienzo —que se trate de un lugar común, como ya hemos visto, y que sea susceptible de un desarrollo imperioso— se cumplan? Esto sólo puede ocurrir cuando se comienza con algo que cumpla dos condiciones complementarias entre sí: debe tratarse de una cosa *simple;* y debe ser una cosa simple que suponga un elemento del complejo que se trata de comprender. Esto significa que debe ser lo más simple y al mismo tiempo conducir al descubrimiento de la ley determinante del conjunto. Con una fórmula: debe ser, por consiguiente, *lógicamente elemental.* Para que se trate de algo lógicamente elemental en el sentido apuntado, debe ser una totalidad tan minúscula como la célula, que comprende el conjunto completo de vectores.

II. 7. *Segundo y tercer requisito: lógicamente elemental y genéticamente inicial*

Lugar común —suspectible de desarrollo imperioso— lógicamente elemental. Para que todo esto sea posible hay que empezar con el análisis de lo primero de lo que se deriva lo posterior, de lo surgido en primer lugar a partir de lo cual surge y se desarrolla todo lo demás. En pocas palabras: ha de comenzarse con el análisis de algo que haya sido históricamente lo primero, genéticamente lo inicial no desarrollado.

Lugar común, lógicamente elemental, genéticamen-

te inicial, no desarrollado: éstos, por tanto, serían los requisitos del comienzo. A ellos ha de corresponder ese comienzo. ¿Dónde está la dificultad aquí? Se estaba hablando de lo más simple. El comienzo debe ser simple. ¿Dónde está toda la dificultad de lo simple?

Vamos a ver cómo precisamente el análisis de lo «simple» requiere de nuestra fuerza de abstracción y de nuestra disciplina intelectual un esfuerzo especial. Sólo que, además, las dificultades del comienzo tienen otra dimensión suplementaria. Lo que empieza así no nos deja indiferentes a nosotros, cuando nos ocupamos de ello. Es decir, cuando el comienzo y la prosecución cumplen las condiciones reseñadas, o sea, antes que nada ser de conocimiento general, susceptible de desarrollo imperioso, lógicamente elemental, simple, es decir, también constitutivo para la sociedad —es decir, ser aquello sobre lo que se basa—, representando al mismo tiempo lo históricamente inicial de donde se ha desarrollado la sociedad burguesa; cuando se cumplen todas estas condiciones entonces entramos en una dimensión que tiene para nosotros, simples individuos, algo de inquietante. Y es que este comienzo ha de ser apropiado para inducir el seguimiento conceptual del proceso real del desarrollo. (En la historia de la religión y de la literatura encontramos imágenes muy vivas de esta clase de «viaje», pues se trata de algo que siempre ha estado presente en forma fantástica en la humanidad. Y que lo ha expresado como viaje a los infiernos o —con una formulación algo menos dramática— como vuelta a los orígenes. En este sentido, no deja de tener un profundo sentido que Marx cierre el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859 con una cita del *Inferno* de Dante.)

II. 8. *Derivación sociogenética de las formas de pensamiento*

Si se analiza la construcción y el resultado del *Capital*, se encuentra una dimensión filogenética. Comienza con lo más arcaico, con lo primero de la sociedad burguesa, de donde surge luego todo lo complejo como lo posterior, lo más desarrollado. El comienzo debe adecuarse, por tanto, como iniciación a un viaje con dirección a los orígenes de las formas de nuestra existencia social. Este viaje avanza hacia el ser y la consciencia usuales. En tanto en cuanto parte de lo lógicamente constitutivo y de lo genéticamente primario y sólo desarrolla como resultado aquello que nosotros conocemos como datos obvios de nuestra sociedad, reproduce en forma abreviada y como proceso de aprendizaje la historia de la marcha de la humanidad hacia el capitalismo.

La *crítica de la economía política* exige seguir a aquellas formas que constituyen nuestras formas de existencia y pensamiento hacia su origen y desde allí seguir igualmente su evolución.

Todo esto son letras que giramos al porvenir. En la continuación de la presente lección intentaremos hacerlas efectivas. Pero ahora es apropiado adelantarse al concepto de las «formas objetivas de pensamiento» porque ilumina una dimensión de las dificultades del comienzo. Uno de los objetivos de nuestra lección es hacer manejable este concepto. En la sección 4.ª del capítulo primero (pág. 81) encontramos en Marx la formulación paradójica, si la tomamos en sentido estricto, de que existen formas objetivas de pensamiento, es decir, formas que primariamente no son las del pensamiento sino las de las relaciones sociales básicas, es

decir, formas sociales de la praxis, del intercambio y del comportamiento. En el concepto se encierra la tesis de que las relaciones sociales determinadas en el seno de las cuales nos hemos desarrollado determinan nuestro pensamiento y se sitúan, por así decirlo, siempre a una dimensión por «detrás» de nuestros intentos de clarificación sobre ellas. Si esto es así, entonces nuestros intentos de conocimiento se encierran en principio en un círculo objetivo: siempre que yo intento clarificarme lo intento ya de una forma que está determinada por aquello que precisamente quería yo clarificarme.

II. 9. *Resistencia de la consciencia contra su transformación*

De nuevo la pregunta se refiere al comienzo, que es donde se puede romper este círculo. Y un aspecto inquietante (para nosotros, personas ya hechas que defienden sus hábitos de pensamiento y demás cosas obvias) de esta *crítica de la economía política* es que aborda las «formas naturales» de nuestro pensamiento, esas formas que son tan obvias para nosotros que ni siquiera nos decidimos a reflexionar sin más sobre ellas, a someterlas a nuestro intelecto, porque sería ese mismo intelecto nuestro el que tendríamos que entender, ya que precisamente son esas «formas naturales» de nuestro pensamiento las que convierte en objeto en su contexto de formación y condicionamiento en tanto que socialmente constituidas o, al menos, también socialmente constituidas. Y quien hace esto, no lo puede hacer sin transformarse a sí mismo. Por lo tanto, hay que suponer y poner claramente de mani-

cierto que al menos una parte de las dificultades del comienzo proviene de que las resistencias contra determinadas modificaciones se proyectan como dificultades de la cosa misma.

Precisamente, una de las dificultades del análisis de la forma de valor va a ser, por ejemplo, que a nosotros, miembros de una sociedad capitalista, apenas nos es posible pensar en conceptos que no sean de cambio.

En los grupos de trabajo la discusión llega siempre, antes o después, a un punto en el que —¡por fin se articula claramente!— se niega que la forma de valor sea algo histórico, específico de determinadas relaciones sociales. Se defiende por tanto, en realidad, como «forma natural». Si se evocan experiencias procedentes de ámbitos por así decirlo «libres de intercambio» en los que esté por completo fuera de lugar cualquier ley del valor se choca con que también estas experiencias están conformadas de acuerdo a conceptos de valor. El «intercambio de caricias» entre dos amantes se piensa como cambio con formas de valor, igual que las relaciones entre madre e hijo, por tomar ejemplos procedentes de ámbitos tabú que en sí mismos nada tienen que ver con las relaciones de intercambio. Por lo que se refiere a la relación entre madre e hijo, la cosa está articulada de tal manera que la madre obtiene «a cambio» de sus desvelos materiales e inmateriales una «gratificación afectiva» por parte del hijo. El hecho de que estas relaciones sean bilaterales se equipara espontáneamente con un tipo de bilateralidad que es el propio de las relaciones de intercambio de las mercancías.

Evidentemente es pedir demasiado que «de una vez» haya una retirada y se relativice y objetivice la

propia forma de cambio que forma nuestro pensamiento y que ha conformado nuestra subjetividad. Pero la dificultad va a dar al mismo tiempo la solución: se trata de derivar esta forma de determinadas relaciones con las que será igualmente abolida como surgió de ellas.

Las dificultades del comienzo de la *crítica de la economía política* bien pudieran tener mucho que ver con esta exigencia de no dejarse inalterado a sí mismo, al propio modo de pensamiento y conducta, sino de vicular a la crítica de las relaciones objetivas también la de las «formas objetivas de pensamiento».

II. 10. *Criterios de la «idoneidad de masas»*

Hasta ahora todo esto no son sino afirmaciones no demostradas. Ahora se trata de no seguir con la formulación de afirmaciones que el destinatario no esté en condiciones de controlar de inmediato. Por eso a partir de la tercera lección se va a proceder de una manera radicalmente distinta. Nos vamos a conformar con las reflexiones ya establecidas acerca del problema del comienzo en general y de las exigencias abstractas del comienzo de la *crítica de la economía política* en particular y vamos a investigar el comienzo concreto del *Capital*. En este comienzo y ante cada paso del avance hay que utilizar el microscopio de la fuerza de abstracción. Hay que examinar el desarrollo marxiano y hay que analizar, también, las condiciones de su examinabilidad. Cuando del examen resulta que seguimos el desarrollo y que captamos lo desarrollado hay que retroceder un paso y preguntar: ¿en qué se basa esta comprensión? Si conseguimos alcanzar esta

dimensión habremos desdogmatizado la teoría desde su inicio y podrá ser abordada tal como Lenin recomendaba (si bien, desgraciadamente, sin demasiado éxito en la mayor parte de los casos), es decir, sometiéndola desde un principio a la luz de un examen al que ninguna otra teoría ha sido sometida. De todos modos, en esta exigencia de examen se apoya la demanda, que históricamente hace época, de basar en esta visión la «reconstitución consciente de la sociedad humana» tal como Marx expresa en el volumen III del *Capital* (MEW 25, pág. 99) lo que al comienzo del volumen I se denomina «asociación de hombres libres» (OME 40, pág. 89), la sociedad socialista.

La meta socialista se impone aquí como una exigencia de control. «Justeza» y «carácter imperioso de los conocimientos» resultan a la luz de esta exigencia criterios de la solidez de una teoría que se presenta con la pretensión de fundamentar la praxis histórica. Si se vincula la exigencia de examinabilidad con la de accesibilidad general se tiene la prueba de aquello que se podría denominar la «ideoneidad de masas» de la *crítica de la economía política.* Nuestras lecciones intentan ajustar cuentas con estas exigencias desde la perspectiva de una concepción de la lectura «libre de condiciones previas» del *Capital.* La exigencia de estar «libre de condiciones previas» ha de plantarse, naturalmente, también al lenguaje de esta exposición. Esto significa que los conceptos decisivos no pueden sencillamente presuponerse o ser introducidos de improviso. Antes bien, han de introducirse a plena luz. ¡Y no sólo eso! Su introducción ha de ajustarse al mismo procedimiento al que queremos someter el procedimiento marxiano.

II. 11. *La «carencia de condicones previas» presupone la deducción de los conceptos*

La «carencia de condiciones previas» de nuestra investigación quiere decir ahora desarrollar, al compás de las observaciones a que se somete el método marxiano de trabajo y mientras se analizan las deducciones dadas por Marx, conceptos que puedan, al mismo tiempo, ser utilizados para la articulación de nuestras observaciones y sus resultados.

Pero ¿es posible eso de no utilizar ningún concepto no deducido? Naturalmente que no. Si no se pudiese emplear ningún concepto no deducido habría que callar, puesto que en cualquier caso no hay puentes entre el saber ordinario y el saber científico. El movimiento que progresa, por tanto, no avanza tan rectilíneo ni por terrenos tan planos como sería de desear. A menudo se trata de un movimiento —el más rápido por ser la clase de avance más seguramente encaminado a su meta— que cabe denominar como «circular».

En cualquier caso, hay que intentar presentar el proceso de conocimiento que parte del *Capital* de Marx como un movimiento entre tres instancias. La primera instancia es el texto «que hay que leer con lupa». Luego, cuando nos movemos de inmediato hacia la segunda instancia ocurre que nos vemos encerrados en nosotros mismos, pues la segunda instancia somos precisamente nosotros, nuestra consciencia, nuestro saber y nuestras opiniones tal como han sido acuñadas por aquello que es en nuestra sociedad de dominio común, lo que sabe todo el mundo aunque ignore todo lo demás. Y esta es justamente la tercera instancia, la realidad a la que se refieren las otras dos instancias.

Por medio de un lenguaje que parte del lenguaje ordinario nos movemos entre dos polos: la teoría articulada por Marx y nuestra propia visión, refiriendo ambas a la realidad empíricamente tangible.

Proceder de esta manera significa rendir a la obra de Karl Marx el homenaje consistente en dirigir el interés desde ella a la propia realidad en lugar de, como dice Brecht acerca de los malos libros, desviar el interés de la realidad hacia un libro.

LECCION III

III. 1. *Sobre el peculiar comienzo del «Capital»*

En principio se ha mostrado que no es posible saltarse el comienzo de Marx si se quiere comprender la teoría marxiana. (No se ha demostrado que la teoría marxiana sea correcta.)

Luego, se ha desarrollado un concepto general del comienzo (así, no se ha mostrado en concreto dónde comienza *El Capital,* sino que se ha desarrollado antes el problema que presenta el comienzo para la ciencia). Al menos debe haberse cobrado consciencia de que no es posible abordar de cualquier manera y sin una demanda concreta el comienzo planteado por el autor Marx. Se ha planteado el problema en general y se han desarrollado las exigencias de su solución. Ahora podemos empezar a enjuiciar el modo peculiar de Marx de dar solución al problema del comienzo.

¿Cómo se han planteado los requisitos del comienzo? Han sido planteados de tal manera que hemos seguido el *proceso de investigación* —que es necesariamente confuso porque no puede partir de un resultado ya dado—, hemos seguido ese proceso a título de prueba y en base a una problemática muy simplificada. Esto significa que no hemos hecho otra cosa

que intentar situar lo que iba apareciendo en su contexto explicativo. Y no otra cosa quiere decir: *exponerlo* científicamente. De esta manera podía quedar claro, al menos a título indicativo, que una ciencia necesita una determinada arquitectura. En ella una proposición se basa en otra proposición. Los conceptos elementales se combinan para dar conceptos complejos (de manera análoga a como, por ejemplo, el concepto «valor» se combina consigo mismo de un modo determinado en el concepto «valorización del valor»). Podría sacarse la enseñanza a partir de la expresión «valorización del valor» como expresión compuesta, que la ciencia alcanza su meta explicativa allí donde capta adecuadamente esta composición. Un concepto científico ha de reflejar la coherencia interna de lo que conceptualiza.

En este dar vueltas en torno al comienzo se hizo necesario un avance hacia lo que significa la ciencia. Más exactamente: un avance hacia el carácter científico de la *crítica de la economía política.* Resultado: no puede consistir en una secuencia cualquiera de afirmaciones y descripciones. Tiene, por el contrario, que hallar y exponer una arquitectura y una coherencia más determinadas y objetivamente dispuestas de su objeto: el modo de producción capitalista.

III. 2. *Construcción de la ciencia, investigación y exposición*

Si ahora tomamos el libro de Karl Marx, la aplicación útil de lo que hemos desarrollado hasta ahora implica que no vamos a leer sencillamente una frase detrás de la otra, sino que antes de leer siquiera la

primera ya vamos a esperar algo de esa misma frase. Ahora, concretamente, hay una experiencia y un cuestionamiento acerca de cómo ha de estar dispuesto el comienzo de esta ciencia para que el viaje a partir de ella —hablando plásticamente— pueda conducir por todo el mundo burgués. Si procedemos así, habremos dado cumplimiento a un principio de la dialéctica aun cuando ni lo hayamos mencionado, a saber: que el punto de partida sea ya ahora, aun cuando de un modo preliminar y provisional, sabido como resultado. Cuando empecemos con la primera frase podremos recordar con toda certidumbre que para quien escribió esta primera frase, Marx, no significaba naturalmente ningún punto de partida, sino más bien era el resultado de muchas reflexiones e intentos. Y consiguientemente puede concebirse ahora esta frase como resultado de planteamientos y de una serie de intentos de solución. Si se es consciente de esto, no se dejará persistir la falsa evidencia, que en realidad no es sino una cobertura de lo incomprensible. Esto significa que la figura dialéctica básica, la comprensión del punto de partida como resultado, puede ser comprendida también como una figura de *extrañamiento* de algo que sea demasiado evidente como para poderlo reconocer correctamente. El gran problema de la comprensión de lo cotidiano es su evidencia. Por eso —y Brecht desarrolló en este sentido toda una técnica teatral— ha de ser extrañado para poder, en principio, hacer de ello un objeto.

Esto vale naturalmente también en el caso del «lugar común» que habíamos exigido para el comienzo. Cuando decíamos que había que comenzar con algo «que supiese todo el mundo aunque ignorase todo lo demás» no queríamos significar, naturalmente, ni que

la función de ese «lugar común» fuese ella misma un lugar común ni que para el investigador Marx ese «lugar común» fuese desde el principio el punto de partida. En este sentido señala Marx en el Epílogo a la segunda edición del *Capital* que «el modo de exposición debe distinguirse formalmente del modo de investigación» (pág. 18). Así pues, si el final del hilo rojo a indagar por la investigación constituye el comienzo de la exposición, es igualmente cierto que los dos, considerados desde el punto de vista del resultado, se corresponden como las dos caras de una medalla. La «exposición» coherente con la exigencia científica de Marx no puede ser la mera ordenación externa del saber, sino ese mismo saber dispuesto de acuerdo con su coherencia deductiva, sin la cual no sería tal saber. En este sentido, investigar no es otra cosa que la búsqueda de la exposición correcta. Opera siempre mediante exposiciones a título de prueba.

III. 3. *Acceso a través de la «gigantesca acumulación de mercancías»*

El comienzo de la exposición tiene toda la investigación detrás. Si bien opera con un lugar común, el saber que es el resultado de una larga investigación acerca de su adecuación como comienzo, es todo lo contrario a un lugar común. La «ausencia de supuestos previos» no significa, por tanto, naturalmente, que no estuviese presupuesto en Marx el final de la investigación y todas sus condiciones. Y así empieza:

> «La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista aparece

> como "gigantesca acumulación de mercancías" y la mercancía como la forma elemental de esa riqueza. Por eso nuestro estudio empieza con el análisis de la mercancía.»

Las dos frases esbozan una justificación del comienzo. Se da una breve fundamentación acerca de por qué se empieza así y no de otro modo, por qué se empieza con esto y no con otra cosa.

Antes de indagar más detenidamente esta fundamentación voy a seguir la exhortación de Marx, expresada por él en la primera nota a pie de página, y voy a retroceder a un precedente de esta obra, que no fue terminado —se trata de un precedente de 1859 conocido bajo el título de *Contribución a la crítica de la economía política* *— y leo la frase a la que remite la 1.ª nota a pie de página, que es la frase inicial en la versión de entonces:

> «A primera vista, la riqueza burguesa aparece como una gigantesca acumulación de mercancías y la mercancía singular como la forma elemental de esa riqueza.»

III. 4. *¿Qué clase de observación «a primera vista»?*

Volvamos al *Capital,* donde Marx utiliza esta expresión de la «gigantesca acumulación de mercancías»: ¿qué clase de acceso es este? Y aparece ya esbozada una primera tarea —en el caso de que quisiéramos ob-

* Prevista su edición en OME 23.

servar la fuerza de abstracción en el trabajo—: ¿cómo llega Marx de la gigantesca acumulación de mercancías a la mercancía singular? Tenemos que determinar el acceso y seguir el primer paso. En principio una observación: la primera frase que en una lectura inicial aparece con toda probabilidad como muy aproblemática, es extraordinariamente problemática. Marx incluye en ella toda una serie de conceptos, pero no los sitúa en el centro. No se colocan, por así decirlo, en el punto de mira de la visión a que se procede, sino lateralmente: «Riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista», algo que habría que explicar primero. No se introduce el concepto de «modo de producción»; en lo que se detiene el análisis es en la mercancía. Y esto sucede tan de pasada, se verifica tan breve y velozmente, que apenas se nota. Se retiene sólo un fenómeno, a saber: el fenómeno de la riqueza como una gigantesca acumulación de mercancías. Esta gigantesca acumulación de mercancías se reduce a la mercancía singular y se dice: a partir de aquí hay que continuar.

Hay que examinar la cosa más de cerca. Realmente ¿qué clase de observación «a primera vista» (por citar de nuevo aquel primer escrito) es esa ante la que aparece la riqueza de las sociedades con modo de producción capitalista como una gigantesca acumulación de mercancías? ¿Por qué esa mirada, que contempla la riqueza, no se detiene en la perspectiva de las naves de las fábricas, por ejemplo? En la prosecución de este libro, de la *Crítica de la economía política,* se vuelve sobre el tema y Marx dice: la verdadera riqueza de esta sociedad no se muestra en los escaparates, es —antes bien— la riqueza en fuerzas productivas, en fecundidad del trabajo humano. ¿Por qué, consiguiente-

mente, no empieza por ahí? (Estoy repitiendo ahora el procedimiento anterior, es decir, no tomo tal como viene el comienzo, sino pregunto por otros posibles comienzos.)

En el temprano escrito ya citado, la *Contribución a la crítica de la economía política,* de 1859, se describe plásticamente esa «gigantesca acumulación de mercancías»:

> «En las calles más animadas de Londres se alinean escaparate tras escaparate, detrás de cuyos vacíos ojos de vidrio resplandecen todas las riquezas del mundo: chales indios, revólveres americanos, porcelana china, corsés de París, peletería rusa y especias tropicales; pero todas esas cosas tan mundanas llevan en la frente fatales etiquetas de papel blanco en las que figuran impresas cifras arábigas seguidas de los lacónicos caracteres £, sh., d. Tal es la imagen de las mercancías cuando aparecen en la circulación.» (MEW 13, pág. 69; OME 23).

III. 5. *La perspectiva del público comprador y su peculiaridad*

Así pues, ¿qué clase de mirada es ésta ante la que aparece la riqueza de la sociedad burguesa como una acumulación de mercancías? Se trata de la mirada propia del público comprador. Y el lugar donde se ve todo eso, donde aparece la «gigantesca acumulación», ese lugar lo conocemos todos, es la calle comercial, la tienda o —expresándolo con conceptos modernos—

el supermercado (o bien el catálogo de la casa de ventas por correo). Pues tampoco es algo completamente obvio en la sociedad burguesa que la riqueza tenga necesariamente que aparecer como mercancía. Hay muchas cosas que son riqueza en esta sociedad y que, sin embargo, no aparecen como mercancía. Es mercancía sólo aquella parte de la riqueza que se pone a la venta.

¿Cuál es la sustancia de esta gigantesca acumulación de mercancías, si la consideramos bajo el aspecto material-concreto? En una sociedad en la que el consumidor no produce por sí mismo, directamente, apenas nada de lo vitalmente necesario, sino que se compra casi todo, en la montaña de mercancías se concentra casi un mundo de cosas utilizables. Ese mundo se compone de miles y miles de clases y subclases diferentes de cosas. Y esas cosas, mientras están a la venta —y sólo mientras son mercancías—, están expuestas permanentemente. Puede decirse: ser mercancía quiere decir esperar a la venta; quiere decir, por tanto, también estar expuesta, al menos a título de ejemplo.

Circular por las calles quiere decir ser visitante de esa exposición. El visitante de esa exposición es el transeúnte. Si el transeúnte hace la visita con cierto detenimiento y no sólo de pasada, entonces se convierte en mirón de escaparates. Esto es algo tan evidente que de nuevo resulta incomprensible en su peculiaridad, que no resulta posible imaginar o tomar consciencia de que la perspectiva del mirón de escaparates es una perspectiva peculiar y no natural.

III. 6. *La posibilidad de adquisición como forma determinada de accesibilidad*

Para hacer una clara idea de esto hay que acordarse de otras perspectivas posibles. Es fácil que en la comparación se haga evidente lo peculiar de la perspectiva del comprador o mirón de escaparates. Pero tienen que ser ejemplos en los que, igualmente, se encuentren expuestos y sean igualmente visibles una gigantesca acumulación, prácticamente la totalidad de objetos de una determinada clase. Voy a tomar como ejemplo dos cosas conocidas por todos, la visita a un jardín botánico o a un zoológico y la visita a un museo. En ambos casos se tiene tendencialmente la totalidad de las cosas a la vista en un momento determinado. Por ejemplo en el jardín botánico o en el zoológico contemplamos una enorme colección de plantas o de animales. Pero ¿de qué manera los consideramos? Los consideramos bajo puntos de vista —no sé si voy ahora a determinarlos demasiado correcta y definitoriamente— que son, digamos, los de la sorpresa ante la diversidad de las formas de la vida o, sencillamente, de la rareza. Y ahora, nuevamente, se trata de extrañar esta perspectiva, pues tampoco es algo evidente este tipo de consideración. El gato mira el acuario con ojos muy distintos a nosotros. Pero en ocasiones, nosotros mismos no miramos de manera muy diferente que el gato, pues los ojos que ponemos ante la cubeta de truchas en el restaurante son muy distintos a cuando miramos, en un contexto de interés biológico, el acuario. En el zoológico no vemos a los animales con ojos hambrientos, ni tampoco se nos ocurre la idea siquiera de comprar alguno de ellos, por volver a la primera pers-

pectiva (es decir, a la consideración de las cosas como mercancías).

El contraste con otras perspectivas muestra que deambular con atención por las exposiciones de mercancías supone una perspectiva muy determinada, de una clase especial. Aquí las cosas, aun antes de contemplar una de ellas en concreto, se consideran desde un principio como susceptibles de adquisición. El interés con que se miran es un interés que viene determinado por la vaga posibilidad de su posesión mediante la compra.

La mirada a la gigantesca acumulación de mercancías, este peculiar modo de contemplar las cosas, no nace en la cabeza, sino en la sociedad. Antes de que el ojo mire están ahí las relaciones sociales. Esta consideración tiene un motivo de orden práctico. Es una especie de actuación tentativa, colateral y no vinculante con el núcleo duro de la posibilidad de que realmente se «actúe»: la «actuación» puede entenderse en un doble sentido. El mundo de las cosas utilizables es accesible en la práctica a través de la compra. La posibilidad de que las cosas sean compradas —y no otra cosa quiere decir en la práctica, por de pronto, que son mercancías— es su modo, la vía de su accesibilidad universal. A esto sólo se podría objetar que ciertas miradas a las salas de exposición de los grandes negocios de automóviles, donde se encuentran aparcados deportivos, o a los escaparates de las peleterías, donde se exponen abrigos de pieles que valen más de un millón, o a las joyerías, donde se ven collares de idénticos precios, son más bien miradas de gentes para las que estas mercancías son inalcanzables porque carecen del dinero suficiente para adquirirlas. Esta objección está justificada, pero no deja sin efecto lo que

se ha dicho. Pues incluso el pobre diablo mira el escaparate del joyero con los ojos del comprador caprichoso *abstractamente* posible. Pues su poder de adquirir mercancías no está, como tal, limitado. Naturalmente que tiene una limitación cuantitativa que viene dada por la cantidad de dinero. Pero el dinero no hace distingos... excepto los de la cantidad. Sólo en esta medida la limitación cuantitativa se manifiesta como cualitativa. Pero incluso quien no puede comprar ciertas mercancías las contempla instintivamente con ojos de comprador, de tal manera que las mira de una manera muy distinta de como mira, por ejemplo, un palacio. Los objetos que hay expuestos en un palacio no se contemplan bajo el aspecto de su accesibilidad para la propiedad privada, sino bajo el aspecto histórico del museo.

III. 7. *Motivo práctico de la reducción a la forma elemental*

En la perspectiva del mirón de escaparates hay además algo que hace aparecer las cosas de una determinada manera. Con sólo dinero, distinto sólo en función de su cantidad, son susceptibles de adquisición. Esta singularidad es el punto de mira o, utilizando otra imagen, la luna de escaparate a través de la cual se contemplan las mercancías. Y eso se efectúa *a priori,* antes de que se mire esta o aquella mercancía. Así pues, puede decirse que en contraste con la enorme diversidad que caracteriza a la gigantesca acumulación de mercancías —una diversidad de objetos de uso que carece en absoluto de parangón con la historia precapitalista, que sólo ha sido generada por la produc-

ción de mercancías de tipo capitalista—, que en contraste con esta enorme diversidad está la singularidad con que en cierto modo son consideradas. Todas tienen su cartelito con su precio; todas son, en principio, susceptibles de compra; esa posibilidad de compra sólo viene limitada por la cantidad de dinero de que disponga el comprador. Hay, así pues, algo que, en contraposición con esta diversidad, con esta infinita riqueza de formas, genera unidad. Lo que encuadra la «gigantesca acumulación de mercancías» en una perspectiva cerrada es algo homogéneo. Este es el motivo por el que el análisis de esta gran diversidad concebible de objetos de uso, de la gigantesca acumulación de mercancías, puede comenzar con la singularidad. Nada más empezar se deja a un lado —y esta expresión se utiliza como sinónimo de «se hace abstracción»—, por consiguiente, la gran diversidad. Esta abstracción sucede, como se ha expuesto, en base al motivo práctico determinado por la capacidad singularizadora del dinero, que sólo es diferente en sentido cuantitativo y que permite la accesibilidad a todas las mercancías prescindiendo de cualquier diferencia cualitativa por grandes que sean, por lo demás, sus contrastes. Esta abstracción, por tanto, reproduce sólo algo que es realidad práctica en nuestra cotidiana existencia social.

III. 8. *La mercancía como «lugar común» y elemento lógico*

El acceso inmediato, la gigantesca acumulación de mercancías, una totalidad a primera vista inductora de confusión, multiforme e inabarcable, es un «lugar común» en el que cualquiera se mueve diariamente.

El ángulo de visión que aparece con este comienzo es el de mayor generalidad. La primera disolución lógica de esta totalidad inmediata y confusa-multiforme —haciendo ahora la palabra disolución las veces de «análisis»— conduce a su forma elemental, a la mercancía singular. La remisión a esta forma elemental no refleja sino el momento uniforme, el modo de singularizar del acceso de cada fragmento de la gigantesca acumulación de mercancías, es decir: no es un acto subjetivo-arbitrario del teórico. El primer párrafo de la página 43 ha descrito por tanto brevemente un movimiento apenas esbozado. El resultado de este movimiento puede ser comparado con nuestro modo de proceder.

Si el segundo párrafo comienza diciendo: «La mercancía es un objeto externo...» etcétera, resulta que este nuevo punto de partida es el punto de llegada de un rodeo de radio muy limitado, determinación de lo que puede ser apropiado como punto de partida. Entonces, por tanto, el punto de partida de la exposición no es por primera vez ya sólo resultado de la investigación, sino resultado ya de la propia exposición.

Con mis consideraciones no he hecho otra cosa que destacar con el cristal de aumento la demostración allí implícita y someterla a la luz de las exigencias que se le pueden plantear a un comienzo. ¿Qué exigencias se han cumplido? La primera, seguro: se empieza con un *lugar común* como no hay otro. Esto es realmente saber cotidiano. Y la segunda: sobre la base de este lugar común se da inmediatamente un primer paso en dirección a lo *lógicamente elemental*. De todos modos, el concepto de la forma elemental significa aquí algo menos concreto. Circunscribe sólo el hecho de que todos los ejemplares posibles de la «gigantesca

acumulación de mercancías», con toda su posible diversidad, son completamente homogéneos desde un punto de vista, pues todos están bajo la determinación de la forma de mercancía. Sólo posteriormente puede verse si esta forma es «elemento lógico» para formas más completas (combinadas). Y en relación con el tercer requisito, consistente en comenzar la exposición con lo genéticamente inicial, no es posible decir aquí nada aún.

III. 9. *Comienzo, acceso, punto de partida*

Hemos seguido pues lo que Marx apunta desde la perspectiva del comienzo. En la lección siguiente va a investigarse cómo y por qué puede apuntar tales cosas. Pero antes es preciso mejorar la terminología. Hasta ahora he introducido terminológicamente el concepto del «comienzo» para poder tratar el complejo problema del comienzo y de la construcción de una ciencia. Por de pronto contamos ya desarrollado con un concepto general del comienzo; ahora va a confrontarse con las exigencias de este concepto el especial comienzo del *Capital.* Si se avanza aún un tanto en la investigación, resulta ineludible matizar algo más. En cierto sentido se puede decir (como es usual) que el análisis de la mercancía, al contener la teoría del valor y del trabajo que genera valor, así como el análisis de la forma de valor junto con una indicación acerca de la génesis de la forma dinero, que todo esto junto constituye el comienzo de la *crítica de la economía política.* En este sentido el «comienzo» abarca casi todo el primer capítulo (y no sólo las primeras líneas o el primer párrafo). Por contraste con el mero comienzo, el ini-

cio directo como el complejo entero del análisis de la mercancía ha de denominarse en lo sucesivo «acceso» o «punto de partida». En el caso de que se quiera adscribir a estas dos expresiones del lenguaje ordinario aún otros significados adicionales de matiz, podría decirse que el punto de partida es el acceso visto desde la prosecución, mientras que el acceso, por el contrario, es tal cuando se tiene delante la prosecución.

Y, ahora, ¿cómo se sigue?

III. 10. *Acceso al análisis de la mercancía: por de pronto, valor de uso*

Se empieza con la fórmula que figura siempre en el acceso, con un «por de pronto»: «La mercancía es, por de pronto»... valor de uso. Con *valor de uso* Marx no define determinados contenidos o peculiaridades; no refiere el concepto tampoco a determinadas necesidades o a determinadas cosas destinadas a satisfacer esas necesidades determinadas, más bien deja de lado todas las determinaciones de esta clase. Sólo retiene una única determinación y es la de que se trata de una cosa que satisface «necesidades humanas de alguna clase». «La naturaleza de estas necesidades —el que procedan, por ejemplo, del estómago o de la fantasía— no hace a la cosa.» Tampoco interesa aquí cómo la cosa satisface a la necesidad, esto es «si inmediatamente como medio de subsistencia, esto es, como objeto de goce, o por un rodeo», mediatamente como medio de subsistencia, es decir, como objeto que es necesario para la producción de medios de subsistencia, como medio de producción. Todas estas dis-

tinciones, que son de una gran importancia en la vida corriente, se dejan a un lado.

Es decir, aquí *se hace abstracción* de la diferencia entre necesidades físicas y psíquicas; *se hace abstracción* también de la manera como la cosa satisface tales necesidades, si realmente o en la fantasía, si inmediatamente o mediatamente. Sólo un aspecto *se retiene*: la existencia de una relación entre una cosa determinada y una determinada necesidad, la existencia efectiva de esa relación cosa-necesidad. Y esa relación es la que se define como valor de uso por parte de la cosa. Tras la «cosa» y la «necesidad» podríamos atisbar los poderes más generales: detrás de la cosa se encuentra la sustancia de todas las cosas, la naturaleza, y detrás de la necesidad nos encontramos nosotros, aquellos de quienes es tal necesidad, los hombres. El concepto de valor de uso es entonces un *concepto de relación,* que vincula a la cosa útil una especie determinada de *relación entre hombre y naturaleza.* Todas las materializaciones particulares de esta relación se dejan a un lado, se hace abstracción de ellas.

¿Por qué puede Marx hacer abstracción de ellas? En las discusiones * se negaba a menudo que Marx hubiese procedido correctamente en este punto concreto. Se preguntaba si no era conveniente hacer una distinción entre clases diferentes de necesidades. Sin embargo: ¿cómo y en base a qué podría hacerse esta distinción? Sólo podría hacerse sobre la base dudosa de algunos supuestos de contenido dotados de un carácter preferencial y relativos a lo que sería la «verda-

* No se puede olvidar que el texto de Haug se basa en una amplia experiencia pedagógica en seminarios y clases sobre *El Capital.* De aquí proceden sus referencias a las «discusiones», etc. (T.)

dera» necesidad, o a lo que sería la cosa «realmente» satisfactoria. Procediendo de esta manera, declararíamos norma la relación entre determinadas necesidades y determinadas cosas y, posteriormente, descalificaríamos otras necesidades, cosas o relaciones como anormales. Y ¿de dónde podrían proceder estas escalas de preferencia sino de otras prescripciones y, concretamente, de las de la religión o de las de una religión diluida en ética?

III. 11. *«Valor de uso» como concepto práctico de relación*

Pero Marx sólo reconoce, como es evidente, una clase de presupuesto, a saber: aquel que, exactamente igual que su comienzo, no presupone otra cosa que la praxis real de los hombres, aquel que es de naturaleza cotidiana. No se muestra puntilloso con estas necesidades, es decir, con estas relaciones hombre-cosa que recoge el concepto de valor de uso desde el ángulo de la cosa, sino que allí donde se encuentra esta clase de relación la llama valor de uso. No presupone otra cosa que la presencia efectiva de estas relaciones. Cualquier otro acceso debería presuponer otras representaciones, debería, por tanto, formular presupuestos de orden moral (procedentes bien de la arbitrariedad, bien del juicio tradicional), mientras que Marx sólo presupone la praxis real, material. (Más adelante veremos que un proceder sin presupuestos de esta clase no sólo no es acrítico, sino que permite la fundamentación de la crítica más radical y totalizadora.)

Se había preguntado por la mercancía. La primera respuesta rezaba: la mercancía es, por de pronto, valor

de uso. Y ¿qué es eso? Una vez se ha elaborado un concepto general de relación y se ha relegado cualquier otra consideración suplementaria de los valores de uso a una disciplina especial, la merceología, Marx se encuentra al final de este primer recorrido con la relación entre valor de uso y riqueza, por lo que regresa de nuevo al primer punto de partida, anterior a todos los demás (la «riqueza» había sido la primera palabra). «Son valores de uso», se dice ahora (pág. 44), «los que constituyen el contenido material de la riqueza, cualquiera que sea la forma social de ésta.» Marx había partido, de todos modos, de la cuestión de la riqueza, cuya forma social es lo peculiar de la mercancía. Y tras un rápido estrechamiento del campo de visión desde la perspectiva de la gigantesca acumulación de mercancías, reducida a la mercancía singular como su forma elemental, la investigación de esta forma elemental parece haber conducido a algo que constituye la sustancia material de la riqueza de todas las formas posibles de sociedad. ¿Ha perdido, hasta aquí, el análisis su tema, la mercancía?

III. 12. *Paso al análisis del valor de cambio*

Pero ahora viene un cambio brusco. Hasta aquí el análisis ha partido de una perspectiva unilateral y a partir de ahora va a volcarse a la unilateralidad opuesta. La bisagra de este cambio la constituye otra especificidad del valor de uso, aquello que puede captarse como específico y que le cuadra sólo en tanto es valor de uso de una *mercancía*: «En la forma de sociedad que hemos de considerar constituyen los valores de uso al mismo tiempo los portadores materiales del

valor de cambio», y éste va a ser desarrollado a partir de ahora desde una perspectiva igualmente unilateral como hasta ahora ha sido la del valor de uso.

¿Por qué este carácter de marcha opuesta de la investigación? Y ¿cómo hay que justificar que en el análisis del valor de uso se haga abstracción de tantas cosas que, sin embargo, se presentan en la vida cotidiana? Y si esto «salta a la vista» a partir de lo expuesto por Marx en las dos primeras páginas ¿por qué salta a la vista? Y ¿qué quiere decir esto, «saltar a la vista»? ¿De qué naturaleza son realmente las demostraciones y los conocimientos con los que Marx opera aquí? De estas cuestiones nos vamos a ocupar en la siguiente lección.

LECCION IV

IV. 1. *Valor de uso como «determinación» de la mercancía*

Hemos seguido el primer trayecto que Marx sigue para analizar la mercancía hasta describir, en realidad, un curioso movimiento circular. Si en el punto de partida se hablaba de la riqueza de las sociedades capitalistas, tras algunas frases volvíamos de nuevo a ese punto de partida, concretamente de nuevo a la riqueza, sólo que ahora sin ninguna determinación histórico-social: a la riqueza de las sociedades cualquiera que sea su forma particular. El círculo, así, no se cierra por completo. Quizá, por tanto, sería mejor que hablásemos de un movimiento en espiral truncado. Ha de ser investigado más de cerca. Y al hacerlo será ineludible recorrer una vez más el mismo movimiento.

Se había preguntado: *¿qué es la mercancía?* La respuesta a la pregunta van a ser dos determinaciones. La primera respuesta —*la mercancía es valor de uso*— choca con que el valor de uso es el contenido material de la riqueza de toda sociedad concebible. La pregunta por lo específico de la riqueza de la sociedad capita-

lista queda abierta hasta que se encuentra como última determinación del valor de uso de la mercancía la determinación de transición: en la forma de sociedad que tenemos que investigar el valor de uso es al mismo tiempo el portador del valor de cambio; y ahora se desarrolla la segunda respuesta: *la mercancía es valor de cambio.*

Para la descripción de este proceso, o de su resultado, he utilizado terminológicamente un determinado concepto. Ahora se trata de que lo explicitemos. Me estoy refiriendo al concepto *determinación.* El carácter de la respuesta a la pregunta por la mercancía pudo ser precisado con su ayuda: la mercancía es «determinada» por Marx sucesivamente como valor de uso y como valor de cambio. Como respuestas a la pregunta *¿qué es la mercancía?* puede decirse del valor de uso y del valor de cambio que son *determinaciones* de la mercancía.

¿Qué significa esto?

IV. 2. *«Determinación» como concepto «teórico de la teoría»*

Por de pronto, se «determina» con ello la respuesta a una pregunta, es decir, se dice algo acerca de la manera de responder a esa pregunta. Mientras el concepto «valor de uso» dice algo sobre la mercancía, responde a la pregunta por la mercancía, la denominación del «valor de uso» como «determinación de la mercancía» dice al parecer algo acerca de la propia respuesta. Según parece, el concepto permite elaborar teoría como tal. Se trataría, según esto, de un concepto con el que no se dice directamente nada acerca del obje-

to, sino gracias al que se puede comprender científicamente la investigación, no por tanto de un concepto teorético en el sentido que corresponde a un objeto, sino en el sentido de que objetiva una visión: un concepto «teorético de la teoría» o «metateórico». Y ahora se trata de preparar para nosotros este concepto de tal modo que lo podamos utilizar como concepto y que nos podamos entender claramente con él. Por lo demás, esta clarificación conceptual debe verificarse de una manera tal que atienda a las exigencias generales de nuestra investigación. Así, la explicación de este concepto no puede fijar otra premisa excepto la que viene dada por la idea de que todos nosotros vivimos inmersos en relaciones práctico-sociales mucho antes de que entremos siquiera a investigarlas. Bien: una vez sentada esta «única» premisa, ¿qué dice el concepto de la determinación?

Empecemos en principio de una manera muy superficial haciendo uso de una clase de teoría que está al alcance también del no-científico. En esta especie cotidiana de teoría, que no se contempla como tal «teoría», el concepto de la determinación es el concepto de una determinada clase de apropiación cognoscitiva de objetos en principio extraños (desconocidos) de tal manera que de ellos se retienen, por así decirlo, determinados rasgos.

Donde se determina hay, en principio, indeterminación; y ahí hay que determinar la necesidad. En este sentido significa la determinación, o puede significar: identificación con algo en principio aún desconocido. En base a las diferencias de rasgos se descubre lo que aún es desconocido, se hace conocido. ¿Cómo ocurre esto? Con una especie de lenguaje de servicio de identificación. Es decir, de forma muy parecida a las carac-

terizaciones de las órdenes de búsqueda de la policía o, por trasladarnos a un terreno completamente diferente, de manera análoga a los libros de determinación de plantas (como, por ejemplo, el «*Kosmos-Natur-Führer*» con su «tabla para la determinación de... las plantas según sus flores»). Y ¿cómo procede esta determinación? Procede en plan de «servicio de identificación» en el sentido de que toma como rasgo distintivo de máxima generalidad el color de las flores (cosa que se ve ya en las páginas del libro, cuyo margen está impreso con los correspondientes colores, se selecciona según colores). Otros rasgos del «servicio de identificación» son: el lugar donde se encuentra, la inflorescencia, la forma de las hojas, etcétera, etcétera. Al margen se han dibujado «retratos-robot» y todo lleva al nombre de la planta buscada. Este resultado de la «*Bestimmung*» se plasma con la palabra no germánica *Determination* y este es también, de hecho, un significado «lógico» del concepto, pues lo que yo había delimitado anteriormente como «metateoría» es tradicionalmente uno de los significados de la «teoría conceptual».

IV. 3. *La determinación como «procedimiento de identificación»*

De la «*Determination*» ya se dijo en la Antigüedad que la determinación de una cosa se realizaba a través de un proceso de reducción, estrechando por así decirlo un círculo inicialmente amplio de sospechosos al decidir sucesivamente según rasgos determinados y cada vez más estrictos; cuando se ha llegado a la determinación entonces sólo queda un individuo o

bien una especie individual. El movimiento es, por tanto, el de un estrechamiento; procede de los límites externos y delimita lo que se trata de encontrar por medio de un proceso de exclusión. Que la determinación se verifica a través de un proceso de exclusión es un dato que condujo ya muy tempranamente a una determinación lógica del acto de la determinación, tal como se hizo famosa sobre todo en la formulación de Spinoza, destacada entre otros por Hegel como particularmente importante en su *Lógica: Omnis determinatio est negatio,* que se puede traducir por: toda determinación positiva es una determinación negativa. Toda determinación es negación al ir excluyendo sucesivamente: al final ha de surgir la definición de lo que ha sido identificado. *Definir* —que quiere decir «poner límites», «delimitar»— se entiende clásicamente, por su lógica, de tal manera que definiendo se aduce un concepto superior en relación con el cual lo que hay que definir se sitúa como caso particular y se delimitan las «variedades colaterales» que caen bajo el mismo concepto superior de la variedad a estudiar. El concepto de especie (concepto superior) a la que pertenece la variedad que se trata de identificar ha de ser igualmente determinado en relación con su concepto superior, teniendo que delimitarse asimismo de los «conceptos colaterales» que caen bajo el mismo concepto superior junto a él destacando negativamente sus diferencas, etcétera. En esta medida, toda *determinatio* es una *negatio* múltiple, verificándose el acto de la definición a través de una serie de delimitaciones.

IV. 4. *La determinación como determinación finalista y decisión*

Pero ¿qué quiere decir esto prácticamente? El «libro de determinación de plantas» muestra que en actos teóricos de esta clase se trata de algo que no es por completo asimilable a la praxis cotidiana. Hay otros libros de determinación, los de identificación de setas, y basta con leer noticias acerca de envenenamientos por setas para darse cuenta de que la determinación acertada de tales objetos puede ser, en ciertas circunstancias, cosa de vida o muerte. El acto de la determinación se realiza por un motivo práctico; el núcleo fuerte del acto teórico de la «determinación» está constituido por las necesidades del *trabajo,* que a su vez ha de posibilitar el metabolismo del hombre con la naturaleza, así como las necesidades de la «lucha por la existencia». En cualquier caso, de acuerdo con la determinación realizada hasta el momento de la «determinación», ésta es un acto subjetivo vinculado a los objetos sólo externamente a través de rasgos adecuados según un criterio de «servicio de identificación», si bien en el resultado, por el éxito o el fracaso (del tipo alimentación o envenenamiento), ha de revalidarse en un sentido práctico-objetivo. Con el fin de situar en el campo de visión este aspecto de la «objetividad práctica» voy a examinar un segundo significado que tiene la palabra determinación en la vida cotidiana.

En la vida diaria, como se sabe, «determinar» posee un significado práctico inmediato. Siempre que se dan actividades en forma de trabajo colectivo —puede decirse también, a escala social—, siempre que se dan actividades a escala social es relevante la cuestión de quién decide, es decir, ¿quién ha de «determinar»?

Así se forman también conceptos como autodeterminación o codeterminación.* También decidir quiere decir aquí, con mucha generalidad, determinación acerca de lo que es por de pronto indeterminado. Y el contenido relevante para la acción de este proceso bien podría ser en su núcleo: o bien se determina cómo han de distribuirse bienes existentes o se determina cómo han de asignarse y gastarse la fuerza de trabajo y los recursos con una finalidad determinada —o bien de cara a una determinada solución de un problema en el marco de una fijación de objetivos. La determinación significa ahora *determinación finalista práctica* y contiene claramente una dobla dimensión de poder: poder de hombres sobre la naturaleza y los hombres.

IV. 5. *Producir: determinar prácticamente el producto*

Esta segunda determinación finalista práctica y social se refleja de una manera significativa en un tercer uso lingüístico que aparece en los horóscopos, en las hojas parroquiales, en «*Wort zum Sonntag*» y en muchas otras manifestaciones de carácter religioso o pseudorreligioso que apenas ven la luz pública, a saber: la «determinación fatal del hombre en este mundo», la mítica determinación o, en un sentido más estricto, la predestinación. En la base de las ideas de este tipo se halla, en último término, la representación de fondo de que todo lo que ocurre en la Tierra (o en el mundo)

* *Mitbestimmung* = codeterminación. Pueden aceptarse como sinónimos, sin excesivo rigor, «codecisión» y «cogestión». (T.)

ha sido determinado por un «poder fatal ultraterreno (o externo al mundo, situado más allá)»; a menudo se le atribuye a la «providencia ultraterrena» la intención de alcanzar por medio de esta determinación determinados fines, como por ejemplo la restauración cuando se produce una apostasía, un alejamiento de Dios, mediante un arreglo que es al mismo tiempo castigo y confirmación. La «novela metafísica», que está en la base de estas representaciones, se mueve en la mayor parte de los casos entre los dos polos del pecado y de la expiación.

No es muy difícil darse cuenta de que en el concepto mítico de la determinación se refleja algo completamente terrenal, a saber, la determinación práctica con acento en el dominio sobre las personas, aun cuando apenas sea consciente de esto quien utiliza el concepto mítico. Una vez culminado nuestro intento de circunscribir el concepto de la determinación sobre motivos práctico-cotidianos por recurso en parte de los usos lingüísticos ordinarios y en parte a la teoría conceptual tradicional, ahora tenemos que intentar el asentamiento del significado práctico en la determinación de la mercancía como valor de uso y valor de cambio de tal manera que salgamos del vago dar vueltas y hagamos del concepto de la determinación un elemento firme y útil para nosotros en tanto que caracterización de una operación teorética con apoyatura práctico-material.

IV. 6. *Determinación teorética de la mercancía como comprensión de su determinación objetiva*

Cuando se dice que la mercancía tiene una doble determinación: ser, de un lado, valor de uso y, de otro, valor de cambio, aquí cumple el segundo sentido, práctico, de la palabra. Esto significa que quien lo producía disponía de energía, recursos y fuerza de trabajo con la intención finalista, primero, de producir el producto para su venta y, segundo, hacerlo útil para determinadas necesidades. Esto significa que dos «determinaciones» prácticas, decisiones relativas al empleo de fuerza de trabajo y medios auxiliares etc., precedieron a la existencia de la mercancía. La mercancía fue «determinada prácticamente» antes de que el teórico comenzase su obra y «determinase teóricamente» la mercancía. Por eso puede decirse de una mercancía: esta cosa está determinada para el uso o, como a veces dice en los paquetes, «para su inmediato consumo». De todos modos, es preciso decir con idéntico énfasis de la mercancía justo lo contrario: esta mercancía está determinada no al consumo inmediato, sino antes que nada a la venta. Si por ejemplo un niño, ante las cosas buenas expuestas en la tienda, se equivocase con su lenguaje (que privilegia el valor de uso) y se pensase que las cosas están ahí «para su inmediato consumo» y empezase, en consecuencia, a consumirlas, recibiría seguro un cachete y esta reconvención: «Estas cosas están destinadas a la venta».

Luego: aquí, en la cosa a investigar, la mercancía, el concepto de determinación tiene un significado práctico doble que precede a la existencia de cualquier mercancía individual real. La mercancía obtiene su exis-

tencia en cuanto se determina que tal y tal cosa ha de ser fabricada para este y aquel objetivo. Lo que en un principio apareció como «teorético de la teoría», como un concepto referido puramente a operaciones subjetivas, se muestra aquí como algo que compone el objeto «desde dentro» al caracterizar casi literalmente el poder y la finalidad determinante que generó la existencia de ese objeto. El concepto teórico de la teoría se ha convertido en teórico-objeto. En este sentido se podría ajustar las cuentas con el concepto compuesto de la «determinación objetiva».

La mercancía tiene, por tanto, dos determinaciones objetivas y esto con plena independencia de si nosotros, como teóricos, nos damos cuenta o no. Está determinada en primer lugar para el uso y en segundo lugar para la venta. Pero, más bien, es al revés: primero ha de venir la venta, esta determinación tiene evidentemente la primacía. ¿Qué hace ahora el teórico?

El teórico no puede hacer otra cosa que elaborar en el análisis de la mercancía esta determinación objetiva en forma pura. Además, ha de intentar averiguar igualmente la relación existente entre estas determinaciones, tal como se manifiesta por ejemplo en la primacía que acabo de afirmar (y sobre la que más adelante volveremos) de la venta sobre el uso. Por tanto, cuando se dice del valor de uso y del valor de cambio que son determinaciones de la mercancía con ello estas afirmaciones se enjuician de acuerdo con nuestra exigencia, se valoran como afirmaciones que recogen, reproducen, reflejan teoréticamente las determinaciones objetivas (reales) de la mercancía.

IV. 7. *«En el principio fue la acción»: por tanto, la «evidencia»*

Una vez preparado el concepto de la determinación hay que preguntar cómo fue elaborada la determinación concreta de Marx. ¿Cómo se verificó la determinación concreta?, reza ahora la primera pregunta. Y: ¿es evidente?, la inmediata. Si la respuesta es afirmativa, ¿en qué se basa esa evidencia? ¿Qué quiere decir: ser evidente? Un significado de 'ser evidente' puede ser: es realizable. Otro significado puede ser: una determinación es manifiesta si es comprensible. Si una cosa «es manifiestamente» como la expone Marx, entonces su exposición nos resulta evidente.

Entonces ¿cómo? ¿Qué condiciones han de cumplirse para que la evidencia en el sentido de la realizabilidad sea alcanzable? Realizable ha de ser el «paso» que permite salvar una distancia. Para ser realizable cada paso ha de estar vinculado estrechamente con el anterior, todos ellos han de estar relacionados de una determinada manera con el punto de partida. Yo pregunto, así, ahora: ¿Cómo están relacionados con el punto de partida lo nuevo, lo que ha aportado el análisis, las determinaciones del valor de uso y del valor de cambio? ¿En base a qué se sabe lo que Marx sabe a este respecto?

La respuesta —aludida una y otra vez en el curso de esta investigación— ha de ser señalada ahora con toda claridad. En el capítulo segundo (pág. 97) Marx ya se ha referido a ella con una mención al *Fausto* de Goethe: «Puestos en esa perplejidad, nuestros poseedores de mercancías reaccionan como Fausto: en el principio fue la acción. Y por eso obran antes ya de haber pensado.» ¿Cómo reescribe modificándolo

Fausto el principio de los Evangelios? «En el principio fue el logos», dice en ese lugar. ¿Cómo puede traducirse este «logos»? ¿«En el principio fue la palabra»? No, «es imposible que dé una valoración tan alta de la palabra; tengo que traducirlo de otra manera». ¿Qué es lo que se trata de poner por logos, según qué lógica ha de entenderse? «¿Es acaso el *sentido* que todo conforma y crea?». Una vez que Goethe ha dejado a su Fausto que concrete en cuanto a contenido la palabra, dándole sentido, le permite dinamizarla como «fuerza». Pero entonces rechaza todos esos enfoques o más bien los supera a todos juntos y escribe: «¡En el principio fue la acción!»

A esta «lógica» obedece también la determinación de la mercancía: al principio estaba la acción, una cantidad de veces innumerable, millones de veces, como la cosa más común de todas, la más familiar a todos, tal como Lenin lo destacará en sus comentarios al comienzo del *Capital.* Así pues, antes de que el teórico empiece su obra, estaba ya la acción y estaba ahí innumerables veces y a lo largo de un sinfín de generaciones.

IV. 8. *«Itinerario de masas» de la experiencia práctica*

Volvamos de nuevo a ir paso a paso. Ya se ha visto cómo se llegaba de la gigantesca acumulación de mercancías a la mercancía singular. Por tanto, no es preciso que lo repitamos. Pero luego ¿cómo se ha pasado de la mercancía singular al valor de uso, trayecto éste que describe un «irresoluto» movimiento circular muy curioso que vuelve al punto de partida y de una manera tal que lo específico del planteamiento, la pregunta

por el capitalismo, se pierde por completo? La respuesta es ésta: Para la perspectiva del punto de partida, es decir, para la perspectiva ante la que se presenta la gigantesca acumulación de mercancías, es cierto que la posibilidad de adquisición de todas esas cosas era su característica unificadora, pero ocurre que todo aquel que mire al escaparate tiene ante sus ojos la gran diversidad y la promesa de utilidad de esas mismas cosas. Esto significa que el motivo práctico de la mirada sobre la variedad de las mercancías es para quien mira al escaparate, el valor de uso. El análisis de Marx no hace en lo sucesivo sino plegarse a esta perspectiva práctico-inmediata de todo aquel que mira al escaparate —con la excepción de la del propietario de las mercancías, que mira para ver si las mercancías están bien «expuestas» o no, pero cuya perspectiva no es ya la del punto de partida precisamente—, es decir, no hace sino adecuarse a esta dimensión práctica de la perspectiva del mirón de escaparates. Esto quiere decir que se avanza a partir de la «huella» del interés inmediato de quien lanza su mirada al escaparate. Por eso la pregunta *¿qué es la mercancía?* puede, en principio, remitir al valor de uso. Y por eso también la exposición correspondiente es «evidente» en la medida en que todo aquel que mira a la mercancía tiene esto *in mente*. El proceso es teoréticamente realizable porque previamente ha sido realizado en la práctica innumerables veces por todo el mundo. El análisis teórico no hace delinear *a posteriori* este «itinerario de masas» de la experiencia práctica.

Lo que ha mostrado hasta ahora el análisis de Marx parece conocido por todos. (También es de dominio común lo que es una mercancía). Pero si esto es así, entonces la pregunta es por qué, realmente, es necesa-

rio el análisis si lo que se trata de analizar, el objeto del análisis, es conocido generalmente; si no se encuentra, a lo que parece, nada que no estuviera ya previamente en cada consciencia y que hiciese evidente el desarrollo seguido hasta aquí mismo. Pero si esto es así entonces ¿acaso no es también, en tal caso, evidente el análisis del precio, ya que no aporta realmente nada nuevo, sino que permanece allí donde se estaba, en el lugar común? ¿Qué es lo nuevo entonces, si todo era ya antes prácticamente conocido? Nada nuevo hay en el primer resultado del análisis, nada que no estuviese ya contenido en el punto de partida.

IV. 9. *«Desarrollo» como «explicación de lo implícito»*

El resultado del análisis representa sólo una versión diferente de lo mismo. Y esto es precisamente lo nuevo: nuevo es el modo como se reelabora lo que se contenía ya en el punto de partida. No se añadió nada, sólo se extrajo lo que se contenía allí. Esta «extracción de lo contenido allí» ha de examinarse más de cerca pues evidentemente el análisis de su justeza depende por completo de la peculiaridad de este procedimiento. *Análisis* quiere decir, de acuerdo con este procedimiento, *disolución* en el sentido de que se disuelve la confusión de ambas determinaciones de la mercancía, valor de uso y valor de cambio. Ahora vienen la una detrás de la otra. Se exponen separadamente. El análisis destaca a ambas singularizaciones y posibilita así la determinación de su relación, de la relación que tienen entre sí. De acuerdo con esto, lo nuevo, lo que aporta el análisis, no está ya antes dado: es esta disociación. No

sólo aporta en estado de aislamiento, de singularización, lo que en el punto de partida aparecía confundido, sino que aporta como consecuencia también la relación de lo que se ha disociado de esta manera.

Así pues, lo nuevo sería la forma de la disociación. Ahora se podría decir: «Lo disociado era en sí mismo ya conocido, sólo que no en esta forma». Y esta relación entre lo conocido y lo desconocido es algo que hay que averiguar más de cerca. Mirando hacia atrás llegamos a una consideración del punto de partida como la representación confusa de la mercancía que tiene cualquiera en tanto que comprador. En esta representación se encuentra todo lo que hasta el momento ha sido extraído, pero se encuentra de manera confusa. El análisis no significaba, precisamente, sino la clarificación de esa confusión. Desenmaraña lo que en la representación inicial se encuentra enmarañado. Lo que encuentra lo sabe cualquiera. Pero no lo sabe desarrollado de esta forma. Quizá se pueda caracterizar este procedimiento mediante un concepto auxiliar como la *explicación de lo implícito,* para así poder entendernos. (Esta expresión, de todos modos, tiene antecedentes: ha sido —con otro significado— *terminus technicus* en la lógica de Carnap.) Con la denominación provisional de este procedimiento como «explicación de lo implícito» destacamos esto precisamente: en el punto de partida estaba todo implícito y lo nuevo es sólo la forma de explicitación de lo que era implícito, es decir, la forma de lo explícito. Necesitamos transitoriamente un terminología de esta clase para poder entendernos rápidamente acerca de una determinada fuente de conocimiento y simultáneamente acerca de un procedimiento para destacar aquella clase de conocimientos de los que tan contradicto-

riamente se puede decir que de un lado eran plenamente conocidos y de otro desconocidos. En lugar de hablar de la explicación de lo implícito también podríamos referirnos aquí al desarrollo de lo enmarañado.

IV. 10. *El análisis destaca las determinaciones en estado puro*

¿Cómo procede la explicación de lo implícito? En la medida en que destaca y descompone las determinaciones de la mercancía, no la deja inalterada. Esto quiere decir que en la medida en que se descomponen esas determinaciones, no permanecen tal como estaban dadas en el punto de partida, es decir, en la representación cotidiana de la mercancía. ¿Cómo se modifican? En cuanto se explicitan, se destaca de ellas sólo aquello que es común, aquello que afecta por igual a todos los objetos del tipo investigado, es decir, a todas las mercancías bajo la óptica dominante primero del valor de uso y luego del valor de cambio. El análisis destaca las determinaciones en estado puro, deja fuera todo lo que es posible eliminar. Lo que destaca como determinación del valor de uso es la aptitud de un fragmento de «sustancia natural», elaborada de alguna manera, para satisfacer, en el marco de la relación general dada por el «metabolismo hombre-naturaleza», una necesidad humana, es decir, un momento de esta interrelación. Quiere decir: en esta primera determinación de la mercancía se prescinde de todo lo que, de alguna manera, cambie, todo lo que sea fruto del azar, todo lo que aparezca unas veces de una manera y otras de otra, todo lo que dependa del desarrollo de la técnica, del

desarrollo de las necesidades, etcétera. Sólo se retiene una referencia tal que, sea cual sea el estadio del desarrollo al que se refiera la investigación, venga siempre dada de igual manera.

IV. 11. *Abstracción y formación del concepto*

Este destacar la determinación esencial fundamental, dejando fuera todo lo que sea posible dejar fuera —y susceptible de dejar fuera es todo aquello de lo que se pueda prescindir sin que se destruya el núcleo del objeto—, este destacar lo esencial, prescindiendo de lo que se puede prescindir, es un significado de un concepto lógico respecto del cual avanzamos ahora algo más en su definición, del concepto lógico de *abstracción.* Si se busca en el diccionario qué significa abstracción se encuentra que la abstracción se delimita de una manera puramente literal como «separar», «prescindir»; o positivamente, sin ninguna referencia a otros términos, como «formación del concepto».

Lo que hasta aquí se ha descrito como el movimiento, como el procedimiento de Marx no es sino la perífrasis de una forma particular de lo que en general se llama *formación del concepto.* La determinación del valor de uso, destacado y expuesto por la vía del desarrollo de lo que se encontraba confuso en la representación del punto de partida, puede denominarse el *concepto* del valor de uso. El concepto del «concepto» es, por tanto, el siguiente que introduzco como término, en una primera aproximación definitoria, en nuestro «lenguaje de discusión». Lo que distingue al concepto del valor de uso de la charla incomprensible acerca del valor de uso es que ya no consiste en una

mera recopilación de informaciones acerca de valores de uso, sino que retiene sólo aquello que es común a todos los valores de uso, aquello de lo que no se puede prescindir, su núcleo.

Al hacer esto el trabajo conceptual, al proceder de esta manera el trabajo de abstración, el resultado se evidencia de una nueva manera y necesitamos un nuevo concepto de la *evidencia* que sea completamente distinto al del lugar común, al característico del punto de partida. Si bien no es de una sustancia diferente a la representación inicial, esta novedad es evidente de una nueva manera, de una manera que va mucho más allá de aquello que «todo el mundo sabe aun cuando ignore todo lo demás» que es como Marx determina (en la pág. 56) el saber de partida inmediato. Es justamente esta visión del núcleo necesario de aquel saber general de partida lo que se desintegra y borra en éste por el concurso de muchas «cosas secundarias» superfluas, por la diversidad de lo diverso y así sucesivamente.

IV. 12. «*Concepto*» *y* «*evidencia necesaria*»

El camino conducía adelante a partir del acceso o al propio acceso, si así se quiere. Este progreso no sólo ha de comportar una realizabilidad cualquiera, algo así como pensar que de alguna manera ha de consumarse, sino que ha de ser forzoso. No ha de poderse, por tanto, seguir de cualquiera manera. No ha de haber otro camino excepto éste. La determinación nuclear, el concepto elaborado, puede desarrollarse en un sentido u otro —puede decirse mucho más sobre valor de uso, cosas que Marx excluye—, pero en el núcleo

no se puede ni prescindir de nada ni tampoco incluir nada de un valor análogo. Lo único que se podría añadir no serían sino determinaciones de ampliación de aquello que ya se contenía en el concepto nuclear. La evidencia que exige el desarrollo del núcleo necesario, es decir, la exigencia de evidencia en un *concepto,* puede por tanto venir determinada como *evidencia necesaria* o *forzosa.*

Esta exigencia de evidencia, «conocimiento forzoso», puede ser «examinada» y discutida igual que la cuestión del comienzo, cuando se probaban otras posibilidades. Esto afecta sobre todo a las posibilidades de prescindir o añadir. Por consiguiente, habría que examinar el concepto de la mercancía como relación determinada de las determinaciones valor de uso y valor de cambio preguntándose: ¿puede prescindirse de una de las determinaciones? ¿Puede añadirse una tercera, que no esté ya contenida en las otras dos? Que no se pueda añadir nada ni prescindir de nada determina que un conocimiento conceptual de esta naturaleza sea entendido como forzoso.

Determinación, explicación de lo implícito, abstracción, concepto: estas son ahora las herramientas que vienen «determinadas» de modo provisional para la investigación de la teoría de Marx y para el entendimiento respecto de ella. Se trata de herramientas que tienen como finalidad comprender primariamente no la cosa misma, sino la teoría científica de la misma, son «conceptos conceptuales» si así se quiere. Como tales podrían haber sido elementos tradicionalmente integrantes de la «teoría de los conceptos» (o lógica).

Pero ¿no se ha introducido otro concepto compuesto, la «determinación objetiva»?

Se trataba con él de hacer comprensible el concepto

de la «determinación». Brecht ha dicho que construir un concepto quiere decir encontrar el asidero de la cosa por donde se la pueda coger, por donde se la pueda comprender.* Cuando la cosa misma es un concepto entonces se trata precisamente de encontrar en el concepto el asidero práctico que me viene a mano. Esto, desde luego, se dice más fácilmente que se hace. En el concepto de la determinación yo intentaba mostrarlo de una manera tal que se viese que la «determinación» no es en la teoría a investigar aquí meramente un *actus purus,* un acto de creación surgido en el cielo de las ideas y no contaminado por ningún condicionamiento material, una operación teórica, subjetiva y arbitraria. Al menos en lo relativo a la mercancía, en su base existe una determinada relación social en forma de una actividad práctica conocida por todos nosotros por haberla efectuado o por haberla experimentado o quizá incluso sufrido.

IV. 13. *La teoría del concepto en base a la necesidad práctica*

Al introducir el concepto compuesto de la «determinación objetiva» lo he hecho no como un concepto autónomo, sino sólo con el fin de destacar este aspecto objetivo y como contrapartida del aspecto subjetivo del acto teórico de la determinación. Se trataba de facilitar la deducción de un concepto. Se trataba de abrir el paso a un concepto «teorético de la teoría», lo que

* Hay un juego de palabras, que no recoge la traducción literal, en base a los siguientes términos y equivalencias: *Begriff* = concepto; *Griff* = asidero; *fassen* = coger; *auffassen* = comprender. (T.)

de acuerdo con nuestras exigencias sólo podía hacerse a partir de un determinado aspecto «no teórico», a saber, de la praxis. Y un concepto sólo es correctamente disponible, utilizable, cuando se mantiene abierta esa vía de acceso con el fin de poder, si es necesario, reconducir en todo momento el concepto de nuevo a su contexto práctico-objetivo. La exigencia a que se somete todo teórico —por lo demás una exigencia fundamental de la ciencia materialista— es que conforme su concepto de tal manera que se adapte al objetivo de reflejar acertadamente las determinaciones esenciales de la realidad objetiva (y no cualquier clase de representaciones subjeticas). De acuerdo con esta exigencia, se trataba de aportar la demostración en relación con el concepto de la determinación en el contexto del análisis de las mercancías de que antes de que el teórico determine teoréticamente la mercancía como valor de uso y como valor de cambio, ésta ya ha sido determinada prácticamente en idéntico sentido por los productores. Es cierto que podría objetarse aquí que aunque se habla en todo momento de «determinación» se trata realmente de dos planos completamente distintos. Pero es precisamente esta diversidad la que plantea la tarea del teórico. Sólo cuando se ponen en relación esos dos planos, como se intenta en el ejemplo de la «determinación», es posible la justificación de los conceptos y no otra cosa significa la exigencia planteada al teórico de conformar y utilizar sus conceptos de una manera tal que reflejen tangiblemente el plano práctico. Esto, sin embargo, comporta muchos problemas. Con la palabra «reflejar», naturalmente, lo único que se hace es señalar una exigencia, pero ni de lejos se cumple. Pero la exigencia «materialista» planteada a la relación entre concepto y realidad práctica,

entre realidad y lógica —que en sí misma debería ser científicamente obvia— queda así al menos aludida.

IV. 14. *Transformación de la representación inicial en saber conceptual*

Resumo: partiendo de un lugar común, de un saber «que conoce todo el mundo aunque ignore todo lo demás», hemos llegado con Marx a un conocimiento que es forzoso, que es forzoso por un motivo práctico real. No sólo se hizo resultado el punto de partida, sino que se transformó la representación confusa que tiene cada cual en un concepto que permite comprender la «arquitectura interna» de la cosa. De todos modos, la exposición de la «arquitectura interna» de la mercancía sólo la hemos llevado a cabo hasta el momento parcialmente. Hasta el momento sólo se ha transformado en un concepto científico la determinación del valor de uso, un concepto que permite comprender la «arquitectura interna» de lo que nosotros denominamos valor de uso. Para seguir desarrollando el concepto de la mercancía hay que desarrollar conceptualmente su segunda determinación. Como también la segunda determinación de la mercancía, la determinación como valor de cambio, es una determinación práctica, Marx se dejará llevar por su despliegue práctico. En la medida en que es valor de cambio, su determinación práctica es, por de pronto, el cambio de la mercancía. Por eso mismo deja Marx para una investigación ulterior la mercancía en el cambio e investiga el valor de cambio en tanto en cuanto investiga la relación de cambio.

Antes de situar bajo la lupa esta prosecución de la exposición tenemos que investigar, para que esa visión

con lupa nos aporte más conocimiento, qué se quería decir cuando afirmábamos: «Marx transforma el confuso saber inicial acerca de las determinaciones de la mercancía en conocimiento conceptual».

LECCION V

V. 1. *Significado materialista del «conocimiento conceptual»*

Hasta ahora hemos «observado» la introducción de dos conceptos de contenido, a saber: el concepto aún no agotado de la «mercancía» y el cerrado para este primero del «valor de uso», que fue introducido como una de las dos «determinaciones» del concepto de mercancía. En este momento nos encontramos en el umbral del desarrollo conceptual de la segunda determinación «encontrada» de la mercancía, del «valor de cambio». Así pues, aun cuando nos encontramos todavía al principio, lo observado ofrece ya material suficiente del que es posible extraer, al menos en forma provisional, los instrumentos lógicos con los cuales poder seguir trabajando de una manera más efectiva. Pero es muy importante una clarificación que puede ser en una teoría materialista como la *crítica de la economía política* el «conocimiento conceptual».

¿De qué naturaleza, por tanto, es el conocimiento conceptual introducido hasta el momento, de acuerdo con nuestra observación, por Marx? El conocimiento

conceptual requiere en principio, como se ha expuesto, delimitar y retener de la multiplicidad de fenómenos aquello que sea una característica general. Esta característica general ha de ser al propio tiempo lo constitutivo de lo idéntico o invariable en el marco de la diversidad o de la variabilidad, o bien aquello en torno a lo que gira su variación. Aquí se encuentra un primer acceso a la determinación del concepto de «concepto». Antes de introducir este concepto de «concepto» intenté mostrar que el tipo de explicación que emplea Marx en su argumentación es de una clase muy particular. Los pasos no pueden seguirse arbitrariamente, de tal manera que no es posible que exista indiferencia en cuanto a seguirlos o no, sino: que en cuanto se inician resultan «forzosos». Se trata de un conocimiento «necesario». Y como forma de tal conocimiento necesario vendría determinado precisamente el contenido del concepto del «concepto». Este conocimiento necesario puede circunscribirse en primer lugar por medio de lo no eliminable, en segundo lugar a través del camino en cada caso más breve de algo no eliminable a otro elemento igualmente ineliminable. Ineliminable es aquello de lo cual no se puede prescindir sin afectar negativamente al núcleo de la cosa que se trata de comprender.

V. 2. *Criterios de examen y «prueba mental»*

La determinación de un concepto en base a determinados rasgos quiere decir, si es que realmente esto encierra un significado lógico, plantearle ciertas exigencias. Tenemos que aprender que el conocimiento conceptual no es otra cosa que un conocimiento exi-

gente de determinada manera. Quien sea consciente de esto, lo someterá a un doble control: primero examinará las exigencias y reconocerá tan sólo las de la «vida» (¡acerca de las cuales, de todos modos, habría mucho que decir!) y en segundo lugar someterá a examen si las exigencias que ha hecho suyas han sido satisfechas. ¡Traduzcamos la determinación formulada hasta el momento del conocimiento conceptual al lenguaje del examen!

Sometamos a examen, por consiguiente, en primer término las propias exigencias en la medida en que han sido desarrolladas hasta ahora: retener de la cosa esencialmente lo general y buscar el ángulo en torno al cual gire la cosa no quiere decir sino concentrarse en el aspecto general-práctico de la cosa, no detenerse en circunstancias y casualidades singulares. El motivo del interés de una determinación de esta clase del conocimiento conceptual es evidente: si para la vida el conocimiento es prácticamente necesario, ha de tratarse de «conocimiento necesario» por contraste a una «inspiración» cualquiera arbitraria y superficial.

Examinemos ahora en base al material de que disponemos si se han cumplido estas exigencias. Las determinaciones relativas al carácter «imprescindible» y al «camino en cada caso más breve» formulan, al mismo tiempo, criterios de prueba. Con ellas resulta posible conformar la prueba en el pensamiento, la «prueba mental». La primera prueba es el seguimiento del «camino introductorio». La segunda prueba consiste en el intento de dejar fuera lo «imprescindible» o de añadir otros elementos. Lo que ponemos a prueba, por tanto, es si en el concepto de la mercancía o del valor de uso se puede prescindir de algo o se puede añadir algo.

V. 3. *La prueba mental como actividad tentativa intelectual*

Claro que es posible objetar que podría ocurrir que en algún momento «apareciese» una o más determinaciones teniendo entonces que ser reconocidas. Es una objección que parece, en abstracto, correcta. Sin embargo, sólo el recuerdo, por ejemplo, del concepto del valor de uso muestra de inmediato que la objección no afecta en absoluto a esta clase de conceptos. Comprender el «valor de uso» en tanto que momento determinado en el metabolismo vitalmente necesario entre el hombre y la naturaleza significa haberlo dicho todo en el plano abstracto-general. ¿Por qué? Pues porque sólo se retiene la relación más esencial, más general pero, por eso mismo, se trata precisamente de una relación «completa». La «prueba mental» que se trataría de poner en juego aquí consistiría en intentar, en cuanto a la relación hombre-naturaleza, bien eliminar uno de los dos aspectos o bien añadir un tercero. En el plano de la singularidad empírica, de las casualidades, etc., por el contrario, aquella objección es no sólo admisible, sino de una absoluta necesidad vital.

Quien ponga en práctica las «pruebas mentales» propuestas desarrollará al menos algún elemento de las diferencias exigibles del conocimiento conceptual. Si se puede ver por un primer camino que una serie de determinaciones conforman un concepto y que esta «conformación del concepto» tiene su coherencia en que no sea posible, precisamente, prescindir de ninguna de esas determinaciones —todo lo eliminable ya ha sido suprimido— y en que no sea posible añadir nada —excepto determinaciones que desarrollen las ya presentes—, entonces la prueba puede ex-

perimentar vía ejemplo una «experiencia mental»: el intento de, a pesar de todo, añadir y suprimir elementos. Mentalmente se ha hecho una experiencia con un concepto.

V. 4. *Recurso del pensamiento a la praxis*

Pero una experiencia mental de esta clase no alcanza todo su cometido mientras no hayamos comprendido lo que está en su base. Preguntemos, por tanto: qué ocurre realmente con esta prueba mental si intentamos, por ejemplo, comprobar si es cierto que la mercancía tiene dos determinaciones, el valor de uso y el valor de cambio, y que no se puede añadir otra de igual naturaleza ni se puede prescindir de ninguna de ambas. Bien, intentémoslo: si dejamos fuera el valor de cambio, la mercancía desaparece como tal mercancía, pues en la práctica la prédida del valor de cambio significaría que la mercancía se ha convertido en invendible, se ha arruinado como mercancía, y de ella sólo queda una cosa común, más o menos útil como útil es el aire, que es vitalmente necesario, pero que no es ninguna mercancía. Si a una mercancía la desproveemos de valor de uso, su valor de cambio queda anulado, pues algo cuya inutilidad sea sabida es también incambiable. Ambas determinaciones son por tanto necesarias para la mercancía como tal, es decir, imprescindibles. La prueba mental da resultados forzosos. Pero ¿por qué? El concepto de mercancía se disuelve si se abandona una de sus determinaciones porque es «simplemente evidente» que la mercancía «tiene» que ser valor de uso y valor de cambio. La cuestión es sencillamente: ¿por qué es esto evidente? No pode-

mos quedarnos en el plano de la mera evidencia. Y la respuesta es: la prueba mental, en realidad, no es sino acción tentativa en el marco del intelecto. Esto quiere decir que «nos lo planteamos prácticamente», como se dice en el lenguaje ordinario; y si no me lo puedo plantear prácticamente porque en el transcurso de la representación práctica la mercancía representada, una vez se le retira una de las determinaciones, queda arruinada, es decir: no solo resulta «no representable» en el sentido negativo, sino que resulta en la práctica positivamente arruinada —como una mercancía incluida en el «género de desecho»—, entonces la prueba, en esta medida, está realizada. *La prueba mental es, por consiguiente, actividad tentativa intelectual.*[4] Expongo esto con tanta amplitud con el objeto de colocar nuevamente la actividad cognoscitiva sobre el suelo, sobre el único lugar en el que, desde el punto de vista materialista, puede colocarse; sobre el suelo, en fin, de la realidad práctica, de la praxis real de los hombres. (Relevancia de esta conexión: entre los que «trabajan con la cabeza» es casi forzoso que aparezca la en-

4. No es posible desgajar y generalizar sin más esta argumentación del presente caso de aplicación, el análisis de la mercancía. Evidentemente, por ejemplo, los científicos naturales tienen que operar en determinados campos inevitablemente con magnitudes que ellos no pueden «imaginarse»; pero en todo caso, los motivos que inducen a la introducción de tales magnitudes o proporciones «inimaginables» son siempre en última instancia de naturaleza práctica. En este caso es la lógica de la praxis experimental la que «se imagina prácticamente». — En cualquier caso, no obstante, la «actividad tentativa» presupone competencia práctica. En el caso de la mercancía está garantizada por la forma más general de praxis de todos los miembros de la sociedad.

fermedad profesional consistente en autonomizar l actividad ideal respecto de la realidad social. Ahí s expresa la separación de los trabajadores de una so ciedad. Reflejar este autonomizarse significa agudiza la conciencia de esa separación.)

De acuerdo con la pretensión de Marx se desarrollar a partir del camino general transitado por él —aur cuando reflejando las relaciones sociales básicas— co nocimientos, que ya no pueden quedarse fijados en lc anterior, proyectados a la búsqueda de nuevos hechos, de nuevos ejemplos, y que no han de ser puestos permanentemente a control por si son superados por nuevos desarrollos. Los conocimientos de esta clase sólo resutan superados en el momento histórico en que la producción capitalista de mercancías queda sustituida por otro modo de producción. Lo que constituye el objeto del análisis, por tanto, no es, desde luego, algo eterno, permanente, ahistórico; pero para el segmento de historia que viene determinado por la formación social capitalista-burguesa, estas determinaciones fundamentales son precisamente permanentes, no anuladas en sus condiciones básicas por ningún desarrollo del tipo que sea.

V. 5. *Determinaciones históricas e histórico-generales*

Atendiendo a la cuestión de la mercancía, por tanto, el análisis progresa hasta enfrentarse con la regulación específica de la relación hombre-naturaleza en esta determinada formación social, regulación que sólo desaparecerá con esta misma formación. En la medida en que el valor de uso, como portador de la riqueza,

se reconoce en cualquier forma de sociedad posible, el análisis se interna en este punto —si bien al precio de un alto grado de abstracción— en un terreno cuyas determinaciones retienen su validez en tanto existan hombres en general. Marx mismo señala justo en las dos primeras páginas del *Capital* el ámbito de las modificaciones históricas en el marco de esta invariabilidad: la determinación de la utilidad de las cosas, hacer mensurables sus cualidades materiales, todo ello es un hecho histórico y en parte una convención de social; en cualquier caso, materia propia de la historia. Con respecto a la relación básica consistente en que el valor de uso supone la utilidad de una cosa para la satisfacción de una necesidad humana, por lo que concretiza un segmento el metabolismo humano, puede decirse que esta relación básica se dispone a lo largo de la historia de manera diversa según los diferentes niveles de desarrollo, pero en tanto que relación básica no es modificada.

Todos los valores de uso posibles son juntos las determinaciones básicas que da Marx. Y para poder destacar las determinaciones comunes de todos los valores de uso posibles en todas las épocas históricas, ha de separar éstas de las muchas determinaciones variables y diferenciadas que se presentan en la historia. En esta medida actúa también aquí la fuerza de abstracción y el concepto del valor de uso es, como concepto científico, un resultado del proceso doble de la generalización y de la abstracción. Se puede, por tanto, a diferencia de otros conceptos, caracterizarlo como un concepto *abstracto-general*.

A lo largo de nuestra investigación adquiere una importancia particular dar cuenta de la causa por la cual es posible construir un concepto de esta naturaleza.

Sólo cuando se tiene en cuenta esta fundamentación es posible examinar tales conflictos y en la medida en que aparezca como posible utilizarlos de manera creativa.

V. 6. *Conocimiento vinculante como vinculante de muchos*

Pero decía que el conocimiento conceptual es un conocimiento «forzoso». ¿Acaso no es lo «forzoso» algo que viene a coartar nuestra libertad? ¿Cómo puede ser favorablemente enjuiciado, si es constrictivo? Pues ninguno de nosotros quiere verse constreñido a nada. ¿Acaso no hay aquí una contradicción? Ahora bien, de otra parte, un conocimiento vinculante de esta naturaleza —esta es posiblemente la expresión utilizable— se presenta como el único camino transitable, ofrece la base teorética para la emancipación social, que no es ya meramente la emancipación de unos pocos, sino la de todos. De este carácter vinculante depende que esta teoría pueda ser indicador de la praxis de no menos que «todos» en un cierto sentido, es decir, de todos aquellos que no se hallan enfrentados a causa de un interés particular al interés de la inmensa mayoría de los miembros de la sociedad. El carácter vinculante de la teoría es sólo otro aspecto de su vinculancia general, de su proyección de masas, de su carácter «científico-socialista», reflejándose estos rasgos en forma lógica. Por esto mismo hay que estar muy atentos a este carácter vinculante. No hay nada en este aspecto «forzoso» de lo vinculante o en este carácter constrictivo del conocimiento vinculante que se oponga a la libertad, sino algo que comienza a hacerla posible. De esta relación (como se mencionó ya en

la lección II) se han dado perfecta cuenta las mentes más esclarecidas de la filosofía burguesa y además, desde hace ya tres siglos; sus sucesores, por su parte, es cierto que han abandonado hace ya tiempo la correspondiente comprensión. Y aquella relación ha conducido a la definición que, superada por Marx —en el doble sentido, es decir bien superada—, dice: *la libertad es la comprensión de la necesidad*. Llegar a un conocimiento necesario —ahora a la luz exacta de la *Crítica de la economía política*— significa experimentar una especie de incremento de poder. La única libertad que pudiera verse coartada por una necesidad de esta naturaleza sería la centrada en el capricho subjetivo, un poder hacer supuestamente arbitrario de esto o de aquello (en la mayor parte de los casos sólo de fantasías). Pero este capricho subjetivo no es vinculante. Desde el punto de vista social, el capricho subjetivo es cosa de individuos aislados; desde el punto de vista lógico, se queda en afirmación sin capacidad probatoria.

V. 7. *Significado del «desarrollo» en el método marxiano de exposición*

Habiendo subrayado como lo hemos hecho la pretensión del conocimiento de raíz marxiana de ser conocimiento necesario, se hace preciso, volviendo de nuevo a un circuito tan a menudo transitado, remitir al camino que condujo a este conocimiento necesario y ello por este simple motivo: el conocimiento, tomado en sí mismo, puede como mucho y de un modo en alguna forma incontrolable impresionar, fascinar, también convencer. Susceptible de control, de fundamen-

tación, sólo lo es en el camino que conduce a él. Y ¿cómo estaba conformado ese camino? Ese camino venía caracterizado con el concepto del *desarrollo,* de la progresión gradual desde el punto de partida señalizado por un «lugar común». O, con otras palabras, reteniendo otros aspectos, el desarrollo se caracterizaba como la explicación de lo implícito. ¿Implícito dónde? En la idea de partida que tiene cada cual. Y ¿por qué la tiene cada cual? Porque contiene relaciones básicas de la praxis de la sociedad en la que cada cual desarrolla su vida.

• Este procedimiento del *desarrollo,* señalado por una de las expresiones que he utilizado, significaba: explicación de lo implícito y se trata de un procedimiento de una importancia extraordinaria para el método marxiano. Para evidenciar este extremo, me voy a apartar de la metodología que hemos venido utilizando en esta lección y voy a presentar dos citas de escritos que no son *El Capital.*

El primero es de Marx, exactamente del joven Marx, de su época de co-editor de los *Anales franco-alemanes.* En el único número que apareció de esta revista figuraba en lugar de un editorial, un intercambio epistolar en el que se formulaban algunos puntos programáticos. Voy a citar ahora una carta de Marx a Ruge (MEW, vol. 1, pág. 345); en ella se plantea la cuestión de cuál tenía que ser realmente la base de las ideas que se fuesen a publicar en la revista. Y Marx responde:

> «No vamos a enfrentarnos al mundo doctrinariamente con un nuevo principio: ¡aquí está la verdad, arrodilláos! Desarrollamos el mundo a partir de los principios de los nuevos principios del mundo. No le decimos: prescinde de tus lu-

> chas, son cosa vana; te queremos dar la auténtica consigna de lucha. Le mostramos únicamente por qué lucha realmente y la consciencia es una cosa que él *tiene* que apropiarse aunque no lo quiera. La reforma de la consciencia consiste *sólo*» —y no como en algunos de los adversarios de entonces de Marx, de los que ya estaba en trance de separarse y a los que posteriormente sometió a la crítica más dura, en la mera prédica aportada desde fuera e imperativa de conocimientos «auténticos» o «verdaderos», no: la reforma de la consciencia, si así se la puede denominar en realidad, «consiste *sólo* en que el mundo llegue a descubrir su consciencia, en que despierte del sueño de sí mismo, en que se le *expliquen* sus propias acciones... Nuestra divisa, por tanto, ha de ser: reforma de la consciencia no con dogmas, sino mediante el análisis de la consciencia mística, oscura respecto de sí misma, se presente en términos religiosos o políticos. Quedará entonces claro que el mundo posee hace mucho tiempo el sueño de una cosa de la cual sólo ha de poseer la consciencia para poseerla realmente.»

La *Crítica de la economía política* no es sino la obra básica que transforma —en el sentido decisivo de la «anatomía» de la sociedad burguesa— este programa en hechos y sobre el que pueden (y deben) apoyarse todos los intentos particular-concretos de transformación. La voluntad antidogmática de dirigirse a los destinatarios no con principios acabados, sino desarrollando ante ellos lo nuevo «a partir de sus propias acciones», a partir de su consciencia y sus principios,

se encuentra realizado en el comienzo del *Capital*. Queda realizado ya en la peculiaridad del método consistente en comenzar con un saber de partida al alcance de cualquier miembro de la sociedad y no hacer sino desarrollar a partir de esta materia y poniendo en juego aptitudes de las que dispone asimismo cualquier miembro de la sociedad, siempre que no se arredre ante el trabajo que supone el aprendizaje, el conocimiento científico-conceptual de las relaciones sociales básicas.

V. 8. *Lenin: el paradigma de la exposición dialéctica*

Lenin —que es el segundo que quiero citar aquí— destaca con particular énfasis esta peculiaridad del comienzo marxiano, señalándolo como modelo por antonomasia de la metodología dialéctica. Pero como modelo no en el sentido de que eternamente, también cuando el capitalismo haya ido a parar tiempo ha al museo de la historia social, haya que volver una y otra vez a estudiar *El Capital,* sino en el sentido de un paradigma de la ciencia dialéctica. De inmediato se verá cómo (cito a partir de *Lenins Werke* vol. 38, pág. 340):

> «Marx analiza en *El Capital,* por de pronto, la *relación* de la sociedad (mercantil-) burguesa más simple, más ordinaria, más fundamental, la relación observable más ampliamente, más cotidianamente, por cientos de miles: el cambio de mercancías. El análisis descubre en este fenómeno máximamente simple (en esta 'célula' de la sociedad burguesa) *todas* las contradicciones de

la sociedad moderna. La exposición ulterior nos muestra el desarrollo» —en un doble sentido, es decir, desarrollo de la célula que se desarrolla hasta devenir organismo y movimiento propio de la exposición teorética que como derivación en forma es al mismo tiempo movimiento demostrativo— «la exposición ulterior nos muestra entonces el desarrollo (*tanto* el crecimiento *como también* el movimiento) de estas contradicciones y de esta sociedad en sus partes singulares, de su comienzo a su fin.

Este procedimiento ha de ser también el método de la exposición (respectivamente de la investigación) de la dialéctica en general (pues la dialéctica de la sociedad burguesa en Marx es sólo un caso especial de la dialéctica).»

V. 9. *Lo más común como cosa particular*

Y baste con esto sobre una aspiración central (de la que Lenin afirma que se encuentra modélicamente realizada en *El Capital*). Posiblemente esta indicación sirva para que abordemos más consecuentemente y con mayor claridad respecto del para qué y el cómo las exigencias a plantear a una lectura del *Capital*. Pues mientras estas preguntas no queden claras, no lo van a estar menos las respuestas. La prosecución de esta lección ha de llevarnos a indagar cómo realiza Marx este propósito —«desarrollar» a partir de lo más ordinario para todos, el concepto científico de la sociedad— realmente en concreto y sobre la materia.

Al margen: una vez que se ha enfatizado reiterada-

mente y con palabras tan sonoras que *El Capital* comienza con lo más común de todo, con lo accesible para todos, puede que no se entienda demasiado por qué ha de ser esto tan especial que necesite que se le den tantas vueltas. Lo común, lo más general ha sido tratado durante tanto tiempo como lo corriente que se ha hecho inusual y extraño dedicarle tanta atención.

VI. 1. *El «análisis» como resolución de un nexo confuso*

Tras el comienzo por la «gigantesca acumulación de mercancías», la investigación viene, pues, de inmediato, a concentrarse en la mercancía singular. La pregunta inmediatamente formulada versa, por tanto, sobre el concepto de mercancía. Como primera respuesta Marx desarrolla el concepto del valor de uso. Pero en posesión de ésta primera respuesta nos quedamos como antes, pues lo que conforma a una mercancía no se puede encontrar en el valor de uso. Este constituye el contenido material de la riqueza en cualquier forma de sociedad concebible. Pero Marx acaba encontrándose con la determinación transitiva del valor de uso, ya que «en la forma de sociedad que hemos de considerar es portador del valor de cambio».

Y de nuevo empieza por el principio (pág. 44): «El valor de cambio aparece por de pronto...». De nuevo comienza con un «por de pronto». Un movimiento ha dado un resultado. El resultado determina un nuevo punto de partida. El nuevo comienzo, sin embargo, no

es sencillo. Antes bien parece que a través de la delimitación unilateral de lo que es portador del valor de cambio, es decir, el valor de uso, haya sido posible concentrarse de una manera igualmente unilateral en la segunda determinación. En la medida en que uno era delimitado mientras que se descuidaba el otro se trataría ahora, por así decirlo, de considerar lo que hasta ahora se había descuidado en cultivo puro (es decir, sin tener que hablar al propio tiempo también de lo otro). *Análisis* quiere decir aquí separar lo que estaba unido, diferenciar, disolver un nexo confuso con el fin de hacer observable, una vez aislado, lo salvado de la maraña.

Se había planteado al principio la cuestión del concepto de la mercancía, desarrollándose el concepto del valor de uso. Y luego se halló el tránsito al valor de cambio, cuyo concepto aún ha de ser elaborado. Pero ¿dónde se queda el concepto de la mercancía? El concepto de mercancía sólo se obtendrá una vez que, primero, las determinaciones de la mercancía hayan sido trabajadas conceptualmente y, segundo, que la relación de estas determinaciones de la mercancía entre sí «en el interior» de la propia mercancía sean igualmente elaboradas con claridad. Ahora se trata de observar como procede Marx a realizarlo.

VI. 2. *Prosecución adecuada a la realización de la determinación*

Para comprender la prosecución del análisis de Marx hay que observar más de cerca la causa objetiva de la determinación teorética. Se descubrirá en ello algo dinámico, cargado de tensión. A saber: la «determina-

ción», si es auténtica determinación del objeto, precisa ser cumplida. Si por ejemplo en la producción de la mercancía la cosa así producida tiene una doble determinación: de un lado para el uso y de otro para el cambio, entonces ambas determinaciones tienen en común el ser en cierto sentido irreales y precisan aún ser realizadas. ¿Qué es el valor de uso si la cosa no es usada? El valor de uso, como tal, es solamente la posibilidad de serlo, tiene que ser realizado. Una de las determinaciones del valor de uso, que fue resaltada por Marx, se refería a esta necesidad: «El valor de uso no se realiza más que en el uso o el consumo» (pág. 44). El uso consume más o menos el valor de uso aniquilando de esta manera también aquello de lo que éste es portador, el valor.

Así pues, esta determinación número uno se anula en cuanto se realiza; y anula también aquello de lo que es portadora, la segunda determinación. Aquí nos encontramos claramente con un primer acceso a la relación entre ambas determinaciones. Dado que esta relación vincula entre sí a las dos determinaciones no obstante su total diferencia, es un hecho que, por ejemplo, quien tenga a su cuidado el valor de las mercancías ha de tratarlas de un modo extraordinariamente cauto, es decir, ha de conservarlas como mera posibilidad velando celosamente para que nadie sin que medie la compra realice para sí aquel valor.

Pero ¿qué ocurre con la determinación del valor de cambio? También la determinación del valor de cambio es como tal irreal; también ella necesita de realización. La realización del valor de cambio o el cumplimiento de esta determinación es el cambio. Así, si la determinación valor de cambio, tal como es vagamente conocida por cualquiera, ha de ser transformada en un

concepto científico, si ha de ser elaborada como tal, entonces sólo puede haber un camino: el que consiste, por de pronto, en observar su cumplimiento, para analizar luego lo observado.

El valor de cambio por tanto sólo puede determinarse cuando se investiga primero el cambio, cuando se investiga la realización de la determinación. Equivalente a la expresión alemana *Verwirklichung* es el concepto de realización *(Realisation)* y en el campo complejo del análisis del capitalismo el concepto del *problema de la realización* y algunos otros relacionados con él serán de mucha importancia. El concepto de *problema de la realización* recoge la necesidad que supone para el propietario de mercancías realizar el valor de tales mercancías, cumplir su determinación. Por tanto, el mismo concepto que aquí tenemos en su forma más simple será desarrollado más adelante.

VI. 3. *Automovimiento del objeto*

Marx, por consiguiente, se deja «dictar» la ulterior prosecución de la exposición teorética. ¿Por quién? Por el «automovimiento» de su objeto. El *automovimiento del objeto* es una categoría completamente esencial de la dialéctica. En la medida en que una teoría atiende al automovimiento de su objeto, puede ser llamada dialéctica (independientemente de la autoconsciencia epistemológica o científico-teorética del teórico en cuestión). El automovimiento del objeto es lo único que puede prestar base real a un «desarrollo» teorético, lo que por tanto debe atender el teórico y lo que debe reproducir teoréticamente en forma pura. Su teoría debe conformarse de acuerdo con el auto-

movimiento del objeto. El automovimiento del objeto significa aquí, por tanto, no que se diga algo sobre el valor de cambio, sino que el valor de cambio sea seguido allí donde se realiza, según le es necesario, es decir, en el cambio. Hay que «retener» teoréticamente del valor de cambio aquello que representa en la práctica —y esto significa, al tiempo: en el movimiento, es decir, en el movimiento de su consumación.

Realizándose, el valor de cambio de una mercancía aparece *por de pronto* —este es el nuevo punto de partida— «como la razón cuantitativa... en la cual se cambian valores de uso» (pág. 44). Aparentemente reina aquí un desorden poco tranquilizador. Habiendo considerado al principio de manera intensiva y exclusiva el valor de uso para eliminarlo y posteriormente y concentrarse en el valor de cambio aisladamente y habiéndose confinado luego en su automovimiento, ahora regresamos de nuevo al valor de uso, si bien no ya al valor de uso en general, sino a dos valores de uso diferenciados. La nueva pregunta —*¿qué es el valor de cambio?*— encuentra esta respuesta: el valor de cambio «es» el cambio entre dos valores de uso diferenciados. La formulación subraya hasta qué punto la cosa es sinuosa y abrupta, así como la escasa medida en que el análisis puede seguir adelante, sin más, lisa y llanamente. (Posteriormente veremos que este no discurrir lisa y llanamente repercute a través del mecanismo del desarrollo ulterior en la cosa misma tanto como en la teoría.)

VI. 4. *La determinación del valor de cambio se realiza contradictoriamente*

Se preguntaba por el valor de cambio de la mercancía y la respuesta se encontraba en la relación externa entre dos valores de uso. Marx constata ahora una primera contradición (una «*contradictio in adjecto*»). Tenemos aquí la contradicción —de inmediato volveré a la categoría— consistente en que el valor de cambio que «encierra» la mercancía ha de ser una relación «externa», permanentemente cambiante «con el tiempo y el lugar». Primera *contradictio in adjecto*: ¿cómo puede una determinación interna ser una relación externa? Segunda contradictoriedad: ¿cómo puede, una vez que el valor de uso ya ha sido concluyentemente tratado antes, ante la pregunta por el valor de cambio, aparecer de nuevo el valor de uso y además en plural? Para resolver estos elementos poco claros que se detectan, Marx estudia más de cerca lo que ocurre cuando se cambia. A este propósito no formula ninguna otra premisa excepto la relativa a que realmente se cambia; analizar lo que ocurre cuando esto sucede es la tarea de la investigación científica. De nuevo la exposición sigue al automovimiento de la cosa.

El automovimiento de la cosa se pone aquí de manifiesto sólo en que «cierta mercancía, un quarter de trigo, por ejemplo» se cambia precisamente no sólo por betún para las botas, sino también por seda o por oro, en una palabra: por una serie interminable de mercancías «en las más diversas proporciones», teniendo que darse esta circunstancia para que realmente tenga valor de cambio. Una mercancía que sólo pudiera cambiarse por una sola clase de mercancía, care-

cería, justamente, de cualquier valor de cambio en relación con todas las demás mercancías.

Se buscaba el valor de cambio. Y por de pronto se han encontrado *dos valores de uso,* se ha encontrado asimismo la contradicción existente entre una relación externa como cualidad interna y ahora ante la pregunta *¿qué es el valor de cambio?* se encuentra la respuesta: *muchos valores de cambio.* Y cada uno de estos muchos valores de cambio contiene las dos contradicciones anteriormente encontradas. Por lo visto, la cosa es cada vez más confusa.

Pero, en verdad, ¿qué es el valor de cambio? La observación —de la praxis del intercambio, concretamente— muestra en este plano: el valor de cambio «es» *muchos* valores de cambio. Que esto es así lo sabe cualquiera. También este estado de cosas es como «hecho», como cosa inherente a la actividad cotidiana, algo que se hace evidente en la práctica y no algo adquirido de manera separada del saber cotidiano prácticamente fundamentado, a través de una argumentación independiente de él y del objeto. Aquí no se opera con un conjunto conceptual y con una lógica cualesquiera «puros», tanto imprácticos como no objetivos. De todos modos, aquí no se da aún ninguna deducción, sino la observación pura de lo que es en la práctica el valor de cambio, «cómo le va» cuando opera. Lo observado lo conoce cualquiera aunque ignore todo lo demás.

VI. 5. *Conclusión lógica e introducción del concepto «forma de aparición»*

Ahora viene una primera argumentación, organizada de otra forma, *lógica*. Del hecho de que el valor de cambio aparece ahora como valores de cambio, en multiplicidad, se extraen conclusiones lógicas. En concreto dos conclusiones lógicas que en realidad representan las dos caras de la misma medalla. «De eso se sigue, primero: Los vigentes valores de cambio de una misma mercancía expresan una misma cantidad.» O sea, no son sino expresiones diferentes de lo mismo. Segunda conclusión: «El valor de cambio no puede ser, en principio, más que el modo de expresión, la «forma de aparición» * de un contenido distinguible de él». (Pág. 45.)

Esta clase de argumentación ha de ser considerada con mayor detenimiento. Tiene la forma siguiente: de determinadas premisas —que no son sino las halladas a través de la observación, esto es, hechos prácticamente antepuestos a cualquier análisis— se concluye una relación expresiva que determina el carácter del valor de cambio en oposición a su forma inmediatamente observada.

La primera premisa es: la mercancía tiene valor de cambio. La segunda premisa: el valor de cambio de la mercancía se opera como muchos valores de cambio. primera conclusión: luego, todos estos valores de cambio expresan una misma cantidad, son la expresión de una igualdad. Segunda conclusión: cada expresión de esta «misma cantidad» sólo puede ser un modo de expresión desigual de un mismo contenido distinguible

* *Erscheinungsform.*

de cada uno de estos modos de expresión singulares. Esta forma demostrativa parece organizada de una manera diferente, a saber: lógica. ¿Acaso esta clase de demostración no contradice la exigencia de la deducción materialista? ¿Puede, en el marco de esta última, llegarse a conclusiones siguiendo pautas «lógico-formales»?

Detengámonos aún —antes de considerar más extensamente esta cuestión— un momento en los conceptos de contenido y forma de aparición. Que Marx ponga el concepto *forma de aparición* entre comillas es una señal. Se está introduciendo aquí un concepto dotado de una intensa carga histórico-filosófica, que adquiere para esta teoría una nueva significación. Esta es la causa de que aparezca entre comillas, signo que por lo demás es muy escasamente empleado por Marx de esta forma. Este concepto y sus dos componentes *forma* y *aparición* * serán una y otra vez objeto de nuestra atención.

VI. 6. «*Esencia y apariencia*»

¿Cuándo se habla de «aparición»? «Aparición» es uno de aquellos conceptos que sólo tienen sentido cuando se está pensando también en lo opuesto al concepto. La aparición sólo tiene sentido cuando se quiere distinguir la aparición como tal de lo que aparece. La aparición entraña, por tanto, esta diversidad (no identidad) entre la aparición y lo que aparece. De otra

* Hacemos equivalentes «aparición» y «fenómeno», por motivos de coherencia del texto traducido, traduciendo *Erscheinung* con esta última palabra cuando se opone a «esencia». (T.)

forma el concepto carecería de sentido. Existen diversas formas en las que lo que aparece se fija conceptualmente en relación con su aparición. El concepto usual es el de esencia. La relación recíproca entre *esencia* y *apariencia,* la relación recíproca entre lo que aparece y su aparición, es probablemente, de una forma u otra, familiar a cualquiera.

VI. 7. *Relevancia práctico-vital de esta distinción*

Si la oposición conceptual entre esencia y apariencia (o fenómeno) mantiene, de un lado, separadas ambas cosas en su diversidad (no identidad), también permite, de otro lado, retener la conexión en la divergencia y la igualdad en la diferencia (identidad). Por tanto, se puede decir que los conceptos de esencia y apariencia consienten en cierto modo retener la identidad de dos cosas en su no identidad y naturalmente— también, viceversa, su no identidad en su identidad. Decía «en cierto modo» y de esto se trata. ¿Cómo puede recogerse a partir «de la vida, de la praxis»? Para los fines que aquí nos proponemos voy a retener sólo esto: el par conceptual «apariencia» y «esencia» —quedémonos de momento en estas dos articulaciones— expresan una oposición práctica urgentemente relevante que se opera en la concepción de la realidad. Corresponde, digamos, a la oposición que existe entre lo que se ve «a primera vista» y lo que aparece «tras una consideración más de cerca». La oposición se hace relevante en el terreno de la necesidad práctica. Y define una oposición entre alternativas de acción cuya resultante alberga extremos: en último término se trata de la

vida o la muerte. Es preciso conjurar ciertos peligros, procurarse determinados medios de subsistencia, en resumen: «dominar la naturaleza». La situación de todos modos es eventualmente tal que puede darse el caso que el peligro o la utilidad que puedan conseguirse no sean directamente accesibles. Tanto el peligro como la utilidad bien podrían aparecer sencillamente a la vista, pero en el caso de que ante la visible amenaza se retrocediese directamente o se intentase acceder a la utilidad, podría ocurrir como al perro de la fábula, que teniendo un pedazo de carne bien cogido entre los dientes, al vadear un arroyo se ve reflejado en el agua y se cree que la imagen de la carne que lleva en el agua es un pedazo diferente y al ir a hacrse con él, pierde el primero.

Por el contrario, se verá como algo positivo el hecho de que un «rodeo» puede conducir directamente a la meta, de la misma manera que el camino hacia el cálculo de la superficie de un triángulo pasa por las aparentemente irrelevantes magnitudes representadas por el semiproducto de su base y altura (este ejemplo es de Marx). El hombre, que ha de realizar su metabolismo con la naturaleza, se encuentra, bajo una multiplicidad de aspectos, con situaciones en las que pueden —mejor dicho: deben— hacerse experiencias de este tipo, aprendiendo que es absolutamente necesario distinguir entre lo que aparece inmediatamente y los ejes en torno a los cuales gira lo que aparece. Esta distinción es de una importancia vital. Pues sólo si cuento con el eje en torno al cual gira realmente podré alcanzar las metas necesarias. Así pasa de la existencia activa del hombre en la naturaleza y de su interrelación le necesidad de esta distinción férreamente al espíritu de los hombres. Se aprendió paulatinamente,

con muchos empujones y primero bajo formas mistificadas que sólo adquirieron claridad lentamente.

(Estas esquemáticas observaciones tienen, simplemente, por objeto no dejar el par conceptual que integran «apariencia y esencia» meramente entrecomillado, sino avanzar delineando la flecha que señala al menos la dirección en la que la escisión determinada por estas oposiciones conceptuales puede resultar accesible a la razón práctica. Sólo de esta manera es posible utilizar los conceptos de forma apropiada y bajo control. En cualquier otro caso nos veríamos entregados a una magia-dialéctica con tan escasas posibilidades de defensa como si se tratase de una lógica cualquiera formal, meramente subjetiva.)

Lo esencial es que la apariencia puede ser como una nuez hueca si no se clarifica qué es lo que aparece (y a ser posible, a causa de qué leyes aparece así precisamente y no de otra forma). La apariencia (o fenómeno) es interesante sólo como aparición de lo que aparece. Se trata de utilizar el concepto en correspondencia con esto, lo que aquí quiere decir no utilizar jamás el concepto referencial sin referencia alguna. Si no se observa esta regla, entonces esos conceptos se disuelven en una jerga en algún caso fascinante, pero de todos modos inexacta, inutilizable desde el punto de vista científico.

VI. 8. *«Substancia»*

Volvamos al texto. El postulado lógico había sido hasta ahora: «El valor de cambio no puede ser, por principio, más que el modo de expresión, la «forma

de «aparición» de un contenido distinguible de él». (Pág. 45.) La búsqueda de ese contenido —palabra que indica lo que aparece— va a determinar la prosecución. Adelantémonos: el «contenido» de la forma de aparición valor de cambio, lo que aparece bajo esta forma, es el valor. En la determinación del valor Marx utiliza de nuevo otro concepto muy cargado filosóficamente: el de substancia. Adelantémonos otra vez a la clarificación conceptual: una vez que las mercancías diferenciadas han sido reducidas a su carácter de producto como lo común a ellas, se puede decir (pág. 46): «Lo único que representan ya esas cosas es que en su producción se ha gastado fuerza de trabajo humano, se ha acumulado trabajo humano. Como cristales de esa substancia social que les es común, son valores, valores de mercancías».

Substancia podría traducirse, con un latín un poco de andar por casa, como «id quod substat», es decir, como «lo que subyace», en el doble sentido siguiente: es la existencia de lo existente y el material de lo que algo se compone. El concepto de substancia procede de la traducción de conceptos griegos al latín. Los griegos, no obstante la fascinación que sentían por el conocimiento sensible, aprendieron muy bien —y sobre todo sacaron beneficios económicos y militares de ello— que para dominar la realidad tal como aparece puede ser necesario elegir un tipo de acceso para su dominio completamente diferente del representado por el mero «contacto» superficial con ella, diferente, en suma, de la realidad «tal como se da», buscando los puntos en torno a los que «realmente» gira. La ciencia griega representa en esta medida, fundamentalmente en lo relativo a la historia de la ciencia abstracta, un enorme progreso, un poderoso impulso de racionalización. Los

griegos desarrollaron, sobre todo, determinadas formas «abstractas» que les permitían articular lo que aparecía en un «lenguaje» completamente diferente al del propio fenómeno, pero que permitían evaluar ese mismo fenómeno.

VI. 9. *«Postulado lógico»*

Estas indicaciones, motivadas por el intento de clarificar los conceptos de apariencia (o fenómeno), esencia y substancia, no van a reconducir nuestra investigación hacia atrás, digamos, a la historia de la filosofía, sino al contrario. La historia de la filosofía se resuelve siempre en último término en una no-historia de la filosofía; en otro caso es un sinsentido. De lo que se trata es de señalar el camino hacia la praxis social, a los problemas prácticos, que son de una índole conocida por todos. Si es posible reconducir estos conceptos a su procedencia práctica, este retroceso es más bien un avance, pues una recondución a la praxis posibilita un acceso a la praxis. El concepto de *substantia,* es decir, de lo que subyace, de lo que compone en su forma peculiar lo que se trata de investigar, es necesario cuando sólo a través de este rodeo es posible captar lo que hay que investigar en su movimiento, en su propia legalidad, a través de la cual puede ser sometida a dominio.

¿Cómo prosigue Marx ahora? De la multiplicidad de los valores de cambio de una mercancía concluye primero que el valor de cambio ha de ser determinado como mera forma de aparición. Inmediatamente postula: para elaborar el concepto del valor de cambio ha de pasarse del mero fenómeno (de la apariencia) a

la esencia, tenemos que hallar el contenido distinguible de cada valor de cambio singular y descubrir lo que en la práctica le subyace. Sólo entonces habremos captado el valor de cambio.

Una vez conseguida esta visión de la multiplicidad observable de los valores de cambio de una mercancía, el análisis puede concentrarse en determinar cómo se *realiza* en cada caso el valor de cambio. Marx investiga por tanto ahora (a la luz del conocimiento que se acaba de adquirir) una sola relación de cambio. Escribe una ecuación de cambio, «por ejemplo, 1 quarter de trigo = *a* quintales de hierro». Ahora se puede preguntar: «¿Qué dice esa ecuación?» La ecuación no es otra cosa que la representación formal, formalizada, de un aspecto que se puede observar en el centro de cada proceso de cambio real. Pues en cada proceso de cambio realmente se «actúa» de tal manera que una determinada cantidad de una mercancía se equipara y se cambia por otra determinada cantidad de otra mercancía. Este comercio se formula en determinadas relaciones de intercambio y la forma generalizada hasta convertirse en la ecuación del intercambio es la que se hace objeto de investigación. Y de nuevo se extrae de la forma de la ecuación un postulado lógico.

VI. 10. *El «tercero», «común»*

Postulado significa la «exigencia» de que ha de ser posible encontrar una magnitud (o una relación), aún no presente explícitamente, en base a la que resulte posible explicar las magnitudes inmediatamente presentes. Se trata, por tanto, de un conocimiento en forma negativa, en forma de un espacio vacío que se encuentra.

Mientras no tenga el contenido no tendré lo que requiero. Pero ya sé que hay algo que se precisa. Para caracterizar la manera como se ha deducido el postulado sirve el concepto compuesto de *postulado lógico*. La derivación ha sido lógica porque del reflejo formalizado de la relación de cambio, de la ecuación de cambio, se ha leído lógico-formalmente, «que un algo común de la misma magnitud existe en dos cosas diferentes...». «Así, pues, ambos», el trigo y el hierro, «son iguales a una tercera cosa», pues si no no podrían equipararse.

Acerca de esta *tercera cosa* sólo puede decirse, de momento, esto: es algo que «por sí misma no es ni lo uno ni lo otro». Esta tercera cosa ha de ser, por tanto, auténticamente tercera y no una primera o una segunda emboscada; no puede ser ni trigo ni hierro y ha de encontrarse al mismo tiempo presente *en* el trigo y en el hierro. Y en tanto en cuanto el trigo es valor de cambio y el hierro es valor de cambio o en la medida en que cualquier otra mercancía es valor de cambio, «tienen que ser reducibles a esta tercera cosa». Marx presenta ahora el ejemplo geométrico ya mencionado, uno de esos descubrimientos de la ciencia griega de cuya magnitud ya no somos conscientes porque lo damos por obvio, a saber, que puedan equipararse cosas tan heterogéneas, por ejemplo, como la superficie de un triángulo y el semiproducto de su base por su altura, lo insensible con lo sensible.

VI. 11. *La «abstracción» como procedimiento: la abstracción del cambio*

Hasta aquí la investigación ha traído un postulado:

ha de haber una tercera cosa «entre» las dos mercancías de la ecuación del cambio, un algo común en cosas diferentes, un contenido diferenciado de todas las formas de aparición. Ahora este contenido va a ser determinado más de cerca. Por de pronto de un modo puramente negativo, mediante un procedimiento de exclusión:

Ese algo común (pág. 45, último párrafo) «no puede ser una propiedad geométrica, física, química, ni ninguna otra propiedad natural de las mercancías». ¿Por qué no? Estas propiedades naturales o físicas «no entran en consideración más que en la medida en que hacen útil a la mercancía», es decir, en la medida en que la mercancía es valor de uso. «Pero, por otra parte, lo que evidentemente caracteriza la relación de intercambio entre las mercancías es precisamente el abstraer de sus valores de uso.» Demostración: «Dentro» de cada relación de cambio «un valor de uso vale tanto como cualquier otro, ni más ni menos, con sólo que exista en la proporción correspondiente». (Pág. 45.)

Antes de indagar en el motivo práctico sobre el que se basa un método de esta naturaleza y sobre todo antes de investigar este concepto de abstracción recapitulemos de nuevo la relación existente entre el planteamiento «estratégico» (superior) y la sucesión de determinadas preguntas y respuestas «tácticas» (subordinadas) resultantes. Sin la patentización continuada de esta relación no es posible entender lo que está aquí en juego. Recapitulemos, por tanto.

La pregunta inicial era: *¿qué es el valor de cambio?* Había que formular este tipo de pregunta para que la cuestión inicial fuese susceptible de respuesta. *¿Qué es la mercancía?* El concepto de valor de uso daba su

primera determinación, la segunda ha de exponer ahora el concepto de valor de cambio. A la pregunta *¿qué es el valor de cambio?* se dan respuestas claramente contradictorias. En principio se concretizaba el valor de cambio como la razón proporcionalmente determinada entre dos valores de uso. Luego, su concretización pasaba incluso por una serie indefinida de nuevas relaciones de esta clase entre dos valores de uso. De aquí se obtenían postulados lógicos, conocimientos negativos. Se señalaba: aquí ha de haber algo, que todavía no sabemos qué es, pero que ha de encontrarse igualmente en la primera como en la segunda mercancía, una tercera cosa, un algo común. Y posteriormente esa tercera cosa, ese algo común, se definía en el mismo sentido como, haciendo referencia a Spinoza, se exponía en la lección V: diciendo, por de pronto, lo que *no* es. No puede ser ni como la primera ni como la segunda, ni puede consistir en propiedad natural alguna de las cosas. Justificación: las propiedades naturales, físicas, de las cosas sólo son en la práctica relevantes para nosotros bajo la forma que comprende al concepto de valor de uso. Ahora bien, ¿por qué los valores de uso no tienen ninguna influencia sobre la relación de cambio de dos mercancías? Justificación: siempre que hay intercambio, se equiparan cosas, es decir, un valor de uso importa como tal tanto como cualquier otro; las diferencias sólo se marcan en las relaciones cuantitativas respectivas, en su proporción. En consecuencia: siempre que hay intercambio, «lo que evidentemente caracteriza la relación de intercambio entre las mercancías es precisamente el abstraer de sus valores de uso».

VI. 12. *La «mediación»: en principio, como categoría lógica*

El término *abstracción* no se emplea aquí para la caracterización de una operación teorética, sino para la delimitación de un proceso que se verifica todos los días un número incontable de veces, a saber: lo que sucede cuando se cambia en relación con el valor de uso de lo que se cambia: la equiparación. El teórico conduce, así, su demostración tras las huellas del hallazgo real. El desarrollo teorético ha de dar cuenta de lo que hay en la realidad, y lo común sólo puede buscarse de una única manera: la que pasa por la abstracción del cambio, es decir, la que se sitúa fuera de cualquier propiedad físico-natural de la cosa.

Una vez desarrollado con toda su crudeza el postulado, llegamos al hallazgo: sólo hay una propiedad que no se elimina cuando se procede a la descualificación y es la de ser productos del trabajo. El análisis se adentra ahora, como se sabe, en la profundidad de la substancia del valor. Pero de momento, para ajustarnos a nuestro programa, vamos a detenernos un tiempo en la individualización de algunos de los conceptos que, implicados en la concreción de la abstracción del cambio, son esenciales para la dialéctica.

Comencemos con un concepto que es de una importancia fundamental para muchas operaciones tanto teoréticas como prácticas. Se trata del concepto de *mediación*. Pero ¿acaso ha intervenido este concepto en lo que llevamos dicho? A primera vista parece que no es así. Pero si observamos la cosa más detenidamente caemos en la cuenta de que sí, de que por supuesto que nos hemos referido a la mediación cuando hemos hablado de la «tercera cosa», del «algo común».

Para destacar el procedimiento ya mencionado que parte de un «postulado lógico», así como lo del concepto de la «tercera cosa» y el «algo común», voy a recurrir a una forma lógica, formulada de manera clásica en la Antigüedad por Aristóteles, a saber: la fórmula del silogismo, ya que se encuentra implícita aquí.

VI. 13. *«Tertium comparationis» y «medio mediador»*

El *silogismo* —la grandeza y al mismo tiempo la miseria de la lógica formal clásica se expresa en este tipo de conocimiento— consiste realmente sólo, de acuerdo con su enunciado objetivo, en postular que dos cosas diferentes son iguales entre sí si ambas son iguales a una tercera. En tal caso son iguales en este sentido (en otro sentido probablemente, no). Materialmente esta tesis no deja de ser problemática. Pero formalmente permite un enunciado muy claro. El silogismo es una conclusión, es decir, la adquisición de un nuevo conocimiento al que se ha dado lugar sobre la base de la posibilidad de equiparar dos enunciados diferentes cuando ambos entrañan (en el lugar correspondiente) algo común. Se formula un «enunciado» o un «juicio» cuando enuncio de una cosa «algo», por ejemplo, una propiedad. Como: «A es B». «A» puede denominarse, como tradicionalmente, «sujeto», «B» por contra «predicado». Sujeto es la cosa de la que se enuncia «algo». Predicado puede traducirse por «lo enunciado». Otra tradución de predicado: determinación. (Esta categoría ya la hemos comentado, si bien no en tanto que término lógico). El «es» afirma la

relación del predicado con el sujeto, por lo que tradicionalmente se denomina «cópula» (palabra unitiva). Como enunciado el todo, «el sujeto es predicado» (S es P), es una «oración». Y todo se reduce realmente a un juego de niños. En un sentido inmediato A y B no son iguales, A = B. Pero si A es igual a C, primera premisa o primer antecedente, y B es también igual a C, segunda premisa, entonces llegamos a esta conclusión: A es igual a B. Si A es igual a C y B es igual a C, entonces A es igual a B.

Dos antecedentes (o premisas) y la conclusión que sacamos de su articulación constituyen la forma conclusiva del silogismo. Si se traduce «logos» por «concepto», entonces se puede decir: los «si-logismos» son enunciados que tienen en común un concepto.

En nuestro ejemplo, ambos contienen el «concepto» «C». A es C, B es C, en ambos se contiene C. Este C significa también el medio puesto que A = (C,C) = = B, por lo que A = B. Entre A y B el medio es C (en griego: *meson*).

El *medio* tiene el siguiente significado: permite reunir lo que está separado. Por eso mismo también se le puede llamar medio mediador. De aquí el concepto de *mediación*. En latín esto se formula de otra manera, no en términos espaciales como en la relación medio-fuera, sino con un número de orden: en este idioma, la misma instancia lógica se denomina *tertium comparationis* («el tercero en la comparación», el que posibilita la comparación). El «tercero» es también la expresión que Marx utiliza aquí: ha de poderse encontrar una tercera cosa que en sí misma no sea ni la primera ni la segunda, pero que se encuentre incluida en ambas, por lo que las dos sean reconducibles a ella. En la palabra «tercero» se contiene por tanto la misma categoría

de mediación, el *tertium comparationis,* que permite la comparación de dos cosas en principio no comparables ya que cada una de esas dos cosas en principio no comparables son iguales a aquella tercera. La tercera hace comparable a lo incomparable, reúne lo separado, media lo contrapuesto, los extremos.

VI. 14. *Forma lógica y forma de tránsito práctica*

Pero todo esto no quiere decir que yo, con este tipo de observaciones, reduzca la teoría de Marx a formas lógicas. Antes al contrario, ahora queda claro que previamente a que Aristóteles formulase la lógica formal clásica, el problema y la solución de esta lógica estaban ya presentes, por ejemplo, en la relación social del cambio. Lo que yo hago es destacar una forma —que como forma lógica sólo contiene un conocimiento relativamente escaso, pues nunca se sigue a partir de ella nada que sea realmente nuevo, ya que todo se mueve en las mismas vías, de la misma manera que en una forma de cambio se contiene siempre prácticamente el mismo valor—, es decir, yo destaco esa forma en tanto que forma, para hacer utilizables los conceptos formales cuando se trata de hablar sobre el contenido que está estructurado así.

¿Qué es aquello entre lo que aquí se está mediando por la tercera cosa común, el medio mediador? Son dos mercancías no comparables en tanto que cosas sensibles. ¿Por qué incomparables entre sí? Porque es una premisa del cambio que las mercancías sean desiguales. Sólo se cambian valores de uso diferentes. Nadie cambia nunca cosas iguales; a todo el mundo le parecería algo semejante una chifladura. La diversidad de las

mercancías, empero, excluye que sea posible encontrar ese «tercero» en el plano de los valores de uso, en el plano de la diversidad. En el plano del «tercero» han de ser las mercancías iguales para que puedan cambiarse.

Tenemos, así pues, un plano de la desigualdad en el que puede realizarse, y sólo en él, el cambio. Y tenemos también el plano de la igualdad en el que se realiza todo cambio. La desigualdad de las dos mercancías es, de un lado, elemento constitutivo del cambio; del otro, lo opuesto a esto, es decir, el prescindir (hacer abstración) de esta desigualdad es igualmente un elemento constitutivo del cambio. Y, una vez más, ¿por qué podemos afirmar esto con tanta seguridad? ¿Hasta qué punto parecen estas afirmaciones «lógicas» (a pesar de su lógica encontrada)? La «lógica» de estos presupuestos es práctico-cotidiana justo porque sería igualmente absurdo poner algo a cambio cuando lo que se va a recibir es idéntico, como tonto es participar en un intercambio en el que no se vaya a obtener algo que tenga al menos el mismo valor que lo aportado por uno.

VI. 15. *Diversidad versus equiparación*

Todavía de lo que sigue tratándose es de separar la substancia de esta igualdad de valor de las mercancías de las substancias de los desiguales valores de usos, para representarla independientemente. Para hallar lo que actúa como mediación entre las diferentes mercancías tenemos que considerar más exactamente cómo son tratadas las mercancías en el cambio.

La cosa no queda en la mera diversidad. Las mer-

cancías no son meramente diferentes, antes bien son equiparadas en el cambio; se *enfrentan,* en éste, mercancía *contra* mercancía. Se encuentran, por tanto, en una relación dada por la contraposición, frente a frente. Y si se quiere determinar más de cerca esta relación, entonces hay que concluir con la observación de Marx de que «lo que evidentemente caracteriza la relación de intercambio entre las mercancías es precisamente el abstraer de sus valores de uso» (pág. 45). Esto significa que mientras que la desigualdad es un elemento constitutivo, una premisa fundamentadora, enfrentándose lo diferente a lo diferente, se hace abstracción en su ejecución de la diferencia. La simple diferencia queda sometida una notable tensión en lo que aquí ocurre: es de un lado fundamental y de otro es negada por la ejecución de aquello a lo que ella presta fundamentación. (No cabe duda: se hace abstracción de ella).

Se preguntaba por la determinación del valor de cambio. La determinación del valor de cambio se hace aprehensible en el movimiento en el que se «cumple». Se preguntaba por la determinación del valor de cambio y su relación con la del valor de uso. La determinación del valor de cambio se cumple a través de la abstracción de los valores de uso, cuando se prescinde de ellos. Puede, por tanto, decirse: las determinaciones valor de uso y valor de cambio se oponen recíprocamente en su interrelación. Cuando se realiza la segunda, se hace abstracción de la primera. Este hace abstracción no es un acto «teorético» si por «teoría» se entiende algo independiente y exterior a la praxis. Quien cambia mercancías prescinde activamente de su valor de uso, lo que en el argot quiere decir: las elimina, las quita de en medio. Pero no quita de

en medio el valor de las mercancías; estaría chiflado si lo hiciese. Lo que ocurre es que cuando trata de eliminar la mercancía, lo que trata es de eliminar el valor de uso para realizar el valor. Cuando dos intercambian, cada uno se aferra al valor de lo suyo. Por lo que al valor se refiere, no ha de variar nada. Pero cuando dos cambian, han de eliminar sus mercancías respectivas en tanto que valores de uso.

VI. 16. *«Diferencia», «oposición», «contradicción»*

Se puede, por tanto, decir: la realización del valor de cambio de las mercancías elimina sus valores de uso. De otra parte, la realización del valor de uso de la mercancía elimina el valor de ésta. Las dos determinaciones se enfrentan por tanto en una relación contrapuesta. Esta oposición no es una sencilla, una tranquila exposición conjunta, sino una oposición «activa», pues tras sus dos partes hay intereses contrapuestos. En la medida en que los dos se oponen activamente, pero siendo ambos determinaciones de la mercancía, o en la medida en que las dos personas que interactúan se interesan respecto de la misma mercancía en determinaciones contrapuestas, se genera *una oposición en el seno de la misma mercancía.* Para la caracterización de las «posiciones internas» de este género sirve, en la teoría dialéctico-materialista, la categoría de la contradicción.

En su origen, el término *contradicción* no es un concepto de la lógica, sino de la lucha en la sociedad, o sea, de la disputa entre intereses opuestos. En latín *contradictio* designa la «réplica» o la «contrarréplica»; el término remite así a la retórica de foro (el foro

romano, la plaza donde se celebraba mercado era el lugar en el que se dirimían las actuaciones jurídicas privadas). Transcrita, la expresión se emplea como categoría de la lógica formal; en la transcripción se pierde la dimensión correspondiente a la virtualidad de dirimir las oposiciones de intereses. En la lógica formal clásica canonizada por Aristóteles la categoría «contradición» designa la incompatibilidad «lógica» —en el sentido de una oposición excluyente— entre dos juicios. Cuando se habla de la ley de la *contradicción* se está pensando en aquella regla de pensamiento que desde Aristóteles se ha presentado siempre al científico como inexcusable: el propósito de evitar siempre, cuando se construyen teorías científicas, enunciados que resulten contradictorios en el sentido de afirmar y negar simultáneamente y en el mismo sentido, una propiedad en relación con la misma cosa.

VI. 17. *La «contradicción real» como «oposición interna»*

En oposición a la lógica formal, la categoría de contradicción que le sirve a aquélla para designar la incompatibilidad formal de dos enunciados, es válida como categoría susceptible de aprehender la estructura interna de la cosa que se trata de investigar, de la propia mercancía. Se preguntaba por el concepto de mercancía y se han encontrado dos determinaciones. Para poder encontrar el camino hacia el concepto de la mercancía había que encontrar previamente la relación entre ambas determinaciones. La relación entre las dos determinaciones es de contraposición. En tanto que determinaciones contrapuestas de la misma

cosa caracterizan a esa misma cosa como internamente contradictoria.

A partir de aquí habrá que investigar siguiendo el desarrollo de Marx qué es realmente eso: una contradicción «objetiva» o «real». A la luz de la lógica formal parece un absurdo lógico. Habrá que clarificar qué significa práctico-realmente una «contradicción objetiva», cuál es el referente de este concepto, cómo se explica. Y todo ello sin simplificar, sin hablar contradictoriamente de unas cosas y otras utilizando la pretensión de la dialéctica como un pretexto, conjugando especulativamente elementos dispares, sino mostrando conclusivamente, es decir, no-contradictoriamente, la existencia de «contradicciones objetivas». El estudio de esta cuestión vale aún más la pena si se tiene presente que Marx descubrió precisamente en la condición contradictoria de la mercancía el elemento que induce una dinámica real, de donde se deriva el verdadero desarrollo y de cuya investigación ha de seguirse asimismo el desarrollo teorético.

LECCION VII

VII. 1. *Una ojeada al desarrollo de la investigación*

Forma parte integrante de la peculiaridad de la metodología escogida por nosotros el hecho de movernos al principio siguiendo una trayectoria en espiral, por lo que parece que avancemos a una velocidad tan escasa como la del caracol. Sin embargo, esta peculiaridad no excluye que de vez en cuando el ritmo se acelere considerablemente. En un principio se trataba de poner a punto los medios auxiliares más generales para hacer posible la comprensión de lo tratado. Cuanto mayor número de éstos sea posible utilizar, más velozmente podrá avanzarse en el texto. Pero para que al proceder de esta manera no se pierda el hilo rojo del contexto general, voy a esbozar ahora el procedimiento a seguir y las tareas a cumplir en la presente lección, para lanzar luego una ojeada a las lecciones siguientes.

VII. 2. *La mercancía como unidad de determinaciones opuestas*

El punto de partida de la presente lección es el resultado obtenido en la última. ¿Cuál era ese resultado? Se había desarrollado la relación entre las dos determinaciones de la mercancía. ¿Por qué se caracterizaba esa relación? Porque el cumplimiento de la determinación del valor presupone la diversidad de los valores de uso y procede por la vía de la abstracción de la determinación del valor de uso. Por tanto, la exposición de la cosa ha de seguir también el *automovimiento de la cosa* (empleo esta categoría de la dialéctica en la esperanza de que su introducción vaya poco a poco valiendo la pena y contribuya a una comprensión acaso menos circunstancial, pero en contrapartida más exacta). La exposición sigue luego la abstracción del cambio. Y eso mismo haremos nosotros. Luego intentaremos presentar una panorámica de los pasos que siguen en los apartados 1 y 2 del primer capítulo. Como ustedes saben ya hace tiempo por la lectura de este capítulo, Marx, una vez ha desarrollado la relación entre ambas determinaciones en el interior de la mercancía, es decir la duplicidad de la mercancía, desarrolla la correspondiente duplicidad del trabajo que produce mercancías. En esta ocasión enuncia una serie de principios relativos a leyes. Enunciados que en esta lección sólo van a considerarse de pasada, ya que con algún interés por la materia que estamos tratando se comprenden sin dificultad. Donde por el contrario sí son adecuadas ciertas reflexiones conceptuales y metodológicas es, de un lado, en lo relativo a los conceptos fuerza de trabajo, trabajo y valor, cuyas relaciones y diferencias específicas han de ser determinadas; y de

otro lado, en lo relativo al conjunto de problemas relacionados con el concepto del carácter doble (o de la duplicidad). Hay que abordar con amplitud el problema de la relación entre división del trabajo y producción de mercancías, las relaciones de producción propias de la producción privada de mercancías y basada en la división del trabajo, así como la trama formada por el metabolismo e intercambio de producción y consumo social e individual. Resulta imprescindible prestar la debida atención a la cuestión, ampliamente ignorada, de la división del trabajo y del «trabajo humano abstracto».

Finalmente hay que plantear una cuestión de construcción interna del texto, es decir, investigar por qué realmente Marx después del 2.° apartado, una vez que ha llegado finalmente a la producción, vuelve de nuevo con algo que a simple vista ya parecía haber tratado suficientemente, a saber, el análisis de la ecuación del valor de cambio *x mercancía A = y mercancía B*.

Esta pregunta y su respuesta conducen a un nuevo acceso al análisis de la forma (apartado 3.° del capítulo 1.°) del que nos ocuparemos en la próxima ocasión. Tras el intento de derivación materialista de la forma de valor y su «lógica formal» llegaremos a dar con la categoría de la «forma conceptual objetiva» tal como es introducida por Marx en el apartado 4.° del capítulo I en la exposición del carácter de fetiche de la mercancía. Si el movimiento hasta este punto ha sido seguido, puede considerarse esta pregunta: ¿qué significa hasta aquí, esto es, hasta el tratamiento del carácter de fetiche de la mercancía, la *crítica* de la economía política? Y ¿qué es lo específico, lo que la destaca de la *economía política*?

VII. 3. *Seguimiento teorético de la abstracción del cambio*

En las lecciones anteriores se ha mostrado cómo Marx determina la relación entre ambas determinaciones de la mercancía. Esta relación ha de ser determinada claramente, porque sólo de esta manera puede ser *comprendida* la mercancía. Esta relación ha demostrado ser la propia de una oposición estrepitosa. La relación del valor de uso destruye el valor de cambio. La realización del valor de cambio va de la oposición entre dos valores de uso diferenciados a la abstracción de todo valor de uso, a la eliminación del valor de uso de la mercancía para realizar su valor de cambio. Lo que se sigue buscando es la tercera cosa en común (planteada lógicamente, postulada), de la que toda mercancía ha de representar un más o un menos. Esto quiere decir que la investigación no avanza tan ordenadamente como se había supuesto en un principio; no se tematiza con toda calma primero una y luego otra determinación, para posteriormente determinar su relación. Más bien, la segunda determinación sólo puede tematizarse si al mismo tiempo se clarifica su relación con la primera. Una vez que esta relación ha sido desarrollada como la propia de una oposición activa en el interior de la mercancía, con lo que la mercancía queda caracterizada por consiguiente como contradictoria, pueden enfrentarse las dos partes recíprocamente contradictorias de la mercancía (página 46, arriba): «En cuanto valores de uso, las mercancías son ante todo de cualidades diferentes; en cuanto valores de cambio, no pueden diferir más que en cantidad, por lo que no contienen ni un átomo de valor de uso.» En adelante habrá que distinguir claramente

siempre que se mencione la mercancía si se habla de la mercancía *como* valor de uso o *como* valor de cambio o *como* unidad del valor de uso y del valor de cambio. Pues la mercancía es tanto lo uno como su opuesto como también ambas cosas juntas. Es importante que se delimiten con claridad las dos determinaciones de la mercancía, aun cuando —como determinaciones de la mercancía— no aparezcan nunca separadamente. Esta relación puede caracterizarse con la expresión «relación de separación». Como valores de cambio, las mercancías no contienen «ni un átomo de valor de uso». Pero sólo el valor de cambio hace del valor de uso mercancía. Las dos determinaciones se hallan completamente separadas una de otra en una relación directamente insoluble. Esta separación de lo que está unido será objeto de nuestra atención nuevamente cuando investiguemos la relación entre el «trabajo abstracto» y el «trabajo concreto útil».

Una vez que la relación entre ambas determinaciones de la mercancía ha sido determinada en esta medida, la base de la segunda puede ser puesta al descubierto. Se estaba buscando como base de valor de cambio una «tercera cosa». Para mostrarla Marx no hace sino proceder de la misma manera que ocurre «aparentemente» en cada acto de cambio. Deja que aparezca en un primer plano la exposición de la abstracción del cambio y prescinde sistemáticamente de todo lo relacionado con el aspecto de valor de uso de las mercancías. «Si se prescinde ahora del valor de uso de los cuerpos de las mercancías, no les queda más que una propiedad: la de ser productos del trabajo.»

VII. 4. *Substancia del valor, modos de existencia del trabajo*

Aquí se llega a una escena como de fantasía literaria en la que propiedad tras propiedad han ido esfumándose. La exposición parece ajustarse al procedimiento de un químico; lo que queda en la retorta una vez que una substancia cualquiera ha sido sometida a un procseso de evaporación es el residuo. Lo que en nuestro caso se ha «evaporado» es todo lo determinado y sensible, lo útil-concreto, lo relacionado con el valor de uso, cualquier determinación cualitativa, sea del producto del trabajo sea del trabajo productivo. «Consideremos el residuo de los productos del trabajo. No ha quedado de ellos más que esa fantasmal objetualidad, mera gelatina de trabajo humano indiferenciado...»

Y así se llega a la frase decisiva que figura en la página 46 hacia la mitad: en tanto en cuanto la mercancía se ha reducido a un mero producto del trabajo, deja de ser el producto de un trabajo determinado, de un trabajo productivo determinado, para serlo sólo del trabajo como tal, esto es, prescindiendo (haciendo abstracción) de cualquier determinación cualitativa: «Con el carácter útil de los productos del trabajo desaparece el carácter útil de los trabajos representados en ellos, desaparecen, pues, también las diferentes formas concretas de esos trabajos», lo específico de cada oficio, las actividades específicas destinadas a la producción de esta o de aquella cosa, «dejan de diferenciarse», se identifican por tanto, «y se reducen todos juntos a trabajo humano igual, a trabajo humano abstracto». Decir que estas cosas ya «sólo representan', esto es, que en su producción se ha gastado fuerza de trabajo humana

independientemente de la forma concreta de este trabajo, es lo mismo que decir que el trabajo que se encierra en estas cosas sólo cuenta como trabajo humano en general. «Como cristales de esa sustancia social que les es común» —*común*: espero que ahora se escuche el acompañamiento lógico de esta palabra, pues lo que se estaba buscando era lo común entre lo diverso, el tertium comparationis— o sea, como cristales de esta tercera cosa, «de esa substancia social que les es común, son valores, valores de mercancías».

VII. 5. *Conocimiento básico y conocimientos derivados*

Con toda brevedad, sin detenernos más de lo debido en una precisión filológica, tenemos que esforzarnos ahora por establecer una diferenciación conceptual que aún utilizaremos con frecuencia. Realmente, ¿qué es lo que diferencia la fuerza de trabajo, el trabajo y el valor? Muy a menudo se mezclan todas estas cosas y cuando se lee en Marx que el trabajo es «substancia formadora de valor» (página 46, última línea), y en otros lugares puede leerse asimismo, y en cambio, que el trabajo como tal carece de valor, se tienen dificultades para encontrar un denominador común entre los dos enunciados. ¿Cómo puede Marx decir del trabajo que es la única substancia formadora de valor y al mismo tiempo que él mismo carece de valor? Este problema se resuelve muy fácilmente si se consideran los modos en los que el trabajo aparece aquí. ¿Qué significa decir: el trabajo es formador de valor? Pues que cuando se trabaja se forma valor, que a cada segundo

de trabajo se añade un fragmento más de valor al objeto del trabajo. Como actividad en movimiento el trabajo no es precisamente él mismo el valor, de la misma manera que el acto de tejer no es el tejido. Lo que queda del acto de tejer es la unión malla a malla; tejer significa lograr la adherencia de las mallas, pero eso no es las mallas mismas, no es el tejido integrado por muchas mallas. Así el trabajo, igualmente, teje malla a malla el «fantasmal» tejido del valor, pero él mismo no es el tejido, sino precisamente el proceso de acabado del mismo. ¿Qué relación guarda la fuerza de trabajo con el trabajo? La misma que la posibilidad con la realidad. Esto quiere decir que hablamos de fuerza de trabajo cuando ha de expresarse la posibilidad subjetiva de trabajar. Fuerza de trabajo = la potencia. ¿Qué hay latente en ella? ¿Qué contiene en tanto que potencia (como posibilidad)? Contiene, por ejemplo, la posibilidad de la formación de valor. El trabajo es entonces la realidad de la formación de valor. Y ¿qué relación guarda la formación de valor con el valor? La formación de valor deja como resultado el valor. En cuanto ella se esfuma, aparece el valor. Correspondiendo con los tres tiempos —futuro, presente, pasado—, se puede decir: la fuerza de trabajo es el posible trabajo futuro, el trabajo es la realización actual y gasto de fuerza de trabajo, el valor es trabajo pasado y objetualizado. En el mismo sentido Marx emplea una y otra vez para referirse al valor expresiones tan elocuentes como «trabajo muerto» o «pasado» en contraposición con el «trabajo vivo» que constituye el valor. Así tendríamos estos tres conceptos: «trabajo posible» para la fuerza de trabajo, denominada en los primeros textos de Marx «capacidad de trabajo»; fuerza de trabajo realizada o trabajo vivo

como proceso de realización del valor; el valor formado, que desde el punto de vista del trabajo es trabajo objetualizado, trabajo muerto, pasado, trabajo cristalizado en el producto.

VII. 6. *Caso especial versus concepto social medio*

Una vez descubierta ya la «substancia social común» de las mercancías, siendo sus cristalizaciones los «valores», la investigación se orienta a las profundidades del trabajo, del producir. Tras el *conocimiento básico* de la substancia del valor ahora nos encontramos con una serie de *conocimientos derivados,* nos disponemos a recoger una especie de primera cosecha. Vamos a darnos por satisfechos con enumerarlos uno tras otro como en un catálogo. Del descubrimiento del trabajo como substancia del valor surge esta cuestión: ¿cómo se determina la magnitud del valor? La respuesta es: el trabajo se cuantifica como tiempo de trabajo (pág. 47). Una vez que esta determinación está dada, aparece de inmediato el siguiente problema derivado: si uno es perezoso o inhábil y necesita trabajar más tiempo ¿no será el producto de su trabajo más valioso que el producido en menos tiempo de trabajo? El problema se resuelve introduciendo una serie de conceptos caracterizados como conceptos de término medio.

Estos *conceptos de término medio* son introducidos por Marx en calidad de «conceptos sociales». Introduce la determinación «social» de estos conceptos; es decir, cada magnitud que aparece sólo cuenta para él como magnitud social media del tipo de que se trate:

así, la fuerza de trabajo es «fuerza de trabajo media social» (pág. 47), la habilidad y la intensidad del trabajo, respectivamente, «grado medio de habilidad» e intensidad media, siendo finalmente la mercancía individual considerable sólo «como ejemplar medio de su especie» (pág. 47). El tiempo de trabajo que es necesario para la producción de un artículo y el que por tanto determina su magnitud de valor se entiende como el «tiempo de trabajo socialmente necesario» o necesario por término medio.

(Cuando en la lección VI, refiriendo una idea de Marx, decía yo que los valores de uso no ejercían ninguna influencia en la relación de cambio entre dos mercancías, parecían muchos los ejemplos que contradecían esta afirmación.

Siempre resulta decisiva la valoración subjetiva del valor que se formula en relación con una mercancía. ¿Qué ocurre con un vaso de agua en el desierto, por ejemplo? Nuestra afirmación, evidentemente ha de ser corregida. No es posible sostenerla en el caso especial, sino a lo largo del tiempo y a lo ancho de una referencia social. Sólo cuando el proceso de cambio se desprende de su carácter único y se convierte en un hecho reiterado y cuando se generaliza a proceso social dejando de ser una relación entre dos, en una palabra, cuando concebimos nuestros conceptos como *conceptos sociales de término medio,* es cuando éstos alcanzan su plena validez. Todo género de teoría subjetiva del valor se esfuma en cuanto nos distanciamos del caso especial, que parece darle una cierta justificación, y cuando nos adentramos en la generalización social tal como se impone, a través de la concurrencia, en el mercado. La ley del valor-trabajo es, de raíz, una ley social, es decir, concibe el caso especial

mediado por el contexto que representan todos los casos que se presentan del hecho en cuestión.)

VII. 7. *Un conocimiento derivado: productividad del trabajo y valor de las mercancías*

Una vez que se han introducido estos determinaciones derivadas especiales, puede formularse un primer enunciado plenamente definido: el valor de una mercancía está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción.

Ahora (en la página 48) se introduce otro importante concepto derivado, que como los demás conceptos derivados no es sino una determinación explicativa de la determinación del valor. Se trata de lo siguiente: cuando se habla del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un objeto, se está suponiendo implícitamente una determinada «fertilidad» del trabajo, un grado de rendimiento: la productividad del trabajo. Esto significa la fecundidad del trabajo, que se mide según la cantidad de productos de una clase determinada por *quantum* de tiempo de trabajo y se define como su productividad. Queda por señalar que la consecuencia de esta determinación de la productividad aparece claramente a la luz cuando varía. Viene determinada por la relación entre la cantidad de tiempo de trabajo y la cantidad de bienes de uso de una determinada clase producida por aquella. Todo incremento de la productividad incrementa la cantidad de productos; el valor de esta cantidad mayor de productos, por el contrario, no se puede incrementar en relación con el valor de la cantidad de productos menor antes del cambio. Por otro lado, el incremento

de la productividad reduce consiguientemente el valor del producto singular. «En general: ...La magnitud de valor de una mercancía varía en razón directa del quantum de trabajo y en razón inversa de fuerza productiva del trabajo que se realiza en ella.» (Págs. 48-49.)

Que cuando la productividad del trabajo aumenta tiene lugar una desvalorización del producto singular es una ley económica de importancia enorme para el desarrollo del capitalismo. Lo que se delató como una oposición interna a la mercancía, se presenta aquí como movimiento externo y antagónico de las magnitudes valor de uso y valor. (Trasladado a la mercancía fuerza de trabajo, que mediatamente es asimismo producto del trabajo, esta ley significa: cuanto más fructífero sea el trabajo, tanto menos valiosa será la mercancía fuera de trabajo.)

VII. 8. *Casuística de las posibilidades de combinación*

Partiendo del fundamental descubrimiento de la substancia del valor (a saber: el trabajo humano abstracto) los conocimientos aquí enumerados, con todo lo importantes que son, no pasan de representar meros conocimientos derivados, primeros enunciados de leyes, es decir, enunciados que toman forma matemática, en base a los cuales se captan determinadas proporciones y la concomitancia de determinados factores o las consecuencias de la variación de los factores singulares.

La parte final del aparato 1.° constituye una casuística (una colección de casos) en la que se presentan las dos determinaciones de la mercancía, valor de uso y

valor, según diferentes posibilidades de combinación. Hay valores de uso que no tienen ningún valor porque no cuestan trabajo; por ejemplo, el aire es vitalmente necesario (basta no respirar un momento para darse perfecta cuenta), pero sin embargo, no vale nada (cosa que se puede comprobar empíricamente en todo momento). Por otra parte, hay cosas que siendo útiles y siendo asimismo producto del trabajo, no constituyen un «valor»: quien, verbigracia, cocine en su casa estará produciendo, desde luego, un valor de uso, pero no una mercancía, y así sucesivamente. Todo esto es combinatoria casuística.

Baste aquí la observación acerca del status teorético de estos enuciados (casuística combinatoria). No es preciso que nos detengamos en la consideración de sus contenidos, si bien los casos y ejemplos de esta clase ofrecen material suficiente como para que en los grupos de lectura del *Capital* se produzcan al principio discusiones interminables. Dejemos a un lado estos problemas y vamos a procurarnos una panorámica de la arquitectura y de los resultados del apartado 2.°, el que tiene como objeto el *dúplice carácter del trabajo representado en las mercancías.*

VII. 9. *«Carácter dúplice» del trabajo productor de mercancías*

Comienza (pág. 49) con una mirada hacia atrás: «Al comienzo la mercancía se nos presentó como algo discordante en sí mismo, como valor de uso y valor de cambio». Ahora bien, muy al comienzo sin duda que no: esta discordancia es, antes bien, un resultado analítico. Este resultado, en cualquier caso, ha proseguido

en la exposición del trabajo. Este punto, dice Marx, es el «punto crítico» en torno al cual gira la comprensión de la economía política» y considerarlo con un mayor detenimiento es la finalidad de este apartado.

Lo que en realidad ya se había dicho en la página 46, aquí se amplía, se elabora más, se sistematiza, se ausculta por todas partes; se presentan de nuevo los conceptos y se diferencian ulteriormente. De la misma manera que la mercancía es de un lado valor de uso y de otro valor, el trabajo que produce mercancías es de un lado trabajo que produce valor de uso y de otro lado trabajo que forma valor. Y ahora se señalan las determinaciones: los valores de uso, es decir, las cosas útiles, las produce de una forma concreta-útil determinada, el trabajo del sastre difiere del trabajo del tejedor, el del carpintero del del hojalatero, y así sucesivamente. Así pues, aquí se acuña el concepto del *trabajo concreto útil* y en el otro sentido su contraconcepto del *trabajo igual, humano-abstracto,* el concepto del *trabajo humano en general.*

De igual manera que anteriormente se señalaba como una de las condiciones constitutivas para el cambio la disimilitud cualitativa de lo que se llevaba a ese mismo cambio, ahora se extrae esta conclusión de carácter social: la existencia, en general, de producción de mercancías presupone la diferencia cualitativa del trabajo de los productores singulares, en una palabra: la *división social del trabajo.* ¿Por qué ha de introducirse aquí este concepto? Pues porque en la gran diversidad de los valores de uso distintos unos de otros que integran la «gigantesca acumulación de mercancías», se refleja la correspondiente diversidad de las formas de trabajo concreto-útil.

La *división social del trabajo* es, por tanto, condi-

ción necesaria de la producción de mercancías. Una vez que se ha sentado esta relación con carácter de ley, puede intentarse ver si el enunciado es asimismo cierto en sentido inverso. Pero la inversión del enunciado, que lleva a suponer que la producción de mercancías es condición necesaria de la diivsión social del trabajo, es falsa, absurda. Que la división del trabajo es posible sin producción de mercancías se constata históricamente en al antigua comunidad india y luego con un ejemplo más próximo que pertenece a la experiencia diaria: «en toda fábrica el trabajo está dividido sistemáticamente, pero esa división no está mediada porque los trabajadores intercambien sus productos individuales.» (Pág. 50.)

VII. 10. *División del trabajo y producción de mercancías*

Para poder determinar ahora la relación entre la división del trabajo y la producción de mercancías, se precisa de una primera determinación de las *relaciones de produción,* que tienen que estar dadas para que pueda haber realmente producción de mercancías. Estas relaciones de producción pueden resumirse en dos condiciones. Si se supone la división del trabajo como una de las condiciones, puede decirse (pág. 50): «Los valores de uso no pueden enfrentarse como mercancías si no hay en ellos trabajos útiles cualitativamente diversos». Y acto seguido se caracterizan de nuevo las relaciones en una sociedad de productores de mercancías porque los diferentes trabajos útiles son realizados en una sociedad así «independientemente los unos de los otros, como negocios privados de productores

autónomos». Lo decisivo es la relación entre división del trabajo y privacidad de la producción. La premisa y el resultado de la producción privada es, de nuevo, la propiedad privada.

También —o quizá precisamente— en lo que afecta a la consideración de la producción *privada* de mercancías y con división del trabajo resulta muy importante comprender la división del trabajo como sistema *social*. La producción privada significa, ciertamente, que cada cual trabaja sólo para sí mismo. Pero la división del trabajo significa, de otro lado, también que cada trabajador trabaja al mismo tiempo para los demás en una determinada forma útil. Aquí la sociedad, en un estado también de dominio sin límites de la propiedad privada, se entiende ya como un organismo articulado en infinidad de órganos cada uno de los cuales sólo puede vivir en la medida en que todos los demás cooperen. Es decir, no toda produción privada es, al mismo tiempo, igual a producción de mercancías. Sólo la producción privada con división del trabajo es producción de mercancías. (Para evitar malentendidos hay que puntualizar que la producción de mercancías en la forma «simple» aquí considerada no puede darse jamás en la historia como el modo de producción dominante sin restricción en una sociedad. Sólo en la forma capitalista, sobre la base del trabajo asalariado, puede la producción de mercancías acercarse a abarcar el conjunto de la producción de una sociedad. Las causas de esto no pueden ser discutidas aquí todavía. Pero en este sentido remito al estudio personal del capítulo 24 del *Capital* (I) dedicado a «la denominada acumulación originaria», donde Marx trata sobre la base de un material amplísimo el proceso de imposición histórica de la producción de mercancías. Para contrarrestar

otro malentendido, derivado esta vez del otro cabo de la historia de manera en principio inevitable, digamos aún unas palabras acerca de la *producción socialista de mercancías*: su forma básica no es ya la forma valor, sino el *plan* económico. Lo que actúa en cuanto forma valor cumple en el marco del plan y para su cumplimiento, funciones instrumentales; no se hace por tanto autónomo como sería preciso para poder hablar de «forma básica» o «célula». Estas indicaciones, a desarrollar en otro lugar, bastan por ahora. Estas distinciones tan ulteriores no pueden ser ahora, dado que nuestro objeto es, literalmente «el comienzo» de la producción de mercancías, motivo de nuestra atención).

VII. 11. *El trabajo como mediación continua*

Tras la división del trabajo vuelve a aparecer en el desarrollo ulterior del «trabajo concreto-útil» el concepto de la *mediación* (ya en las págs. 49-50 y más claramente en la 51): el valor de uso, o más bien «la existencia de todo el elemento de la riqueza material no presente por naturaleza tuvo siempre que ser mediada por una actividad productiva y finalística especial...» ¿Cómo hay que entender aquí el concepto de mediación? En la última lección habíamos estudiado la «mediación» en la relación de cambio entre dos mercancías. Como «mediación» aparecía, a este respecto, lo común, el tertium comparationis, el medio mediador; se trataba en principio sólo de una cualidad postulada, que se atribuía tanto a la una como a la otra mercancía. Pero aquí la cosa es distinta. Si antes considerábamos la mediación de cosas existentes, aquí se trata de «los trabajos que procuran su existencia»

(pág. 50). Si antes la mediación o el elemento mediador era algo inerte, un atributo, aquí nos encontramos con algo móvil, dinámico. Aquí nos encontramos con la mediación como actividad práctica humana, como aquello de lo que surge lo que antes veíamos como inerte, como la fuente de esto último.

¿Cómo puede utilizarse para una actividad práctica el concepto de «mediación»? ¿No es este un concepto lógico (sin entrar en su significado en este sentido)? ¿Dónde hay aquí algo análogo a aquel término C que reunía a A y a B? ¿Dónde hay aquí un «tertium comparationis», un «meson»? Aquí nos encontramos con un significado básico práctico-material en el que esta estructura está dada de la manera más profunda y primaria. El concepto señala la siguiente relación: para poder vivir, el hombre ha de asimilar materia, ha de ponerse en metabolismo con la naturaleza. Necesita materia procedente de la naturaleza para vivir. Pero no puede tomar esa materia natural sin más, directamente. Ante el hombre, la materia natural se presenta en principio predominantemente inutilizable como un «extremo» extraño. Cuando digo «se presenta ante» empleo una expresión estática en demasía. Por ejemplo, un pájaro no se queda precisamente inmóvil, sino que vuela y se va. Ni de lejos nos lo encontramos ahí, ya asado; eso sólo ocurre en la poco clarificadora leyenda del «País de Jauja», donde lo único que hay que hacer es abrir la boca. En la realidad, por el contrario, al pájaro hay que cazarlo, desplumarlo, vaciarlo de vísceras, asarlo, etc. Hay, como dice Marx, que asimilar «determinadas materias naturales para la satisfacción de determinadas necesidades humanas». (Pág. 51.) Y esta actividad unilateral que no deja la materia natural allí donde se encontraba y tal como era, sino que

la baja del cielo o la extrae de la tierra, que la conforma, que se la apropia, que la ajusta para hacerla utilizable y aprovechable, esta actividad es la que media para los hombres los dos extremos separados que son la naturaleza y el hombre, lo que, en definitiva, humaniza la materia natural, o más exactamente: lo que la convierte en *alimento* para posibilitarle al hombre su proceso natural de vida.

VII. 12. *«Mediación» entre la materia natural y el alimento*

El concepto de mediación adquiere en la necesidad vital del trabajo su significado absoluto de base, que es tan absoluto, que el teórico, mucho antes de haber pronunciado la palabra, ha sido mediado durante largo tiempo muchísimas veces de esta manera. El trabajo como mediador de la vida humana es el proceso de base, una necesidad natural y eterna para la humanidad. Sin él no hay vida humana, por lo que tampoco ninguna vida consciente, y —discúlpese la obviedad—, tampoco teoría. Lo que estaba inerte, lo común entre las dos mercancías, se halla aquí en movimiento justo como la actividad cuyo resultado inerte ya ha sido visto por nosotros, por un lado, en los valores de uso en la medida en que son productos del trabajo y, de otro, en el valor.

En relación con la producción de valor de uso o con el trabajo concreto-útil hemos llegado a ello con determinaciones histórico-generales y determinaciones sociales inespecíficas (pág. 51): «Por eso el trabajo en cuanto constituye valores de uso, en cuanto trabajo útil, es una condición de existencia del hombre, inde-

pendiente de todas las formas sociales, una necesidad natural para mediar el metabolismo entre el hombre y la naturaleza, o sea, la vida humana.» Justo al comienzo habíamos llegado ya una vez al mismo plano histórico-general, con la ya frecuentemente citada determinación del valor de uso (pág. 44): «Son valores de uso los que constituyen el contenido material de la riqueza, cualquiera que sea la forma social de ésta». Y de nuevo parece como si el tema, el «modo de producción capitalista», se nos escapara. No obstante, ahora viene el contramovimiento y se investiga el trabajo en tanto que formador de valor.

VII. 13. *El plano de la «necesidad histórico-general»*

Pero antes se introduce una idea cuyo desconocimiento induce a cometer errores groseros. Uno de los primeros programas de la socialdemocracia contenía la afirmación verbalmente radical de que el trabajo es la fuente de toda riqueza. Se trata de una idea tan insostenible como la de un metabolismo que careciese de la materia a metabolizar. Se precisa, justamente, eso: la naturaleza, la tierra, las materias naturales. Y no sólo eso; para que el trabajo pueda ser fecundamente ejecutado, el trabajador ha de actuar en parte él mismo como fuerza natural sobre la naturaleza y en parte servirse de las propia fuerzas naturales. Nosotros nos servimos de la dureza de la piedra, de la capacidad destructiva, consuntiva, reductora, licuadora o evaporadora del fuego, de la potencia de las corrientes de agua, del viento, de la energía pretérita del sol, acumulada de forma distinta, tal como la encontramos mate-

rializada en las entrañas de la tierra como carbón, petróleo, etcétera. En una palabra, nos tocaría trabajar de la manera más desesperantemente ineficaz si no orientásemos contínuamente la naturaleza contra la naturaleza, si no se hubieran venido desencadenando continuamente y hace generaciones procesos naturales y si no se hubieran estudiado cada vez más profundamente con el fin de poder utilizar su fuerza potencial como medio del trabajo. Por todo esto puede Marx analizar —recordando la idea expresada por uno de los pioneros burgueses de la economía política, William Petty— los valores de uso o cuerpo de las mercancías como «la combinación de dos elementos, materia natural y trabajo» (pág. 51).

Parece que llegamos así a un plano en el que no hay nada excepto naturaleza y trabajo naturalmente necesario, el cual además actúa «como la propia naturaleza» o bien «apoyándose en las fuerzas de la naturaleza».

VII. 14. *Metabolismo hombre-naturaleza y metabolismo social*

Lo que ahora ha de investigarse es la forma específica de organización del metabolismo con la naturaleza, que perdomina en la produción de mercancías. Y aquí no basta que el trabajo se entienda actuando como mediador activo. Aquí los resultados de esa intervención han de cambiarse contra otros resultados. Esto quiere decir considerar individualmente el metabolismo *productivo* concreto- específico a través del cual cada productor particular realiza un cambio particular de forma de la materia natural: el uno trans-

forma el mineral en metal, el otro forja el metal haciendo de él un arado, un tercero labra con el arado forjado los campos y cultiva trigo, un cuarto muele el trigo y obtiene harina, un quinto cuece el pan y así sucesivamente hasta que se ha cerrado el círculo del alimento en un nivel dado del desarrollo y estos productores particulares cambian entre sí sus propuctos particulares como medio del «metabolismo del hombre con la naturaleza». Se llega así al metabolismo en la sociedad.

Donde el trabajo se organiza en base a su división, es decir, donde rige la división del trabajo, al particular *metabolismo productivo con la naturaleza* (que verifica el cambio de forma de la materia natural en el sentido de las necesidades humanas a través del trabajo y de las fuerzas naturales), metabolismo que se realiza en base a la división del trabajo, ha de añadírsele un *metabolismo social* antes de que cada individuo pueda disponer de toda una constelación de las variedades necesarias de medios de vida y pueda alimentarse de su *metabolismo consuntivo individual* con la naturaleza, es decir, pueda mantener su vida.

En la forma de sociedad que tenemos que estudiar, el metabolismo social se verifica bajo la forma de intercambio de mercancías. Lo que se ha producido, no basta; sólo cuando ha sido cambiado puede ser consumido individualmente, es decir, entonces puede tener lugar el metabolismo fisiológico del hombre con la naturaleza en el sentido más estricto. Este dominio de la propiedad privada no consiente aquí otra cosa.

El enfrentamiento del hombre con la naturaleza no ha de entenderse como una contraposición estricta. Igualmente podría hablarse de una contraposición entre el pájaro y la «naturaleza». También el pájaro ha de

procurarse su propio alimento cazando; él mismo puede ser cazado; ha de defenderse; está en una lucha contínua. Ninguna especie tiene su País de Jauja. El cuento del País de Jauja no hace sino fantasear en torno a una contraposición enmascarada y resuelta siempre a favor del hombre. Las aves están siempre listas y asadas volando en dirección a uno cuando así lo desea, y en la visión del paraíso del Barroco campesino bávaro, a la que Mahler puso música en la Sinfonía del Cascabel, se cuenta que sacrificar animales es algo que se puede hacer «a placer, cuando uno quiera» y cosas como esta: «¿deseas venado, deseas —mejor— conejo? / ¡hay por todas partes / puedes escoger! / Llegará un día de fiesta / ¡todos los peces vendrán alegremente nadando hasta nosotros!» Aquí, no hay duda, la contraposición se ha resuelto unilateralmente. Desde el punto de vista de los conejos, los venados y los peces, esta no es una visión paradisíaca, más bien en una situación así afilarían sus uñas y los medios especiales de defensa que tuviera cada uno, pero en cualquier caso harían todo lo posible por evadirse. En este sentido, se puede decir que la naturaleza ha de pensarse siempre en términos de antagonismo. (A menudo se afirma que en la naturaleza no hay antagonismos, que estos sólo existen en las sociedades «antagónicas» [sociedades basadas en la contraposición de intereses]. Ahora bien, ¿acaso no se percibe a primera vista que esta «naturaleza» es un campo de batalla?)

VII. 15. *Trabajo formador de valor como forma socialmente específica*

Pero volvamos a la mediación activa de la vida, ¡al *trabajo*! Como formador de valores de uso se desarrolla socialmente en el sentido de la multiplicidad, como división social del trabajo social; en sí, sin embargo, se entiende así como necesidad natural y eterna, como condición de existencia del hombre. Como formador de valores de uso, el trabajo no se recoge en su especificidad social. Como trabajo formador de valor, por el contrario, sí lo es. En cuanto la investigación se centra en el trabajo como formador de valor, se centra en la forma específicamente social del trabajo para el objeto de investigación, la sociedad burguesa. El concepto que Marx elabora ahora más extensamente es el muy citado de *trabajo humano abstracto*. Dado que la palabra *abstracto* se utiliza en este contexto con frecuencia como una mera sugestión terminológica de carácter negativo y dado que, de otro lado, el desarrollo de este concepto es de una gran importancia —incluso para la orientación en el marco frecuentemente confuso de las «luchas de clase ideológicas» de nuestra época—, vamos a dedicarle una atención particular a su introducción.

El trabajo «humano abstracto» no es determinado por Marx ni remotamente sólo como «abstracto», lo que también sería poco claro. El término «abstracto» sólo puede utilizarse con pleno sentido allí donde se hace abstracción de algo, por ejemplo cuando se considera el trabajo prescindiendo de su especificidad profesional y de la relación que mantiene con su objeto particular. En la medida en que olvidemos, o si se quiere, que hagamos abstracción, de que aquí precede

un proceso de abstracción, el concepto de trabajo humano abstracto carece de sentido y haríamos mejor abandonándolo. Siempre que no se trate explícitamente de la oposición a aquello de lo que se prescinde (de lo que se ha hecho abstracción), aquí del carácter concreto-útil del trabajo productor de valores de uso, habría que hablar del *trabajo humano igual,* del trabajo humano en general.

VII. 16. *¿El trabajo humano abstracto como un proceso «fisiológico»?*

En la frase final del apartado dedicado al «Dúplice carácter del trabajo representado en las mercancías» (pág. 54) se resumen las dos determinaciones del trabajo productor de mercancías, de la misma manera que en el primer apartado (en la pág. 46) se habían sintetizado las dos determinaciones de la mercancía producida. «Todo trabajo es, por una parte, gasto de fuerza de trabajo humana en sentido fisiológico, y en esa condición de trabajo humano igual, o trabajo humano abstracto, constituye el valor de mercancía. Por otra parte, todo trabajo es gasto de fuerza de trabajo humana en una forma particular determinada por los fines, y en esa condición de trabajo útil concreto produce valores de uso.» Y aquí me detengo; si se mira con atención, se percibe que en las dos determinaciones del trabajo productor de mercancías se choca en último término con la «naturaleza». No es obviamente correcto decir que sólo el trabajo productor de valor de uso representa la «base natural» de la posibilidad de vida humana en tanto que proceso sometido a necesidad natural, independiente de cualquier forma de so-

ciedad; por el contrario, aquí el proceso de trabajo es en lo relativo a su contenido, un «proceso natural»: «por ejemplo, la combustión del carbón es un proceso natural (y no un proceso social), pero la síntesis de la albúmina y la combustión del azúcar en el cuerpo humano son precisamente también un «proceso natural». Así, en último término, el trabajo «humano igual» se reduce a un proceso fisiológico. Llegamos pues con ambas determinaciones a un plano correspondiente a la base natural. Pues ¿qué significa «fisiología»? Fisis es naturaleza. Y «gasto de fuerza de trabajo humana en sentido fisiológico» no quiere decir otra cosa sino que es un proceso natural.

VII. 17. *Del plano de la naturaleza a lo específicamente social: la forma de valor*

En este punto, cuando Marx parece situarse justamente al comienzo de su análisis del «modo de producción capitalista» en la vía muerta del «plano natural de la naturaleza», resulta factible explicar cómo es posible que no prosiga simplemente en el modo que hasta ahora. Porque ya ha alcanzado el plano de la producción, y podría suponerse que por fin empezaría a proceder «matrialísticamente» exponiendo el trabajo asalariado y la relación entre trabajo asalariado y capital. ¿Por qué no lo hace? Que la exposición no es rectilínea ya ha sido anunciado por Marx (en la página 46, al final del penúltimo párrafo): «La marcha de la investigación nos reconducirá al valor de cambio como modo necesario de expresión o forma necesaria de manifestación del valor, el cual, sin embargo, se tiene que estudiar primero independientemente de esa for-

ma.» Y en la página 55 * los editores citan en una nota a pie de página la última frase del apartado correspondiente a la primera edición: «Ahora conocemos la *substancia* del valor. Es el *trabajo.* Conocemos su *magnitud de medida.* Es el *tiempo de trabajo.* Queda por analizar su *forma,* la que hace precisamente del *valor, valor de cambio».* Con el análisis de esta forma se continúa en el apartado 3 («La forma de valor, o valor de cambio», págs. 55 y ss.). Pero ¿por qué? Ahí se empieza con aquello de «x de la mercancía A $= y$ de la mercancía B», y eso ya lo sabemos. Así ¿por qué hay que emprender de nuevo el análisis de esa «forma»?

Me limitaré ahora a esbozar la respuesta, dado que habrá que volver sobre ello. La marcha de la exposición pasa por el análisis y el desarrollo de la forma de valor porque también la istoria real avanzó por medio del desarrollo de la forma de valor. *Sólo mediante* una dinámica que partía del proceso de trabajo y que impulsó la historia haciendo que la sociedad se desarrollase. El desarrollo obtiene, ciertamente, del plano del proceso de trabajo los impulsos y la fuerza motriz decisivos bajo la forma del desarrollo de las fuerzas productivas; esta es realmente la palanca que hace avanzar en condiciones de producción privada la división del trabajo, que se manifiesta en forma de un enorme incremento de la productividad. Pero inmediatamente, fue la propia dinámica interna de las relaciones de cambio —tras de la cual, en todo caso, se encontraba la presión de la producción y del consumo

* Se refiere a la cita correspondiente a la 1.ª edición del *Capital* introducida por los editores alemanes en la pág. 55 de MEW 23 (que no ha sido reproducida en la edición castellana correpondiente, OME 40). (T.)

o la necesidad— la que generó una independización del valor. Independizado de esta manera como un poder social extrañado y cosificado (con mando sobre el trabajo muerto y pronto también sobre el vivo), el valor entró en la historia como un poder económico desencadenante de energías inmensas, generando todas las consecuencias derivadas de que la mercancía se doblase en mercancía y dinero, que de esta forma la relación de cambio se escindiese en compra y venta, que consiguientemente se creasen las condiciones que hicieron surgir la forma de capital del valor, hasta que finalmente, mediante la mercancía fuerza de trabajo, «el capital» pudo subordinar la producción. Así (si hacemos abstracción por un momento de todas las circunstancias casuales y contrarrestantes, en general de todos los factores extraeconómicos) se formó el capitalismo y por eso Marx puede llamar a la forma de mercancía o forma de valor de los productos del trabajo «la forma económica celular» (pág. 6) a partir de la cual se ha desarrollado el organismo ya formado de la sociedad burguesa de forma genética, de la misma manera que, ya plenamente desarrollado éste, está integrado por ella en tanto que su elemento constitutivo más simple y elemental. Con eso se halla determinada según el descubrimiento de Marx, igualmente, la única posibilidad existente de exposición lógica forzosa del modo de producción capitalista. Por eso la exposición ha de proseguir con el análisis de la forma y no con el análisis de la substancia. Esta tesis se expondrá más adelante con mayor claridad y se fundamentará más sólidamente.

Excurso sobre la división del trabajo, el trabajo huma no abstracto y la dificultad de mantener una contra dicción

La presente lección no puede clausurarse sin inclui
una toma de posición en lo relativo a la cuestión de l
valoración de la división del trabajo y del «trabajo hu
mano abstracto», ya que estos son problemas que s
discuten muy a menudo. Ambos conceptos han esta
do de actualidad durante años en la discusión de la iz
quierda. En gran medida se empleaban como sinóni
mos de la *enajenación* u otros términos negativos
¿Qué hay de esto? Empecemos primero con el proble
ma de la división del trabajo. Hay en el joven Mar
expresiones que se citan una y otra vez y que se inter
pretan en este sentido. Por ejemplo, dice Marx en lo
«manuscritos de París»: «La *división del trabajo* es l
expresión económica de la *socialidad del trabajo* en e
seno de la enajenación.» (MEW, *Ergänzungsband* I
pág. 557). De esta formulación se concluía que la divi
sión del trabajo significaba, para Marx, enajenación
y que la abolición de la enajenación debía significar l
abolición de la división del trabajo. Con citas de est
índole se intentaban justificar, por ejemplo, determi
nadas corrientes romántico-reaccionarias del movimien
to estudiantil que querían suprimir de cuajo la multi
plicidad de la investigación especializada y de la
técnicas particulares, lo que —dejando a un lado l
justificada polémica contra la imagen del «idiota espe
cializado»— ha conducido, por ejemplo, a una funest
infravaloración de todo estudio especializado o a un
valoración romántico-reaccionaria de las posibilidade
de construcción de sociedades socialistas adoptand
como categoría de base, precisamente, la «no divisió

del trabajo». Si se consideran en su contexto frases como la citada más arriba —y sobre todo cuando se sigue la conformación ulterior de las concepciones de Marx que se expresan en ellas— se llega a una interpretación que resulta claramente diferenciada de la expuesta. La frase citada, por ejemplo, no habla sólo de enajenación, es decir, de encontrarse ajenos-entre-sí los hombres por la discusión de su comunidad a causa de la propiedad privada; lo que dice es que en el interior de la enajenación se encuentra nada menos que la *socialidad del trabajo,* que se expresa en la división del trabajo. Con otras palabras: donde no hay sino propiedad privada, donde cada cual produce individualizadamente para sí mismo y donde sólo funcionan categorías privadas, allí la división del trabajo es el modo como (ya) se produce socialmente. A continuación de la frase citada y tras reproducir las afirmaciones de algunos economistas sobre la división del trabajo, Marx escribe: «*La división del trabajo y el intercambio son* los dos *fenómenos* en relación con los cuales el economista hace alarde de la sociedad de su ciencia y señala con claridad inconscientemente, al propio tiempo, la contradicción de esa su ciencia: la fundamentación de la sociedad en el asocial interés particular». (*Ibíd.,* pág. 562.) Esta contradicción ha de retenerse en la teoría y no dejarla moralizantemente a un lado, máxime cuando se desea hacerla desaparecer de la realidad. Es también el *asocial interés particular* el que media en el cambio los resultados de un trabajo realizado por separado, de tal manera que gracias a él, a pesar de todo, se produce un proceso de socialización.

La socialidad del trabajo, que el capitalismo ha desarrollado enormemente, es para Marx un elemento

de la nueva sociedad, un elemento que se ha desarrollado en la entraña de la vieja, un elemento de formación de una «producción social» venidera. Con esta expresión, «producción social», Marx define a menudo, por ejemplo en *El Captial,* el socialismo como una producción que es inmediatamente social, que es planificada socialmente, socialmente coordinada y socialmente ejecutada.

La categoría de la división del trabajo no puede, por tanto, ser tomada sin más como una simple categoría negativa. Es indudable, de otro lado, que la división del trabajo encierra mucho de negativo en una sociedad de economía privada, especialmente allí donde las divisiones del trabajo coinciden con la contraposición de la propiedad y la no-propiedad de medios de producción, o bien obtienen su determinación funcional de fondo de esta contraposición. Todo aquello que los propietarios privados y sus representantes directos se reservan para sí en la división del trabajo, deslindándolo de lo que tienen que hacer los no propietarios, por ejemplo, la determinación y la planificación de la producción, la distribución de los medios de producción incluyendo la forma de organización de la producción y la disposición sobre los productos, todo esto les es arrebatado a los trabajadores y «en función de la división del trabajo» convertido en función específica de la parte del capital. Evidentemente, esta es una división del trabajo cuya superación constituye, desde el punto de vista socialista, una necesidad elemental. Pero una cosa muy distinta, precisamente, a superar los antagonismos de clase y sus diferentes consecuencias es intentar superar las diferencias entre físicos y fisiológicos, metalúrgicos y médicos y así sucesivamente. Querer «abolir» esta división del trabajo sería

tanto como querer parar la rueda de la historia, un intento que a priori está condenado al fracaso.

Por otra parte, la abolición de la «división del trabajo», la que se da «entre los hombres», pertenece de hecho a la perspectiva comunista de Marx. Una «división del trabajo» que ha de ser suprimida es la división entre el trabajo mental y físico, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Se trata de una división que coincide en gran parte, y por motivos históricos determinados, con la división de la sociedad en clases. Lo que, de otro lado, ha de desaparecer también en la perspectiva anterior (y que ya empieza a desaparecer en el capitalismo desarrollado, si bien de una forma que para los afectados equivale a ir de lo malo a lo peor) es la fijación de por vida de los individuos a una sola función parcial. Lo que hay que abolir no es la división del trabajo, sino la subordinación de los individuos entre sí. Esto significa que hay que exigir la movilidad de los individuos en el *sistema social* de la división del trabajo. Con esto se habría suprimido desde el punto de vista del individuo, la división; de otro lado, así se avanzaría hacia la consecución del hombre socialista multilateralmente desarrollado.

Si en nombre de una «plenitud» en el trabajo ciertos teóricos no ven en la división del trabajo más que la división, y no el desarrollo de la sociedad, también es verdad que en lo relativo al carácter doble del trabajo se expresa un pensamiento ilusorio igualmente superficial y radical sólo en apariencia. El trabajo «abstracto», en esta perspectiva, aparece también como lo inmediatamente negativo, mientras que el trabajo concreto útil como lo positivo. Si trabajo «abstracto» significa: trabajo prescindiendo de todas las determina-

ciones útiles, ¿no es, entonces, inútil el residuo? En la determinación más cercana por Marx de esta categoría como «gasto de fuerza de trabajo humana sin considerar la forma en que se gasta», algunos ven en ea sólo, por así decirlo, ese «sin consideración». Como además del valor solo no se puede vivir, pero sí del valor de uso, la cosa parece estar clara.

Pero en una consideración más detenida, desaparece la univocidad de lo positivo tanto como la de lo negativo. De la misma manera que la economía clásica burguesa carecía de todo sentimentalismo en su evaluación del «trabajo productivo» y sabía que en la sociedad burguesa es una maldición ser un trabajador productivo, también la leyenda popular se apoya firmemente en la experiencia de la maldición del trabajo concreto útil en muchos aspectos. En la historia de los hermanos Grimm que lleva por título «De lo malo que es hilar lino», por ejemplo, aparecen «tres muchachas particularmente desagradables» que personifican, con sus malformaciones físicas respectivas, cada una de las deformaciones particulares correspondientes a una función parcial del hilado: la primera, con su enorme labio inferior caído más abajo de la barbilla, representaba la deformación producida enhebrando el hilo; la segunda, con un dedo índice «tan gordo y grande que hacía otros tres dedos», la deformación al torcer el hilo; la tercera, con su «pie gordo y aplastado», la deformación producida por el pedaleo. La protesta contra el trabajo humano abstracto debería saber que el trabajo determinado, concreto y útil, no puede ser para el hombre algo positivo sin más. Si la producción de valor de uso y con ella el trabajo concreto útil es, de un lado, una necesidad natural, también es verdad que el trabajador se halla fijado a la utilidad determi-

nada de su trabajo y tiende, de otro lado, al idiotismo. (¡También se ha podido hablar de la «estupidez de la vida rural» en contraposición a la idea de la «idílica existencia en el campo»!) Quien se halle condenado a consagrar su vida a una sola función parcial —y no otra cosa significa, ciertamente, la «actividad concreta útil determinada»— en permanencia, experimentará el desasosiego de ver que su «habilidad en cuanto al detalle extraordinariamente desarrollada» se convierte en una desgraciada habilidad asociada a una mutilación casi total y a una monotonía sin fin, en la que su subordinación al sistema de la división del trabajo pesará de un modo enormemente gravoso.

De nuevo el trabajo es como trabajo «humano abstracto» en último término trabajo humano *igual*, trabajo *general-humano*, trabajo en general y se descubre en estas determinaciones el doble sentido, la igualdad y la generalidad. Para el socialismo será, según Marx, un importante medio y al mismo tiempo una importante meta, conseguir la igualdad en cuanto al trabajo para todos los miembros de la sociedad capaces de trabajar. O, empleando otra expresión, la *generalidad del trabajo*. Esta no señala sino la igualdad conseguida de que todos, en el marco de sus posibilidades y aptitudes, colaboren en la realización de las tareas comunes. ¿Por qué es importante? Por ejemplo, porque entonces todo el que trabaje solo tendrá que trabajar lo menos posible, es decir, sólo lo preciso para mantener un nivel determinado de vida y de desarrollo. O sea, Marx puede determinar en este sentido la «generalidad del trabajo» como una frontera de las posibilidades objetivas con que cuenta el socialismo.

La categoría de trabajo «abstracto» es relevante, de un lado, por el «dominio del valor» sobre la producción; pero de otro lado, lo que ella designa encierra también algo enormemente progresivo, a saber, que con ella puede darse cuenta de esta base general del valor y que puede señalarse también también, si bien en el interior de las barreras que impone la producción capitalista, como algo históricamente conseguido. Si se considera el trabajo «abstracto» en este sentido, se encuentra una situación histórica que Marx caracteriza con la categoría de la *necesidad transitoria,* esto es, «pasajera», *del capitalismo.* El progreso de la humanidad experimenta un poderoso impulso cuando «el valor domina sobre la produción», o sea, cuando el trabajo «humano abstracto» se ha convertido en algo real en la sociedad. El desarrollo social general de la sociedad avanza en esta forma enajenada hasta el umbral de la «reconstrucción consciente de la sociedad humana», para cuya «nueva fundación» es necesaria la capacidad organizada de los trabajadores de conformar consciente, planificada y autodisciplinadamente su propia vida social.

El mismo trabajo humano adquiere en una producción conducida por el valor el significado de formador de valor. En el capitalismo el trabajo es la maldición de los desposeídos. En el socialismo será *generalizado,* es decir, perderá la forma antagónica, porque ya no habrá frente a él ningún no-trabajo. Mientras el trabajo humano en general «en forma inmediata» (ver *Grundrisse,* pág. 593), sea la base fundamental de la producción, seguirá estando íntimamente relacionado en el socialismo —para cada uno y para los respectivos colectivos empresariales— con la distribución («A cada uno según su trabajo»). En esta medida cuenta aquí

también prescindiendo de su particular forma útil, esto es, como trabajo abstracto. El comunismo es, entonces, posible cuando el desarrollo de las fuerzas productivas hace factible romper esta vinculación («De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades»). Entonces pierde el trabajo como tal, haciendo abstracción de su forma concreta útil, toda función económica particular.

El antagonismo de clase y la contradicción propia del sistema determinan en el capitalismo el sentido concreto del trabajo «humano abstracto». Sin embargo, precisamente en el desarrollo de la laboriosidad general, independientemente de su forma útil, se fundamenta un aspecto de la necesidad transitoria del capitalismo, al crear así una premisa indispensable para el socialismo. Por eso mismo no se puede establecer adialécticamente una división entre el trabajo concreto útil y el trabajo humano abstracto, viendo a un lado lo rosado y deseable y a otro lo negro y rechazable; antes bien hay que darse cuenta de que ambos son ambivalentes, pero también necesarios. Mantener una actitud dialéctica en relación con esta cuestión quiere decir no escindir la contradictoriedad o, modificando ligeramente un pasaje grandioso del Prólogo de Hegel a la *Fenomenología del Espíritu*: no renunciar a ver en lo positivo lo negativo y en lo negativo lo positivo. «La belleza impotente odia a la razón porque ésta le atribuye aquello», dice Hegel.

LECCION VIII

VIII. 1. *En la forma de valor se comprende lo socialmente específico*

En el análisis del valor de cambio desde el punto de vista de su «contenido» y de su «substancia» nos habíamos encontrado, siguiendo a Marx, con una dimensión que es posible caracterizar con la expresión «base natural». Tanto el trabajo «concreto-útil» como el «humano abstracto» se reducían en último término a procesos naturales, es decir, a procesos guiados por la necesidad natural y en esta medida independientes de la forma social específica. Y el interrogante era: si aquí no tenemos, nuevamente, nada más que la naturaleza, ¿cómo nos hacemos cargo de lo específicamente social? La respuesta es: lo histórico-socialmente específico sólo es aprehensible gracias al *análisis de la forma.* Este permite comprender el papel económico particular que le corresponde en las sociedades productoras de mercancías al trabajo haciendo abstracción de su utilidad concreta. Para sustentar esta respuesta, que hasta ahora no es sino una afirmación no demostrada, Marx ofrece algunas justificaciones, que vamos a analizar más de cerca. En el apartado 4.°, dedicado al

carácter de fetiche de la mercancía y su secreto —el texto es conocido de todos, si bien probablemente no en este contexto argumentativo— dice (pág. 81, párrafo 2.º): «Así pues, el carácter místico de la mercancía no brota de su valor de uso. Tampoco nace del contenido de las determinaciones de valor». ¿Qué era el contenido? La expresión utilizada es: trabajo objetualizado. «Pues, en primer lugar, por diferentes que sean los trabajos útiles, las actividades productivas, es una verdad fisiológica que todos ellos son funciones del organismo humano, y que cada una de esas funciones, cualesquiera que sean su contenido y su forma, es esencialmente gasto de cerebro, nervio, músculo, órgano sensible, etc., humano.» Esto sería, pues, la «base natural». ¿De qué? Del trabajo humano en la medida en que se haga abstracción de sus determinaciones cualitativas y se retenga de él sólo lo que es igual a todos los otros, por lo demás desiguales. Y leemos a continuación: «En segundo lugar, por lo que hace a la base de la determinación de la magnitud de valor» —hasta aquí se había determinado la substancia en relación con la determinación de su «cantidad»; y ambas la substancia del valor y su determinación de magnitud, constituyen el contenido de la determinación del valor; «En segundo lugar, por lo que hace a la base de la determinación de la magnitud de valor, la duración de aquel gasto, la cantidad de trabajo, resulta que la cantidad se puede distinguir hasta tangiblemente» —es decir, reconocible sensiblemente y relevante en la práctica— «de la cualidad» —y esto señala el aspecto concreto-útil— «del trabajo». Y ahora el aspecto concreto-útil «del trabajo».

VIII. 2. *Por el contrario: la base natural de la substancia del valor*

Y ahora viene algo que no tienen en cuenta quienes se refieren con frecuencia al trabajo «humano-abstracto» o al problema, para ellos insoluble, de que también en la economía socialista se hable de *valor*: «En «todas las circunstancias ha tenido que interesar a los hombres el tiempo de trabajo que cuesta la producción de los alimentos, aunque su interés al respecto no haya sido el mismo en lo diferentes estadios de la evolución». En nota a pie de página Marx añade la observación concretizadora de que los germanos medían la tierra con ayuda del tiempo de trabajo que era necesario por término medio a nivel social para efectuar un determinado proceso laboral sobre esa tierra. Una fanega [Morgen] de tierra equivale a lo que el campesino hacía en un Tagwerk [faena diaria]. La medida de la extensión de la tierra se deriva, consiguientemente, de la duración del trabajo. Marx cita esto para mostrar que la determinación de las magnitudes por la cantidad de trabajo interesaba a los hombres incluso en una forma de sociedad cuyas unidades de base eran haciendas campesinas independientes que trabajaban de manera casi totalmente autárquica, es decir, incluso en una forma de sociedad en la que las unidades económicas no producían de ninguna manera unas para otras, es decir, socialmente. «Y, por último, en cuanto que los hombres empiezan de un modo u otro a trabajar los unos para los otros», aunque sea sólo como productores de mercancías, es decir, no bajo las relaciones definidas por una producción de economía social, «su trabajo adquiere también una forma social. ¿De dónde viene, pues, el carácter enig-

mático del producto del trabajo en cuanto que toma forma de mercancía? Evidentemente, de esa forma misma.» (Como las explicaciones que siguen en la página 82 se alimentan por completo de los conocimientos adquiridos en el apartado dedicado al análisis de la forma, interrumpamos aquí la primera lectura y volvamos atrás, a ver cómo se han obtenido esos conocimientos. Pero antes y desde el final quería significar la relevancia del análisis de la forma.)

VIII. 3. *Nuevo comienzo: verificación de si se cumplen los tres requisitos*

La forma es lo decisivo, por tanto, y es también lo que depara al análisis científico las mayores dificultades. ¿En qué sentido es decisiva? ¿Qué depende del análisis de la forma? Marx da alguna indicación parcial al comienzo del apartado 3.º (pág. 56). En este punto, en concreto, se trata de «conseguir lo que la ciencia económica burguesa no ha intentado siquiera, a saber, mostrar la génesis de esa forma-dinero, lo que equivale a seguir el despliegue de la expresión de valor contenida en la relación de valor de las mercancías, desde su forma más sencilla e inaparente hasta la brillante forma dineraria.» Si se quiere mostrar la génesis de la forma-dinero, hay que analizar para ello la forma de las mercancías. La «esencia» del dinero, a su vez, sólo puede comprenderse a través de la génesis de la forma-dinero. Y sólo cuando se ha comprendido la esencia del dinero se puede comprender hasta qué punto pudo desarrollarse de la forma dinero la forma capital. Es decir, hay que recorrer el camino de formación. Por ser esto así, Marx emprende, después de ha-

berse encontrado por todas partes con la «base natural», después de haber agotado la parte de contenido del análisis de las mercancías, tomando como premisas los resultados obtenidos hasta ahora, un nuevo comienzo centrado en el análisis de la forma.

Puesto que el análisis de la forma constituye aquí, no obstante los resultados presupuestos, un nuevo comienzo, voy a recordar los requisitos generales que han sido postulados en relación con el comienzo de una ciencia. Estos requisitos han de ser, desde luego, respetados aquí. ¿Qué clase de requisitos eran éstos? *En primer lugar,* el *requisito didáctico*: no ha de presuponerse ningún conocimiento que no posea todo miembro de la sociedad. *En segundo lugar,* el *requisito lógico*: hay que proceder a partir del elemento, de la totalidad más reducida, en dirección a las relaciones que se establecen a partir del elemento. *En tercer lugar,* el *requisito genético*: hay que avanzar de lo genéticamente primario a lo posterior, de lo subdesarrollado a lo más desarrollado en cada caso, en un proceso que vaya descubriendo la ley del desarrollo; sólo entonces podrá avanzarse de *modo vinculante* de un fenómeno a otro. Resumidos en una expresión sumaria, los requisitos indican: hay que partir del *lugar común,* hay que partir de la *forma elemental* y hay que partir de la *forma nuclear.* Veamos si, y en qué forma, se concentra aquí esta triple exigencia.

VIII. 4. *«Forma nuclear» y «elemento constitutivo»*

El *lugar común* está formulado aquí de tal manera que cabría citar la formulación que se hace en este

punto para caracterizar inequívocamente el conocimiento inicial. El penúltimo párrafo de «inducción» al análisis de la forma (pág. 56) comienza: «Todo el mundo sabe, incluso el que ignore todo lo demás» que sin excepción las mercancías expresan su valor en la forma de dinero.

Este es, de hecho, un lugar común en el que cada cual puede encontrarse.

Del lugar común se pasa de inmediato a la *forma elemental*. La «forma de dinero» de la expresión de valor de las mercancías se reconoce como una forma compuesta, compleja, por lo que se señala «la relación de valor de una mercancía con otra de diversa especie y única» como «la más sencilla expresión de valor de una mercancía» como el primer objeto de la investigación.

Este elemento más sencillo se reconoce al mismo tiempo como lo *genéticamente primero* por lo que se determina «genéticamente» el objetivo de la exposición como la demostración de la génesis de la forma dinero. En el paso ya citado se expresa con mayor exactitud el requisito genético: se trata de «seguir el despliegue de la expresión de valor contenida en la relación de valor de las mercancías, desde su forma más sencilla e inaparente hasta la brillante forma dineraria». Por tanto, hay que empezar con la investigación de lo que es genéticamente primero; y el hecho de seguir el desarrollo, determina la construcción de la exposición.

En el párrafo final del apartado sobre el análisis de la forma (página 80), Marx formula nuevamente, recapitulando, algunas consideraciones acerca de la construcción y los resultados del análisis. Desde el punto de vista del contenido, éste es el resultado: se pudo

desarrollar la teoría socioanalítica y genética del dinero. Y ¿cómo se llega a este resultado? «La dificultad del concepto forma de dinero se reduce, pues, a la dificultad de captar la forma general de equivalente, esto es, la forma general de valor, la forma III. Pero la forma III se resuelve en la forma II, forma desplegada de valor; y el elemento constitutivo de esta forma II es la forma I..., *x* mercancía A = y mercancía B. Por lo tanto, la forma mercantil simple es el núcleo de la forma de dinero.»

Aquí encontramos de nuevo la palabra clave: *núcleo,* el concepto que designa lo genéticamente primero; el elemento constitutivo, el elemento del que se compone el complejo. La forma elemental y la forma nuclear determinan por igual lo que había que empezar con su investigación. Por lo demás, Marx se refiere expresamente a la construcción del análisis de la forma: éste avanza a través de estadios evolutivos siendo en cada caso la forma más compleja explicable partiendo de los resultados de la investigación de la forma más simple, es decir, utilizando las palabras de Marx, aquella «se resuelve retrospectivamente» en la forma más simple. La construcción que estamos estudiando parece cumplir así los requisitos más estrictos.

VIII. 5. *Determinación del objeto del análisis de la forma*

Si la observación final ya citada (de la pág. 80) demuestra su plausibilidad en un análisis de contenido, entonces es evidente que todo depende de esta sucesión constructiva, que el análisis de la forma de valor representa muy pregnantemente un caso modélico

para la construcción de esta ciencia. Y —de paso— tendríamos también, al mismo tiempo, una posibilidad de acceso a la respuesta a la pregunta de cómo está estructurada la relación entre el desarrollo histórico concreto y la construcción y desarrollo de la exposición en *El Capital.*

Una vez conocido el requisito planteado, con la mera afirmación sólo es posible hacer razonablemente una cosa: contrastarlo con el propio texto. Sólo entonces podrá hacerse algo a partir de él si se comprende cómo es posible que esa construcción pueda seguir un principio lógico y ese desarrollo unos principios genéticos. Si se conoce y comprende el motivo por el cual esto es posible, entonces se está en condiciones de disponer de un acceso a lo que se ha dado en llamar la «ciencia de la lógica» del *Capital* completamente opuesto al meramente dogmático (ajustado a lo expuesto por quien enseña). Es posible que no puedan tratarse en una primera introducción todas las cuestiones y discusiones relacionadas con aquélla, pero sí que se aporta el acceso a ella así como determinadas consideraciones fundamentadas y contrastables.

Ahora bien, ¿qué es esa forma lógica elemental y forma nuclear genética? De la forma genética nuclear se dice en la página 71 (2.° párrafo) que «no madura en forma de precio sino luego de pasar por una serie de metamorfosis» (*Morphé* quiere decir forma; en todas las esquinas y lugares nos encontramos con el concepto de forma). ¿Qué es, así pues, esta forma nuclear o forma elemental? Antes de responder a esta cuestión hay que recordar la pregunta sobre el contenido que Marx plantea inicialmente en este contexto. ¿Cuál es, realmente, el objeto del análisis de la forma de valor? Cuando se plantea esta pregunta en los gru-

pos de trabajo suelen presentarse dificultades en la determinación de ese objeto. Por tanto, tenemos que recordar siempre cuál es la cuestión clave, tenemos que tener presente la cuestión objeto de la investigación. Sólo entonces puede comprenderse la naturaleza de las respuestas que da Marx.

Si inicialmente la investigación partía de la forma de aparición del valor, del valor de cambio como lo que estaba evidentemente dado, con el objetivo de buscar el contenido de lo que así aparecía, aquí, entretanto, el valor se ha convertido en la premisa evidente, a partir de la cual se pregunta por su aparición. La dificultad de partida del nuevo comienzo está dada con esta pregunta por la aparición del valor.

VIII. 6. *El problema de la «objetualidad del valor»: una prueba de pensamiento*

Ya hemos considerado el concepto de la aparición en oposición con la esencia o el contenido; pero hasta ahora no hemos hablado de un aspecto que caracteriza el concepto y al que puede apuntarse con la siguiente pregunta un tanto paradójica: ¿cómo se aparece? Aparece perceptible por los sentidos, objetualmente. De aquí un nuevo concepto para articular la pregunta por la aparición del valor, el concepto de la *objetualidad del valor*. Si aquí se dice: «La realidad-valor de las mercancías se diferencia» y así sucesivamente, entonces se trata sólo de otra versión de la pregunta por la «aparición del valor» justo porque no puede aparecer otra cosa que no sea un objeto.

En este punto es apropiado introducir, corrigiendo el uso lingüístico anterior, una diferenciación, a saber:

ahora tenemos que distinguir explícitamente (como sin patentizarlo ya lo hemos venido haciendo en parte) entre *valor* y *valor de cambio*. Ya en la página 46 (al final del penúltimo párrafo) se había dicho: «La marcha de la investigación nos reconducirá al valor de cambio como modo necesario de expresión o forma necesaria de manifestación del valor, el cual, sin embargo, se tiene que estudiar primero independientemente de esa forma». Ahora nos encontramos justamente en esa forma. Pero ¿qué es el valor de cambio diferenciado del valor? ¿Para qué es necesaria esta diferenciación?

El problema es posible planteárselo adecuadamente en la práctica tomando una determinada mercancía e intentando imaginarse su valor. El procedimiento de prueba con el que Marx opera aquí (pág. 55) presupone que nosotros como lectores procedamos de esa manera, es decir, que realicemos ese experimento en nuestra imaginación. Este sería el método antes caracterizado de la prueba mental con el contenido de realidad de una acción de prueba a nivel intelectual. Este juego puede conducir de nuevo a comprender a través de una operación conceptual. Imagínese una cosa cualquiera como mercancía e inténtese imaginar el valor de esta mercancía. Al hacerlo se choca con una situación muy curiosa: a pesar de que vulgarmente es algo obvio cuál es el valor de una mercancía, no es de ninguna manera posible determinar el valor de una mercancía considerando tan sólo esa misma mercancía.

VIII. 7. *«La mercancía suelta no se puede aferrar en cuanto cosa-valor»*

«De ninguna manera» puede que no debiera haberlo dicho, pues, en algún sentido, cualquier se imagina, «aunque ignore todo lo demás», el valor de una mercancía muy bien, aunque sea en forma de la pequeña etiqueta que señala su precio. De acuerdo, pero ¿qué es una pequeña etiqueta del precio? El precio señalado en una pequeña etiqueta, si se considera más de cerca, no es sino una forma abreviada de escribir otra cosa, que no es precisamente esta mercancía determinada. Ese pequeño signo recuerda a todo aquel que quiera poseer la mercancía el precio de ésta, es decir, que si quiere tenerla ha de pagar algo a cambio. La pequeña etiqueta del precio, por tanto, remite a otra cosa, a lo que hay que dar a cambio; y no pertenece a la mercancía precisamente, en la medida en que no es ella la que «habla». Así, si se elimina en la imaginación la pequeña etiqueta del precio y se prosigue la prueba mental, se hará la experiencia teorética consistente en comprobar que el valor no es algo tangible en la propia mercancía, que es imposible aferrar la idea de su propio valor. Esto significa que a diferencia de Wittib Hurtig, posadera y prostituta a la que Shakespeare hace decir que con ella siempre se sabe, en el doble sentido, de dónde hay que cogerla, el valor de la mercancía no se puede aferrar en ella misma, es decir, objetualmente.

Cuando se tiene presente este dato, se sabe entonces también por qué es necesario diferenciar los conceptos. Pues evidentemente, de algún modo, que aún no estamos nosotros en condiciones de determinar, el valor ha de ser inmanente a la mercancía. ¿Por qué?

Nosotros lo hemos determinado substancialmente y en cuanto a sus dimensiones. Pues hemos dicho: el valor está determinado por el trabajo socialmente necesario para la producción de la mercancía y la mercancía que nos estamos imaginando es un producto del trabajo, es decir, también ha de ser valor. Pero el valor no aparece en ella. La idea del valor no se halla concretamente fijada en la mercancía. O como lo formula Marx (pág. 55, párrafo 2.º): «Y así, por muchas vueltas que se dé a cualquier mercancía suelta, será imposible aferrarla en cuanto cosa-valor».

Y ¿cómo es materialmente tangible el valor de la mercancía, es decir, cómo aparece ante los sentidos? La respuesta es: lo hace sólo cuando la mercancía se sitúa en una relación de intercambio con otra mercancía. Y eso ya lo hemos estudiado. El valor de una mercancía aparece sólo en tanto en cuanto la determinación valor de cambio, como hemos dicho al comienzo, se cumple o bien se acerca a su cumplimiento. La necesidad de distinguir entre el concepto de «contenido que aparece» y su «aparición» se deriva en este punto de la cosa muy clara y oportunamente. Y la necesidad de aferrar el valor como realidad resulta completamente comprensible si se tiene presente que el fin determinante de la produción de mercancías es intercambiar éstas y realizar así su valor. Lo que caracteriza a la diferenciación conceptual aquí anticipada es una necesidad práctica, porque precisamente el objetivo inmediato de la existencia de la mercancía para su productor y su poseedor es ser tangible como realidad-valor.

¿Cómo hay que diferenciar, por tanto, aquí lo que aparece y su aparición en concreto? Lo que aparece (o bien lo que ha de aparecer necesariamente) es el

valor. Su concepto viene determinado por el hecho de que está caracterizado en el sentido de la formación, la substancia y la magnitud, por lo que el análisis del valor conduce al análisis del trabajo productor de mercancías (tal como se lleva a cabo en los apartados 1 y 2 de Marx). Pero de la mera determinación del valor en cuanto al contenido no llegamos directamente a la cosa-valor tangible, sino una y otra vez sólo a la misma «fantasmal objetualidad» y a la «mera gelatina», es decir, a una representación en sí no sensible, «irrepresentable», a la que nos conduce la abstracción de los valores de uso (pág. 46).

Pero ¿cómo llegamos, por el contrario, no ya de un modo fantasmal-suprasensible, sino terreno-sensible, a la objetualidad tangible de esa esencia social en sí inaprehensible que es el valor? De nuevo la respuesta es: en cuanto consideramos la determinación del valor cuando se consuma, es decir, cuando consideramos la mercancía en su relación con otra mercancía. ¿Cuál es, por consiguiente, el objeto de esta investigación, en una síntesis breve? La forma de aparición del valor. ¿Cuál es la relación que existe entre la forma de aparición del valor y el valor? Respuesta: es necesaria para que el valor aparezca. ¿Por qué es necesario? Respuesta: para que se cumpla la determinación de la mercancía, es decir, el objetivo determinante y el motivo impulsor de la producción de la mercancía. De aquí, por tanto, el concepto de la «forma necesaria de aparición del valor».

VIII. 9. *La forma más simple del valor de una mercancía*

El objeto del análisis de la forma valor, por consiguiente, puede determinarse así: lo que se investiga es la forma necesaria de aparición del valor de una mercancía. Este objeto de investigación se determina aún más concretamente: no se trata de investigar una forma cualquiera de aparición de la mercancía, sino precisamente aquella que reúna simultáneamente los requisitos genéticos y lógicos de ser forma nuclear y forma elemental a la vez. Y ésta sólo puede ser la forma de aparición del valor de una mercancía «más pequeña posible», más simple, no ulteriormente subdividible, y no ninguna otra forma cualquiera. Y esta forma aparece y opera en el cambio de una mercancía por otra.

El objeto de investigación así deducido recibe la denominación de «forma de valor simple, singular o casual». No voy a agotar ahora todo lo que está indicado en estos conceptos titulares. Pero que lo que en el terreno de las formas de valor puede ser denominado así es lo más simple posible, es algo evidente. Esta sencilla operación, *x mercancía A* = *y mercancía B,* no se puede subdividir en otras relaciones más simples. Aquí está la prueba: si se subdivide en «x mercancía A» y en «y mercancía B», ya no aparece ningún valor, como ya hemos visto con anterioridad. La fórmula designa, por tanto, la forma más simple posible en que aparece el valor.

Pero ¿no sería más sencillo escribir: *x mercancía A* = *5 marcos,* o bien *x mercancía A* = *y marcos*? Pero esta fórmula contiene además de los símbolos de cantidad y valor de uso no sólo ya el concepto de

«mercancía», sino también el de dinero, por lo que escrita completa sería: *x mercancía A = y marcos de dinero*. Al contener más conceptos la forma es más compleja y como el concepto «dinero» —en oposición al concepto «mercancía» —no ha sido introducido aquí aún, el análisis de esta forma más compleja nos complicaría con dificultades insolubles.

La forma más simple posible es, por consiguiente, *x mercancía A = y mercancía B*. En esta fórmula recogemos junto con la forma más simple posible de aparición del valor de una mercancía también el motivo de la diferenciación de los conceptos «valor» y «valor de cambio». Marx corrige, de acuerdo con esto, la expresión por él utilizada hasta el momento (pág. 69): «Al comienzo de este capítulo se dijo, siguiendo el modo corriente de hablar, que la mercancía es valor de uso y valor de cambio; hablando con propiedad, eso es falso». Esto también es válido para nosotros. «La mercancía es valor de uso u objeto de uso, por una parte, y 'valor' por otra.» El término «valor» aparece aquí con un contenido definitorio, por lo que Marx lo pone entrecomillado. «Y se representa como esa cosa doble que es en cuanto que su valor posee una forma de manifestación propia, diferente de su forma natural» —la forma natural es por tanto prácticamente la forma del valor de uso, el cuerpo de las mercancías— «a saber, la forma de valor de cambio, y nunca posee esta forma si se la considera aisladamente, sino siempre y sólo en relación de valor o intercambio con otra mercancía de especie diferente.» Esto no es sino una síntesis muy clara en sentido definitorio de lo desarrollado anteriormente. A esta clarificación Marx añade la siguiente y pragmática reflexión terminológica: «Pero, sabido esto, aquel modo corriente de hablar»

—que en términos de exactitud es falso— «no causa ningún perjuicio, sino que sirve para abreviar». Sin embargo, para nuestros fines, tendremos que distinguir en lo sucesivo entre «valor» y «valor de cambio».

VIII. 10. *Distinción entre la forma de valor y la ecuación del cambio*

La pregunta por el auténtico objeto del análisis de la forma de valor ha quedado, pues, ya contestada. Con todo, aún hay que poner en claro algo: a primera vista parece que la ecuación *x mercancía A = y mercancía B* designa el cambio entre dos mercancías; sin embargo, el cambio entre dos mercancías y la forma de valor de una mercancía son cosas que han de deslindarse claramente. En el cambio entre dos mercancías se entrecruzan en la práctica las formas de valor de los mercancías completándose en modo complementario. El cambio de una mercancía es una relación social en la que intervienen dos propietarios de mercancías, el propietario A y el propietario B, y cada uno expresa el valor de su mercancía en la mercancía del otro porque cada uno quiere realizar el valor de su mercancía en la forma de la mercancía ajena. En el cambio entre dos mercancías, por tanto, cada una de las dos se presenta como forma de valor, pero ambas formas son opuestas entre sí e incompatibles una con otra. Pues donde una dice «valor», la otra dice «valor de uso», etc. Sólo cuando hayamos recorrido todo el análisis de la forma de valor comprenderemos la plena contradictoriedad de esta relación. Pero analizar la compleja relación de cambio no significa seguir la regla que recomienda analizar la forma más simple posible. No es la

forma lógicamente constitutiva. Una forma, concretamente —el cambio entre dos mercancías—, que presupone que se componen dos expresiones de valor, que se conjugan prácticamente intereses contrapustos y que la doble determinación se verifica bilateralmente. Es decir, si en nuestra investigación no queremos encontrarnos desde el principio con tantas dificultades, sólo podemos proceder descomponiendo la cosa y analizándola por de pronto sólo en un sentido. En esta medida el análisis es unilateral, y tiene que serlo. Analiza el objeto de una forma unilateral, sin que por su determinación pueda quedarse en realidad aquí.

VIII. 11. *Unilateralidad necesaria del objeto y del análisis*

La cuestión era: ¿qué vale la mercancía A? (Pues esta es la pregunta práctica por la aparición del valor o bien de la objetualidad del valor de la mercancía A). Como objeto de la investigación se había determinado la respuesta más simple posible a esta pregunta. ¿Cuál es la respuesta más simple posible? La expresión del valor de la mercancía A en una segunda mercancía que ha de ser de una especie diferente, porque lo que ha de expresarse sólo lo puede hacer en algo diferente. Esta otra mercancía decimos que se llama B.

Ahora acabo de utilizar el concepto de *expresión de valor,* que no había sido introducido hasta el momento. ¿Qué significa? Pues no designa sino el enfoque unilateral de la aparición del valor o de la objetualidad del valor. Donde el concepto de *expresión de valor* refleja, de otro modo, precisamente que es necesario que el valor, por de pronto inexpresable de una mer-

ancía, se exprese. Lo que en principio no aparecía ha de aparecer, lo que es inexpresable en sí ha de expresarse. Para nuestros fines parece bastar la utilización indiferenciada de los conceptos expresión de valor, objetualidad de valor, aparición del valor. Es cierto que podríamos encontrar diferencias entre ellos, pero no lo es menos que los tres conceptos expresan en el sentido que aquí nos interesa el mismo aspecto de la cosa. El concepto *forma de valor* fija la forma en la que el valor aparece objetualmente o se expresa.

VIII. 12. *«Análisis» entendido aquí como resolución en elementos lógicos*

Pasemos ahora al método de análisis. ¿Cuál es el método que Marx utiliza en el análisis de la forma de valor? ¿Qué se decía en el prólogo? La forma de valor era para la economía política de la sociedad burguesa tan fundamental como la célula para la biología, pero para su análisis no había ni microscopio ni reactivos, sino justamente sólo la capacidad de abstracción. Aquí se concretan la capacidad de abstracción y el análisis en forma de disección lógica de la expresión más simple. Pero lo que en este sentido quiere decir «disección lógica» sólo es posible captarlo si se recuerda que su objeto es la forma de expresión para el valor de una mercancía A y no una relación completa de cambio. En la relación bilateral desaparece el objeto mismo de la disección lógica. Lo que ella recoge, y en realidad lo único que puede recoger, no es sino lo diferenciado, lo igualmente asimétrico en la ecuación del valor, justo lo *articulado* en ella. Pero de la misma manera que tomamos la ecuación de valor de una mercancía como

simbolización del valor de cambio de dos mercancías no hay ya nada, a excepción de la diversidad de los valores de uso, simbolizada por «A» y «B», y la diversidad de cantidades, simbolizada a su vez por «x» e «y», que sea asimétrico. Formalmente, como clases de conceptos, estas diferencias están además dispuestas de forma absolutamente simétrica. «A» y «B» se encuentran ciertamente presentes en cantidades variables, pero en una posición y función absolutamente igual. Si por el contrario el valor de «A» ha de expresarse utilateralmente, entonces aparece una asimetría funcional en esta ecuación. «A» y «B» tienen posiciones y funciones en el marco de esta ecuación que son completamente diferentes e incluso opuestas y recíprocamente excluyentes. Pero hablando de esta manera me estoy moviendo ya, en el fondo, en el camino marcado por el análisis marxiano de la forma. Pues Marx no hace sino analizar esta fórmula en el caso de la expresión más simple de valor desde el punto de vista de las diferencias que se pueden encontrar en ella en cuanto a posición y función de los miembros que aparecen.

Analizar ya no puede querer decir aquí: «disolver un compuesto en los elementos realmente constitutivos», pues la expresión simple del valor ya no se puede *realiter* descomponer más. Prueba: si se quita la mercancía B, queda «x mercancía A», una cantidad determinada de cosa útil. Ahí ya no aparece ninguna objetualidad de valor más. Si por el contrario vamos a una forma de valor más desarrollada, más compuesta, resulta en contraste claro lo que significa *realiter* poder descomponer ulteriormente una forma. Pasemos, por tanto, unas cuantas hojas hacia adelante (a la página 74), a la forma de valor general. Aquí no nos

encontramos con *x mercancía A = y mercancía B,* ahora nos encontramos con un extenso catálogo de mercancías frente a una mercancía «B», en la que una tras otra expresan aquéllas su valor. La forma general de valor se presenta como un complejo de relaciones expresivas susceptible de ser *realiter* descompuesto. Por ejemplo pudo retener sólo la relación de una de las mercancías con la mercancía «B». ¿Por qué? Porque es un elemento simple incluido en un complejo. La forma general del valor puede plantearse como integrada por las relaciones de todas las mercancías con la mercancía «B». Análisis quiere decir aquí: «disolución de lo compuesto en los elementos realmente constitutivos».

VIII. 13. *Las dos mercancías en una relación de «oposición polar»*

El análisis de la «forma de valor simple, singular o casual» no puede realizarse de esta manera puesto que esta forma misma es ya el todo más pequeño posible, es ya elemento en el sentido aquí definido. El análisis de esta forma sólo puede significar: ***distinción enfatizadora de todas las diferenciaciones funcionales y posicionales o de ubicación e investigación de su combinación.*** Las primeras cuestiones que se plantean parecen muy globales: ¿qué posición ocupa «A» en la ecuación? ¿cuál es la posición de «B»? Y he aquí los primeros resultados de la observación («respuestas») en un grado creciente de determinación: «A» es *sujeto,* «B» es el *material* de la expresión de valor. En consecuencia, «A» es lo que se expresa;

«B» es lo que permite la expresión, donde «A» se expresa. «A» es *activo,* «B» es *pasivo.*

Ahora las determinaciones halladas se estudian en su relación lógica. Y se obtiene lo siguiente:

El sujeto activo y el material pasivo son conceptos contrapuestos. Son conceptos propios no de una contraposición cualquiera, sino característicos de una contraposición cuyas dos partes se condicionan y relacionan mútuamente, es decir, que a pesar de la contraposición se complementan e integran mutuamente. Que 'en el marco de la expresión simple de valor una mercancía es o bien forma relativa de valor o bien forma equivalente' es una alternativa objetiva, forzosa y exhaustiva. Es decir, que la oposición que hemos encontrado aquí en principio es de un tipo específico. Marx la designa con el concepto de «oposición polar».

¿Qué son las *oposiciones polares*? Se trata de oposiciones que se presentan con una estructura determinada como la definida por los pares norte/sur, arriba/abajo o derecha/izquierda. Los polos o, con otras palabras, los extremos, es decir, los elementos más alejados en este tipo de relaciones de contraposición, se caracterizan en cuanto a su relación primero porque separados del otro polo o del otro extremo dejan de tener sentido —sin el abajo, el arriba ya no es arriba— y, segundo, por excluirse mútuamente. Un arriba que sea al mismo tiempo abajo es absurdo. De otro lado, todo arriba comporta un abajo. Naturalmente puede ocurrir que se recoja un contenido concreto en una formulación paradójica con el fin de manifestar su contradictoriedad, pero eso sólo puede ocurrir en primera instancia; cuando se considera ese contenido más de cerca se descompone en sus elementos, que hacen aparecer la contradicción no contradictoriamente. De la

relación entre los extremos de una oposición polar no se puede decir otra cosa sino: primero, que no se los puede escindir y, segundo, que se excluyen mútuamente. Ambos se oponen como extremos, pero sin embargo constituyen una unidad, una estructura, cuya disolución acaba también con cada uno de los extremos como tal.

VIII. 14. *Relación entre los resultados de la observación y el problema de partida*

Detengámonos aquí e intentemos poner en claro nuevamente qué significa analizar como lo hace Marx (en las págs. 56 y ss.).

Una forma se investiga en base a lo que formalmente, estructuralmente, puede deducirse de ella. No se investigan por tanto directamente ni una relación social ni intereses —del señor A y del señor B. Antes bien, lo que se investiga de manera inmediata es la arquitectura y las estructuras funcionales de una *forma*. Esto significa en la práctica que se observan la arquitectura y la legalidad inherentes a la forma; lo que se observa se investiga de inmediato en su contexto lógico. Es decir, cuando yo hago, por ejemplo, la observación de que la actividad y la pasividad se encuentran distribuidas de forma contrapuesta destaco el contexto lógico de lo observado al decir: las dos partes se encuentran sometidas a una relación de oposición polar. Resulta en este sentido determinante tanto la relación («activo/pasivo») como el carácter excluyente, la mutua exclusión.

¿Cómo prosigue el análisis? Las diferencias halladas se elaboran ahora a la luz de la pregunta de partida y

se adhieren así a la conceptualidad elaborada hasta ahora de la teoría de la mercancía. Una vez tomada nota de que en la fórmula *x mercancía A = y mercancía B* se enfrentan polarmente un elemento activo y otro pasivo, un sujeto y su material, el dato observacional analizado lógicamente, a saber, las ubicuaciones contrapuestas de «A» y «B», vieen a ser referido a la pregunta de partida: *¿cuál es el valor de «A»?* En esta relación lo observado *se comprende en cuanto a su contenido* en base a la estructura lógica. Ahora se trata de retener conceptualmente esto: *«B» se halla en una posicióí que viene determinada por la función de dar respuesta a la pregunta ¿cuál es el valor de «A»? Y: «A» asume una forma tal que su valor aparece en su relación con «B»*. Para la fijación lingüística concisa de estas ideas Marx introduce una terminología especial.

VIII. 15. *La dificultad peculiar del análisis de lo más simple*

La posición de «A» se caracteriza, como es sabido, como *forma relativa de valor.* Investiguemos la composición de este concepto. A la pregunta *¿qué vale «x A»?* la forma a investigar por nosotros da la respuesta: «y B». ¿Dónde se recoge objetualmente el valor de «A»? En «B». El valor de «A» aparece así pues en la *forma de relación,* en una forma dada por la relación-con-«B». La forma de aparición del valor de «A» se halla por tanto caracterizada como forma de relación de la aparición, por lo que se denomina *forma de valor relativa.* En este término se recoge

conceptualmente el resultado hallado en base a la diferenciación lógica a partir de la pregunta inicial.

Del otro lado: por lo que a «B» se refiere, la expresión terminológica fijada se deriva de la posición y función de «B» en el marco de la expresión más simple de valor de «A». En el marco de la expresión de valor de «A», «B» juega el papel del material en el que «A» expresa su valor, o «B» se utiliza para que el valor de «A», inaprehensible en el mismo «A», aparezca en su propia imagen, es decir, para que adquiera existencia tangible. «B» juega el papel de la cosa-valor —¿valor de quién?—, valor de «A». «B» se presenta como el valor de «A». «B» es en esta forma y posición el equivalente de «A». Por eso la posición y la función de «B» se expresan en el marco de la expresión de valor de «A» con el concepto de *forma equivalente*.

En este procedimiento de Marx es posible estudiar una dialéctica llena de enseñanzas de la simplicidad y la dificultad. De una parte hace superables una serie de dificultades subdividiéndolas en dificultades parciales. Busca en principio la componente más simple. En la forma elemental el problema es soluble, por lo que se aborda primero el análisis de la forma elemental. Pero, por otra parte, precisamente el análisis de la forma elemental comporta una dificultad muy particular que no aparecería si se intentase investigar directamente la forma compuesta. Esta dificultad es la que tenemos que estudiar ahora.

VIII. 16. *«Análisis» como concreción de diferencias pasajeras de forma*

Característico de la forma elemental, que es la forma de valor «simple, singular, casual», es —como lo indican los adjetivos que la acompañan— que no aparece con solidez en la realidad, sino precisamente que es algo volandero, algo azaroso, algo que se presenta individualizadamente aquí y allá volviendo a desaparecer de inmediato. Y no sólo eso. Las diferenciaciones que Marx ha de retener contradicen, como algo sólido, la vida de la substancia, pues es característico del cambio simple el que no hayan en este estadio inferior del desarrollo criterios firmes. No hay nada fijado, ninguna mercancía se queda fija en la forma de valor relativa o en la forma de equivalente. En la realidad, estas determinaciones, estas diferencias de forma sólo aparecen, precisamente, de manera pasajera, momentánea, volandera. Aquí no ocurre simplemente que «A» posea forma relativa de valor y «B» forma de equivalente, más bien ocurre, al contrario, en el momento sigiuente. Esto quiere decir que no está inscrito en el cuerpo de una mercancía, digamos en la división económica del trabajo, el adoptar la forma de equivalente, como lo hace el dinero. El dinero está determinado fijamente y su análisis parece más sencillo en la medida que de algo fijo puede esperarse que permanezca tranquilamente en su fijeza. El cambio singular, casual, es volandero, sus diferencias de forma son fluidas y cambiantes. Esto implica que para llegar a la diferenciación conceptual ya referida, Marx tenía que someter al cambio simple a una especie de violencia; tenía que detener un río, parar un movimiento, «concretarlo». Tenía que detener un cambio

vivo de papeles, aferrarse a un instante para no pasar al otro, enfrentar un momento al siguiente.

La reflexión acerca de la peculiaridad de este método muestra, sin embargo, no sólo su problematicidad necesaria, sino asimismo ayuda a evitar que esta peculiaridad suya devenga una fuente de errores. La fuente de errores será un hecho en el momento en que se olvide que Marx procede así y si, por tanto, se toman los conceptos de «forma de valor relativa» y «forma de equivalente» como conceptos estáticos, rígidos, como magnitudes fijas. En realidad, sin embargo, son momentos que se fijan a partir del flujo de un movimiento. Y en la realidad empírica a estos momentos diferenciados no les corresponden, en el nivel no desarrollado que hemos presupuesto, papeles opuestos o características disfrazadas o cualquier otra cosa de este tipo.

VIII. 17. *Relevancia: ley funcional y ley de desarrollo*

Resumamos de nuevo la peculiaridad del análisis de la forma simple de valor: Marx retiene aquello que es sólo fluido y momentáneo; amplifica lo que sólo aparece como una oposición indicativa; unilateraliza su objeto de investigación (pues la expresión de valor de una mercancía sólo es una parte en la relación de valor entre dos mercancías). Allí donde un contraste se convierte en diferencia, Marx deja de lado lo no diferenciado y retiene sólo lo que es dato diferencial. Así pues, investiga su objeto de antemano como algo determinado: sobre la base de la diferenciación y la contraposición retiene cada momento que apunta en

esta dirección. Se preguntará por qué se pone tanto énfasis aquí en la peculiaridad de este análisis. El motivo es que por este procedimiento Marx descubre nada menos que la ley de funcionamiento y la ley de desarrollo de la cosa simultáneamente. En la próxima lección analizaremos cómo y por qué puede este tipo de análisis lógico, que se basa en la diferenciación, descubrir junto a la ley de funcionamiento también la ley genética de movimiento, es decir, también la ley del desarrollo ulterior en direción a la forma inmediatamente superior.

LECCION IX

IX. 1. *Resumen: el método del análisis de la forma*

¿Cómo procede, pues, Marx en el análisis de la forma de valor? Analiza la expresión de valor de una mercancía elevada a la forma abstracto-simbólica de una ecuación funcional. Para no dificultar en exceso el análisis desde un principio elige como objeto de investigación la forma más sencilla imaginable tanto desde el punto de vista del desarollo histórico como desde el meramente lógico. Esta forma se vincula a un cambio que no es aún la regla, sino sólo algo que aparece casualmente, para lo que no se produce expresamente, y que relaciona una mercancía sólo con otra mercancía singular cualquiera; en una palabra: investiga en principio la *forma de valor simple, singular o casual*.

Análisis significa aquí disolución de una ecuación funcional en sus elementos lógicos (a no cofundir con los elementos reales) y en sus relaciones igualmente lógicas. Se investiga la peculiaridad de los elementos en relación con su posición y función específicas. Para hacerlo hay que detener el flujo de un movimiento teniendo que concretarse literalmente sus momentos.

Paradójicamente por esas concreciones que sirven a la determinación de la lógica de la forma simple de valor se descubre precisamente su *dinámica*, la fuerza, que impulsa su desarrollo ulterior. Cómo ocurre esto es lo que tenemos que considerar ahora.

IV. 2. *Secuencia paso a paso del análisis de la forma simple de valor*

Recapitulemos antes toda la arquitectura del apartado dedicado al análisis de la forma simple de valor: en el subapartado A 1 se concreta una primera diferenciación en la fórmula de la expresión de valor. La diferenciación nos da los conceptos de «forma de valor relativa» y «forma de equivalente». La relación que existe entre ambas formas puede determinarse como la propia de una oposición polar.

En el subapartado A 2 se lleva a cabo la investigación de la «forma de valor relativa». En la primera parte de este subapartado (a) se presentan los resultados del análisis de la substancia del valor y del análisis subsiguiente del trabajo productor de mercancías: investigación del contenido de la forma relativa de valor desde el punto de vista de la substancia. La segunda parte del subapartado (b) se dedica a la investigación desde el punto de vista cuantitativo, es decir, introduce los conocimientos ya elaborados anteriormente en relación con la determinación cuantitativa del valor en nuevas determinaciones formales. Se forman aquí, por tanto, *moléculas de conocimiento* a través del ensamblaje de los elementos que se acaban de adquirir con los elementos procedentes de anteriores etapas, de los apartados 1 y 2 del primer capítulo.

Lo que allí se decía acerca de la relación entre cambio en la productividad y valor de una mercancía se encuentra integrado aquí. Dado que la expresión de valor liga a dos mercancías en cuya producción pueden darse en cada caso cambios de la productividad independientes unos de otros, se hace necesaria aquí una *combinatoria.* Se hace necesaria en el tratamiento de la forma relativa de valor porque ésta como forma de relación del valor pone en relación (combina) entre sí dos mercancías.

Una vez ligado el concepto de la forma relativa del valor con los resultados anteriores de la investigación, en A 3 se procede de idéntica manera con la forma de equivalente. Sus características son confrontadas con los resultados conceptuales de la investigación de partida de la mercancía. Esto ha de ser de este modo porque, *primero,* la pregunta por la expresión de valor de una mercancía aparta forzosamente de ésta y conduce a una segunda mercancía y porque, *segundo,* ahora que se conviene en que una mercancía representa el valor de otra, las dos determinaciones estudiadas al principio (valor de uso y valor de cambio) y su tensa relación aparecen en el campo de visión. Los conocimientos reunidos de esta forma, recogen las conocidas tres *peculiaridades de la forma de equivalente.*

Una vez que, de esta manera, se ha procedido en A 1 a la diferenciación y fijación de las dos formas y que en A 2 y en A 3 se han vinculado respectivamente la primera y la segunda forma con los resultados del análisis procedente de la mercancía, ahora se sintetizan en A 4 ambas formas, es decir, se considera ahora el todo de la *forma simple de valor.* Aquí se muestra cómo esta forma genéticamente más simple se transfor-

ma «por sí» a causa de su insuficiencia en la forma inmediatamente superior. Sigue entonces la investigación de esta forma siguiente y así sucesivamente. Hasta aquí la construcción lógica. Ya que la relación existente entre ley formal y ley de desarrollo es central para la crítica de la economía política tanto desde el punto de vista de la cosa como del método, vamos a destacar y a generalizar ahora los aspectos de la exposición marxiana en los que aquélla se produce.

IX. 3. *Las tres peculiaridades de la forma de equivalente*

Consideremos, en principio, cómo fija Marx las tres peculiaridades de la forma de equivalente, ¿Cómo se ha llegado a la introducción de este concepto? La pregunta por la forma de aparición más simple posible del valor de una mercancía o, dado que sólo se manifiesta lo objetual, la pregunta por la objetualidad del valor, llevó a la observación de que para ello hace falta una segunda mercancía. La forma más simple del valor de una mercancía es, por tanto, la forma de su relación de valor con otra mercancía o su forma relativa de valor. El valor de una mercancía no puede ser captado en su existencia material, por lo que ha de explicarse recurriendo a otra cosa; obtiene existencia material en el cuerpo de una mercancía del mismo valor (equivalente), que de este modo viene a ser determinada como forma de equivalente.

Pero ¿acaso no se desplaza así la dificultad de encontrar el valor de una mercancía en su propia materialidad a la otra? Acaso la otra mercancía, para aparecer como valor, no tendrá que referirse a su vez a

una tercera mercancía y así sucesivamente hasta infinito? No. La observación dice en todo momento que una mercancía «pone de manifiesto su valer a través del hecho» de que otra mercancía «sin tener que suponer una forma de valor diferente de su forma corpórea, vale lo mismo que ella.» (Pág. 64.) La primera «vale» sólo mediatamente o sólo en forma de la intercambiabilidad mediata, la segunda «vale» inmediatamente o en forma de la intercambiabilidad inmediata. «Consiguientemente, la forma de equivalente de una mercancía es la forma de su intercambiabilidad inmediata con otra mercancía.» (*Ibid.*)

Pero si la forma de equivalente hace «valer a una mercancía «sin tener que suponer una forma de valor diferente de su forma corpórea», se presenta una contradicción de relacionarse esta observación con la contraposición, anteriormente señalada, entre el valor de uso y el valor de cambio:

> «La primera peculiaridad que llama la atención al considerar la forma de equivalente es ésta: un valor de uso se convierte en forma de manifestación de su opuesto, el valor.» (Página 65.)

Para el propietario de las mercancías esta forma de su mercancía sería ideal. El valor de su mercancía se encontraría en cierto modo siempre ya realizado. De todos modos, esta forma no es algo que se deje tomar activamente; sólo es el reflejo pasivo de la expresión activa del valor de otra mercancía. Y, nótese bien, «ese quidproquo» (se toma lo uno por lo otro) «no se produce para una mercancía B... más que dentro de la relación de valor en que entra con ella otra mercan-

cía cualquiera A... sólo dentro de esa relación.» (Página 65.) Luego volveremos sobre los intentos vanos del propietario de mercancías de procurarse el privilegio de la intercambiabilidad inmediata para su mercancía particular en relación con todas las demás.

IX. 4. *«Objetualización» y «naturalización» de lo social*

Esta primera peculiaridad de la forma de equivalente es al mismo tiempo una primera muestra de relevancia de lo que más adelante consideraremos como el fetichismo de la mercancía. «Quidproquo» quiere decir aquí: al representar el valor de uso la aparición del valor, aparece «una cosa puramente social» (pág. 66) con una imagen natural-material. En la forma relativa de valor es a la inversa; «por el hecho de que la forma relativa de una mercancía... expresa su valor como algo del todo distinto de su cuerpo y de sus propiedades... esta expresión misma indica que está escondiendo una relación social» (ibídem), cuando se oculta aquí también, bajo la forma de la «relación social» entre dos cosas. La forma de equivalente representa la «objetualización» y por tanto la «naturalización» de algo puramente social.

Una vez que se han ligado los resultados del análisis de la mercancía —las dos determinaciones de la mercancía y sus relaciones mútuas— con los resultados de la observación de la forma de equivalente, ocurre lo mismo con los resultados del análisis del carácter doble del trabajo productor de mercancías. La mercancía que se encuentra como forma de equivalente vale *en su realidad de valor de uso* como valor. El valor,

sin embargo, es trabajo humano abstracto objetualizado. De aquí se deriva otra contradicción:

> «El cuerpo de la mercancía que sirve de equivalente vale siempre como encarnación de trabajo abstractamente humano y es siempre producto de un determinado trabajo útil, concreto. Este trabajo concerto se convierte, pues, en expresión de trabajo abstractamente humano.» (Páginas 66-67.)

Como valor, una mercancía vale «como mera realización», haciendo abstracción de su utilidad concreta; y el trabajo particular que se ha realizado en ella efectivamente vale —en esta limitación al ser de valor— «como mera forma de realización» del trabajo humano haciendo abstracción de cualquier utilidad concreta. Si, por ejemplo, el valor del lino se expresa en la levita, entonces el tejer, en la medida en que forma valor, vale como trabajo de sastre, siendo éste únicamente trabajo humano. Que esta extravagancia sea posible tiene, en sí misma, un motivo completamente racional:

> «Fuerza de trabajo humana se gasta en la forma de la sastrería igual que en la forma de tejer. Ambas actividades tienen, por ello, la propiedad general de trabajo humano y es posible, consiguientemente, que en determinados casos —por ejemplo, en la producción de valor— no se tomen en cuenta más que desde ese punto de vista.» (Pág. 67.)

IV. 5. *La abstracción aparece como concreción, lo social como privado*

Todo trabajo tiene en sí carácter doble. Pero la expresión de valor desgaja ambos puntos de vista, materializa cada uno de ellos en una de las dos mercancías y los enfrenta, de esta forma, polarmente entre sí.

> «Hay, pues, una segunda peculiaridad de la forma de equivalente: que en ella trabajo concreto se convierte en forma de manifestación de su opuesto, de trabajo abstractamente humano.» (Pág. 67.)

Antes como después, ciertamente, constituye su particular valor de uso, pero en el interior de la relación de valor, que la sitúa en la forma de equivalente, actúa inmediatamente como valor, por lo que esa actuación hace que esté siempre ya realizada como valor. El problema de la realización, sin embargo, es el problema de la produción privada y no obstante sujeta a la divisón del trabajo, producción que por estar sujeta a esa división del trabajo es en sí misma ya social. Se ha mostrado ya repetidamente que esto es una expresión de la contradición fundamental de toda sociedad de productores privados de mercancías: todo trabajo privado es por su determinación, como formador de valor, social. Pero por ser trabajo privado, esa determinación ha de ser *realizada* siempre *a posteriori* a través del mercado, que es el lugar social de las relaciones de cambio. Pero aquí al tener su producto siempre ya la forma de la intercambiabilidad inmediata es, por tanto, «aunque trabajo privado como

todo otro trabajo productor de mercancías, también trabajo en forma inmediatamente social.» (Pág. 67.)

> «Es, pues, una tercera peculiaridad de la forma de equivalente el que trabajo privado se convierte en la forma de su opuesto, en trabajo en forma inmediatamente social.» (Pág. 67.)

En el siguiente subapartado, que trata de *El todo de la forma simple de valor,* Marx resume todas estas observaciones en lo relativo a la relación antes considerada de las dos determinaciones de la mercancía (pág. 69 y s.):

> «La consideración atenta de la expresión de valor de la mercancía A contenida en la relación de valor con la mercancía B ha mostrado que en el seno de esa expresión tal forma natural de la mercancía A funciona sólo como figura de valor de uso, mientras que la forma natural de la mercancía B funciona sólo como forma de valor, como figura de valor. Así, pues, la contraposición interna de valor de uso y valor envuelta en la mercancía se representa mediante una contraposición externa... La forma de valor simple de una mercancía es, pues, la forma simple de manifestación de la contraposición, en ella contenida, de valor de uso y valor.»

IX. 6. *Descubrimiento inaparente: la ley de desarrollo*

Esta contraposición —muestra acto seguido Marx— es lo históricamente específico de «una época históricamente determinada de la evolución, una época que representa el trabajo gastado en la producción de una cosa usable como propiedad «objetiva» de esa cosa, o sea, como valor de esa cosa...» (pág. 70). Esto, a su vez, es decir, el expresar el trabajo necesario para la producción de una cosa como su valor —y para esto se precisa de la expresión de valor, que es lo que se investiga precisamente—, no significa sino la transformación del producto del trabajo en mercancía. La forma simple de valor es, por consiguiente, al propio tiempo, la forma simple de mercancía del producto del trabajo, de lo que se desprende «que la historia de la forma mercancía coincide con la historia de la forma valor.» (Ibíd.)

Con esto queda indicada una ulterior relevancia del análisis de la forma valor. Analizarla quiere decir analizar la forma que trueca los productos del trabajo en mercancías. Y seguir su desarrollo quiere decir seguir el desarrollo de la forma mercancía.

Pegamos así al descubrimiento, en un principio muy inaparente, que se ha hecho posible por el análisis de la forma valor simple. Aquí es donde Marx choca con la «causa» cuyo «efecto» va a ser el desarrollo ulterior de la forma simple de valor a la forma inmediatamente superior (pág. 71):

> «Un vistazo basta para apreciar la insuficiencia de la forma simple de valor, forma germinal que no madura en forma de precio sino luego de pasar por una serie de metamorfosis.»

En principio, parece basarse en una premisa ilegítima de lo que hay aún que desarrollar cuando Marx apunta la «insuficiencia» de la forma simple de valor atribuyéndola a que «no hace más que poner la mercancía A en una relación de intercambio con otra especie singular cualquiera de mercancías diferente de ella misma, en vez de representar su igualdad cualitativa y su proporcionalidad cuantitativa con todas las demás mercancías». De la misma manera la mercancía B se encuentra sólo en relación con esta sola mercancía A en la forma de una intercambiabilidad inmediata. Pero ¿puede presuponerse simplemente aquí el ideal de las relaciones de cambio desarrolladas? Si no existen aún, tampoco pueden presentarse a sí mismas como «causa-meta». Pero en una segunda consideración se descubre que el primer desarrollo ulterior no es fundamentado por Marx tampoco. El teórico atiende de nuevo al *automovimiento del objeto*:

> «Pero la forma singular de valor pasa por sí misma a una forma más completa.» (Pág. 71.)

IX. 7. *Automovimiento del objeto: «despliegue» de la «forma nuclear»*

¿Cómo ocurre esto? La forma de valor «simple» significa ciertamente expresión de valor de una mercancía A en una mercancía singular. «...es del todo indiferente la especie de esta segunda mercancía». El paso a una forma más completa depende de una legalidad muy «suelta», una necesidad por así decirlo «nuclear», como no puede por menos de ser tampoco en el princi-

pio el paso de lo primero a lo genéticamente segundo. En seguida veremos que los pasos siguientes de estadio a estadio serán más forzosos y más necesarios. Este primer paso de la forma de valor «singular» a la «total» acaece tan casualmente como «forma de valor casual» es la primera forma. ¿Cómo se verifica, por tanto, este primer paso de la forma simple a la forma desarrollada, esta primera metamorfosis? Tiene lugar bajo la presión de la misma actividad constatada justo al principio del análisis de la forma, gracias a la cual una mercancía expresa como material pasivo el valor de otra:

> «De modo que, según que una misma mercancía entre en una relación de valor con una u otra especie de mercancías, surgen diferentes expresiones simples de valor. El número de las expresiones de valor posibles de esa mercancía queda limitado sólo por el número de especies de mercancías diferentes de la de ella. Por eso su expresión de valor aislada se transforma en la serie, siempre ampliable, de sus diferentes expresiones simples de valor.» (Pág. 71.)

IX. 8. *«Deficiencias de la forma» como impulso al desarrollo ulterior*

Esta serie inacabada de las diferentes expresiones simples de valor de una mercancía, que le da a su valor una cantidad igualmente diversa de «materializaciones», se investiga en el apartado siguiente B bajo el título —que expresa un concepto— de *forma de valor total, o desplegada.* Si se quisiera continuar con

la comparación con la biología, que Marx inicia en el prólogo con el mismo concepto de la «forma celular» y que retoma aquí nuevamente con la idea de la «maduración» de la «forma germinal» a la «desarrollada», podría compararse este primer desarrollo de la forma con el tránsito de la célula individual al agregado de células.

El desarrollo hacia la forma inmediatamente superior surge, a su vez, como en otra ocasión de la «insuficiencia de la forma simple de valor», de las *deficiencias de la forma de valor total o desplegada,* que se consideran en un subapartado especial (pág. 73 y s.). La visión de las leyes del desarrollo, que aquí se advierte ya más determinadamente, se basa evidentemente en este concepto-título de las *definiciones de la forma.* ¿Cuál es su significado? El concepto de «deficiencia» se deriva aquí del resultado del análisis de la forma, en la medida en que éste examinaba la pertinencia formal de la expresión de valor de una mercancía o analizaba la coherencia funcional de la forma de valor. Así pues, en principio se observa una determinada función en una forma determinada. En lugar de función puede decirse también determinación, en la medida en que la determinación de la forma de valor es expresar el valor de una mercancía o prestarse objetualmente a su aparición. Todo lo que obstaculice a la forma el cumplimiento o realización de su determinación, todo lo que perturbe a la forma la función, puede comprenderse ahora como deficiencias de la forma. La perturbación de la función por la forma determina que la función no se paralice a causa de esta forma deficiente, que no se frene.

Y bien, en concreto ¿cuáles son las deficiencias de la forma de valor total?

— Basta sólo recordar las tres peculiaridades de la forma simple de equivalente para darse cuenta de inmediato a qué caos contradictorio de determinaciones formales incompatibles entre sí ha de conducir el despliegue de la forma de valor simple. Marx expone (en la pág. 73 y s.) por de pronto las deficiencias de la forma de valor relativa en este estadio:

1. La expresión de valor relativa de la mercancía adopta la forma de una serie de exposición inacabable, por lo que es imperfecta.

2. Esta serie de exposición se compone de una gran diversidad de expresiones de valor «diferentes y discrepantes».

3. Si todas las demás mercancías expresan su valor igualmente de esta forma, «como por fuerza ha de ocurrir», entonces toda mercancía tiene su propia forma relativa de valor diferente de la de cualquier otra mercancía consistente en una serie infinita de expresiones de valor propia de ella.

IX. 9. *«Tránsito» de la forma de valor desplegada a la general*

«Las deficiencias de la forma desplegada relativa de valor», dice después, «se reflejan en la forma de equivalente que le corresponde». Y estas son las deficiencias de la forma, igual que las que se pueden encontrar del lado de la forma de equivalente:

1. Toda especie individual de mercancías es en su forma natural «una forma de equivalente particular junto a otras innumerables formas particulares de equivalente»; por lo que «no existen más que formas de

equivalente limitadas, cada una de las cuales excluye a las demás». Si se recuerda que la forma de equivalente ha de ser = a la forma de la intercambiabilidad inmediata, se comprenderá cómo la determinación en esta forma se encuentra siempre aquí presente. Una situación en la que cada mercancía se vea forzada a asumir una forma que exluya a todas las demás ha de suprimirse a sí misma.

2. Igualmente contradictoria e insostenible es la situación cuando se sigue cómo la segunda peculiaridad de la forma de equivalente se ha desarrollado hasta llegar a esta fase. El trabajo humano abstracto sigue apareciendo, cierto, en su contrario, en el trabajo concreto, pero no ya en un trabajo concreto particular. El trabajo humano posee cuando las mercancías han alcanzado su forma total de valor «su forma de manifestación completa o total en el ámbito conjunto de aquellas particulares formas de manifestación. Pero así no posee ninguna forma de manifestación unitaria».

¿Cómo prosigue ahora el desarrollo? ¿Cuál es la peculiaridad formal que distingue a la forma inmediatamente superior? La forma simple de valor pasó «por sí misma» a la total, sencillamente al diversificarse, al «multiplicarse». La segunda forma, así, no consiste sino en una suma de expresiones de esta forma:

x mercancía A = y mercancía B

x mercancía A = z mercancía C, y así sucesivamente.

Cada una de estas ecuaciones contiene, sin embargo, también la contraecuación, es decir, la ecuación idéntica, sólo que leída al revés. El motivo es evidente, en la medida en que la finalidad de la expresión de valor puede cumplirse en el cambio. Si se cambia la mercancía A contra la mercancía B, se puede y se

debe expresar el todo también desde B. La posibilidad inscrita en este mismo estado de cosas de tránsito a la forma inversa promueve una nueva cualidad, consistente en que todas las mercancías tienen ahora en común una sola forma de equivalente. El valor de todas las mercancías aparece ahora unitario. En el equivalente común a todas las mercancías se ha fomado así la *forma de equivalente general*.

A primera vista se percibe (basta con comparar las ecuaciones que aparecen respectivamente en las páginas 74 y 79) que la forma de valor general ha de ser la etapa inmediatamente previa a la forma de dinero. Esta tiene evidentemente la misma estructura con la diferencia de que en la mercancía dinero «la forma de valor relativa unitaria del mundo de las mercancías» ha adquirido «solidez objetiva y general validez social» (pág. 79). La expresión de valor relativa de una mercancía se ha desarrollado en esta etapa a *forma de precio*.

IX. 10. *La presión de los intereses que impulsa el desarrollo*

El desarrollo ulterior no ha de ser seguido aquí. Se trataba de elaborar lo principal de esta teoría del desarrollo y su relación con el análisis de la forma. ¿Cuál es el resultado? Al examinar Marx la forma elemental por la vía de la diferenciación lógico-funcional descubre como lo más esencial de la forma elemental una función que precisamente es muy difícil de cumplir en la forma elemental, en la forma más simple, mientras que es fácil de cumplir en la forma compleja desarrollada. En las deficiencias de los portadores funcio-

nales, es decir, en las peculiaridades en las que las formas de valor enfrentan sus determinaciones económica, descubre Marx el elemento dinámico. Había que comprender el dinero. Su esencia económica se ha hecho inteligible con el seguimiento de la génesis de la forma de dinero. A este respecto es posible que se tuviese que añadir explícitamente que el dinero es, en un doble sentido, el resultado de un desarrollo. La forma de equivalente, cuya culminación simplificadora es el dinero, no es algo que se desarrolle a sí misma; refleja siempre otro desarrollo. Su desarrollo «no es más que expresión y resultado del desarrollo de la forma de valor relativa.» (Pág. 77.) El elemento dinámico del desarrollo, por tanto, hay que buscarlo del lado de la forma de valor relativa. Las primeras observaciones de la forma daban ya que la mercancía A se encuentra en la expresión simple de valor en una posición activa, subjetiva. Esto valía evidentemente no sólo en un sentido gramatical como quizá podía pensarse.

¿Qué hay, realmente, tras de esta subjetividad y actividad formales? ¿Cuál es la presión que en última instancia impulsa adelante el desarrollo? En último término es el interés vital de los hombres lo que impulsa hacia adelante el desarrollo, junto al desarrollo de la productividad del trabajo. En tanto en cuanto los hombres empezaron a depender realmente del cambio, y esto significa que sólo podían vivir —o, al menos, que sólo polían vivir mucho mejor— si conseguían realizar el metabolismo social en forma de cambio, tras esas «formas de valor» tenía que existir una tremenda presión. Una presión de esta clase —aun cuando al principio sólo esporádica— es la que, en base a la insuficiencia de la expresión de valor simple, impulsa a

esta expresión hasta hacer que se transforme en la compuesta.

IX. 11. *Simplificación a través de una forma compleja*

Ya expresión compuesta no es, ciertamente, sencilla si se la considera bajo el punto de vista de su construcción, pero sí que lo es si se la considera en el sentido de su función. Lo que, por ejemplo, distingue a la forma «general» (en la página 74) de la forma de valor «desplegada» (pág. 71) se puede percibir a primera vista: mientras que en la forma más simple, en la «forma de valor desplegada», prácticamente todas las mercancías tienen diversas y distintas formas de equivalente, en la forma más compleja, la «forma general de valor», todas las mercancías tienen una única forma de equivalente común. Esto quiere decir que desde el punto de vista de la forma de equivalente la forma (de la pág. 74) se ha hecho más sencilla. La forma de equivalente común a todas las mercancías es sencilla. La expresión inicialmente diversa se ha simplificado literalmente. El desarrollo del lado del material de expresión va así en dirección a la simplificación. Del lado de la mercancía que se encuentra en la forma de valor relativa la estructura de la forma de valor general (pág. 74) es compleja, compuesta de muchas simples. Así, lo que en sí mismo es lo más simple no es también lo funcionalmente más simple. La investigación al principio de la forma más simple de la construcción puso de manifiesto a la luz de la dificultad funcional de la forma simple de construcción la presión

que impulsa a la forma más simple a desarrollarse en dirección a una forma más compleja.

Una vez más: la presión que se encuentra detrás del desarrollo de las formas de valor —que son al propio tiempo formas de mercancías o de cambio— es la presión que se encuentra detrás del cambio, una forma socialmente derivada de la mediación de lo que es vitalmente necesario. En el capítulo II, que examina el *proceso de cambio,* Marx vuelve por tanto, a la dinámica evolutiva que conduce a la aparición del dinero (sobre todo en la pág. 97 y s.). Las contradicciones de la forma tal como se resumen en las tres peculiaridades de la forma de equivalente se pone aquí de manifiesto como oposiciones de intereses y problemas funcionales en la praxis del cambio.

IX. 12. *«La necesidad... lleva... y no para ni descansa hasta que...»*

Dicho con mayor exactitud: encuentran aquí en el plano más concreto del cambio, por ser —de acuerdo con la realidad— más complejo, su correspondencia. En el cambio la forma es compuesta, es decir, toda ecuación contiene su contraecuación. Pero esto significa también que en el cambio a cada cosa le correspondan al propio tiempo determinaciones contrapuestas. La misma mercancía es para su poseedor no-valor de uso y para su no-poseedor, valor de uso. Todo poseedor querría, por tanto, utilizar su mercancía y verla reconocida como valor. Quiere realizarla como valor en cualquier otra mercancía cuyo valor de uso satisfaga su necesidad. Su propia mercancía ha de ser vista *social-*

mente en general como valor; pero él mismo sólo reconoce la mercancía ajena que satisface *su unidad individual.* De aquí resulta una presión de todos contra todos que ha de conducir a una superación de la situación de partida. Pues «un mismo proceso no puede ser para todos los poseedores de mercancías y al mismo tiempo sólo individual y también sólo genéricamente social». (Pág. 97.) Lo social, es decir, la parte de valor de la mercancía ha de independizarse y materializarse, por tanto, en forma de un equivalente general en oposición a todas las mercancías particulares. O como dice en la página 98:

> «La ampliación y la profundización históricas del cambio desarrollan la contraposición entre valor de uso y valor, que dormitaba en la naturaleza de la mercancía. La necesidad de exponer exteriormente esa contraposición para el tráfico lleva a una forma propia del valor mercantil, y no para ni descansa hasta que esa forma se alcanza definitivamente con el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero. Por eso la conversión de la mercancía en dinero se consuma en la misma medida en que se consuma la conversión de los productos del trabajo en mercancías.»

La necesidad motriz que no para ni descansa hasta que una mercancía se ha convertido en firme portador de la función de equivalente general, es decir, en *mercancía dinero,* no es otra sino la de expresar el valor de una mercancía, la cual, como se ha desarrollado al comienzo del análisis de la forma valor, hace necesa-

ria esa forma. Por de pronto, en el comienzo genético casual-esporádico, no se precisa de ninguna forma de valor separada, independiente, autónoma en relación con los artículos de cambio determinados.

> «La necesidad de esta forma se desarrolla a medida que aumentan en número y en variedad las mercancías que entran en el proceso de intercambio. La tarea surge al mismo tiempo que los medios para solucionarla.» (Pág. 99.)

IX. 13. *Lo lógico y lo histórico: ley formal y ley del desarrollo*

Era necesario seguir muy de cerca en el texto la demostración por parte de Marx de la forma de valor porque de la comprensión de este procedimiento de explicación depende plenamente la comprensión de lo que significa la crítica de la economía política. Tenemos que renunciar a seguir aquí ulteriormente la marcha del desarrollo de la forma. Ha de quedar reservado a la lectura autónoma de cada uno seguir cómo Marx, tras el análisis pormenorizado de la forma de dinero y sus funciones, así como de las nuevas formas de circulación M — D — M y D — M — D destacadas por aquella, desarrolla, en un principio como concepto formal, el concepto de capital y así sucesivamente. Para nosotros lo decisivo ahora es que siguiendo el análisis de la forma de valor hemos llegado a una relación de lo lógico y lo histórico cuya exposición y reflexión metódica nos pone en la mano, con toda evidencia, la clave de la construcción científica

de la *crítica de la economía política*.[5] Ahora bien, ¿no es sorprendente que esta clave para la construcción de una ciencia que se proclama archimaterialista como la crítica de la economía política haya sido encontrada precisamente en un «análisis formal»? De aquí se deriva la otra cuestión que habrá que considerar: ¿en qué se basa la posibilidad de que una investigación lógica de la forma —y en este sentido lógico-formal— pueda posibilitar el conocimiento de una ley de desarrollo económico-social? Este interrogante nos va a hacer falta para problematizar el concepto de *forma económica* como generalización del concepto de forma de aparición del valor o de *forma* de valor. Si se consigue derivar el concepto de forma económica y con él derivar también la condición de la posibilidad de que se descubra su ley de desarrollo a través del análisis de la forma de valor, entonces se ha descubierto el problema de la *crítica de la economía política* y se ha visto, al menos en rasgos generales y fuertes, su solución.

IX. 14. *Distinción entre conexión genética e historia real*

Para evitar malentendidos, digamos aún una palabra: he expuesto el desarrollo de la forma de valor en su necesidad implícita en la cosa misma. «Una situa-

5. Véase a este respecto el artículo de Klaus Holzkamp: «Die historische Methode des wissenschaftlichen Sozialismus und ihre Verkennung durch J. Bischof», en *Das Argument* n.º 84, año 16, 1974, cuad. 1/2: *Zum Verhältnis von Logischem und Historischem / Streitfragen materialistischer Dialektik (II)*.

ción», decía yo, por ejemplo, «en la que cada mercancía se vea forzada a asumir una forma que excluya a todas las demás, ha de suprimirse a sí misma», es decir, ha de desarrollarse ulteriormente. Pero ¿acaso una ojeada a la historia no refuta esta afirmación de necesidad como muy general? ¿Acaso no ocurre que este desarrollo *no se* ha producido precisamente así siempre y en todas partes? ¿Acaso no lo inhibe —y más aún el desarrollo ulterior en dirección a la forma de capital del valor— una diversidad de factores sociales e incluso naturales (por ejemplo, geográficos, climáticos, etcétera)? No cabe duda de que esta objección tiene fundamento. Sin embargo, no refuta la afirmación de que Marx descubre aquí, en el análisis de la forma de valor, una necesidad de desarrollo o una ley de desarrollo. Una ley no resulta abolida porque sus efectos resulten modificados o ahogados por causas contrarrestantes. Los desarrollos históricos reales son los resultados de una acción y una reacción en parte enormemente heterogéneas. Aquí no hemos hecho más que preparar la ley del desarrollo de la forma de valor en un estado puro, propio de un laboratorio. No se puede, por tanto, ni hablar de que alguna vez en la historia haya existido un estado puro de estas características. Es, por tanto, apropiado distinguir el aspecto genético del histórico. Pero no hay otro camino que conduzca a la comprensión de la historia más que el que pasa por la determinación de sus leyes genéticas «puras». También para la ciencia de la historia es un hecho que sus proyecciones conceptuales han de descubrir la «construcción interna» de los períodos a considerar. Siempre ha de analizarse una «forma pura» para que sea posible comprender las modificaciones de la misma que se dan en la realidad. Por esto podía

Engels decir que lo lóqico no es sino lo histórico purificado de casualidades. El descubrimiento de Marx que hay que considerar aquí resuelve y supera la oposición, hasta donde sabemos insuperable en principio, entre lo genético y lo lógico.

No es pues en principio la ley del desarrollo social lo descubierto aquí, sino «sólo» la del desarrollo de la forma de valor o forma de mercancía. Sin embargo, en la medida en que la legalidad inmanente a esta forma reduzca eventualmente los efectos de las fuerzas contrarrestantes y determine crecientemente las relaciones sociales al ritmo de su desarrollo (y apoyándose cada vez más en el desarrollo de las fuerzas productivas ligado a aquél), hasta que, finalmente, la forma de capital del valor se convierta en la forma socialmente dominante, en esta medida la ley de desarrollo de la forma de valor se habrá convertido también en la de la sociedad.

LECCION X

X. 1. *¿Es el análisis formal compatible con la pretensión materialista?*

Hemos visto como el análisis de la forma de valor simple, singular, causal, conduce al descubrimiento de una ley que codetermina el desarrollo económico real. Pero ¿cómo es posible que el análisis «lógico» sea el método apropiado para ello? ¿Dónde queda aquí el recurso inmediato a la praxis «material» cotidiana tal como se presentaba al comienzo de la exposición? Allí podía procederse afirmando sencillamente que cualquiera sabe que una cosa, para ser mercancía, ha de tener valor de uso, pues en caso contrario no la querría tener nadie; que de otro lado ha de tener valor de cambio e incluso que es esta determinación la que decide en relación con el movimiento de la mercancía, acerca de su tener-poder. Esto lo sabe cualquiera porque esto son formas prácticas de la vida cotidiana.

Cuando observábamos cómo analiza Marx el valor de cambio nos dimos cuenta de que éste primero enunciaba mediante el análisis lógico determinados postulados lógicos para luego recubrir con esta forma de postulado los hallazgos esenciales. La «tercera cosa»,

social, fue en un principio mero postulado; y se encontró en la búsqueda de su desempeño del carácter propio de ser producto del trabajo. Lo mismo ocurrió, en último término, con la substancia del valor.

Ya a la vista de este procedimiento se tuvo que preguntar: ¿cómo puede realmente trabajar Marx con el método del análisis lógico, del postulado lógico, sin abandonar su pretensión general de ser materialista? Pues proceder de un modo materialista significa: no presuponer sencillamente ideas, técnicas lógicas y deducir o concluir de ellas un ser. Si esta pretensión de materialismo ha de mantenerse ¿cómo, entonces, puede el método del análisis lógico abrir el acceso al desarrollo real? ¿Acaso el objeto, lo real en desarrollo, tiene una esencia lógico-formal? Bajo supuestos de esta naturaleza, que implican un concepto lógico del ser, parece que nos acercamos más a un misticismo neoplatónico culaquiera que a la ciencia materialista.

Para poder contestar a la pregunta por la posibilidad del análisis formal y su virtualidad hay que ocuparse, en principio, del concepto de forma. Si se hacen aquí algunas observaciones de naturaleza histórico-filosófica, la finalidad es tan sólo despertar la consciencia de algún fragmento de la herencia ciega y no consciente de historia de la filosofía que todos llevamos «obviamente» con nosotros, para luego poder disponer conscientemente de ella también.

X. 2. *Significado de la categoría «determinación económica de la forma»*

El concepto de *forma* es uno de los conceptos metafísicos más importantes de la escolástica y de las ten-

dencias en que se basa la escolástica. Herederos de estos conceptos escolásticos, los seguimos utilizando. Si ahora me refiero al concepto de la forma, lo hago por de pronto con la intención de evitar que en una «forma» materialista en primer plano venga a operarse una oculta metafísica. Pero es además positivo iluminar más de cerca el concepto de forma desde otros puntos de vista; en último término, Marx reitera una vez y otra la observación de que es precisamente el análisis formal el que marca de la manera más clara la diferencia entre su crítica y la economía burguesa y que el concepto de la *determinación económica de la forma* es un instrumento conceptual central con el que se trabaja en todos los planos de la teoría, en particular también en el libro IV del *Capital,* es decir, en la crítica de las teorías burguesas.

Cuanto más profundamente se estudia la *crítica de la economía política* tanto más evidente resulta que, por ejemplo, la consideración diferenciada de todos los fenómenos, caracterizados por «caracteres dobles», o la delimitación de la forma económica y el contenido de esta forma, constituyen una necesidad básica para esta teoría en la medida en que quiere ser crítica. Distinguir entre determinadas cosas o actividades y su determinación económica formal es una pretensión dotada de relevancia política en los intentos prácticos de orientación y en las confrontaciones de la vida cotidiana. Por ejemplo, sólo cuando se haya aprendido a establecer esta diferenciación se podrán entender como tales los romanticismos que han aparecido en ocasiones en el movimiento estudiantil, ya que sólo de esta manera se está en condiciones de distinguir por vía de principio entre, verbigracia, las fuerzas productivas y su utilización capitalista, que es la que caracteriza la

«forma económica» de las mismas. En la historia del movimiento obrero fueron necesarios —y siguen siéndolo siempre de nuevo— procesos de aprendizaje hasta que se aprendió a diferenciar entre las máquinas y la forma-capital de las mismas y hasta que se afirmó la experiencia de que las destrucciones de máquinas de cualquier tipo no pueden ser ninguna forma eficaz de la lucha de clases, como tampoco lo puede ser el «ataque a personas», que surge de la personalización y cuya contrapartida en el sentido inverso es la ilusión suscitada por personas concretas. Así, es de sumo interés desde el punto de vista político para los procesos de aprendizaje de la clase obrera y de sus aliados llegar a una apropiación exacta de la función del concepto de forma como instrumento de conocimiento en Marx.

Sin embargo, no es tan simple delimitar en todo momento la determinación económica formal y el contenido que viene determinado por esta forma económica. Pues en la realidad estas dos caras son siempre las caras de *una sola* medalla y no «aparecen» nunca desligadas. Nunca aparecen, por ejemplo, cada uno por su parte el trabajo humano-abstracto y el trabajo concreto-útil, sino que forman siempre una unidad indisoluble. El proceso de producción capitalista a su vez es en cualquier lapso de tiempo ambas cosas, simultáneamente proceso de trabajo y proceso de valorización, y no es posible visualizar, como posiblemente se quisiera desde el conocimiento sensible, un aspecto aquí y el otro allí. Precisamente por esto es este instrumento, la categoría de la determinación económica formal, en relación con la cosa misma un importante logro por el cual tenemos que estar agradecidos a la *crítica de la economía política*. Es por lo tanto conveniente examinar más de cerca el concepto de forma.

Les recomiendo que consulten uno tras otro en un diccionario escolástico, en otro burgués y en un tercero marxista el término «forma». De inmediato percibirán lo extraordinariamente extenso de su tratamiento.

Desde Aristóteles se encuentra en muy diversos desarrollos la contraposición conceptual de *forma y materia* en el centro mismo del interés filosófico. Y ya antes de Aristóteles estructuraban el pensamiento filosófico prefiguraciones confusas de esta contraposición; sólo que conceptualmente estaban menos nítidamente elaboradas. Para nuestros fines, para tender un puente entre el lenguaje cotidiano y la terminología científica, retenemos tan sólo un tipo de conexión que se encuentra prácticamente siempre presente en la vida cotidiana. Dado que las teorías forma-materia proceden más o menos analógicamente es preciso que también aquí saquemos nosotros las analogías a colación. Los conceptos se extraen del dominio de la praxis. La relación entre forma y contenido ha de pensarse para todas las cosas de un modo análogo a como en la elaboración de un pastel se vierte la masa condimentada en el molde apropiado. Materia significa en general «substancia», «material», «de lo que algo sale, se acaba o se compone» (Georges, *Handwörterbuch,* 1880); en especial materia designa —al igual que la palabra correspondiente en griego, *hyle*— la madera, y más bien la madera para edificación (en contraste con la mera madera para combustible). Lo que ha de trasladarse analógicamente a la contraposición conceptual entre forma y materia es la relación entre la madera como materia prima —en francés *matière première*— y la casa construida con ella.

X. 4. *Imagen idealista del mundo: dios artesano, material, forma*

Otra analogía empleada muy tempranamente y que ha planeado durante milenios sobre la literatura se apoya en la alfarería. El alfarero manipula el fango y conforma a partir de él una vasija; lo hace en base a una idea (= foma) que anteriormente tenía ya en la cabeza y que en sí misma nada tiene que ver con el fango a no ser la única cosa, mínima, de que el fango permite que se le conforme según tal procedimiento. Y es precisamente esta propiedad la que hace el fango apropiado, ya que en sí mismo carece de forma (es amorfo), por lo que puede adoptar la foma que se le dé. Es algo sin forma y conformable, la *informis formabilisque materia,* como se determina en Agustín lo contrario de la forma, la materia. Se ve: la analogía no se detiene en la relación entre el fango y la forma de la vasija; exige aún completarse con la acción del alfarero. De hecho, el «dios alfarero» y otra especie de «dios artesano» (demiurgo) ha sido una de las figuraciones en las que se pensó la coherencia del mundo.

La analogía, que traslada los momentos simples de la producción artesana a la física, a la metafísica y todos los demás dominios, utiliza la contraposición de forma y materia para la elaboración de una imagen del mundo idealista, señorial, en la que lo material y lo sensible son cancelados más o menos en lo inesencial, pasivo cuando no perverso. La analogía indica tensiones internas, incluso dominación: la forma es lo aportado, algo externo al fango, el factor activo que hace un algo concreto de lo que carece de forma y es conformable. El recurso a la cotidianeidad artesanal puede en parte atribuirse a necesidades de orden propagandísti-

co: hablando así se halagaba al pueblo, pero lo que se predicaba justificaba su subordinación. Lo que se denominaba forma o idea tenía que ser respetado como lo eterno, invariable, modélico, mientras que la materia venía a ser si no lo perverso sí al menos lo inesencial asido una vez y otra por la forma y abandonado por ella otras tantas. (No podemos seguir aquí la pista al contenido de esta especie de imagen jerarquizada del mundo. Pero es posible que de las pocas indicaciones que aquí han aparecido se desprenda con claridad la idea de que nosotros, en el presente, no hacemos al plantearnos la contraposición entre el idealismo [formalismo] y el materialismo sino participar en una confrontación que en realidad, si bien bajo formas alteradas y sobre una base de intereses decisivamente evolucionada, es la continuación de confrontaciones antiguas.)

X. 5. *Formalidades de la vida cotidiana; lógica formal*

Para tener clara la implantación del concepto de forma en la vida cotidiana hay que considerar junto al ámbito de la conformación de la materia plástica (susceptible de ser conformada) también el de la regulación formal de la conducta humana o de las relaciones «interpersonales» en la sociedad, llamémosle el ámbito de la conducta institucionalizada. Este ámbito se caracteriza por las «formalidades» de toda especie, por las «buenas formas», contra las que no se puede chocar, y que comprenden hasta las propias formas de procedimiento en los procesos civiles y la fórmulas que han de pronunciarse en ellos. Siempre que aparece

un concepto de forma de esta naturaleza indica una forma determinada en la que se ha realizado algo, en la que hay que articularse, una forma previa a los suceson concretos, a los acontecimientos concretos, y que sirve, por ejemplo, como referencia para calibrar tales acontecimientos concretos, para saber si se adaptan correctamente a esa forma o no, para saber hasta qué punto acontece algo con plenitud formal o sin forma o atentado a la forma establecida.

En el polo opuesto de la praxis cotidiana con sus formalidades, en el mundo imaginado y extraño a cualquier praxis de la lógica *formal,* nos encontramos con el concepto de forma ya en el título. Aquí el concepto de la forma señala algo a lo que ya hemos hecho referencia con el ejemplo del silogismo, la forma del juicio y la forma de la conclusión. El juicio tiene una forma dada por la conexión de una clase determinada entre un supeto y un predicado. El predicado puede traducirse por determinación. Algo es determinado. La teoría de esta forma ha destacado siempre que esta forma es lo eterno, inmutable y preexistente, mientras que las cosas que en cada caso aparecen como sujeto y las cosas que aparecen en cada caso como predicado, o sea, *la materia es lo cambiante,* lo variable, lo casual.

La forma con cuyo análisis nos tenemos que ocupar en nuestro caso es la forma simple de valor *x mercancía A = y mercancía B.* De hecho, también aquí hay motivo para sostener que la forma es evidentemente lo que es fijo. Durante milenios ésta viene siendo una de las formas en las que se expresa el valor y que está en la base de la consumación de los actos de cambio; es la formulación de lo que ocurre siempre que se cambian dos mercancías sin referencia a una tercera.

X. 6. *Lógica fija de la forma frente a metabolismo como contenido*

Cierto que esta forma no es algo ahistórico. En el apartado dedicado al *todo de la forma simple de valor* Marx se refiere a su carácter histórico (págs. 70-71): «En todas las circunstancias sociales el producto del trabajo es objeto de uso, pero sólo una época históricamente determinada de la evolución —la época que representa el trabajo gastado en la producción de una cosa de uso como propiedad 'objetiva' de esa cosa, o sea, como valor de esa cosa— transforma el producto del trabajo en mercancía. De eso se desprende que la forma simple de valor de la mercancía es al mismo tiempo la forma simple de valor del producto del trabajo, o sea, que la historia de la forma mercancía coincide con la historia de la forma valor.» La forma valor se desarrolla así a partir de la simple, pero la forma simple de alguna manera sigue persistiendo. Cobra vigencia allí donde y cuando de nuevo se efectúe un cambio «simple, casual o singular». De todos modos, la forma simple de valor no ha sido jamás predominante, sino por el contrario es la forma del cambio casual, *per definitionem* no predominante. Pero incluso aunque se haya hecho dominante, por ejemplo, la forma dinero, la forma simple puede y de hecho estará esporádicamente presente junto a esta forma desarrollada y compleja. Ahora bien, siempre que aparezca lo hará fija e invariablemente en la misma «forma».

Así parece, por tanto, confirmada la presuposición de que esta forma, *x mercancía A = y mercancía B,* es algo fijo, invariante; las materias «A» y «B», sin embargo, cambian constantemente en el marco de esta forma. Productos del trabajo siempre distintos se opo-

nen entre sí en esta forma; cambian también históricamente, se descubren bienes de uso completamente nuevos, se desarrollan. Pero nada cambia en cuanto a la forma misma desde los tiempos de Homero o desde miles de años antes. Sólo cambian las materias. Y de hecho ocurre que el metabolismo, el cambio en la materia,* es nuestro objeto. Esto parece un juego de palabras superficial, pero si se mira más de cerca resulta claro que la asociación de las «materias cambiantes» con el «metabolismo» es algo más que un mero juego de palabras. La forma *x mercancía A = y mercancía B* —y la estamos examinando para clarificar por qué su análisis pudo dar como resultado un acceso a las leyes del desarrollo—, o sea la ecuación de valor, no representa sino el estadio de desarrollo nuclear y más simple de las formas en las que se practica el metabolismo social en las sociedades que producen en base a la división de los trabajos privados. Comprende la forma y la relación en las que la materia «A» y «B» cambian su poseedor; «A» pasa al lugar ocupado por «B» y «B», por su parte, al ocupado por «A». Las materias denominadas como «A» y «B» varían, a su vez, continuamente en cuanto a su concreción; en la relación de cambio aparecen siempre nuevos productos; su globalidad agota prácticamente el círculo de la diversidad de producciones determinada por la dimensión exacta de la división del traabjo. Que las materias «varíen» de esta manera constante y que cada materia concreta aparezca casualmente en la forma no es algo casual,

* *Stoffwechsel* se traduce por «metabolismo». Sin embargo, literalmente significa «cambio de materia» o «cambio en la materia». De aquí la posibilidad de juego de palabras en el original alemán. (T.)

sino plenamente ajustado a una función básicamente necesaria de las relaciones sociales.

X. 7. *La forma valor como forma de praxis para el metabolismo social*

Tenemos, pues, ante nosotros bajo la forma *x mercancía A = y mercancía B,* siendo una forma fija con materias cambiantes, la forma en la que los miembros de la sociedad practican su metabolismo social. Visto desde esta perspectiva, por tanto, esta forma es la forma de la praxis social, *forma de la praxis.* Pero aquí se hace más acuciante la cuestión que hemos venido considerando. Si esta es una forma de la praxis humana ¿cómo puede entonces decirse que esta forma es fija e independiente de los individuos, de los individuos inmersos en la praxis? ¿Por qué entonces tiene sentido su análisis lógico, si es una forma de la praxis? ¿Por qué puede descubrir el análisis de la forma de la praxis la ley del desarrollo? ¿Acaso la praxis no es algo esencialmente subjetivo? ¿Acaso no es la praxis una emanación de mi voluntad o de tu voluntad, algo arbitrario, algo que surge de la libertad del hombre? Así pues, hay que esclarecer la contradicción entre la «libertad de los hombres» y el carácter forzoso, fijo, invariante de esta forma de valor, la contradicción entre la «subjetividad práctica» y la forma objetiva de la praxis.

La contradicción entre la subjetividad práctica y la fijeza objetiva de la forma de la praxis no se aminora cuando se lee (en la pág. 95) lo que figura al principio del capítulo sobre el proceso de cambio (después de la llamada a la nota a pie de página n.° 37):

«Para relacionar esas cosas en cuanto mercancías, sus custodios tienen que comportarse entre ellos como personas cuyas voluntades habiten en aquellas cosas, de tal modo que cada uno de ellos no se apropie la mercancía ajena sino de acuerdo con la voluntad del otro, o sea, sólo mediante un acto de voluntad común a ambos, enajenando el primero su propia mercancía. Por eso los custodios de mercancías se tienen que considerar recíprocamente propietarios privados. Esta relación jurídica cuya forma es el contrato —esté o no esté desarollada por ley es una relación entre voluntades en la cual se refleja la relación económica.»

X. 8. *Un hecho inmanente a la forma de cambio: el reconocimiento recíproco en tanto que propietarios privados*

Por un momento voy a retener tan sólo que los partícipes en el cambio han de reconocerse recíprocamente como propietarios privados y esto significa que han de reconocerse recíprocamente dotados de voluntad libre, han de atenerse a la condción de que sólo la solución admitida libremente por cada uno de ellos puede ser la solución al problema del cambio de propiedad en la forma de cambio. Por eso puede luego Marx (a saber: al final del capítulo IV, pág. 191) caracterizar a «la esfera de la circulación o del intercambio de mercancías» como «un verdadero Edén de los derechos innatos del hombre».

«Lo único que impera allí es libertad, igual-

> dad, propiedad y Bentham. ¡Libertad! Pues el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo, la fuerza de trabajo, no están determinados más que por su libre voluntad. Contratan como personas libres, jurídicamente iguales. El contrato es el resultado final en el que sus voluntades se dan una expresión jurídica común. ¡Igualdad! Pues sólo se relacionan entre ellos como propietarios de mercancías, e intercambian equivalente por equivalente. ¡Propiedad! Pues cada cual dispone estrictamente de lo suyo. ¡Bentham! Pues cada uno de los dos se interesa exclusivamente por sí mismo. La única fuerza que los une y los pone en relación es la de su egoísmo, su ventaja particular, sus intereses privados.»

No hay que dejarse llevar a pensar que por el hecho de que Marx muestra posteriormente que esta «libertad» y esta «igualdad» son en la relación de cambio del trabajador con el capitalista mera apariencia, no son en absoluto reales. No se trata aquí de constatar irónicamente algo aparente, sino de percibir datos reales, entre los que se incluye el carácter progresivo de la producción de mercancías por trabajadores asalariados en relación con la producción basada en la esclavitud y otras formas preburguesas. La forma de sociedad basada en la producción de mercancías introduce en la historia el individuo libre y la igualdad (formal) humana. Pero, ¿qué ocurre, entonces? Si la forma básica de la praxis del cambio está determinada como una relación entre voluntades libres que presupone a los partícipes como individuos iguales y libres, ¿cómo entonces puede aseverarse que esta forma es algo fijo

e invariante frente a cualquier existencia individualizada, que se sobrepone a los individuos y los introduce en una relación en la que sólo pueden conducirse como personas cambiantes, variantes, jugando en este sentido un papel no muy diferente al de las materias cambiantes que adoptan la forma de mercancías?

X. 9. *¿Hay contradicción entre la subjetividad práctica y la fijeza objetiva de la forma?*

La pregunta se hace susceptible de obtener respuesta en cuanto se pone en claro qué clase de metabolismo social supone el cambio y cuando se considera más de cerca el contenido de la forma de cambio. ¿Cuál es la relevancia de este cambio que sitúa a «A» en el lugar de «B» y a «B» en el lugar de «A» y así sucesivamente? ¿Qué depende de él? Pues presupone una forma histórica particular de la mediación social del metabolismo entre el hombre y la naturaleza. El resultado de su consumación es que todos pueden vivir. Es vitalmente necesario que se verifique este metabolismo. De todos modos, la forma de valor como forma de praxis imprime su sello a un proceso así sólo en una sociedad en la que domine la producción privada de mercancías. De esto ya habíamos hablado. Voy a introducir ahora una cita del apartado sobre *El carácter de fetiche de la mercancía* (en la pág. 83), donde Marx recapitula brevemente la coherencia que existe entre relaciones de producción y forma de valor o forma de mercancía: «Los objetos de uso no se convierten en mercancías sino porque son productos de trabajos privados realizados con independencia los unos de los otros. El complejo de esos trabajos privados consti-

tuye el trabajo social global. Como los productores no entran en contacto social sino a través del intercambio de los productos de sus trabajos, tampoco los caracteres específicamente sociales de sus trabajos privados aparecen sino dentro de ese intercambio». En pocas palabras: en una sociedad que produzca a) en una relación de división social del trabajo y b) sin planificación, los productos adoptan forzosamente la forma de mercancías y la vida de cada uno sólo puede mediarse doblemente de esta manera, de tal suerte que los hombres realizan, a través de la división del trabajo, un metabolismo productivo con la naturaleza (es decir, asimilan determinadas sustancias materiales de modo determinado para satisfacer las necesidades humanas) y además (puesto que la producción se realiza, ciertamente, en base a la división del trabajo, pero sin planificación y sin apropiación y distribución sociales) cambian entre sí los resultados de tal manera que al final cada miembro de la sociedad dispone más o menos de ejemplares de todos los medios necesarios para la vida, de medios de vida, pudiendo consumar su metabolismo consuntivo individual con la naturaleza.

X. 10. *Forma básica de la praxis de una forma de sociedad*

De todo esto puede concluirse que la forma de valor que hemos caracterizado como forma de praxis es, en tanto que desarrollada y general la forma económica básica mediante la cual los hombres operan en una determinada formación social su interrelación social mediando a través de ella su metabolismo con la naturaleza. He empleado ahora el concepto de *forma-*

ción, más exactamente el de *formación social*: se trata de un concepto necesario para delimitar una sociedad por su «forma» o bien para distinguirla de otras. Los conceptos forma y formación están estrechamente relacionados. La forma económica de la mercancía, que analizamos aquí, es la forma básica en la sociedad burguesa (en la que la producción privada de mercancías se encuentra plenamente desarrollada y es socialmente determinante); la determinación de la forma básica permite, por tanto, comprender esta sociedad como una formación específica. Marx reflexionará sobre esto en una nota a pie de página hacia el final del apartado dedicado al carácter de fetiche de la mercancía (pág. 91, nota 32): «La forma valor del producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de produción burgués, modo que queda caracterizado por ella como una especie particular de producción social, o sea, caracterizado históricamente» —precisamente como una formación social determinada en contraste con otras formaciones. «Por eso, si se toma dicha forma como forma natural eterna de producción social, se pasa también por alto inevitablemente lo específico de la forma valor, o sea, de la forma mercancía y, más desarrollada, de la forma dinero, de la forma capital, etc.»

X. 11. *Forma de un «acto de voluntad común a ambos»*

Bien, forma de praxis, praxis básica, de acuerdo, praxis característica de una formación; pero entonces, ¿por qué invariancia? ¿por qué fijeza? ¿por qué estructura «lógica»? Y ¿por qué no una expresión más

libre de la praxis? ¿Por qué no subjetividad espontánea? Si se vuelve a mirar más atentamente lo que he citado anteriormente del comienzo del capítulo II, se verá cómo la respuesta está en el propio texto de Marx. Ahí se muestra (pág. 95), concretamente, que los hombres, al cambiar —y esto significa exactamente: al realizar una determinación de su producción privada y sometida a la división del trabajo— entran en una determinada forma de relación: se comportan entre sí como personas cuyas voluntades habitan en la respectiva mercancía, «de tal modo que cada uno de ellos no se apropie la mercancía ajena sino de acuerdo con la voluntad del otro, o sea, sólo mediante un acto de voluntad común a ambos, enajenando el primero su propia mercancía». El proceso es de metabolismo social, metabolismo social por la vía de una forma determinada de apropiación caracterizada por el hecho de que apropiación es al mismo tiempo enajenación, dar y tomar un solo proceso, y que el proceso está constituido de tal forma que cada cual se apropia en cada caso de la propiedad del otro sólo en base a la voluntad del otro, *sólo mediante un acto de voluntad común a ambos*. Y es precisamente de esta voluntariedad, de esta voluntariedad bilateral, de esta condición de un acto de voluntad común a ambos, de donde se deriva la fijeza, el carácter lógico-formal de esta relación. Esto no puede figurarse sencillamente de un modo que presuponga que cada cual reconoce la voluntad contraria decidiendo por su cuenta desde el comienzo que algo con lo que también puede estar voluntariamente de acuerdo el otro ha de constituir el resultado del «actuar»; al tener que tomar en consideración la voluntad del otro aparece algo independiente por principio de cada cual, algo objetivo, que sin embargo es

al tiempo «lógico», a saber, un «principio»: el ***principio del cambio,*** el principio de la equivalencia. Este principio no es nada externo al afectado; muy al contrario. Cierto que a cada cual le viene en cierto modo del otro, pero surge precisamente en cada uno mismo; es el concepto interno de una praxis social, es algo en lo que pueden unificarse ambas voluntades. Es el equilibrio de voluntad y contravoluntad (lo que no significa que las dos posiciones tengan que ser equivalentes). Este equilibrio, este «medio», al que llega cada cual aproximándose al otro, sólo puede ser una relación de cambio que, al menos en cuanto a concepto, significa equivalencia. Pues cada cual en la medida en que sea persona privada libre y reconocida se mostrará de acuerdo con un cambio de tal especie, que le favorece a él o al menos no le perjudica. Como esto proviene de ambas partes, la voluntad y la contravoluntad se funden en el concepto común de la equivalencia. Formalmente coinciden en todo caso aun cuando el principio de equivalencia puede ser en cuanto a su contenido objetivamente violado por estafa, negligencia propia, aprovechamiento de una situación coactiva particular, etc. Pero incluso allí donde hay estafa o negligencia el concepto interno es formalmente el mismo, el de la equivalencia. Por ser el único principio posible en base al cual pueden encontrarse con regularidad dos voluntades ajenas entre sí, el principio de la equivalencia es la fijeza, la invariancia, aun cuando surja de la praxis de los hombres y de ningún otro lugar. Así pues la contradicción entre la subjetividad de la praxis y la objetividad de la ley formal de esta praxis se resuelve en el momento en el que los dos sujetos fundan un principio de su relación en el que la voluntad de ambos se encuentra incorporada y del que surge un prin-

cipio que se presenta ante cada individuo como una forma social acabada. Por eso esta forma es sabida «desde dentro». De este modo no tenemos un concepto proveniente de la observación externa del comportamiento (behaviorista), sino un acceso «desde dentro», en la medida en que nosotros mismos cambiamos y somos partícipes de este tipo de relación. A este «concepto-desde-dentro» lo denomino aquí «concepto interno». No podemos describir empíricamente el principio del cambio de la misma manera como, por ejemplo, se observa el comportamiento de las hormigas y se intenta luego generalizar hipotéticamente en base a esas observaciones; más bien poseemos otra clase de conocimiento de este objeto, a saber, un conocimiento que el sujeto tiene «desde dentro», es decir, un conocimiento que el sujeto tiene *prácticamente* cuando coadyuva a la constitución de lo objetivo. Y la forma de valor no es otra cosa que una forma social que surge una y otra vez de nuevo a partir de un resultad acabado que es siempre de nuevo fijo, «viejo», y que se ofrece al sujeto como prefigurado, dado *a priori* (de antemano a cada acción individual).

Mediante el recurso a la praxis ha sido posible reconocer la forma de valor como una forma de movimiento y de operación de las relaciones socialmente básicas de la producción privada y sujeta a la división del trabajo; justo mediante ese recurso a la praxis es de nuevo posible explicar en su lógica y en su fijeza la forma económica del cambio comprendido, así también cómo es posible descubrir mediante un análisis de esta «lógica» las leyes del movimiento y del desarrollo de esta forma.

LECCION XI

XI. 1. *Ciega conexión social de acciones privadas conscientes*

El punto de partida de la última lección era la pregunta por la posibilidad de encontrar a través del análisis «lógico» de la forma de valor el rastro de una ley de desarrollo de la sociedad productora de mercancías. Se preguntaba asimismo si el procedimiento de Marx no contradecía su pretensión de materialismo. Y se mostraba que Marx contesta implícitamente a este interrogante, sin plantearlo de manera explícita, al deducir la forma de valor de las relaciones básicas específicas de esta formación social. A pesar de ser una forma de la praxis material, una forma de la actividad subjetiva en la que se produce el intercambio social entre los individuos, esta forma está caracterizada —y ha de estarlo necesariamente— por una lógica formal, de una fijeza cuasi extrahumana. Este formalismo suyo, que se sustrae a la inmediata influencia de cada sujeto, de cada individuo, no expresa sino el hecho de que en una formación social de esta naturaleza, la consciencia, la voluntad y la energía de los individuos

no se proyectan sino a un ámbito reducido en lo esencial a lo estrictamente privado. Lo que en esta forma de sociedad se sustrae por principio a la consciencia y a la voluntad de los hombres es la coherencia social y el planeamiento de la producción social. Sus actividades están determinadas por el principio privado según el cual cada uno gestiona sólo su propio bolsillo particular, presentándose la coherencia social siempre a posteriori, a sus espaldas, inconscientemente, experimentada como un resultado y una necesidad ciega, mecánica, como un poder ajeno y objetual. Con todo, se trata de una conexión que lo es única y exclusivamente de *sus propias* actividades.

XI. 2. *Relaciones objetuales de productores privados sujetos a la división del trabajo; ley del valor*

En la práctica se busca la conexión social y en tanto que determinación está, de hecho, presente cuando cada cual produce, *sujeto a división del trabajo,* en su propio taller un valor de uso particular. En esta medida, produce cada cual para la sociedad y sabe naturalmente también que esta es la determinación de sus productos. Pero esta conexión y esta determinación sólo se realizan cuando los productores privados llevan sus productos al mercado. El modo en el que se realizan es el consistente en que los productores ofertan entre sí sus productos, ofreciéndolos en cambio; esto es, establecen entre sí relaciones sociales bajo la forma de una relación entre productos. En el interior de esta relación, el ser social de los individuos está determinado por su propiedad de mercancías. Aquí rige esta

divisa: «Tanto tienes, tanto vales». O como escribe Marx en el capítulo II (págs. 95-96): «Aquí las personas no existen las unas respecto de las otras más que como representantes de mercancías, y, por lo tanto, como poseedores de mercancías». Es como si los productos estableciesen relaciones sociales en las que los hombres, como poseedores de esos productos, se viesen complicados. La forma en que se operan estas relaciones de cambio implica la voluntariedad de todos y el reconocimiento mutuo de los mismos. Pero lo que la sociedad regula a los productores privados de mercancías económicamente no es la voluntad libre y los deseos espontáneos de los individuos y naturalmente tampoco impone precisamente un plan económico a nivel social; más bien es el contenido inconsciente de muchas relaciones de cambio entrecruzadas y aparece como su resultado ciego y mecánico.

¿En qué consiste ese resultado? No se trata de otra cosa sino de lo que se designa con el concepto de *ley del valor*. Uno de los resultados del proceso de intercambio, es decir, de una rotación de cosas, es lo que Robinson se popone cada mañana y que registra cada noche en su libro mayor, a saber: que hay que emplear tanto tiempo para una actividad determinada y otro tanto para otra y así sucesivamente, y que al hacerlo hay que prestar mucha atención para no estar demasiado tiempo con una de las actividades, porque si no ya no habrá tiempo disponible para las demás, etcétera. Una sociedad de productores privados de mercancías tiene en su conjunto que resolver, sólo que en una dimensión inmensamente más compleja, el mismo problema que Robinson. Si gasta demasiado del tiempo disponible en total produciendo zapatos, tendrá escaso para los trabajos de sastrería, carpinte-

ría, para labrar los campos, etcétera. Luego: el problema que Robinson ha de resolver se presentan también en una sociedad productora de mercancías a nivel «social global». Con la diferencia de que no hay ninguna cabeza, ninguna consciencia, que se proponga la solución de este problema y la traduzca luego a nivel global en una gestión económica planificada. Así, este problema se «resuelve» siempre sólo a posteriori. Desde el punto de vista de la razón práctica y previsora es como si se construyese una casa sin realizar previamente cálculos de resistencia y como si se fuese construyendo hasta que demostrase que no ses derrumbaba, deduciendo de ello que estaba evidentemente bien construida. A ningún maestro de obras se le ocurriría una idea tan absurda, pero así de absurdo es el funcionamiento de esta sociedad y en líneas generales, a pesar de modificaciones trascendentales, así viene funcionando hasta hoy.

XI. 3. *Carácter de fetiche del producto: su función reguladora*

Esta función social de las mercancías, es decir, este funcionamiento suyo en tanto que «cosas sociales», constituye para Marx su *carácter de fetiche*. El concepto designa así un estado de cosas que no tiene directamente nada que ver (o muy, muy mediatamente) con las motivaciones subjetivas impuestas al individuo por la estética de las mercancías, con el «terror del consumo» o cosas similares, todo lo cual por lo demás sólo está presente en esbozo, germinalmente, en la producción simple de mercancías.

Es útil traducir la palabra *fetiche*. Producto quie-

re decir lo hecho, lo elaborado. Los hombres han hecho los productos. Pero en tanto en cuanto cambian los productos, esos mismos productos se hacen independientes y provocan a través de su movimiento las leyes que posteriormente regulan retroactivamente la hechura de nuevos productos. Esto significa que en los productos se desarrolla un poder que se sobrepone a sus autores; los productos controlan el hacer, si bien siempre a posteriori. Este poder de las obras hechas sobre los autores viene significado por el carácter de fetiche. La palabra fetiche procede del portugués; se deriva del latín *facticium,* que a su vez viene de *facere,* por lo que en último término quiere decir hacer, obrar, si bien el significado se proyecta a poder-de-la-obra de tal modo que la palabra portuguesa *fetiço* viene a significar, por tanto, lo mismo que encantamiento. El concepto obtuvo su significado peculiar en el lenguaje de los misioneros africanos en Africa. En ese lenguaje viene a significar desde el punto de vista cristiano el hecho de que existen sociedades «primitivas» en las que los hombres creen seriamente que las cosas, que por lo demás han hecho ellos mismos con sus propias manos, poseen un poder sobre ellos mismos. A estas cosas-dioses los misioneros la llamaban con voluntad crítico-desenmascaradora «fetiches».

XI. 4. *«Fetiche»: poder de las obras sobre sus autores*

Este concepto de fetichismo, que proviene del choque del mundo cristiano-burgués con sociedades preburguesas y que expresa un juicio emitido desde el

punto de vista del burgués cristiano, es transformado por Marx. ¿Qué es este fetichismo africano frente al europeo, en el que la regulación de la producción social en su conjunto, que decide sobre el bien y el mal de los hombres, se deja a la dinámica interna de los productos y que además se manifiesta en el culto a la «obra abstracta», el dinero?

Cuando los españoles llegaron a Mesoamérica, sus observadores indígenas creían, por su parte, que se las tenían que ver con servidores de un fetiche, puesto que a aquéllos sólo les interesaba el oro. Por eso pudo el joven Marx escribir en el álbum de los servidores jurídicos y políticos del fetiche de la propiedad privada: «Los *salvajes de Cuba* consideraban el oro como el *fetiche de los españoles.* Lo celebraban festivamente y cantaban alrededor suyo y luego lo lanzaban al mar». Pues los españoles estaban dispuestos a exterminar por el oro a pueblos enteros. Marx hizo esta observación con ocasión de los debates en la Dieta sobre los robos de leña y sobre una ley contra la «caza furtiva». En ambos casos se trataba de la transformación de la tierra y de sus derechos de aprovechamiento —antigua propiedad comunal— en propiedad privada. El citado informe parlamentario de Marx se cierra así: «Si los salvajes de Cuba hubiesen presenciado la sesión de los estamentos territoriales renanos ¿no hubieran considerado la *leña* como el *fetiche* de *Renania?* Pero una sesión posterior les hubiese enseñado que con el fetichismo está también muy relacionado el servicio de los animales y los salvajes de Cuba habrían lanzado los *conejos* al mar para salvar a los *hombres.*» (MEW 1, pág. 147.)

Aplicado por Marx a la mercancía, el concepto del carácter de fetiche no expresa, en su núcleo, sino el

hecho cargado de consecuencias de corresponderles a las simples cosas una función social de regulación, de transferir los productores su socialidad a las mercancías. Sólo en la consumación del cambio se reconoce un fragmento de trabajo privado como trabajo social, siendo así que si bien cada productor ha trabajado, cierto, privadamente, lo ha hecho en verdad para la sociedad. Pero a la hora del cambio no han de preocuparse por realizar sus relaciones de producción. Lo que les interesa «prácticamente... es la cuestión de cuántos productos ajenos obtienen por su producto propio» (pág. 85), en una palabra, el *valor* de su mercancía. Las magnitudes de valor de sus productos del trabajo «cambian constantemente, con independencia de la voluntad, la previsión y la actividad de los sujetos del intercambio. Para estos sujetos el movimiento social de las magnitudes de valor tiene la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran ellos mismos, en vez de controlarlas». (Pág. 85.) Por eso, porque las magnitudes de valor se mueven independientemente de la consciencia y de la acción de los productores, puede ocurrir también que la relación con el trabajo encerrado en cada caso en las mercancías no tenga prácticamente ninguna importancia para el movimiento del cambio o una importancia, tan escasa como «el tardío descubrimiento científico» del trabajo objetivado como substancia del valor. Esta imposibilidad práctica de partir del trabajo determina a su vez de manera esencial la *forma* del valor. «Así, pues, el que los hombres relacionen los productos de sus trabajos como valores no se debe a que esas cosas sean para ellos meros caparazones materiales de un trabajo humano homogéneo. Al revés.» La forma de valor es la forma de un tal proceder «al revés», a la

inversa por así decirlo. «Los hombres equiparan sus diferentes trabajo en cuanto trabajo humano porque equiparan en el intercambio sus heterogéneos productos como valores. No lo saben, pero lo hacen.» (Página 84.)

Este «lo hacen» expresa la forma como forma de la praxis. Pero ¿qué es lo que saben, cuando actúan de esta forma? Lo que no saben es eso, que equiparan sus diferentes trabajos útiles e igualmente privados como trabajos humanos reconociendo su carácter social. No necesitan saberlo porque es algo que carece para ellos de cualquier relevancia práctica. A lo que tienen que atender es al «valor» de sus mercancías; sólo él es lo que «les interesa prácticamente». Por eso aparecen ante ellos «las relaciones sociales entre sus trabajos privados como lo que son, esto es, no como relaciones sociales inmediatas entre las personas mismas en sus trabajos, sino más bien como relaciones materiales entre las personas y relaciones sociales entre las cosas». (Pág. 83.)

XI. 5. *La contradicción en el concepto de la «apariencia material»*

Pero el carácter de las mercancías dado de esta forma ¿no es sólo una «apariencia material»? (pág. 84). «Quidproquo», «forma fantasmagórica» y también «fetichismo» (pág. 82) son otras expresiones para señalar que el contenido que se expresa en esta forma de aparición «engaña» en lo relativo a su esencia, suscita consciencia «falsa» o «alterada». «La «aburrida y sosa polémica acerca de la función de la naturaleza en la formación del valor de cambio es una prueba más

de lo mucho que una parte de los economistas sucumbe al engaño del fetichismo que afecta al mundo de las mercancías, el engaño de la apariencia objetiva material de las determinaciones sociales del trabajo. Puesto que el valor de cambio es una manera social determinada de expresar el trabajo aplicado a una cosa, no puede contener más materia natural que, por ejemplo, las cotiziaciones.» (Pág. 93.) Pero ¿cómo puede entonces decir Marx que en la producción privada y sujeta a división del trabajo de mercancías a los productores se les aparecen «las relaciones sociales entre sus trabajos privados *como lo que son,* esto es... como... relaciones sociales entre las cosas»? ¿Ante ellos las cosas aparecen «invertidas» o bien, por el contrario, «como lo que son?»

XI. 6. *«Inversión» e «insensatez» de las relaciones*

La cosa es aún más complicada cuando ya no se trata tan sólo de las mercancías, sino de las mercancías y el dinero. Pues es« precisamente esta forma con sumada —la forma dinero— del mundo de las mercancías la que vela, en vez de manifestarlo, el carácter social de los trabajos privados y, por lo tanto, las relaciones sociales entre los trabajadores privados, presentándolas como relaciones entre cosas.» (Pág. 86.) Si examinamos la cosa más de cerca nos damos cuenta de que Marx introduce resultados del análisis de la forma para resaltar el problema.

Para hacer ver el carácter «aparente», «invertido» de la forma dinero retrocede un paso en el desarrollo seguido y vuelve a la forma de equivalente general, tomando el lino en el papel de equivalente general

(pág. 86): «Cuando digo que la levita, las botas, etc., se refieren al lino como a encarnación general del trabajo humano abstracto, la insensatez de la expresión salta a la vista sin más.» (Más insensato suena si en todos los refranes que giran en torno al dinero pusiéramos en su lugar el lino. Por ejemplo: «El lino (dinero) solo no da la felicidad». «El tiempo es lino (dinero)». «El lino (dinero) gobierna el mundo».) «Pero cuando los productores de levitas, botas, etc., refieren esas mercancías al lino —o al oro, o a la plata, pues eso no hace a la cosa— como a equivalente general, la relación de sus trabajos privados con el trabajo social global se les aparece precisamente en esa forma desatinada.» (Pág. 86.)

Marx introduce, así pues, aquí un resultado de su deducción lógico-genética como medio de una técnica de enajenación. De lo que se trata realmente es de situar bajo una luz en la que «salte a la vista la insensatez» de una forma de praxis, por lo demás «normal» y evidente, una forma de praxis específica de una determinada forma de sociedad y en la que los verdaderos agentes de la producción se sienten verdaderamente cómodos. Pero ¿qué es eso tan «insensato»? Pues no otra cosa que el modo de funcionamiento de la producción privada de mercancías, la cual es gobernada —en lugar de por una planificación consciente y previa— «por la espalda» y «a posteriori» a través del movimiento del intercambio de las cosas. Lo insensato es que a consecuencia de ello las cosas asuman «caracteers sociales» y les sea insuflada un «alma social» mientras los hombres caen «bajo el control de las cosas», es decir, se someten al poder de las leyes de las cosas. Lo que se invierte en la relación entre el hombre privado y el mundo de las mercancías es la relación su-

jeto objeto. Los sujetos humanos resultan —en el interior de esta mercancía, no por tanto absolutamente— objetivados en su conducta, los objetos materiales subjetivados. La producción privada de mercancías se caracteriza por «relaciones materiales entre las personas y relaciones sociales entre las cosas» (pág. 83). Lo que resulta «invertido» no es la consciencia, sino la sociedad.

XI. 7. *«Forma material de la apariencia», «forma objetiva de la idea»*

Así acaba resolviéndose la contradicción aparente en las expresiones de Marx: la «consciencia invertida» muestra inmediatamente las cosas «como lo que son realmente». Es, aunque invertido, prácticamente correcto, pues corresponde a la realidad económico-social y a los modos normales de actuación. Sólo aparece como «falso» a la luz del análisis científico que reconduce las formas de valor a lo que expresan «en realidad», a saber, a las relaciones sociales. Hace falta que se haya desarrollado plenamente la producción mercantil para que de la experiencia misma crezca la comprensión científica de que los trabajos privados —realizados en independencia recíproca, pero en interdependencia por todos lados, como miembros espontáneos que son de la división social del trabajo— se reducen constantemente a su medida socialmente proporcional, porque en las relaciones de intercambio de sus productos, relaciones casuales y siempre oscilantes, el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción se impone por la fuerza como una ley natural reguladora, al modo, por ejemplo, como se

impone la ley de la gravedad cuando se le viene a uno encima su casa. Por eso la determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo es un secreto oculto bajo los movimientos perceptibles de los valores relativos de las mercancías. Su descubrimiento es la abolición de la determinación puramente casual de las magnitudes de valor de los productos del trabajo, pero en modo alguno lo es de su forma material.» (Págs. 85-86.) Lo «invertido» es nuclearmente esta «forma material» del «valor» en el que la producción privada de mercancías expresa y regula la coherencia de su trabajo, en lugar de ser bajo una forma conscientemente social.

La «forma material» es al mismo tiempo la forma de movimiento de las relaciones objetivas y resulta simultáneamente relevante desde el punto de vista de la ación paar los sujetos humanos como forma de praxis. Actuando, los hombres participan conscientemente en tales formas en el proceso objetivo. Por eso puede decir Marx (pág. 86): «Esas formas... son formas mentales socialmente válidas, o sea, objetivas, para las relaciones de producción de este modo de producción social históricamente determinado que es la producción mercantil». Son formas mentales socialmente válidas porque son a un tiempo formas del ser social y formas de la acción consciente. En realidad no se puede separar un momento del otro y esta indivisibilidad espontánea del ser práctico y de la consciencia es particularmente evidente en la forma de cambio que se constituye siempre de nuevo cuando los hombres empiezan a cambiar. Pero con el fin de subrayar separadamente el momento de la objetividad de estas formas mentales, voy a descomponer de nuevo la estructura. La argumentación en su conjunto debiera rezar

más bien: en el marco de la producción privada y sujeta a la división del trabajo los hombres practican el metabolismo social bajo una forma que da a sus productos forma de valor y que les permite a ellos moverse en las vías de esa forma de valor. En la expresión «en condiciones de producción privada con división del trabajo los hombres practican en una forma determinada...» se recoge en una identidad las dos caras de la objetividad y la subjetividad. Esto significa que éstas son formas que pueden comprenderse como datos sociales objetivos, pero que inseparablemente de ello son al mismo tiempo formas de la adquisición de consciencia de esos datos sociales. Estas formas, por tanto, determinan al mismo tiempo el objeto, el ser social, y la consciencia del mismo.

XI. 8. *Nueva anticipación de la forma salario*

La cosa es muy evidente, desde luego, en la forma del cambio o en la forma simple de valor. Me parece por tanto apropiado volver al ejemplo de la forma salarial de la que ya nos hemos ocupado en la primera lección cuando intentábamos posibles comienzos alternativos. Adelantémonos por tanto al capítulo 17. Comienza (OME 41, pág. 171) con las formulaciones inicales que nos han ocupado en el análisis del primer capítulo: «En la superficie de la sociedad burguesa aparece el salario del trabajador» —se trata, por tanto, de la forma de aparición del salario, y por la expresión «en la superficie» podemos identificar un 'dato cotidiano, tal como aparece a primera vista'—, o sea, el salario del trabajador aparece en la superficie de la sociedad burguesa «como precio del trabajo, como

una cantidad determinada de dinero que se paga por una cantidad determinada de trabajo». Partiendo de un dato empírico de la cotidianeidad, de un saber-lugar común, Marx caracteriza por de pronto el enfoque para su tratamietno teórico espontáneo: «Se habla entonces del valor del trabajo y se llama a su expresión en dinero, precio...». Aquí intervienen también teorías del valor y del precio para la 'mercancía trabajo'. «Pero ¿qué es el valor de una mercancía?» Marx aplica la teoría del valor desarrollada en el capítulo 1.º: el valor de una mercancía está determinado por el tiempo de trabajo socialmente neecsario para su producción. La explicación espontánea del salario en base al sujeto «valor del trabajo» conduce a absurdas contradicciones teóricas. ¿Acaso de ambas premisas (1.ª el salario determinado por el valor del trabajo; 2.ª el valor determinado por el trabajo socialmente necesario) no se sigue la tautología sin sentido de que el valor del día de trabajo está determinado por el mismo día de trabajo? Y de inmediato viene la segunda objección (págs. 171-172): «Para ser vendido como mercancía en el mercado, el trabajo tendría, en cualquier caso, que existir antes de ser vendido. Pero si el trabajador pudiera darle existencia autónoma, vendería mercancía, y no trabajo.» Si alguno de los dos supuestos fuese cierto, el modo de producción capitalista sería imposible, pues descansa en la plusvalía. O sea, de esta manera es imposible.

XI. 9. *Irracionalidad y análisis racional de la forma salario*

Las contradicciones teóricas desaparecen cuando Marx resuelve seguidamente lo que a primera vista se presenta como el precio del trabajo en la relación que se halla aquí implícita y que consiste en que el salario es el precio de la fuerza de trabajo, mientras que esa fuerza de trabajo se compra por su valor de uso, pero no sólo por su capacidad de producir valor de uso, sino sobre todo por ser susceptible de ser utilizada para la producción de más valor del que ella misma «vale», estando este valor suyo a su vez determinado, al igual que el valor de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo necesario en promedio para su produción. «Lo que en el mercado se enfrenta directamente al poseedor de dinero no es, en efecto, el trabajo, sino el trabajador. Lo que este último vende es su fuerza de trabajo. En cuanto que empieza realmente su trabajo, éste ha dejado de pertenecerle, por lo que ya no lo puede vender.» (Pág. 173.) (El hecho que viene formulado en la frase siguiente ya lo hemos comentado con anterioridad: «El trabajo es la substancia y la medida inmanente de los valores, pero él mismo no tiene valor.») Unicamente porque se ha analizado anteriormente la mercancía, el dinero, el capital y el proceso de valorización es posible aquí, asociándose estos conocimientos más simples a un conocimiento ya adquirido y coherente, resolver las contradicciones superficiales de la forma salario.

XI. 10. *Formas mentales «imaginarias» pero en realidad «corrientes»*

Una vez realizado esto, Marx se ocupa —de manera idéntica a como al final del primer capítulo, tras la resolución de las contradicciones de la forma valor— de un aspecto de la forma salario que ésta tiene en común con la forma valor, a saber: ser una *forma mental objetiva*. Primero resume la singularidad observada de la forma salario: «En la expresión 'valor del trabajo' el concepto de valor no sólo está completamente extirpado, sino incluso invertido en su contrario. Es una expresión imaginaria, como, por ejemplo, 'valor de la tierra'.» Estas «expresiones imaginarias» son ciertamente irracionales, pero no irreales. No son invenciones de teóricos, sino que «nacen... de las mismas relaciones de produción. Son categorías de las formas de manifestación de relaciones esenciales.» (Pág. 173.) Al final del capítulo 17 (pág. 178) Marx vuelve al problema de esta forma de manifestación y le adscribe la misma unidad de ser práctico y consciencia que anteriormente había expresado en el apartado dedicado al carácter de fetiche de la mercancía con la categoría de «forma mental objetiva»:

> «Por lo demás, se aplica a la forma apariencial 'valor y precio del trabajo', o 'salario del trabajo', distinguida de la relación esencial, el valor y precio de la fuerza de traabjo, lo mismo que se aplica a todas las formas de manifestación y a su trasfondo oculto. Las primeras se reproducen directa y espontáneamente, como formas mentales corrientes; el otro tiene que empezar por ser descubierto por la ciencia.»

XI. 11. *El salario como forma de praxis determinante de las representaciones de la cotidianeidad*

Antes de que abordemos la cuestión de la ciencia y de sus tareas hay que subrayar aún el carácter práctico-real de la forma salario para que no sea malentendida su catalogación como fenómeno invertido, meramente imaginario. En no menor medida que la forma valor —que, por otra parte, está «contenida» en ella— es una forma social en la que se realiza y se regula contractualmente millones, miles de millones de una especie determinada de relación social, a saber, la relación básica para la producción capitalista entre el trabajo asalariado y el capital. ¿Cuál es el contenido del contrato de trabajo asalariado? El contrato fija en primer término que ha de trabajarse a cambio de un determindo salario por unidad de tiempo. Los intereses de las dos partes contratantes son por principio opuestos, pero no ya sólo en forma de una oposición «simétrica» como la que se da en el trato sobre el precio en cualquier venta, sino en forma de un antagonismo de clase entre explotador y explotado. Sin embargo, una cosa es esencial: para la conclusión del contrato (en la medida en que no sea modificado con el concurso de la violencia directa) es decisivo, al igual que en el cambio simple, el principio formal de la voluntariedad bilateral, es decir, también el principio de la equivalencia. Esto significa que las partes contratantes han de coincidir en un punto medio, que viene mediado siempre por el «poder de mercado» económico, han de encontrarse en un terreno que viene definido por el precio «más propio de mercado» y en este sentido «más justo» para el «trabajo».

La forma como las dos grandes clases de la sociedad capitalista regulan en la práctica su relación es, precisamente, esta forma del «precio del trabajo». La forma salario ha de entenderse, por tanto, como la forma básica de la praxis o «forma vital» de la sociedad capitalista. Ella es forma objetiva, un dato social práctico, y en esta medida un momento del ser social. Simultáneamente e indisolublemente es una forma mental, una forma de la consciencia del ser social. Así pues, no sólo designa simplemente un hecho, sino al mismo tiempo una consciencia «de principio», tal como era el caso con el principio de equivalencia: donde se compra y se vende, cada uno puede intentar engañar al otro, pero el punto de convergencia ha de ser uno que viene dado por el principio de la equivalencia, pues el equivalente es lo mínimo que uno ha de creer que obtiene para dar su acuerdo en la transacción. Luego: el salario no es sólo algo fáctico, sino algo accesible a las clases afectadas «desde dentro» y Marx puede decir (OME, 41, pág. 176) que en este forma se basan «todas las ideas jurídicas del trabajador y del capitalista» —y también, dicho sea de paso, todas las apologías económico-vulgares del capitalista—. Hacia el final del tercer tomo (MEW 25, pág. 838) Marx, una vez ha desarollado las formas del interés y de la renta de la tierra, aborda este aspecto común a las tres formas económicas del interés, de la renta y del salario y dice que es «natural que los agentes reales de la producción... se sientan plenamente cómodos en estas formas enajenadas e irracionales, pues son precisamente configuraciones de una apariencia en la que ellos se mueven y con la que tienen que vérselas cotidianamente» y que, por consiguiente, determina sus «representaciones cotidianas» (págs. 838 y s.).

XI. 12. *Inversión del hombre y la cosa, consciencia invertida*

Pero ¿no habíamos leído en Marx que en una sociedad de producción privada los productores están «bajo el control de las cosas» en lugar de controlar ellos a éstas? ¿Qué sentido tiene frente a esto hablar de voluntariedad, etcétera? Y ¿acaso no suena eso a retórica vacía aplicado los trabajadores asalariados los cuales cuando se produce un desempleo masivo se ven forzados a menudo ante la pura miseria a aceptar cualquier trabajo y *al* precio que se les ofrezca? Pero ¡alto!, «control de las cosas» no se refiere a la equivalencia, es decir, no al principio de la equivalencia, sino a la magnitud de valor de las mercancías. El individuo singular carece de cualquier control sobre el valor, pero sí que puede estar atento y exigir que se le dé el contravalor pleno por el valor de cambio de su mercancía «dictado por el mercado». El trabajador asalariado experimenta con el valor de su mercancía, es decir, de su propia fuerza de trabajo, el valor «tal como es realmente», como «una relación social de cosas y una relación material entre personas». Sin embargo, no se puede descuidar, tratando el problema de la magnitud de valor, el de la forma de valor —bajo el principio de equivalencia, ya que es la forma de una relación entre dos voluntades libres— pues si no, no se comprendería porqué no sólo el propietario de capital, sino también el trabajador asalariado se siente en principio «plenamente cómodo» en estas formas.

Formas como la forma salario, por tanto, son —ciertamente— imaginarias e irracionales, pero no por ello menos cotidianamente reales. En la medida en que son formas objetivas del pensamiento están invertidas y tampoco lo están. El pensamiento de quien piensa estas formas refleja inmediatamente un fragmento de la realidad práctica. Sólo un fragmento, de todos modos. Si la ciencia descubre el contexto de eficacia de todos estos fragmentos aparecen invertidas las formas objetivas de pensamiento. Pero su inversión no es sino el reflejo inmediato de la inversión real del hombre y la cosa, del sujeto y el objeto tal como lo hemos estudiado en su forma elemental y más simple con el ejemplo del carácter de fetiche de la mercancía. «Invertida» está por tanto la realidad social objetiva; las formas de aparición, que son al mismo tiempo formas mentales, reflejan la realidad invertida «tal como es realmente.» Por otra parte, puede, por ejemplo, decirse también de la forma salario que «hace invisible la relación real e indica precisamente su contrario» (pág. 176). De tales formas dice Marx en el apartado sobre el carácter de fetiche de la mercancía: «constituyen las categorías de la ciencia económica burguesa» (pág. 86). O en base al ejemplo de la forma salario: «La economía política clásica tomó de la vida cotidiana, sin más crítica, la categoría 'precio del trabajo', para luego tener que preguntarse: ¿cómo se determina ese precio?» (pág. 174).

Finalmente hemos llegado aquí al punto en el que se pregunta y hay que contestar: ¿qué significa, realmente, *crítica de la economía política*? ¿Qué la dife-

rencia, digamos, de la economía política clásica, que tomaba sin una crítica ulterior determinadas categorías de la vida cotidiana? ¿En qué consiste y cómo procede esta «crítica ulterior» en Marx? El conjunto de problemas determinado por estos interrogantes nos ocupará la última lección.

LECCION XII

XII. 1. *¿Qué significa «crítica de la economía política»?*

El dominio de la clase burguesa sobre la clase obrera viene basado económicamente en la posesión exclusiva de los medios de producción, sin los cuales el trabajador no puede realizar su fuerza de trabajo, es decir, no puede producir medios de vida. La propiedad privada sobre los medios de producción hace de éstos, frente a su no propiedad, «cosas sociales» a las que en tanto que cosas se les adscribe poder social y productividad económica.

Que la sociedad burguesa de clases se basa y funciona inmediatamente determinada por el poder económico, la presión de la necesidad y los meros objetos, se expresa en el predominio de aquello que hemos venido definiendo a lo largo de estas lecciones como determinación económica formal a partir del ejemplo de la «forma económica celular», de la forma mercancía o de la forma valor. Habíamos llegado hasta el punto en el que Marx indica que las formas mentales objetivas, las que surgen espontáenamente de las formas económicas y se reproducen por sí mismas en la consciencia,

son formas mentales corrientes que conforman las categorías de la economía burguesa habiendo sido *tomadas* por la economía clásica, en parte *sin una crítica ulterior, de la vida cotidiana.* Ahora hay que preguntar conclusivamente en qué consiste realmente la peculiaridad de la crítica marxiana. Es decir, ¿cuál es el significado, cómo procede y cuál es la utilidad de la *crítica de la economía política?* Llegados aquí, hay que detenerse un momento y clarificar cuál es propiamente el objeto de esta *crítica.*

XII. 2. *Doble sentido del concepto «economía política»*

¿Qué ha podido significar hasta aquí la «economía política»? A primera vista parece que el concepto ha de entenderse como la caracterización de edificios teoréticos que intentan exponer científicamente lo que sucede en el plano de la economía en la sociedad burguesa. Pro si se entiende así el concepto, entonces es difícil hacer compatible el subtítulo del *Capital* con su contenido y su construcción. El subtítulo del *Capital* reza, como es sabido, *Crítica de la economía política.* Si hubiera que entender este subtítulo únicamente como 'crítica de las opiniones teóricas en economía' realmente anunciaría un contenido que sólo está presente en la obra en una posición subordinada. Pues en los tres primeros libros Marx desarrolla sistemáticamente el proceso global de la producción capitalista, si bien hace referencia en excursos, cuando no sólo en notas a pie de página, a las opiniones teóricas de los economistas burgueses. Sin embargo, sería posible eliminar todos esos excursos y notas a pie de pá-

gina sin que nada cambiase en la construcción de los tres libros y en su valor objetivo de conocimiento. Sólo en el libro IV del *Capital* —cuya versión en borrador fue dada a conocer separadamente del *Capital* por su primer editor, Kautsky, como obra independiente y bajo el título de *Teorías sobre la plusvalía* (ver al respecto MEW 26, 1, pág. XV)— se ocupa Marx temáticamente de la teoría económica burguesa. Tal es la causa de que denominase al libro IV la «revista crítica de literatura» o la «parte de crítica de literatura» del *Capital*. Sería, por tanto, un criterio demasiado estrecho circunscribir el concepto de *economía política,* tal como figura en el subtítulo del *Capital,* exclusivamente a la teoría.

Esta conclusión tiene a su favor aún un segundo argumento, a saber, que las categorías de la economía política son en principio, ciertamente categorías reales, «formas mentales objetivas», es decir, no algo que haya salido caprichosamente del cerebro del teórico. Por su origen no son sino las formas mentales «corrientes» surgidas espontáneamente de aquellas relaciones sociales determinadas.

De todos modos, estas categorías solas no hacen por sí mismas ciencia. Observemos lo que dice Marx (en la nota 32 situada en la página 91) sobre la economía clásica: «Por precisarlo de una vez para todas: entiendo por economía política clásica toda la ciencia económica, desde W. Petty, que investiga la conexión interna de las relaciones de producción burguesas, frente a lo que hace la economía vulgar, que se agita exclusivamente dentro de la conexión aparente, sigue rumiando una y otra vez el material de antiguo suministrado por la economía científica con objeto de hacer plausiblemente comprensibles los fenómenos más gro-

seros, por así decirlo, y satisfacer la modesta necesidad burguesa de comprensión...» Es decir: resulta evidente que lo dicho hasta aquí para la determinación de la economía política como ciencia es demasiado breve. ¿De qué se ocupa, realmente? Según Marx es característico de la economía política clásica intentar, tomando como punto de partida las «formas mentales objetivas» de la sociedad capitalista, es decir, la forma mercancía, la forma dinero, la forma capital, la forma salario, la forma renta de la tierra, la forma interés y así sucesivamente, buscar y establecer conceptualmente una conexión legaliforme entre estas categorías sacadas de la realidad empírica. Con este trabajo, que suponía la obra de generaciones de científicos, la ciencia burguesa llegaba a vislumbrar de alguna manera la conexión interna, la arquitectura interna de su sociedad.

XII. 3. *La teoría del valor trabajo como conquista de la economía burguesa*

Si hoy se hiciese una encuesta entre estudiantes de izquierda sobre esta cuestión resultaría muy probablemente que se consideran como descubrimientos de Marx gran cantidad de conocimientos adquiridos por la ciencia burguesa con mucha antelación a Marx, particularmente el conocimiento de la substancia a la que puede reconducirse de las formas más diversas el valor. La *teoría del valor-trabajo* es tanto un producto de la economía burguesa clásica como lo es la concepción de la plusvalía en tanto que «categoría general de la que el auténtico beneficio y la renta de la tierra son sólo ramificaciones» (MEW 26.1, pág. 53), si bien con la

limitación decisiva de que aquélla «no separa la plusvalía como tal, como categoría, de las formas particulares que reviste como beneficio y renta de la tierra». (*Ibíd.*) En cualquier caso, es preciso retener que: «El gran mérito de la economía clásica consiste en haber acabado con esa falsa ilusión y apariencia, con esa autonominación y osificación de los diversos elementos de la riqueza entre sí...» (MEW 25, pág. 838).

Pero ¿qué queda realmente como lo específico de la *crítica* marxiana si tantos descubrimientos esenciales fueron obra ya de los economistas burgueses clásicos con anterioridad? Si se analiza cómo utiliza Marx el concepto de *crítica de la economía política,* el asombro va en aumento pues resulta que no lo reserva con exclusividad para su propia obra. Por ejemplo, distingue en la obra de Adam Smith dos clases de teoría. La primera se caracteriza porque el autor «se limita a describir, catalogar, relatar y poner en determinaciones conceptuales esquematizadoras... la conexión tal como viene aparentemente dada en las manifestaciones de la concurrencia y como se presenta por tanto ante la observación acientífica...» (MEW 26.2, pág. 162). De hecho, en lo relativo al análisis de la sociedad burguesa se trataba por de pronto, «en parte de describir primero las formas de existencia suyas que se manifestaban externamente... y en parte también de encontrar para estos fenómenos una nomenclatura y los correspondientes conceptos racionales, es decir, de reproducirlos en parte primero en el lenguaje y (en el) proceso de pensamiento». (*Ibíd.*)

La segunda clase de teoría que Marx encuentra en A. Smith es de naturaleza muy diferente a la primera. Pues en ella Smith no se da por satisfecho con las categorías tal como aparecen acabadamente, sino que inten-

ta descubrir su conexión interna. El propio Ricardo, el consumador de la escuela smithiana, es altamente ponderado por Marx por haber pronunciado un enérgico *¡alto!* en relación con todas las rutinas de la ciencia que hasta entonces estaban haciendo los sucesores de Smith. Ricardo exige de la ciencia económica que exponga «el sistema burgués de la economía en su conjunto como sujeto a una ley fundamental» y él mismo procede efectivamente, como lo atestigua Marx, de modo tal que «destila de entre la dispersión y la multiplicidad de los fenómenos, la quintaesencia» (MEW 26.2, pág. 166). La ley fundamental y la quintaesencia son en Ricardo la determinación del valor por el trabajo. En los pasajes principales de su obra se «confrontan las relaciones burguesas de producción desarrolladas, es decir también las categorías desarrolladas de la economía política con su principio, la determinación del valor, y se contrasta hasta qué punto se corresponden directamente con él o bien qué relación guarda con las desviaciones aparentes[1]» (*Ibid.*) Marx va tan lejos como para llamar a esta aportación de Ricardo «su crítica de la economía política anterior» (*Ibid.*). De otro lado, es cierto también que Marx somete a una crítica rigurosa las insuficiencias teoréticas de Ricardo.

XII. 4. *La frontera entre crítica y no crítica*

Así resulta que la frontera entre la crítica y la no crítica no discurre tan claramente dejando a un lado a Marx y al otro a los economistas burgueses clásicos como pudo quizás parecer a primera vista. Pero desde la perspectiva de la historia de la ciencia ¿en qué

consiste la barrera con que chocaron los economistas burgueses? De los discípulos de Ricardo dice Marx (OME 41, pág. 151): «En realidad esos economistas burgueses sintieron con acertado instinto que es muy peligroso explorar demasiado profundamente la peliaguda cuestión del origen de la plusvalía.» Pero ¿por qué es tan peligroso? ¿Acaso desde el punto de vista del científico no ha de dar realmente igual ser «burgués» o no serlo? Debía bastar con ser científico, con la voluntad de investigar sin ninguna reserva la realidad de la sociedad capitalista. Está claro. Pero ocurre que quien se toma en serio la absoluta carencia de reservas de la investigación se encuentra, si sigue «la peliaguda cuestión del origen de la plusvalía», con el peligroso «secreto» de que la relación nuclear de la sociedad burguesa es la explotación de la clase obrera por la clase capitalista.

Sacar a la luz este secreto —o incluso sólo saber que por medio del conocimiento de la relación entre las clases es posible llegar a él— aparece ante los representantes de las clases y capas beneficiarias de la explotación como agitación subversiva a partir del momento en que el conocimiento del carácter explotador de este orden social basado aparentemente en un cambio justo amenaza con justificar la demanda de los explotados de disponer de su propio producto.

XII. 5. *Las «furias del interés privado» y el científico social*

La respuesta a la pregunta por la limitación de la economía política en la sociedad burguesa la da, por tanto, la historia de la lucha de clases. El descubri-

miento de la «coherencia interna» de la economía capitalista, es decir, aquello que constituía el programa evidente para la ambición de científico de Ricardo, se hace algo crítico en cuanto aparece un movimiento obrero organizado que se apropia de los resultados de la ciencia y fundamenta en ellos sus reivindicaciones.

En el prólogo a la primera edición del *Capital* (pág. 8) Marx menciona por su nombre la limitación de la ciencia por la propiedad privada:

> «En el terreno de la economía política la libre investigación científica no tropieza sólo con el mismo enemigo que se encuentra en todos los demás campos. La peculiar naturaleza de la materia que trata convoca en su contra las pasiones más violentas, mezquinas y odiosas que sufre el pecho humano, las furias del interés privado. La Alta Iglesia inglesa, por ejemplo, perdona antes el ataque a 38 de sus 39 artículos de fe que el ataque a 1/39 de sus ingresos en dinero. Hoy día el mismo ateísmo es una *culpa levis,* pecado venial, comparado con la crítica de las relaciones de propiedad tradicionales.»

De esta manera la ciencia se encuentra en la sociedad burguesa con una barrera que no surge de ella como ciencia y contra la que algunos científicos burgueses se han roto la cabeza. La ciencia encuentra limitaciones en la medida en que sus representantes permanecen prisioneros de los intereses de clase burgueses y subordinan su ciencia a sus intereses privados o en la medida en que mediante una presión directa o indirecta se ven sujetos a esas barreras. Siempre que el científico burgués se enfrenta a este conflicto se le

plantea el dilema de elegir entr su cientificidad o su punto de vista de clase. En la medida en que es dependiente desde el punto de vista financiero, se verá siempre amenazado en su trayectoria profesional o por alguna forma de «*Berufsverbot*».* De hecho, Ricardo fue ya, a pesar de que era un apasionado partidario del capitalismo —si bien de un capitalismo abocado a ser el orden social más productivo—, acusado de agitador, de demagogo insurgente y de ideólogo.

XII. 6. *Ni crítica desde fuera ni mera crítica ideológica*

Esta limitación de la ciencia burguesa ha de derivarse de la contraposición de clases y de su evolución y no, por consiguiente, de una mística cualidad dada por su carácter burgués. Históricamente caminó, en tanto que ciencia, en un principio, un trecho enorme en la ruta de la investigación del capitalismo. Su tarea es la clarificación de la «falsa apariencia», el descubrimiento de la conexión entre lo inmediatamente autónomo y lo que aparece sin conexiones. Sus representantes retroceden atemorizados cuando la prosecución por este camino les pone en conflicto con los intereses extraeconómicos del ingreso o cuando el científico, para relativizar las «formas mentales objetivas», tenía que visualizar el límite histórico de la sociedad burguesa. En una medida creciente, y es algo que se puede obser-

* *Berufsverbot*: prohibición de ejercer cargos en organismos o empresas estatales para todos aquellos que sean suspectos de ser «enemigos de la Constitución». En realidad, recurso represivo ampliamente utilizado contra la izquierda en la República Federal Alemana. (T.)

var muy claramente sobre todo a partir de 1848, aparece entonces en lugar de la economía clásica, la economía vulgar.

Evidentemente no es algo tan fácil destacar lo específico de la *crítica de la economía política* en relación con la economía clásica. ¿Qué es lo específicamente crítico en la teoría de Marx? En cualquier caso pertenece a esa especificidad el no temer a la lucha contra las «furias del interés privado». Pero con esto sólo se expresa una precondición. Queda por caracterizar su instrumentación científica. Con todo, apoyándonos en lo desarrollado hasta aquí, es posible sintetizar con relativa facilidad la relevancia epistemológica y metodológica de la *crítica*. Voy a decir primero lo que no es y aquello por lo que normalmente se la tiene: crítica no significa aquí en ningún caso crítica moral o cualquier otro género de crítica ejercitada desde fuera. Esto debiera estar ya claro a la luz de lo dicho hasta aquí. La crítica tampoco quiere decir sustancialmente crítica de la ideología, ni clarificación de las mistificaciones, ni «ciencia del desciframiento» como algunos la entienden. Y no lo es porque la crítica no se ocupa, precisamente, ni de lejos sólo con una actividad de crítica de la falsa consciencia para establecer la conciencia cierta, sea lo que sea esta actividad. Crítica tampoco quiere decir crítica epistemológica de determinados «fenómenos» así como tampoco el criticar determinadas opiniones teóricas acerca de la esencia de esos fenómenos. Más bien la *crítica de la economía política* es ciencia básica en el doble sentido de que comprende tanto la realidad social con sus «fenómenos» principales en su formación, su «construcción interna» y su «vida» como deriva también, simultáneamente, sus formas mentales objetivas. Esto significa

que desarrolla no sólo el objeto desde sus comienzos siguiendo desde el análisis de sus leyes formales y funcionales su génesis al igual que descubre asimismo a partir de su desarrollo genético su construcción lógica, sino que desarrolla y analiza con ello también las formas en las que el objeto se hace consciente. Su contribución al análisis de la relación entre el ser y la consciencia constituirá el objeto de una investigación específica basada en estas lecciones.

XII. 7. *La «crítica verdadera» comprende la «génesis interna» y la «lógica del objeto»*

Ya en un texto muy temprano de Marx, su esbozo de una crítica del derecho público de Hegel, escrito en el verano de 1843, se sitúa el camino necesario de la crítica en la vinculación entre el análisis lógico y el desarrollo genético. Marx se opone aquí a la crítica dogmática, que *lucha* con su objeto, de la misma manera que antes, por ejemplo, se descartaba el dogma de la Santísima Trinidad en base a «la contradicción entre uno y tres», es decir, en base a consideraciones formuladas desde fuera que observando la superficie del objeto constatan contradictoriedades visualizadas exteriormente y declaran al objeto por ello visto para sentencia. La única crítica convincente desde un punto de vista científico ha de proceder de otro modo.

> «La verdadera crítica por el contrario muestra la génesis interna de la Santísima Trinidad en el cerebro humano. Describe su nacimiento. Así, la crítica verdaderamente filosófica no se limita a señalar las contradicciones existentes en la ac-

tual constitución del Estado, sino la *explica,* comprende su génesis, su necesidad. La capta en su significación *peculiar.* Pero este *comprender* no consiste, como piensa Hegel, en reconocer universalmente las determinaciones del concepto lógico, sino en comprender la lógica peculiar del objeto peculiar.» (MEW 1, pág. 296).

XII. 8. *Singularidad lógico-científica: deducción y desarrollo*

¿Acaso este programa no se encuentra realizado y, al propio tiempo, clarificado como tal programa en la *Crítica de la economía política?* La crítica no significa por tanto —o al menos no sólo— la censura de los errores de una teoría económico-política. Antes bien significa —y ello implica la superación de un concepto de crítica desarrollado por la filosofía burguesa clásica— otra cosa: la inteligencia del objeto —y del objeto real, no meramente de su «aparición»— a partir de su constitución, a partir del verdadero proceso de producción. A partir de su constitución se aprehende también junto con el objeto, al mismo tiempo, la humanidad que se vincula práctico-socialmente, que opera y se desarrolla en sus formas, así como también junto a la «necesidad» del objeto se desarrolla en paralelo su «pensabilidad» espontánea.

La *crítica de la economía política* significa, por consiguiente, *derivación* y *desarrollo* de las formas económicas y de la coherencia de funcionamiento de la sociedad burguesa. ¡Cerciorémonos de ello las veces que haga falta! ¿Cómo desarrolla su objeto? Simplificando mucho, porque se dejan al margen muchas

cuestiones más complicadas aún que habrá que contestar respecto de la construcción global, puede decirse al final de nuestra investigación del primer capítulo: lo desarrolla precisamente de un modo tal que empezando en lo lógico-elemental, en lo más simple, que es al mismo tiempo lo genéticamente primero, deriva de su descomposición las leyes —determinadas por una necesidad práctica— que gobiernan el desarrollo ulterior del elemento más simple hasta sus formas compuestas. Y el procedimiento es la ascensión sucesiva de lo inicial más simple a lo compuesto, de lo abstracto-general a lo concreto-particular.

XII. 9. *Análisis y desarrollo de la forma de valor*

Así pues, Marx procede abstrayendo de todas las formas particulares, que dan como forma fundamental de la sociedad burguesa la forma mercancía del producto del trabajo y la forma del trabajo como trabajo formador de valor. Lo que aporta la crítica de la economía política mediante el ascenso evolutivo de lo más simple a lo más complejo es justamente la derivación completa de todas las formas del valor. Del valor desciende al trabajo productor de mercancías; luego desarrolla a partir de la forma más simple de valor las formas del dinero y del capital: partiendo de la forma de capital desciende a la forma general-abstracta del trabajo capitalísticamente productor de mercancías, que es esencialmente trabajo productor de plusvalía, porque el incremento del valor es el único objetivo que determina al capitalista a emplear trabajadores asalariados. De esta forma del trabajo productor de plusvalía, que es aún muy abstracta, pero bá-

sica y común a todas las singularizaciones concretas, la crítica asciende en parte genéticamente en parte estructural-analíticamente, «arquitectónicamente», hasta dar con los fenómenos tal como aparecen ante nosotros en nuestra realidad cotidiana, como categorías empíricas en las que se halla inmersa nuestra sociedad.

Es precisamente este ascenso de la forma general-abstracta de la plusvalía puramente desarrollada y en absoluto dada empíricamente hasta las formas particulares del ingreso de las clases poseedoras, lo que distingue a la *crítica* marxiana —en cuanto a los principios— de toda la economía política anterior. Esta diferencia se expresa en una formulación consignada en las *Teorías sobre la plusvalía*:

> «Todos los economistas comparten el error de no considerar a la plusvalía como tal, en estado puro, sino bajo las formas particulares del beneficio y la renta. Los errores teoréticos que necesariamente se derivan de esto se mostrarán en el capítulo III, donde se analizará la forma muy alterada que adopta la plusvalía como beneficio.» (MEW 26.1, pág. 6.)

XII. 10. *Análisis de la forma y carácter dúplice del trabajo*

Cuando se pregunta por qué «todos los economistas» anteriores a Marx transitaron por ese camino equivocado y cómo le fue posible al propio Marx encontrar el camino correcto, se hace evidente que en relación con la consideración de las barreras que alzan las «furias del interés privado» he dejado de momento

sin considerar una frontera absolutamente decisiva que separa su *Crítica* de toda la economía política anterior. La «crítica de toda la economía política anterior», que Marx constata afirmativamente en la obra de Ricardo, se refiere sólo a la base material de la teoría del valor-trabajo. La ley fundamental a la que tenían que someterse por la economía clásica en su punto culminante era precisamente esta ley de la determinación del valor por el trabajo. Marx halla en *El Capital* el acceso al concepto puro de la plusvalía a través del análisis y el desarrollo de las formas de valor —sobre todo de la forma capital y de la forma de mercancía de la fuerza de trabajo— y del trabajo «formalmente determinado» por aquellas. El análisis de las formas económicas —antes que nada de la forma de valor en tanto que la forma más abtracta y general— constituye lo específico de la *crítica* marxiana. (Por eso el análisis de la forma valor se ha tomado como objeto de esta lección introductoria.)

Pero ¿no está esto en contradicción con la afirmación anteriormente citada de Marx según la cual su descubrimiento del doble carácter del trabajo productor de mercancías fue lo que constituyó realmente el «salto» decisivo? En otro lugar subraya que «todo el secreto del método crítico» estriba en el análisis del carácter doble del trabajo productor de mercancías. También hacia el final del capítulo I, en la nota 31, delimita su crítica de la economía política anterior:

> «Pero, por lo que hace al valor como tal, la economía política clásica no distingue nunca explícitamente y con consciencia clara entre el trabajo tal como se representa en el valor y ese

> mismo trabajo en la medida en que se presenta en el valor de uso de su producto. De hecho, como es natural, cumple con la distinción, puesto que unas veces considera el trabajo cuantitativamente y otra cualitativamente. Pero no cae en la cuenta de que la distinción puramente cuantitativa entre los trabajos presupone su unidad o igualdad cualitativa, o sea, su reducción a trabajo humano abstracto.» (Pág. 90.)

No es posible separar tajantemente el análisis formal del valor y el análisis del carácter dúplice del trabajo productor de mercancías. Basta con preguntar sólo lo que posibilita en cada caso y para qué son necesarios para darse perfecta cuenta de esto. En principio, la introducción del concepto del carácter dúplice del trabajo se apoya en el análisis de las dos determinaciones de la mercancía. A partir del seguimiento conceptual del cumplimiento de la determinación del valor de cambio y sobre todo a partir de la observación de que la realización del valor de cambio presupone la abstracción del valor de uso, Marx llegó al residuo del trabajo humano abstracto objetivado, en base al cual es posible deslindar claramente las dos determinaciones del trabajo productor de mercancías. En el análisis de la forma de valor, retomado después, puede volver sobre el carácter doble de la mercancía y del trabajo que la produce, para llegar a una comprensión más exacta de las contradictorias peculiaridades de la forma equivalente. A través del análisis formal, en el que no nos podemos detener más aquí, se determina en base al concepto de la forma de equivalente el desarrollo ulterior a través de la forma dinero, a la forma capital. Para comprender como puede

convertirse la forma capital en la forma normal ha de comprenderse la mercancía fuerza de trabajo, lo que es posible gracias a la utilización de los conocimientos adquiridos sobre la doble determinación de la mercancía. Sobre todo en el análisis de la determinación doble del proceso capitalista de producción (capítulo V) en tanto que proceso de trabajo y proceso de valorización se toma como base decisivamente la visión del carácter doble del trabajo. ¿Y qué depende de esto? Nada menos que el concepto formal de la plusvalía, innovador y central para el análisis del capitalismo. Del análisis de las diversas posibilidades prácticas de influir sobre la magnitud de la plusvalía se pasa, con la distinción entre la plusvalía absoluta y la relativa, a la investigación de las leyes y etapas más importantes del desarrollo de la producción capitalista y así sucesivamente.

XII. 11. *Economía burguesa clásica: análisis retrospectivo*

El análisis de la forma mercancía y la reducción del trabajo productor de mercancías a trabajo humano abstracto concurren así indisolublemente unidos. En su unidad se basa un procedimiento que es el inverso del procedimiento de la economía clásica. Su grandeza consistía en la reducción o análisis (es decir, en la disolución reductiva) de todas las formas de valor a su sustancia común de valor sin llegar a destacar, no obstante, ésta en estado puro. La grandeza de la economía clásica es considerada, por tanto, también por Marx como la otra cara de su limitación, de su «brutal implicación interesada en la materia» (ver al respecto MEW

26.1, pág. 63). Por el contrario, Marx, tras analizar la forma del valor y del trabajo formador de valor y una vez ha adquirido la categoría más abstracta y general del valor, toma como punto de partida la producción de plusvalía y sigue las modificaciones esenciales (metamorfosis, cambios de forma) que experimenta la plusvalía.

Al final del capítulo I Marx se refiere a esta peculiaridad de su *Crítica* y a su limitación de principio de la economía anterior:

> «La economía política ha analizado, ciertamente, aunque sea de un modo imperfecto, el valor y la magnitud de valor, y ha descubierto el contenido oculto en esas formas. Pero ni siquiera se ha planteado nunca la pregunta de por qué este contenido toma aquella forma, esto es, por qué el trabajo se presenta en el valor, y la medida del trabajo por su duración se presenta en la magnitud de valor de su producto.» (Págs. 90 y s.)

Y en la nota 32 (pág. 91), de la que ya he citado una parte, sigue a continuación:

> «Uno de los defectos básicos de la economía política clásica consiste en que no consiguió nunca descubrir, partiendo del análisis de la mercancía, y más especialmente, del valor de la mercancía, la forma de valor, la que precisamente hace del valor valor de cambio. Precisamente en sus mejores representantes, como A. Smith o Ricardo, la economía política clásica trata la

forma de valor como cosa del todo indiferente, externa a la naturaleza de la mercancía misma. La causa de eso no es sólo que el análisis de la magnitud de valor absorbiera totalmente su atención. La forma valor del producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, modo que queda caracterizado por ella como una especie particular de producción social, o sea, caracterizado históricamente. Por eso, si se toma dicha forma como forma natural eterna de producción social, se pasa también por alto inevitablemente lo específico de la forma valor, o sea, de la forma mercancía y, más desarrollada, de la forma dinero, la forma capital, etc. Por eso se encuentra, entre economistas que coinciden plenamente en cuanto a la medida de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo, las nociones más diversamente abigarradas y contradictorias unas de otras respecto del dinero, esto es, respecto de la forma acabada del equivalente general.» (Pág. 91.)

XII. 12. *El análisis formal relativiza la forma social*

Investigar atentamente la forma del valor quiere decir comprenderla como el reflejo de un tipo históricamente «particular de la producción social», como forma de la praxis de una forma determinada de sociedad. Las formas del valor que poseen en la sociedad burguesa desarrollada «la solidez de formas naturales de la vida social» (pág. 86) surgen como relaciones

particulares y se captan en su desarrollo realizado de un determinado modo. Con la forma se historiza la forma de sociedad. La ley del desarrollo de la forma se convierte en la de la forma de sociedad cuya naturaleza transitoria puede captarse a través suyo. *Crítica* significa aquí por tanto también sacar a la luz el carácter histórico de una forma de sociedad que espontáneamente se percibe o se supone forma natural. Al proceder así se sitúa en abrupta contraposición con la economía política clásica —por no hablar de la más reciente economía vulgar. «Unas fórmulas que llevan escrito en la frente el hecho de pertenecer a una formación social en la cual el proceso de producción domina a los hombres y el hombre no domina aún el proceso de producción se imponen a su consciencia burguesa como una necesidad natural tan evidente como el trabajo productivo mismo.» (Pág. 91 y s.) Crítica significa descubrir aquello que en esta formación social se encuentra objetivamente invertido analizando su arquitectura interna.

XII. 13. *¿Por qué no hacer consciente aquello de lo que se toma consciencia?*

Si la crítica significa criticar determinadas formas de consciencia como «invertidas», este concepto de lo «invertido» ha de entenderse como igualmente ambiguo con énfasis en el significado sólido-real como los conceptos de enajenación o extrañamiento. Como concepto de la «inversión objetiva» da cuenta de una estructura objetiva. Por la mera comprensión de la coherencia interna, real por efectiva, de la sociedad sale a la luz su «inversión». Ahora su trastocamiento

aparece como propio. Pues la hechura inconsciente de las estructuras sociales se conjuga mal con su puesta en consciencia. ¿Por qué no *hacer* consciente aquello de lo que se toma *consciencia*? Esta simple pregunta a la que será difícil encontrar una respuesta que hable razonablemente en contra de hacerlo consciente caracteriza la iluminación a que expone la mera comprensión de las relaciones sociales desde su constitución lógica y genética.

Es, por consigiuente, precisamente la unidad del análisis lógico y el desarrollo genético lo que constituye nuclearmente lo específico de la *crítica de la economía política*. Por muy grandes que hayan sido las aportaciones de un Smith o de un Ricardo, esa grandeza se limita a la *reducción* de las categorías que aparecen a su contenido común. Marx procede a la inversa. No sólo *reduce,* sino sobre todo *desarrolla,* no sólo *reconduce,* sino sobre todo *conduce*. Este *método de la derivación evolutiva* tiene un sentido materialista, revolucionario, muy tangible. Permite la derivación lógica y genéticamente de las formas dadas —sobre todo de las tres esenciales, salario, interés y renta de la tierra, de la «fórmula trinitaria» (ver a este respecto el capítulo 48 del libro III). En la medida en que Marx las deriva de las relaciones de propiedad y de cambio y de la producción de valor y de plusvalía, en la medida en que *deriva* especialmente del concepto general-abstracto y no directamente empírico de la plusvalía los conceptos concreto-particulares y empíricos como el interés, ganancia empresarial y renta de la tierra, está constituyendo no otra cosa sino el proceso real. Pues esta *deducción,* esta *derivación* puede entenderse como un reflejo lógico «puro» de lo que acontece realmente en la sociedad. Esta derivación no es

ningún invento del teórico, sino algo que acontece cada día nuevamente —en el lenguaje ordinario se hablaría mejor de «ramificaciones»— tal como Marx define en un paso citado al comienzo de esta lección el beneficio y la renta de la tierra como «ramificaciones» de la plusvalía. Cada día se ramifica de nuevo la plusvalía y se deriva a los canales precisos, derivándose también esos canales, aunque no arbitrariamente, sino a través de la operación de las determinaciones económicas formales mismas.

XII. 14. *Descubrimiento de la ley de movimiento y desarrollo de la sociedad burguesa*

El método de la derivación no surge, por su parte, de ninguna idea lógica eterna ni tampoco de forma primaria matemática o geométrica de todo ser, sino que es la concreción de la exigencia materialista de utilizar en la teoría toda la energía para reflejar correctamente el proceso real, la vida del material, tal como dice en el Epílogo a la 2.ª edición (pág. 19). Así, si la *derivación de las categorías* constituye una conquista tan central de la *crítica de la economía política* en contraste con la simple economía política burguesa, entonces esta derivación no señala precisamente otra cosa que el camino que realmente recorre el plusproducto, que en la teoría se figura eslabón a eslabón, en forma de un desarrollo lógico. La derivación teorética refleja la de-rivación económica real del ingreso de los propietarios de los medios de producción del producto de la clase obrera, la ramificación enajenadora del plusproducto fijado en las diversas categorías económicas como el interés, la

ganancia del empresario, la renta de la tierra y así sucesivamente.

El carácter crítico de la crítica de la economía política se comprende en lo esencial cuando se percibe que Marx consiguió —y cómo lo consiguió— alcanzar el «fin último» de esta obra, a saber, «revelar la ley económica del movimiento de la sociedad moderna» (página 7), y tampoco sólo la ley de su funcionamiento una vez desarrollada, sin la ley que ha permitido a la sociedad desarrollarse a partir de su forma más simple, es decir, su *ley de desarrollo*. Este descubrimiento, sin embargo, es de hecho, desde el punto de vista-histórico-científico, el descubrimiento central que constituye la *exigencia* del núcleo transferible a todos los ámbitos de lo que se denomina materialismo dialéctico.

XII. 15. *Simultáneamente crítica y ciencia positiva.*

Ahora bien ¿no tienden estas afirmaciones a hacer de la crítica de la economía política una ciencia positiva y, en la sospecha, incluso positivista? ¿Cómo se deslinda esta concepción de la *crítica* de la mera descripción del funcionamiento del capitalismo o, incluso, de una teoría del desarrollo? Lo que aquí se presenta como una objección retórica ha sido determinante en algunas concepciones, creando de esta manera una cierta impresión durante largo tiempo, en la teoría crítica o en determinadas corrientes de un llamado marxismo crítico.

Esta teoría no es positivista porque sitúa el «acto del nacimiento» de su objeto en la realidad y porque esa visión de la génesis se basa en el análisis de las determinaciones económicas formales. En la medida en

que estas formas de valor son específicas de la formación social del capitalismo, se hace evidente desde un principio el carácter histórico-transitorio de esta formación. En la «ley de movimiento de la sociedad moderna», adquirida mediante la combinación de análisis formal y desarrollo genético, se capta al propio tiempo la ley por la cual esta formación habrá de ser superada por la formación inmediatamente superior. En el primer libro del *Capital* se llega lógico-consecuentemente en el apartado conclusivo sobre la acumulación a este límite. Pásense las hojas hasta el final del capítulo XXIV (OME 41, p!ágs. 407 y ss.). Es mediante «el funcionamiento de las leyes inmanentes de la produción capitalista misma» (ver pág. 409) como esta formación engendra «con la necesidad de un proceso natural» (*ibíd.*) «su propia negación». Esta negación es mucho más potente que la derivada de una reserva crítica meramente subjetivo-espiritual —aun cuando se trate de una reserva total que opere con la idea de lo «completamente distinto»— frente a las condiciones dadas existentes.

La ciencia positiva y la crítica, por tanto, no pueden situarse según el razonamiento de Marx en contraposición. En el Epílogo a la segunda edición (OME 40, pág. 19) Marx conceptúa esta conexión interna de la positividad y la negatividad como esencial para la dialéctica, subrayando su importancia crítico-dialéctica:

> «La dialéctica fue moda alemana en su forma mistificada porque parecía transfigurar lo existente. En su figura racional es un escándalo y un horror para la burguesía, porque abarca en la comprensión positiva de lo existente también y al mismo tiempo la comprensión de su nega-

> ción, de su ocaso necesario, concibe toda forma devenida en el flujo del movimiento, o sea, también por su lado perecedero, no se deja impresionar por nada y es por su esencia crítica y revolucionaria.»

El significado concreto de que *concibe toda forma deevnida en el flujo de su movimiento* debe haber quedado, ciertamente, claro a la luz de nuestras investigaciones acerca del análisis de la forma de valor y su importante para la crítica de la economía política.

XII. 16. *Eficacia de las exigencias del comienzo*

Volviendo sobre el planteamiento de las primeras lecciones de esta serie puede ahora contestarse a la pregunta de si el comienzo del *Capital* satisface las exigencias generales. En la mercancía y en el cambio se toma como punto de partida algo que «conoce cualquiera, aunque ignore todo lo demás»; no se presuponen, por tanto, conocimientos previos particulares. A partir de estos conocimientos cotidianos e iniciales se desarrollan sucesivamente los conceptos científicos de la *crítica de la economía política* sin que nunca llegue a romperme el hilo del desarrollo, de tal manera que el conocimiento de partida y el esfuerzo del pensamiento son arsenal suficiente como para transitar controladamente el camino. Esto es posible así por el hecho de que con la forma de valor se cuenta con un objeto de la investigación de partida que es, de hecho, un «elemento constitutivo» también de las formas económicas más complejas de la sociedad burguesa y que constituye, al mismo tiempo, lo genéticamente prime-

ro de lo que se ha derivado ulteriormente todo lo complejo como posterior. Sin que por ello sea preciso seguir bajo una óptica distinta a la ilustrativa determinados procesos históricos, se destacan en forma pura las leyes del desarrollo histórico —haciendo abstracción de todas las no económicas— determinadas por la lógica de las formas económicas —y por la dinámica de lo que se mueve en esas formas— y se utilizan al mismo tiempo como el principio que impulsa, al igual que el desarrollo real en la historia, la exposición en el desarrollo teorético.

En este sentido, *crítica de la economía política* significa: recorrido, en forma conceptual abstracta, del proceso real de desarrollo de la sociedad burguesa y, consiguientemente, evocación de la génesis de las específicas determinaciones económicas formales y, por tanto, al mismo tiempo, de las formas mentales corrientes que se derivan de ellas. Todas estas formas se derivan de la praxis humana. Por eso es posible comenzar en un «lugar común» en el que cualquier miembro de la sociedad burguesa pueda reconocerse sin otro bagaje que el saber común propio de la vida cotidiana. Pues la forma más simple y al mismo tiempo más elemental, la forma del cambio, surge siempre de nuevo en las relaciones cotidianas. Las formas más desarrolladas, por el contrario, que son lógicamente formas compuestas, no se derivan directamente de la praxis cotidiana. Más bien resultan mediadas a través del «desarrollo» teorético con las formas más simples, a partir de las cuales se han desarrollado *realiter*. En la medida en que el análisis de Marx considera las formas económicas como formas sociales de la praxis, descubre en sus contradicciones la fuerza motriz que hace avanzar al desarrollo.

A través de las formas económicas, la crítica de la economía política llega a las relaciones sociales que se mueven en ellas. Así puede poner al descubierto ampliamente las oposiciones de intereses y las contradicciones formales que hacen avanzar al desarrollo. Así reconduce, de un lado, todas las formas autonomizadas, liberadas, a la contraposición básica entre las clases y muestra, de otro lado, el carácter histórico y por tanto la transitoriedad de la sociedad burguesa. Analizar de esta manera las formas económicas quiere decir desprenderse del origen natural de la formación social burguesa y preparar su superación por una consciente constituida.

XII. 17. *Posición de clase de la crítica de la economía política*

«En la medida en que esa crítica representa alguna clase», dice en el Epílogo a la segunda edición del *Capital* (pág. 16), «no puede representar más que a la clase cuya tarea histórica es la revolución del modo de producción capitalista y la final abolición de las clases: el proletariado.» Obsérvese bien la formulación «en la medida en que representa alguna clase» y deséchese de inmediato la ida de que la mera representación de una clase ahorra, por sí misma, el tremendo trabajo que tuvo que realizar un Marx. Es cierto, desde luego, que el punto de vista de la clase obrera es el único en base al cual no hay ningún secreto económico-social cuyo examen sea peligroso. Sólo en este sentido tiene la ciencia la posibilidad de desarrollarse sin límites como tal en la medida en que coincide con la clase obrera. Pero ni de lejos puede decirse que por

ello el punto de vista de clase constituya por sí mismo una apoyatura para el saber.

XII. 18. *Exigencias, por tanto, mucho mayores para el científico marxista*

Tampoco aquí hay ningún automatismo que conduzca a la ciencia correcta; antes bien cabría decir que desde este punto de vista se le plantean, por tanto, al científico exigencias mucho mayores para poner a prueba sus fuerzas.

Wolfgang Fritz Haug ha dictado, año tras año, en la Universidad Libre de Berlín, cursos de asistencia masiva sobre la obra fundamental de Marx. La presente **Introducción a la Lectura de «El Capital»** *reproduce el texto acabado de los mismos, constituyéndose así en un instrumento sumamente útil de cara a la comprensión y estudio no sólo de la crítica marxista de la economía política, sino también de la entera aportación teórica y práctica del gran científico y revolucionario*

Cuadernos **MATERIALES**